El Hitler de la Historia

Juicio a los biógrafos de Hitler

JOHN LUKACS



La investigación histórica —según John Luckas— no ha terminado todavía de explicar a Hitler. Por ello, y para situar a este personaje en su justa perspectiva y esclarecer los enigmas que aún lo rodean, el autor emprende un repaso exhaustivo de las más de cien biografías que sobre el dictador alemán se han publicado desde 1945 para llegar a enérgicas conclusiones sobre las diferencias entre él y otros «monstruos» de la historia.

Luckas somete a un juicio minucioso y sin concesiones a los historiadores, a su fuentes y metodologías para descubrir hasta qué punto sus trabajos han contribuido o —por el contrario— oscurecido nuestro conocimiento de la figura de Hitler. A diferencia de muchos de los estudios sobre los que escribe, Luckas se resiste a considerar a Hitler como un fanático irracional, a la vez que alerta sobre la demonización de que es objeto por parte de determinados historiadores, que lo convierten en una suerte de poder maligno sobrenatural y lo eximen de su responsabilidad histórica en cuanto persona.

Una lección de rigor intelelectual sobre el capítulo más cruel de la historia contemporánea.



John Lukacs

El Hitler de la Historia

Juicio a los biógrafos de Hitler

ePub r1.0
Titivillus 24-03-2026

Título original: *The Hitler of History*
John Lukacs, 1997
Traducción: Saúl Martínez Bermejo

Primera edición 24-03-2026

Este libro está dedicado a Jim McBride

ÍNDICE

Prefacio y agradecimientos

I Problemas historiográficos

El propósito del conocimiento histórico.— El extraordinario interés popular por Hitler.— Su nacimiento y continuidad.— El tratamiento de Hitler por parte de los historiadores.— Evolución de este tratamiento —La relación entre historia y biografía—. Problemas principales.— Problemas de documentación.— Los límites de nuestro conocimiento.

II La cristalización. ¿Viena y/o Múnich?

El relato de Hitler.— Su aceptación por parte de los historiadores.— Pruebas contradictorias.— La importancia de Múnich.— Ciertas características físicas y mentales.— Los puntos de inflexión de su vida.

III ¿Reaccionario y/o revolucionario?

Un problema de definiciones.— La retórica revolucionaria de Hitler.— Su llamamiento a los conservadores.— Sus logros revolucionarios.— La cuestión de la dualidad.— Un tipo nuevo de revolucionario.

IV Estado, pueblo, raza, nación

La insuficiente categoría de «totalitarismo».— Hitler y el Estado.— Su racismo.— Patriotas y nacionalistas.— Hitler, un ejemplo extremo de estos últimos.

V Hombre de Estado y estratega

La escasa atención prestada generalmente a la habilidad de Hitler en la conducción del Estado.— Sus capacidades como hombre de Estado y estratega.— Cuestiones acerca de Múnich y el enigma ruso.— Sus metas durante la guerra.— Su decisión de atacar Rusia.— Su consideración de los Estados Unidos.— El punto de

inflexión «federiciano».— Su capacidad para recuperarse.— Su intención de dividir la coalición aliada.— Frente a la derrota final: ¿obstinación o congruencia, o ambas?

VI Los judíos: tragedia y misterio

Hitler y los judíos: la evolución de la historiografía.— Los motivos de su obsesión.— Los propósitos de sus políticas.— Niveles de su conocimiento.

VII Los alemanes: ¿capitulo o episodio?

Hitler en la historia del pueblo alemán.— El problema de la «opinión pública».— Hitler y la historia del Tercer Reich.— Conservadores.— Clase obrera.— Resistencia.

VIII Admiradores y defensores, declarados y ocultos

Principales argumentos para la rehabilitación de Hitler.— La jerarquía relativa de sus defensores.— Sus argumentaciones.

IX El problema histórico

La pregunta de Pieter Geyl en 1944.— La comparación con Napoleón.— La cuestión semántica de la «grandeza».— Los catastróficos resultados de Hitler.— Consecuencias perdurables.— Su lugar en la historia del siglo XX y en el final de la Edad Moderna.

Notas

Abreviaturas y bibliografía seleccionada

índice onomástico y temático

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

.Adolf Hitler fue el personaje más extraordinario de la historia del siglo XX por más de una razón; la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, no hubiera sido concebible ni puede comprenderse sin él. El retrato de Hitler que surge de este libro contiene algunos elementos —más concretamente, preguntas— acerca de su carácter y su carrera que son más complejos de lo que en general se supone. Esto no es sólo el resultado de la evolución de la perspectiva, más de medio siglo después de su desaparición; en gran medida es el resultado de medio siglo de perseverantes investigaciones, en el que muchas de las contribuciones más valiosas las han hecho los historiadores alemanes. Este libro es la historia de una historia: la historia de la evolución de nuestro conocimiento de Hitler, tal y como ésta se observa en los escritos de un amplio surtido de sus múltiples biógrafos. Se hará evidente que hay variaciones significativas en sus interpretaciones; ésas son, en consecuencia, las principales preguntas —algunas aún presentes— a las que este libro se dirige.

Pruebas recientes de una nueva interpretación —relativamente nueva— del «problema de Hitler» las encontramos de modo implícito en la nueva introducción de Joachim Fest a la reedición de su eminente biografía de Hitler (1973). En el primer capítulo de este libro afirmo que en mi opinión la biografía de Fest es probablemente la mejor de las grandes biografías de Hitler. No obstante, algunas de las afirmaciones de su nueva introducción (reimpresa en *Frankfurter Allgemeine* el 7 de octubre de 1995) son discutibles (el estilo de la escritura tampoco puede compararse con la claridad del libro de 1973). Por supuesto, esta nueva introducción no implica la rehabilitación de Hitler; además, es natural y permisible que un autor revise lo que escribió hace casi veinticinco años y reflexione sobre ello. Sin embargo, en su introducción de 1995 Fest escribe que

el retrato de Hitler se ha ido volviendo más y más «difuso»; que Hitler es aún «nuestro contemporáneo»; que «las sombras de su contemporaneidad están haciéndose más y más profundas»; que buena parte del ascenso de Hitler debe entenderse como una reacción contra los peligros del comunismo (una tesis cuestionable a la que Fest se adhirió en la temprana fecha de 1986 y sobre la que se discute en varias ocasiones a lo largo del presente texto); que algunos temas y preguntas sobre Hitler aún son «tabú» y que éste «no se ha convertido en histórico en absoluto». Fest dice que se ha «demonizado» a Hitler en exceso y que es necesaria su «historización». Verdaderamente hay muchas preguntas que hacer sobre la demonización de Hitler, ya que ésta supone barrer bajo la alfombra todo el problema de Hitler. Sin embargo, la «historización» de Hitler ya está bastante avanzada y sigue en marcha, es lo que ha propiciado el que escribiera este libro, su mismo título debería ser revelador: *El Hitler de la Historia*.

No es una biografía de Hitler, sino una historia de su historia y una historia de sus biografías. Éste es un cuento sin final, puesto que nuestra perspectiva histórica es siempre susceptible de cambio. No hay razón para dudar de que en los próximos cincuenta años aparecerán más biografías de Hitler y que algunas de sus perspectivas pueden ser relativamente nuevas e incluso valiosas, y no sólo necesariamente por el descubrimiento de algún nuevo fondo documental. En general esto es inevitable, pero no significa que las obras más antiguas sean menos «históricas» que las nuevas, significa simplemente que, en contra de la «ilusión» científica, en la investigación y escritura de la historia no hay resultados definitivos. Además, el propósito de la historia a menudo no es tanto una relación definitiva de los acontecimientos de un período como la descripción y comprensión históricas de algunos problemas: descripción, mejor que definición, y comprensión mejor que omnisciencia, ya que si bien no es posible completar de manera perfecta nuestro conocimiento del pasado, un conocimiento razonable y adecuado de éste entra dentro de nuestras capacidades.

Ésas son las condiciones de la historia: una afirmación general que puede aplicarse al problema de Hitler en particular. El volumen de biografías de Hitler, sin contar otros estudios históricos sobre él, es tan enorme que pretender ser completo sería equivocado e impropio: este libro procura ocuparse de las biografías y los estudios biográficos de Hitler importantes y significativos e incluye también otros muchos libros, estudios y artículos que contienen detalles básicos y otras contribuciones para la comprensión de ciertos problemas. Utiliza algunas fuentes de archivo nuevas, pero, aun a riesgo de parecer pretencioso, me siento obligado a afirmar que es también el resultado de varias décadas de lecturas y de contemplación de esos problemas; que este libro se enfrenta a problemas debería apreciarse desde el mismo índice, incluso antes del texto. Por tanto, debo admitir que junto a mi tratamiento de las variaciones y evoluciones de las biografías de Hitler, el libro incluye, de modo necesario e inevitable, mi propia manera de considerar y tratar esos problemas. A este respecto muchas páginas representan lo que considero la correcta aplicación de los principios de la comprensión histórica, ya establecidos en mis libros anteriores: *Historical Conciousness* (1968,1984,1994), *The Last European War, 1939-1941* (1976) y *The Duel (1991)*. Entre esos principios se encuentran cuestiones tales como la diferencia entre motivos y propósitos, entre racismo y nacionalismo, entre nacionalismo y patriotismo, entre opinión pública y sentimiento popular, entre nacionalsocialismo y fascismo (e incluyo aquí —frente a escritores tan diferentes como Ernst Nolte o Hannah Arendt y, últimamente, Joachim Fest— los paralelos irrazonables que bajo la categoría de «totalitarismo» se han establecido entre nacionalsocialismo y comunismo, incluso entre Stalin y Hitler).

Quiero expresar mi gratitud a todos aquellos que me han ayudado: la Earhart Foundation hizo posible mi trabajo en Alemania. Allí mis agradecimientos se dirigen en primer lugar al Institut für Zeitgeschichte de Múnich y a su mejor y más amable archivero, *Herr* Hermann Weiss (así como a mi asistente temporal, *Frau* Katja Klee).

También quiero dar las gracias a mi gran y buen amigo el historiador inglés Philip Bell, al gran maestro de la historia diplomática estadounidense, Robert Ferrell, que me animó a escribir este tipo de libro en particular, y al estadounidense Donald Detwiler, historiador de la Alemania contemporánea, quien leyó (junto con su esposa, Use Detwiler) todo el manuscrito e hizo sugerencias de lo más preciso y detallado, con la mayoría de las cuales estuve de acuerdo de inmediato. Similar fue la lectura que hizo mi esposa Stephanie, quien dijo cuando mencioné por primera vez el plan de este libro: «Vas a caminar a través de un campo de minas». (Lo sé a conciencia: lleno de minas abandonadas, aún por explotar). No obstante prefiero pensar en ello como el desbrozo de un claro y la plantación de una arboleda en la selva, siempre consciente de la presencia de una bella y seria horticultura, en el que el trabajo duro y los sudores se alivian con la perspectiva de las deliciosas cenas preparadas por esa misma horticultora. Aun así, no fue una simple merienda campestre.

1994-1996
Pickering Close
(cerca de Phoenixville, Pensilvania).

I
PROBLEMAS HISTORIOGRÁFICOS

El propósito del conocimiento histórico.— El extraordinario interés popular por Hitler.-Su nacimiento y continuidad— El tratamiento de Hitler por parte de los historiadores—Evolución de este tratamiento. — La relación entre historia y biografía. —Problemas principales—. Problemas de documentación.— Los límites de nuestro conocimiento.

AÚN estamos lejos de acabar con Hitler ("[*wir sind] mit Hitler noch lange nicht fertig*) escribieron, cada uno por su parte, dos miembros de una generación más joven de historiadores alemanes en la década de 1980[1].Una frase que puede tener dos sentidos. Por un lado, en un sentido más amplio, debería ser evidente que aún nos queda mucho para distanciarnos de Hitler. La historia supone un replanteamiento sin fin del pasado, revisarlo y volver a visitarlo. La historia, en sentido amplio, es revisionista; la historia implica enfrentarse múltiples veces a las acusaciones, vuelve una y otra vez a juzgar a las personas y los acontecimientos, sin una ley que lo impida. No hay nada nuevo en esta observación, ya que en eso consiste precisamente el pensamiento. El pasado es lo único que conocemos y todo el conocimiento humano surge de un conocimiento pasado; todo conocimiento humano supone reflexionar sobre el pasado.

Por otro lado, la frase tiene un sentido más restringido, que hace referencia a la profesión histórica. La idea de que el trabajo, una vez

aplicado con precisión el método científico y agotados los documentos existentes, habría acabado y el resultado sería definitivo («la historia definitiva y concluyente del Tercer Reich, suscrita por historiadores alemanes, estadounidenses, británicos y rusos; liberales y conservadores; nacionalistas y judíos») es una ilusión propia del siglo XIX. Es probable que existan en este momento más de cien biografías de Hitler y, sin embargo, no puede asegurarse que la ciento uno no vaya a aportar algo nuevo y válido. No obstante, la *cantidad* acumulada de investigaciones (nuevas búsquedas) tiene menor importancia que la *calidad* de las revisiones. ¿Cuál es el propósito de esas revisiones? En sentido amplio, el propósito del conocimiento histórico va más allá de la precisión; busca la comprensión. En un sentido más inmediato, el propósito de un historiador revisionista puede ser sacar a la luz informaciones sensacionalistas, provocar escándalo, o el deseo más o menos desinteresado de destruir falsedades. Puede que anhele el éxito académico o económico, un mayor reconocimiento entre sus colegas de profesión o, en una esfera más amplia, conseguir publicidad; puede que esté promoviendo una ideología política o nacional, de la que a veces depende el tratamiento del tema. En este libro se muestra que esto también ocurre —en ocasiones— con el tratamiento histórico que se da a Hitler.

Antes de pasar a los historiadores profesionales y a los biógrafos de Hitler, debo prestar atención al extraordinario y continuado interés por Hitler durante los últimos cincuenta años. La cantidad de libros, artículos, películas y programas de televisión acerca de Hitler sobrepasa la que se ha dedicado a otros personajes destacados del siglo XX tales como Stalin, Roosevelt, Churchill, De Gaulle, Mussolini o Mao. Cincuenta años después de su muerte este interés popular por Hitler aún se mantiene, y debo tratar de exponer al menos un esquema del curso que ha seguido.

Mientras vivió Hitler, su *Mein Kampf fue*, sin duda, un éxito editorial —en Inglaterra y los Estados Unidos sobre todo tras la

guerra— pese a que poca gente (incluidos los alemanes) se molestó en leerlo en su totalidad. Al contrario que Mussolini y otros dictadores, Hitler no quiso que en Alemania se publicara una biografía en su alabanza mientras vivió; de hecho no hubo ninguna, si exceptuamos alguna rara biografía inicial, los álbumes de fotografías y las colecciones de sus discursos. (El propio Hitler restó importancia a *Mein Kampf*, y casi lo desechó después de 1936, al menos en conversaciones privadas, a pesar de que está escrito en primera persona y de que la primera parte se había convertido en su autobiografía intelectual). A través de varias observaciones suyas parece advertirse que en caso de haber vivido un retiro, Hitler —al contrario que Churchill o De Gaulle, o Napoleón en Santa Elena— hubiera estado poco dispuesto a escribir o dictar sus memorias[2].

La noticia de su muerte dejó al mundo paralizado. No se trató de la parálisis provocada por un acontecimiento inesperado: más bien era una noticia que de algún modo se esperaba e incluso se había dado por descontada. Como es comprensible, hubo una diferencia entre las reacciones del pueblo alemán y las de otros pueblos; tal vez, no obstante, una condición se impuso por encima (¿o por debajo?) de cualquier otra: la gente no quería pensar demasiado en Hitler cuando había tantas otras cosas más cercanas y urgentes en las que pensar. Esta actitud se mantendría durante unos años. Entre algunos de sus contemporáneos alemanes existió —y aún existe— cierta tendencia a culpar a Hitler de todo lo malo ocurrido en el mundo y de todo aquello que les había tocado vivir a ellos mismos[3]; es una tendencia comprensible que de alguna manera los *separaba* de él y que distinguía entre la vida y hechos de éste y sus propias vidas y hechos durante la guerra. Un ejemplo de ello son las memorias de muchos generales alemanes (la mayoría publicadas a comienzos de la década de 1950) en las que, de un modo a menudo exagerado y en ocasiones incorrecto, culpaban a Hitler, en lugar de a sí mismos, por los disparates de la guerra y por las grandes batallas perdidas. En torno a i960 tuvo lugar un cambio; primero en el exterior y después también en la propia Alemania.

Especialmente en los Estados Unidos resurgió el interés por Hitler, por el Tercer Reich, por la Segunda Guerra Mundial y el «Holocausto» (una palabra no habitual por entonces). Libros tales como la superficial obra de William Shirer *The Rise and Fall of the Third Reich* (i960)[4] se convirtieron en *best-sellers* o se quedaron cerca. La captura de Adolf Eichmann y su juicio, junto a otros sucesos, revivieron el interés —primero en los Estados Unidos y después en Alemania y en el resto del mundo— por la historia del asesinato en masa de judíos durante la Segunda Guerra Mundial; historia a la que los judíos estadounidenses y sus organizaciones no habían dedicado un interés exhaustivo antes de la década de i960.

Creo que hubo tres razones principales para que surgiera una renovada fascinación por la Segunda Guerra Mundial y por Hitler. La primera fue la aparición de una nueva generación de personas demasiado jóvenes como para haber vivido la guerra, hecho que provocó su interés por aquellos personajes y dramáticos acontecimientos. La segunda razón, más clara, fue la publicación y la disponibilidad cada vez mayor de fuentes y documentos. La tercera razón fue la paulatina distensión de la llamada Guerra Fría con Rusia: se hizo evidente que la Segunda Guerra Mundial no sólo era más dramática que la Guerra Fría sino también que Hitler era más interesante que Stalin (y los nazis que los comunistas). En el momento de escribir esto, unos cuarenta años después, todas esas condiciones siguen siendo válidas. Durante las décadas de i960 y 1970 comenzaron a multiplicarse las biografías de Hitler; lo mismo ocurrió con los artículos, con otras clases de libros y con las obras teatrales y las películas, incluidos los llamados documentales. A principios de los años setenta, los comentaristas alemanes habían empezado a hablar de una «*Hitler-Welle*», una «ola» referida a Hitler; un fenómeno que se dio hasta cierto punto en los Estados Unidos y quizá también en Gran Bretaña. Sin embargo, una ola tiene una cresta y un seno, y este último aún no ha aparecido. El precio de cualquier objeto relacionado con Hitler ha aumentado de modo continuo a lo largo de los últimos veinticinco años, por encima no

sólo de la inflación, sino del precio de casi cualquier otro objeto u obra de arte y del resto de manuscritos y cartas autógrafas adquiridos en las subastas de todo el mundo. En 1981, un falsificador alemán se tomó la molestia de fabricar unas páginas de un diario presumiblemente escrito de mano del propio Hitler. El resultado fue un revuelo mundial (lamentablemente, al menos dos conocidos historiadores —no alemanes— declararon que era posible que los «documentos» fuesen auténticos) hasta que se descubrió la falsificación. Veintidós años después aún puede decirse que el interés popular por Hitler (que, sin duda, no es ni será posible medir con precisión) está tan extendido como antes, en muchos lugares del mundo y en muchos niveles.

Estos niveles son por supuesto muy variados: van desde la curiosidad honesta de los aficionados a la historia hasta la curiosidad obscena o próxima a la obscenidad que muestra abiertamente la gente que se siente atraída por las manifestaciones y encarnaciones del mal. A ello debe añadirse, por desgracia, un nuevo tipo de curiosidad, en especial tras el derrumbe y la casi completa desaparición del comunismo: el interés de quienes comienzan a plantearse si Hitler y el nacionalsocialismo no representaban, *mutatis mutandis*, una alternativa no sólo más sana que el comunismo, sino más sana aún que la decadente democracia liberal de Occidente.

En todo caso, la evolución y la persistencia del interés popular por Hitler no son muy diferentes de la evolución de los estudios sobre Hitler llevados a cabo por historiadores reconocidos y profesionales. En 1985, el historiador alemán Martin Broszat propuso que los historiadores debían dejar de «demonizar» el nacionalsocialismo, y por consiguiente a Hitler, para pasar a su «historización». Esto no era sólo una aspiración, sino también la expresión de algo que durante algún tiempo había sido evidente[5]. No sólo algunos historiadores, sino cada vez más gente comparte la idea de que Hitler no fue un fenómeno «demoníaco» —y, por deducción, «ahistórico» y «ahumano»— sino una figura histórica, que poseía varios atributos humanos y estaba dotada de talentos

reconocibles. Todo esto conduce a la pregunta —pregunta, cuando no problema— de su lugar en la historia del siglo XX o, en realidad, en la historia mundial. Volveré a ello en el último capítulo de este libro, aunque su tema principal no sea la vida de Hitler sino el tratamiento que ha recibido por parte de los historiadores. Sé que ambas cuestiones no son del todo separables, puesto que la historia de la historia es al fin y al cabo historia, pero ambos temas no son idénticos: en esta obra no se pretende hacer una biografía de Hitler sino tratar un problema histórico; más concretamente, una serie de problemas.

El primer problema o, mejor dicho, condicionante —en orden, aunque no necesariamente en importancia— es la tremenda acumulación de materiales referentes a Hitler. El canon de la historiografía profesional establecido en el siglo XIX (en su mayor parte en Alemania) exige al historiador profesional que agote todas las fuentes (sobre todo las fuentes primarias) que existan en relación con la temática elegida. Algo más de un siglo después, el volumen del material impreso referente a la mayoría de los temas —en especial, pero no de modo exclusivo, para los del siglo XX— ha crecido de tal modo que se hace imposible completar ese requisito. Es evidente que aquí se incluye la temática de Hitler. En 1984, Gerhard Schreiber publicó un excelente trabajo bibliográfico anotado y comentado con acierto, que fue posteriormente ampliado en 1988; sin embargo, debido a las propias características del tema, tampoco esta valiosa guía para la investigación podía ser completa[6].

Esto no significa que el historiador serio deba darse por vencido. Todos los historiadores trabajan necesariamente con pruebas incompletas, y al mismo tiempo el número de pruebas que pueden ser aportadas es potencialmente ilimitado, otra diferencia entre la historia y el derecho. Tal y como dijo el eminente Jacob Burckhardt, no existe, en sentido estricto, un método histórico determinado; el historiador debe sobresalir en su *bisogna saper leggere* (Burckhardt usó el italiano). Debe saber cómo leer: un consejo referente tanto a

la calidad como a la cantidad. Esto nos lleva al segundo condicionante: entre aquellos «que saben leer», entre aquellos historiadores serios que han escrito sobre Hitler, ¿significa «serios» lo mismo que «profesionales»? Puede que sí, pero no necesariamente. La noción de que la historia seria —aquella que además de poder leerse es fiable— sólo pueden escribirla los historiadores profesionales, con un título universitario, es de nuevo una idea del siglo XIX. Una idea no sin cierto valor y contenido y que ha dado bastantes resultados positivos y perdurables, pero una ilusión al fin y al cabo. Una vez más esto se hace evidente de forma especial para la historia del siglo XX: entre los mejores y más fiables historiadores de Hitler encontramos lo mismo profesionales que autores no académicos. Veremos cómo, quizá de manera especial en el caso de Hitler, estar en posesión de un título o incluso de una prestigiosa cátedra universitaria no ha sido el remedio contra algunos errores de importancia, mientras que, para otros autores, la falta de tal certificación académica no ha comprometido, circunscrito o limitado en modo alguno los logros alcanzados.

Es básico tener en cuenta estas dos cuestiones a la hora de hacer una panorámica sobre los historiadores de Hitler; repito que no puede ser más que una panorámica, debido a la gran cantidad de libros sobre él. Nos limitaremos a algunas de las obras principales, y a la evolución general de los estudios acerca de este personaje, puesto que existe una evolución en la que se reconocen algunos hitos (y que —al menos hasta 1996— no tiene un final perceptible).

El primer estudio relevante sobre Hitler fue escrito por Konrad Heiden (1901-1966) hace más de sesenta años, y publicado en Zúrich en 1936[7].Refugiado por motivos políticos, Heiden era periodista; una característica que en este caso fue una ventaja y no un inconveniente, debido al estilo vibrante y fácil de leer de su escritura, en la que abundaba el presente histórico. Al mismo tiempo se trataba de un trabajo serio; Heiden sin duda había seguido a Hitler muchos años con un profundo interés. Su relato de la vida y de la carrera de Hitler (el libro acaba en junio-julio de 1934) era

abundante en detalles, y a menudo destacaba por su precisión. Cerca de cuarenta años más tarde, Joachim Fest rindió tributo al libro de Heiden, que evidentemente había superado el paso del tiempo[8], incluso aunque Heiden no había podido leer el material aparecido desde entonces. Otros historiadores detectaron algunos de sus errores décadas más tarde, en especial Maser[9]. El valor de la biografía de Heiden, no obstante, queda demostrado con sus comentarios penetrantes y personales acerca de los personajes políticos y la atmósfera política de la época; al tiempo, Heiden fue lo bastante honesto como para rechazar leyendas y anécdotas sobre Hitler tras examinarlas minuciosamente. La tesis principal de Heiden es tan válida ahora como lo era hace más de sesenta años: Hitler estaba siendo subestimado, de modo peligroso, tanto por sus adversarios como por sus aliados provisionales. Por encima de todo, éste es un logro encomiadle, que supera tanto al siguiente volumen del propio Heiden sobre la política exterior de Hitler (1937) como a la biografía de Hitler de otro periodista refugiado, Rudolf Olden[10].

A pesar de la inclasificable riada de libros sobre Alemania y el nazismo antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial[11], no apareció ningún estudio o biografía considerable hasta pasados más de quince años de la publicación de la obra de Heiden y cinco desde el suicidio de Hitler. Sólo hubo una excepción digna de mencionar; se trata de una excepción porque el trabajo de Hugh Trevor-Roper *The Last Days of Hitler* (1947)[12] no era ni un estudio ni una biografía de Hitler. Se ocupaba únicamente de los últimos diez días de la vida de Hitler en el búnker bajo la nueva cancillería del Reich (un tema bastante dramático que ha atraído desde entonces al menos a otra docena de autores, memorialistas, historiadores aficionados y novelistas). El libro de Trevor-Roper estuvo inspirado por su participación en un equipo del servicio secreto británico que intentaba aclarar las circunstancias reales de la muerte de Hitler. El resultado fue un libro bien escrito, francamente amplio y preciso, pero quizá con un defecto: la descripción del dictador ya acabado físicamente, renqueante, fanático, arrinconado

e irracional en algunas de sus expectativas y órdenes, no se planteaba ni admitía que Hitler aún tuviera capacidad como hombre de Estado para considerar las cosas de modo racional; aunque aquí «racional» sólo signifique que algunas de éstas fueran enfocadas desde su propio punto de vista (a su capacidad como hombre de Estado volveremos en el capítulo v). Este libro relativamente pequeño fue un elemento importante en la carrera de Trevor-Roper (más tarde lord Dacre): este historiador de los últimos Tudor y los Estuardo se convirtió en un comentarista, respetable y con criterio, de la historiografía de Hitler y del Tercer Reich.

En 1952, Alan Bullock (1914—; más tarde lord Bullock) fue el primer historiador inglés en dar forma a una biografía relevante de Hitler[13]. Compuesta en la tradición británica, sin jerga académica, quizá haya sido, en términos comerciales, la más exitosa de todas las biografías de Hitler. También fue un logro importante porque su autor pudo beneficiarse de la rápida disponibilidad de documentos alemanes. Estos documentos procedían de Núremberg y habían sido recogidos y publicados poco después de acabar la guerra, lo que no era demasiado habitual. Un factor importante para su fama y éxito fue, y aún sigue siéndolo, su estilo narrativo, directo y franco. Sin embargo, la interpretación —quizá descripción sea un término más apropiado— que Bullock hace del carácter de Hitler es superficial: «Un oportunista carente por completo de principios[14]». No deseamos atribuir a Hitler elevados principios o grandes virtudes morales, pero el retrato de Bullock era demasiado simple (otras de sus descripciones cortas, como las de Hess o Göring, eran muy buenas). Por supuesto se trata de una biografía pionera: Bullock no pudo aún beneficiarse del afloramiento de documentos, trabajos, memorias y revelaciones parciales de los siguientes cuarenta años. No obstante, incluso en las ediciones más tardías se mantuvieron muchos de los errores originales de Bullock, tanto en las valoraciones como en los hechos[15].

En el mismo año de la publicación de la obra de Bullock también se produjo un desarrollo significativo en el seno de la propia

Alemania (más concretamente, en Alemania Occidental). Se instituyeron unos estudios históricos serios, que debían dedicarse a la historia reciente de Alemania, lo que incluía la historia del Tercer Reich y, al menos de modo indirecto, la de Hitler. *Zeitgeschichte* significa en alemán algo ligeramente distinto al término inglés *contemporary history* en el que, de acuerdo con las tradiciones y con la práctica del lenguaje, el significado de *contemporary* se mantiene en una amplia indefinición. Aún difiere más de la *histoire contemporaine* francesa, que significa desde hace mucho tiempo historia posterior a 1815, una definición cada vez con menor sentido. En Alemania, *Zeitgeschichte* llegó a denotar historia después de 1914, una categoría francamente apropiada (aunque irá perdiendo su sentido con el avance del siglo xxi). Por lo tanto, a partir de 1951 la *Zeitgeschichte* (y también, cómo no, la historia contemporánea de Alemania) fue acepta

da como una disciplina académica respetable, que debía ser investigada, estudiada y enseñada en las universidades alemanas. Bajo esta propuesta subyacía un propósito moral: el deseo de los alemanes de establecer un fundamento sólido y bien conocido para alcanzar una perspectiva adecuada sobre su propio pasado reciente. El resultado fue la fundación del Institut für Zeitgeschichte y de una erudita publicación trimestral de historia, los *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (vfz), que hoy día sigue siendo la mejor revista de historia contemporánea del mundo. Sus fundadores principales fueron Hans Rothfels, un historiador alemán conservador que había regresado de su exilio en los Estados Unidos, y Theodor Eschenburg, un pensador político alemán de credenciales inmaculadas. Por lo tanto, debe decirse que la «historización» del Tercer Reich había comenzado más de treinta años antes de que el profesor Broszat señalara su necesidad, aunque existió —y aún existe una diferencia apreciable entre la «historización» —esto es, la no «demonización»— del Tercer Reich y la del propio Hitler.

En esa misma época apareció la primera biografía alemana seria publicada tras la guerra, a cargo de Walter Görlitz (1913-1991) y

Herbert A. Quint (1922—).[16] Ambos eran conservadores de Pomerania e historiadores aficionados (Görlitz desarrolló una respetable carrera como periodista) que estaban interesados en particular por la historia militar. Se concentraron en el Hitler político. El libro, escrito desde una perspectiva alemana conservadora y con un estilo fluido y fácil de leer (aunque quizá con un exceso de exclamaciones), contenía algunas imprecisiones pero también algunas observaciones penetrantes, que otros historiadores repetirían más tarde de modo independiente[17]. La mejor parte de la obra es la que trata del ascenso político de Hitler y de los fatídicos defectos —tanto morales como políticos— de sus adversarios potenciales y de sus mismos aliados durante el período de 1930 a 1934. El punto débil del libro es el brevísimo tratamiento que los autores dan a la guerra y a los últimos seis años de la vida de Hitler (únicamente 92 páginas de un total de 633). El retrato que hacen Görlitz y Quint de Hitler era condenatorio sin excepciones, lo presentan como un fanático radical que destruyó buena parte de lo que había de valioso en Alemania, incluida la unidad del Estado alemán. Al describir a Hitler de este modo no se diferenciaban demasiado del «oportunista sin principios» de Bullock, pero su perspectiva era, por supuesto, distinta.

Durante la década de 1950 existió una cierta dualidad con respecto a la época de Hitler. Debido a la existencia —y lo que es más importante, a la percepción— de una agresividad de Rusia y del comunismo, se dio una tendencia popular (y en muchos casos pública) a considerarlos más peligrosos e incluso más malignos de lo que habían sido Hitler y el Tercer Reich; tendencia evidente por aquel entonces en los Estados Unidos, aunque no en Gran Bretaña. En el interior de Alemania Occidental esto se correspondía con la tendencia a considerar que la Segunda Guerra Mundial consistió en dos guerras diferentes: la guerra del Tercer Reich contra las democracias occidentales, que era lamentable y debía haberse evitado, y la guerra contra la Rusia soviética, en la que Alemania había sido una defensora de la civilización occidental, hecho que las

democracias de Occidente debían de haber entendido. Esencialmente, esta tendencia apuntaba (y aún apunta) hacia la exoneración, al menos parcial, del pueblo alemán y sus ejércitos durante la Segunda Guerra Mundial, aunque no de Hitler. A excepción de algunos panfletos y fragmentos de autobiografías nazis, en aquel momento no hubo ningún intento serio de hacer una apología de Hitler. Por otro lado, entre los historiadores más jóvenes ya habían comenzado a investigarse de manera académica algunos aspectos del Tercer Reich, como puede comprobarse en numerosos estudios y artículos, no sólo de los VFZ, sino también de muchas otras publicaciones políticas y culturales. A lo largo de la década de 1950 se publicaron los primeros trabajos relevantes de autores que llegarían a ser especialistas sobre Hitler, tales como Andreas Hillgruber; a pesar de todo, hasta la década de i960 no se comenzó a incluir la *Zeitgeschichte* en el currículo de las escuelas alemanas de enseñanza superior (también los juicios a los acusados de crímenes de guerra se integraron en la lista de casos de los tribunales alemanes).

Hemos visto que el interés por Hitler revivió en torno a i960, algo que también tuvo efectos visibles sobre la historiografía. Es aquí donde debe mencionarse la publicación de *The Origins of the Second World War* por parte de A.J.P. Taylor (1906-1990), un historiador lleno de confianza en sí mismo y heterodoxo entre los historiadores ingleses, aun cuando Taylor no fue un biógrafo de Hitler. (Tampoco su libro fue —como en ocasiones se ha afirmado incorrectamente— un clamoroso intento de rehabilitar a éste). Lo que Taylor trató de señalar fue que Hitler no era tan diferente (si es que acaso difería en algo) de otros ambiciosos hombres de Estado alemanes del pasado; que durante la década de 1930 supo cómo aprovecharse de la debilidad de sus oponentes y de las oportunidades que éstos le dieron y que, en resumen, Hitler pertenecía más de lo que se pensaba a los oportunistas a corto plazo antes que a los ideólogos de gran calado. En algunos casos, Taylor presentaba las pruebas de la repentina gestación de las decisiones

de Hitler de manera convincente; en otros, con considerables dosis de prestidigitación[18]. Su libro tuvo un cierto efecto sobre la historia diplomática del período, pero prácticamente ninguno en la evolución del retrato histórico de Hitler.

A comienzos de la década de i960 aparecieron tres estudios biográficos de Hitler, a cargo de Heiber, Gisevius y Schramm, en orden ascendente de importancia[19]. El retrato de Heiber (1924—) era el más convencional de los tres aunque no estaba falto de pasajes perspicaces. Hans Bernd Gisevius (1904-1974) había estado relacionado con quienes conspiraron contra Hitler en 1944; trabajó un tiempo para Allen Dulles y para la 088 (Oficina de Servicios Estratégicos) en Suiza. En su biografía los elementos de valor son el análisis de las relaciones entre Hitler y Papen y entre Hitler y Hindenburg, además de centrarse en el Hitler de principios de la década de 1930. También es digno de mención su astuto reconocimiento de la dualidad de Hitler, sugiriendo que Hitler a menudo encarnaba diversas personalidades, incluso en las fotografías[20]. Al mismo tiempo, su presentación del mundo de las ideas de Hitler era algo superficial: tendía (como otros muchos) a confiar en exceso en *Mein Kampf* y declaraba además que las ideas de Hitler no eran originales en absoluto.

Percy Ernst Schramm (1984-1970) fue un historiador alemán verdaderamente excepcional —y de primer orden—, cuyo breve estudio acerca de Hitler reflejaba las cualidades personales de su autor. Nacido en una vieja familia patricia de Hamburgo (su padre fue en una ocasión alcalde de la ciudad), Schramm era un historiador con unos intereses extraordinariamente variados: fue un medievalista de fama mundial experto en iconografía y diplomática e historiador del patriciado en Hamburgo, del comercio marítimo alemán y de su propia familia. En 1943 se convirtió en editor del *Diario de guerra del alto mando de la Wehrmacht*, lo que le permitió observar a Hitler en persona en una o dos ocasiones. Sus dos estudios sobre Hitler, escritos como introducciones al volumen cuarto del *Diario de guerra* y a la edición de Picker de las *Conversaciones*

de sobremesa de Hitler (al respecto véase la página 226, nota 93), los reuniría en un volumen el historiador norteamericano Donald Detwiler. El valor que presentan es doble: su primer atractivo, el más obvio, es el énfasis puesto por Schramm en Hitler como líder militar y hombre de Estado (una palabra que Schramm jamás usó); debemos tener presente que salvo escasas excepciones (Hillgruber, Irving) la mayoría de los investigadores y biógrafos de Hitler han escrito mucho más acerca del ascenso de Hitler que sobre la guerra y los últimos seis años de su vida. La segunda, y más importante, contribución de Schramm reside en el sofisticado refinamiento y la calidad moral de su juicio, que surge desde la perspectiva de un patricio tradicionalista y toma cuerpo en la prosa de un historiador magistral[21]. El modo en que penetra en la personalidad y el carácter de Hitler no sólo es digno de mención, sino que aún perdura. Se trataba de las percepciones y del reconocimiento propios de una madurez sabia y rica (al fin y al cabo, Schramm rondaba los setenta cuando compuso estos estudios).

Werner Maser (1922—) es un historiador muy distinto cuyos orígenes, vida y carrera poco tienen que ver con los de Schramm: casi treinta años más joven, Maser nació en Prusia Oriental en una familia humilde; sirvió como soldado raso y fue hecho prisionero de guerra por los Estados Unidos y después por Rusia, estudió en Berlín Este y no pasó al Oeste hasta los treinta años. Tras obtener su título universitario trabajó como periodista y aunque más tarde recibiría responsabilidades docentes respetables, nunca se aseguró una plaza fija de profesor, ni una cátedra en la universidad ni tampoco logró ser admitido en el círculo superior de los historiadores académicos alemanes. Además, al contrario que Schramm, la totalidad de la producción literaria e investigadora de Maser, expresada en una extensa lista de libros y otras publicaciones, estaba dedicada casi sin excepción a Hitler y al nacionalsocialismo. Su contribución fue considerable: en ocho años —entre 1965 y 1973— publicó cuatro voluminosos tomos que trataban de los comienzos del Partido Nacionalsocialista y del inicio de la carrera de Hitler, a los que

siguieron un estudio de *Mein Kampf*, una biografía de Hitler y un estudio de sus papeles y documentos[22]. El principal logro de Maser fue el descubrimiento de grandes cantidades de datos a través de una investigación incansable, en particular en ámbitos tan importantes como los siguientes: los orígenes de Hitler, sobre todo en lo referente a los rasgos heredados de su padre, a otros miembros de la familia, a sus primeros años de vida y a su situación financiera y material; más tarde dedicó —quizá con un exceso de énfasis— capítulos enteros a las mujeres y a la medicación de Hitler y a estudios y tablas grafológicas, entre los que se incluía una comparación con Napoleón. Los esfuerzos de Maser en la investigación merecen mayor admiración que su talento como biógrafo. En su principal biografía de Hitler (*Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*) se entremezclan frecuentemente (con la consiguiente interrupción temática) los acontecimientos de la guerra con párrafos acerca de la salud y el estado emocional de Hitler; por añadidura, Maser tendía, si no a exagerar, al menos a sobrevalorar la importancia de sus «hallazgos[23]». Polémico e infatigable, Maser criticó y fue criticado por algunos de los principales historiadores y biógrafos de Hitler, quizá de modo injusto en ocasiones, aunque muy comprensible en otras. No obstante, la categórica afirmación en la introducción (pág. 8) de su biografía, "los huecos de la imagen de la vida de Adolf Hitler podían considerarse [presumiblemente gracias a sus propios logros] rellenos al completo ["lückenlos nachzeichenbar"], era una exageración.

En 1965 apareció un voluminoso libro sobre el papel de Hitler como estratega y líder de guerra[24] del ya mencionado Andreas Hillgruber (1925— 1989), que al igual que Maser había nacido en Prusia Oriental. El terrible destino de su tierra natal al final de la guerra dejó una impresión permanente en su mente joven, lo que lo inspiró para convertirse en un prominente —quizás el más prominente— especialista alemán en la historia de la Segunda Guerra Mundial *y* en Hitler. Un auténtico especialista, puesto que entre el asombroso número de sus publicaciones sorprenden las

pocas (sólo cinco de una lista de cincuenta y siete libros y artículos) que estaban dedicadas a materias distintas del período de la Segunda Guerra Mundial. Hillgruber y Schramm quizá fueron los primeros historiadores profesionales cuyo trabajo se centró en la figura de Hitler como hombre de Estado y líder militar. No obstante, mientras que el trabajo de Schramm —a la vez que cumple con todas las aspiraciones del método académico— puede ser considerado como un ensayo histórico soberbio, el grueso libro de Hillgruber estaba abarrotado con el instrumental de la erudición académica tradicional (que también condujo a su designación para una cátedra universitaria). La cuestión que aquí se plantea es si el método y las costumbres de la historiografía académica del siglo XIX, entre otras el ideal —a menudo, por desgracia, la pretensión— de «objetividad profesional», eran, y son, garantías suficientes cuando se trata de temáticas como la de Hitler. Por supuesto, éste es un problema filosófico (más precisamente, epistemológico) muy amplio, que no puedo discutir aquí[25]. Permítanme tan sólo decir que pese al uso aún aceptado de los categóricos adjetivos «objetivo» y «subjetivo», parte integrante de la división cartesiana del universo en objeto y sujeto, éstos han demostrado no ser del todo absolutos ni estancos, incluso en las ciencias físicas; aun así, algunos historiadores siguen empleándolos para sus propios propósitos[26].

Hillgruber no era un buen escritor (he encontrado frases suyas que contienen más de doscientas palabras), en especial si se le compara con alguien como Schramm; sin embargo, más importante es la cuestión, que invade de modo inevitable el problema de la «objetividad», de la ideología y las inclinaciones políticas de Hillgruber: nacionalistas conservadoras (una vez más, distintas de las de Schramm, conservadoras patricias). Éstas aparecerían, de modo creciente, al hilo de su implicación en la Controversia de los Historiadores (que se discutirá en las páginas 38-42, 222— 223 (notas 63 a 75); sin embargo, tales ideas —en general no mencionadas por la mayoría de los demás historiadores[27]— eran, o

deberían haber sido perceptibles en su, por otra parte muy valiosa obra, *Hitler's Strategie: Politik und Kriegsführung 1940-1941.* La teoría de la «guerra dual», que él difundiría con asiduidad en la década de 1980, ya estaba implícita en esa obra, en donde Hillgruber se refería, en más de una ocasión, a la Segunda Guerra Mundial como una "europäisches Normalkrieg"; es decir, una guerra tradicional llevada a cabo con los métodos bélicos tradicionales: una tesis que es, como mínimo, dudosa.

Muy distinto es el breve y relevante estudio de Eberhard Jäckel (1929—) sobre la ideología de Hitler[28]. Jäckel recapitula las pruebas según las cuales las decisiones de Hitler —en primer lugar su modo de liquidar el «problema judío» y su intento de conquista de la Rusia europea— serían la consecuencia directa de una ideología cristalizada con anterioridad, en la que éste se mantuvo firme a lo largo de su carrera, su vida y durante la guerra. Otros comentaristas habían argumentado así anteriormente, pero el mérito de Jäckel fue mucho más allá de una nueva afirmación de lo obvio y justifica su cátedra en la Universidad de Stuttgart y su reputación como uno de los mejores investigadores sobre Hitler. De manera implícita, por tanto, Jäckel estaba en desacuerdo con el argumento

de la «guerra dual» y con el del «oportunismo» aunque quizá (se verá en el capítulo v) puede que no pusiera suficiente énfasis en las dualidades de la mente de Hitler. Asimismo, puede que sea apropiado mencionar que Jäckel debe de haber sido el primer investigador alemán de posguerra cuyas convicciones políticas no eran conservadoras (se unió al Partido Socialdemócrata alemán en 1967). En la década de 1980 él y Hillgruber fueron rivales en la controversia de los historiadores alemanes acerca de la Segunda Guerra Mundial, pero bastante antes de aquello varias de las publicaciones y comentarios de Jäckel acerca de Hitler[29], así como el planteamiento de problemas que aún están pendientes[30], habían contribuido a su merecido reconocimiento.

En 1969 apareció una excelente biografía de Hitler, obra de Ernst Deuerlein (1918-1971); en mi opinión, la mejor biografía corta de

Hitler[31] (la mejor biografía larga quizá sea la de Fest, a la que pronto me referiré). Si tuviera que elegir un único libro sobre Hitler para estudiantes o lectores inteligentes, sería éste. Muy bien escrito, con frases breves y expresadas de modo elocuente que reflejan una magistral economía de estilo —a pesar de las largas citas que en ocasiones apoyan la argumentación de Deuerlein—, así pues, esta biografía es interesante, no sólo porque está compuesta de muchos detalles significativos, sino porque logra una lectura placentera. El excelente estilo no era más que una de las virtudes del autor: el texto de Deuerlein permite entrever la asombrosa amplitud que abarcan sus lecturas, así como el cuidado con el que maneja el material de documentación. En muchos casos Deuerlein apuntó problemas sobre Hitler que aún no se han resuelto, si damos crédito a varios historiadores y la variedad de sus interpretaciones. Este historiador católico ya había compuesto algunos señalados estudios, que incluían una obra de 1962 acerca del golpe de 1923. En su biografía, Deuerlein pone el mayor énfasis en analizar cómo había sido posible Hitler —es decir, en la relación de éste con el pueblo alemán—, en especial en el largo capítulo final ("Hitler's Ermöglichung"). En resumen, era una biografía corta casi perfecta, repleta de percepciones psicológicas muy dignas de consideración. El único defecto (común en la mayoría de las biografías de Hitler) es un tratamiento muy escaso de Hitler durante la guerra.

Con la llegada de la nueva década llegó la *"Hitler-Well?*: el volumen de publicaciones (y películas, incluidos los documentales) acerca de Hitler comenzó a aumentar en la década de 1970. La aparición de biografías gigantescas estaba a la vuelta de la esquina, pero antes de ello deben mencionarse dos obras extraordinarias, y relacionadas entre sí, del historiador católico austríaco Friedrich Heer (1916-1983[32]). Historiador de la cultura, lector de extraordinaria amplitud, la suya es una prosa nerviosa y de estilo directo muy distinta al patrón de la prosa académica, lo que puede haber sido una razón para que los investigadores sobre Hitler rara vez le hayan prestado algo más que una atención marginal y para que éste, pese

a su gran reputación, no tuviera una cátedra universitaria. Heer expresó sus ardientes convicciones; según éstas, la ideología de Hitler —es más, su visión del mundo (incluido su antisemitismo)— no puede entenderse sin tener en cuenta la judeofobia del entorno, originada en ocasiones en una ideología conservadora y en otras popular, en definitiva, érala atmósfera intelectual de Austria en la que Hitler creció (y que hasta cierto punto persiste aún hoy). La fuerza que movía la obra de Heer era una intensa preocupación por lo que este investigador profundamente religioso consideraba los defectos morales del catolicismo austríaco (y no sólo austríaco). En el capítulo II se verá que el efecto directo atribuido por Heer a esas influencias puede ser exagerado; no obstante, al mismo tiempo Heer merece aún mucho crédito por la extraordinaria amplitud de su ilustrativa documentación y más incluso por sus repentinas y a veces desconcertantes percepciones sobre el carácter y la personalidad de Hitler[33], coincidentes (algo que quizá Heer desconociese) con las percepciones solitarias y penetrantes de pensadores y escritores tales como el francés Georges Bernanos («un niño profundamente humillado») y George Orwell.

En 1973 se publicó la gran biografía de Hitler de Joachim Fest (que ya en un volumen anterior había demostrado su talento para este género). Al igual que Maser, Hillgruber, Jäckel y Heer, Fest (1926—) nació a mediados de la década de 1920; era, por tanto, demasiado joven para servir en la guerra, excepto en un período muy breve al final de la misma. Tras acabar sus estudios universitarios (tenía un interés particular por la historia del arte), Fest hizo carrera como periodista, trabajando también para la televisión, y se hizo miembro del Partido Democristiano (fue elegido varios años diputado por Berlin-Neukölln). El éxito y el reconocimiento de la biografía de Hitler llevaron a que se le ofreciera un importante e influyente puesto de editor en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*; nombramiento que refleja una práctica loable de la vida cultural alemana (también Görlitz y Zitelmann tuvieron oportunidades similares). Desde esa posición de influencia Fest

desempeñó, hasta su reciente retirada, una labor significativa con sus comentarios y contribución al desarrollo de los estudios sobre el Tercer Reich y Hitler (incluidas las controversias de la década de 1980). La excelencia de su grueso volumen (1184 páginas en la edición alemana) se debe principalmente a su perspicacia biográfica. La formación periodística de Fest no comprometió, sino que mejoró la calidad de su obra; obra que también era el resultado de sus amplias lecturas (pensadores como Burckhardt, Proudhon, Nietzsche, Constant, etc., que a menudo mencionaba o citaba). Fest había realizado poca investigación en archivos, lo que le valió, injustamente, las críticas de Maser; sin embargo, algunos de los mejores historiadores alemanes lo alabaron sin reparos[34].

Son muy interesantes los años de Viena y el período entre 1919-1933 de la vida de Hitler (aunque de nuevo es algo escaso cuando se refiere a los años de la guerra), en cuanto al retrato físico, está además enriquecido con las cinco "Zwischenbetrachtungen". («Consideraciones provisionales»), que se ocupan del significado de ciertas cuestiones particulares (dos de ellas, al comienzo y al final del volumen, plantean el lugar de Hitler en la Historia[35]). Otro rasgo de la biografía, inusual por aquel entonces, era la aseveración de que si Hitler hubiera sido asesinado a finales de 1938, «pocos [alemanes] hubieran dudado en señalarlo como uno de los más grandes hombres de Estado de Alemania, quizá incluso el que había completado ["*der Vollendet*] su destino[36]». Éste no era un argumento exculpatorio, sino un argumento que han acabado por compartir otros historiadores (Haffner, Zitelmann y yo mismo, por ejemplo). Fest no mostraba ninguna intención de rehabilitar a Hitler. Aquí y allá fue criticado por el considerable crédito que concedió a las memorias de Albert Speer[37],publicadas mientras Fest estaba escribiendo su libro, un crédito que complementó con numerosas conversaciones con Speer. En mi opinión, estas críticas son totalmente injustificadas puesto que considero que Speer, a pesar de algunos *lapsus*, es una fuente muy

importante sobre Hitler, ya que estuvo muy unido a éste, en especial durante la guerra[38].

En la década de 1970, la «ola» de Hitler continuaba avanzando y se convertía no sólo en una masa de materia impresa[39], sino también de documentales y películas. Entre éstas se incluía una cuyo guión había sido escrito por Fest (1977), quien recibió las críticas de algunos historiadores —sobre todo por la frecuencia de las escenas en que se mostraba la popularidad de Hitler en la década de 1930—. Asimismo, en 1977 apareció la primera biografía extensa de Hitler escrita por un estadounidense, John Toland (1912—).[40] Toland era un periodista estadounidense muy interesado por la Segunda Guerra Mundial, sobre la que escribiría cierto número de historias populares y exitosas. Estaba, de modo más que evidente, fascinado por Hitler. El rasgo novedoso de su libro era la recogida y empleo de materiales que hasta entonces la mayoría de los historiadores habían evitado. Esto incluye los vastos viajes de Toland, sus contactos personales, entrevistas, y la ocasional adquisición de papeles de secretarias, cocineros, conductores, criados y guardaespaldas de Hitler; el autor afirma que había entrevistado a ciento cincuenta y nueve personas[41]. Estos desvelos están dentro de las tareas del biógrafo, ya que en potencia todo aporta un grano de arena: hasta los cotilleos pueden servir en ocasiones, cuando son ilustrativos y se manejan de modo adecuado. Al mismo tiempo Toland no hizo ningún esfuerzo (ni tenía pretensión alguna de hacerlo) por adecuarse a los métodos de los historiadores profesionales: su trabajo en los archivos es prácticamente inexistente; prestó escasa atención a lo que habían escrito otros biógrafos de Hitler, y su empleo de las fuentes tanto primarias como secundarias era muy selectivo. En muchos casos, Toland encontró apropiado el incorporar información de las obras de otros historiadores sin incluir las referencias y tampoco presentó documentación para algunas de sus afirmaciones, a menudo sorprendentes[42]. En suma, el retrato de Hitler que surgía de la composición de Toland era de una inconsistencia curiosa (y quizá preocupante). Por un lado, Toland,

con su estilo despreocupado, metálico y entrecortado (con resonancias de Broadway), hacía afirmaciones sumarias de condena a Hitler, rindiendo obediencia formal a los clichés habituales; por otro, podían detectarse indicaciones de su admiración por Hitler a lo largo de todo el libro, no percibidas por la mayoría de sus comentaristas pero plenamente coherentes con la visión general de Toland sobre la Segunda Guerra Mundial[43]. (Volveré a algunos de estos indicios en el capítulo VIII: «Admiradores y defensores: declarados y ocultos»).

A lo largo de la década de 1970, tres profesores universitarios estadounidenses (dos de ellos historiadores) publicaron trabajos biográficos psicoanalíticos sobre Hitler. Eran libros diferentes y cada uno había sido escrito de modo independiente; lo que tuvieron en común fue la aceptación —de hecho, la ejemplificación— del estilo intelectual y académico predominante en ese momento. Se trata de la moda (me resisto a llamarla de otro modo) de la psicohistoria, que significaba no sólo la aplicación de la psicología a los personajes históricos (algo que todo historiador o biógrafo serio ha hecho desde Polibio o Plutarco) sino la aplicación al sujeto de estudio de la «técnica» psicoanalítica, predominantemente freudiana. No es éste el lugar para desacreditar, ni siquiera para resumir, los defectos esenciales y la falta de perspectiva del freudismo, excepto para señalar que si su aplicación al diagnóstico y terapia de los seres humanos en vida es a menudo cuestionable, más aún debe serlo cuando se refiere a la aplicación del psicoanálisis a los muertos. No puedo evitar hacer al menos una observación de pasada acerca del clima intelectual de la década de i960, en la que una serie de interpretaciones neomarxistas y neofreudianas se elevó en medio del paisaje académico. Dentro de la profesión histórica estadounidense esta interpretación surgió en 1958, cuando el reputado historiador de la diplomacia William L. Langer, de Harvard, tituló su discurso presidencial para la Asociación Histórica Americana «The Next Assignment». (La misión inmediata), exhortando a sus colegas historiadores a imitar «la audacia especulativa de los científicos

naturales» y a dar paso urgentemente a «la necesaria profundización de nuestra comprensión histórica mediante la exposición de los conceptos» del moderno psicoanálisis freudiano. Aunque no es legítimo que los historiadores, incluido yo mismo, atribuyamos motivos a nuestros colegas, sí puede hacerse una adecuada indicación sobre sus propósitos. Hayan estado inspirados por William Langer o no, hayan estado influidos por el clima intelectual de la década de i960 o no, los propósitos de Walter Langer (el hermano de William), de R. L. Waite y de Rudolph Binion[44] eran evidentes, confirmados de hecho por ellos mismos: aplicar el psicoanálisis a Hitler. De estos tres libros el de Langer es el que menos atención merece, y el de Binion el que suscita un mayor interés. El primero es un refrito de una proyección psicológica de Hitler que Langer había construido en 1943 por encargo de la oss (gran parte del material lo extrajo de una entrevista con Stephanie Hohenlohe, que por entonces estaba internada en Texas). El segundo libro viene a aseverar que Hitler era un psicópata (una personalidad *borderline*). En el tercero, Binion, un investigador que conocía en profundidad la historia intelectual de la Europa moderna, llevó a cabo un estudio sustancial de Hitler; no obstante, su tesis, según la cual el odio de Hitler hacia los judíos era resultado de un recuerdo reprimido pero agudo del doctor Eduard Bloch, el médico judío de Linz que había infligido un doloroso tratamiento a la madre de Hitler en sus últimos años de vida, no era convincente, y las subsiguientes hipótesis de Binion aún lo eran menos[45].

Más tarde, en 1977, el periodista inglés David Irving (1938—) publicó la primera rehabilitación parcial de Hitler con cierta sustancia, que fue un éxito comercial. En el caso de Irving se hace especialmente evidente que la historia que escribe el historiador no puede separarse de su propia vida. Ya en sus primeros años de juventud demostró un profundo interés por Alemania; trabajó un año de obrero en una fábrica para perfeccionar su conocimiento del alemán. Desde entonces su interés y aspiraciones han estado en gran parte consagrados a la Segunda Guerra Mundial, y en especial

al Tercer Reich y a Hitler. A la edad de veintiún años comenzó a escribir artículos para publicaciones periódicas alemanas; en 1963 publicó su primera obra, a la que por lo general no hay nada que objetar, *The Destruction of Dresden*. A ésta le siguieron muchos libros, de los cuales el principal fue *Hitler's War,* publicado en 1977[46], en el que se reveló por primera vez (sólo para los lectores cuidadosos) su admiración por Hitler. Esta admiración dibuja una progresión gradual, que va desde la exoneración parcial hasta la rehabilitación, para llegar finalmente a elevar a Hitler a un nivel de grandeza histórica y moral. La evolución de las historias de Irving refleja la correspondiente evolución en su historia personal: a lo largo de discusiones públicas o en presentaciones en los juzgados por acusaciones de difamación (y su posterior aparición como orador en varios mítines neonazis en Alemania), este otrora revisionista aficionado se ha revelado como un admirador impenitente de Hitler.

Ya existían, por supuesto, otros libros recalcitrantes, apologéticos y en los que —al menos de manera implícita— se admiraba a Hitler, pero su amplitud, circulación y efectos habían sido lo suficientemente reducidos como para omitirlos de esta panorámica declaradamente incompleta de la historiografía sobre Hitler (pese a que deba referirme de modo ocasional a algunos de ellos en los últimos capítulos, en especial en el capítulo VIll). Sin embargo, la contribución de Irving al estudio de Hitler —quizá desafortunadamente— no puede pasarse por alto y ello no sólo por la extensión —asimismo lamentable— del público de sus libros[47]. Irving, mucho más que Toland, fue capaz de acumular una sobrecogedora cantidad de papeles y reunirse con muchos supervivientes de la jerarquía del Tercer Reich, en especial hombres y mujeres del círculo más íntimo de Hitler[48], particularmente aquellos que coincidían con el punto de vista de Irving. Con probabilidad, lo más significativo de sus colecciones documentales fueran los diarios de Walter Hewel, el confidente de Ribbentrop en los cuarteles generales de Hitler durante la guerra (Hewel, partidario de Hitler desde sus comienzos, siguió sus pasos y acabó por

suicidarse), así como las páginas sueltas de una organización secreta de la inteligencia alemana, establecida por Göring, en la que se recopilaba información de fuentes extranjeras, la llamada Forschungsamt. «Es la primera vez que éstas se utilizan», escribió Irving. No obstante, ¿dónde las consiguió?; «por desgracia, todos los archivos de la Forschungsamt fueron destruidos en 1945[49]». En la década de 1970, Irving depositó esos papeles en los archivos del Institut für Zeitgeschichte (cuyos archiveros pronto encontraron necesario distanciarse de él). Irving asimismo, al igual que Toland, casi no prestó atención a las obras de los historiadores profesionales y a menudo las rechazó o ridiculizó; en este caso no solamente porque se sintiese bastante satisfecho con su propia investigación, sino también por el orgullo con que veía sus propios logros como aficionado[50]. Atacó a los historiadores profesionales no sólo por ser demasiado estrechos en su método, sino también por estar comprometidos con unos planteamientos políticos previos; es decir, por su reluctancia a dar cierto reconocimiento a Hitler en las cuestiones en que lo merecía. Muchas preguntas —aparte de cuestiones morales de juicio— deberían haber surgido (y, por desgracia, sólo surgieron raras veces)[51] acerca de los métodos de este historiador aficionado de infatigable ambición. Lo mismo que otros muchos aficionados (y al igual que algunos profesionales en ocasiones), Irving actuaba con lo que el gran historiador español Altamira llamó en una ocasión «la idolatría del documento», lo que significa que un único documento, o un fragmento de éste, bastaba a Irving para construir una tesis muy cuestionable acerca de su contenido o sobre la falta del mismo. Las referencias de archivo de Irving en sus notas al pie eran aún peores (al contrario que Toland, el incansable Irving había estudiado atentamente los rollos de microfilme de toda una serie de archivos): muchas de ellas eran inexactas y, o *no* probaban las correspondientes afirmaciones del texto de Irving en absoluto, o ni siquiera hacían referencia a ellas. Por lo tanto Irving, quien a menudo acusaba a otras personas (incluido Churchill) de «falsificaciones» en documentos, se permitía

sus propias manipulaciones, que atribuían significados como mínimo falsos a algunos documentos e incluía, en otras ocasiones, referencias a otros irrelevantes[52]. Por último debe mencionarse, incluso en este resumen necesariamente esquemático de su obra, que el compromiso ideológico de Irving no carecía de una considerable hipocresía, puesto que su admiración por Hitler con frecuencia se ocultaba detrás de sus persistentes esfuerzos por desprestigiar a todos los oponentes de Hitler, tanto extranjeros como alemanes[53].

Sin embargo, la historia, incluida la historia de la historia, no está toda cortada por el mismo patrón. Pocos meses después de la invasión editorial de Irving apareció uno de los estudios más brillantes sobre Hitler a cargo de Sebastian Haffner (1907-1999[54]). Liberal conservador (estos adjetivos están usados en el mejor de sus sentidos originales), periodista, publicista e historiador aficionado, Haffner era un hombre de gran honestidad. Emigró de Alemania en 1938 y trabajó en Londres como periodista, dedicado sobre todo a escribir acerca de Alemania y Europa. Regresó a Berlín con su esposa en torno a i960 y en su madurez alcanzó, por su probidad y su juicio, una respetuosa reputación casi unánime entre los lectores alemanes. La tímida modestia de su estudio de Hitler iba en consonancia con la personalidad de su autor; Haffner —con seguridad no por falta de energía ni por ausencia de estudio— no aspiró a la autoría de una biografía completa de Hitler. En su bien escrita obra —en esencia un ensayo histórico extenso— deseaba en cambio llamar la atención sobre ciertas características del lugar de Hitler en la historia que se desconocían o a las que a menudo se restaba énfasis. La gran fuerza de esta obra de Haffner es la excelente descripción —y el breve pero convincente análisis— del indudable talento político de Hitler[55], pero también su sintética descripción (y análisis implícito) de la atmósfera política y cultural de Alemania en la década de 1930; una perspicaz descripción del clima nacional, evitando especulaciones filosóficas innecesarias, que quizá sea única. En general, el punto de vista de Haffner coincidía con el

de Deuerlein y el de Fest y afirmaba la indudable unidad de Hitler y el pueblo alemán en la década de 1930 (si «unidad» —un término nubes excesivamente fuerte, la palabra «popularidad» puede que sea demasiado débil). Las únicas preguntas que le habría hecho a Haffner se refieren al desconcierto de éste ante la declaración de guerra a los Estados Unidos hecha por Hitler en diciembre de 1941, que en mi opinión interpretaba de modo equivocado como completamente irracional y evitable; y —quizá— a sus afirmaciones acerca del rechazo de Hitler por parte del pueblo alemán al final de la guerra[56].

En los cinco años siguientes a la publicación de la obra de Haffner (1978— 1983) no disminuyó el interés académico (ni tampoco el popular) por Hitler. Algunos de los más valiosos estudios monográficos sobre el Tercer Reich, artículos acerca de Hitler o el Tercer Reich y comunicaciones en conferencias dedicadas al estudio de Hitler, fueron publicados a lo largo de esos años, pero en esta breve panorámica de la evolución de la historiografía de Hitler no puedo permitirme enumerarlos, ni mucho menos describirlos. En cualquier caso, debe señalarse que en torno a 1980 comenzó a aparecer la primera generación nueva de investigadores —esto es, de hombres y mujeres nacidos después de 1945, a quienes la época de Hitler no les traía recuerdos personales— sobre el escenario académico y en las páginas de los periódicos respetables. Al mismo tiempo tuvo lugar un debate (debate, mejor que controversia) entre los llamados funcionalistas e intencionalistas. Los funcionalistas, entre los que destacaba Hans Mommsen, nieto del gran historiador clásico, trataban de probar que las decisiones de Hitler (en especial durante la guerra) a menudo fueron titubeantes y que, sobre todo a causa de las condiciones cada vez más complejas y arduas en el seno de la jerarquía nazi, Hitler debía haber sido, al menos a menudo, un dictador «débil[57]». Para los intencionalistas, por el contrario, las intenciones y decisiones de Hitler eran evidentes aplicaciones de sus convicciones ideológicas[58]. El argumento de Jäckel también merece ser considerado: el Tercer Reich era a un

tiempo el gobierno de uno y el de muchos. Creo que la importancia de este debate no debe ser sobrevalorada (pese a que aún quedan ecos del mismo): en cierto modo (aunque no del todo), el debate entre funcionalistas e intencionalistas[59] no era sino una continuación de las encontradas interpretaciones entre el Hitler oportunista y el Hitler ideólogo citadas más arriba. Esto no significa que el debate fuera estéril, como tampoco lo fue la ya mencionada exhortación de Broszat (1985) de pasar, finalmente, desde la demonización a la historización de Hitler y el Tercer Reich.

En esos años dos jóvenes historiadores británicos hicieron importantes contribuciones a los estudios sobre Hitler. El libro de William Carr (1921-1991), *Hitler: A Study of Personality and Politics*, era ejemplar en ciertos aspectos[60]. Carr logró una señalada síntesis al tratar la personalidad de Hitler conjuntamente con su carrera y al describir y recopilar significativas observaciones sobre la relación entre el Hitler público y el privado, entre sus prácticas políticas y sus preferencias personales. Ian Kershaw (1943—), que empezó su carrera de investigación como medievalista, dedicó su principal interés al estudio de la influencia de Hitler sobre el pueblo alemán: una materia compleja e inagotable. El primer libro de Kershaw se publicó en Alemania antes incluso de que apareciera en Inglaterra; se basaba en unos materiales que aún siguen acumulándose, en los que se registran datos sobre la opinión pública y el sentimiento popular en la Alemania del Tercer Reich. Tras éste llegó su biografía de Hitler[61]: un volumen corto y sucinto al que sucedió una gran biografía, publicada en 1998.

Hace unos años, en 1986, se levantó una controversia entre historiadores e intelectuales alemanes; una controversia cuyos ecos, que sugerían divisiones muy profundas en el juicio sobre el Tercer Reich (y al menos de modo indirecto sobre Hitler), aún no han desaparecido. Empleo «controversia» y no «debate» (el término que se usa en las versiones británicas y estadounidenses de la misma[62]). El término alemán es *Historikerstreit*, que significa «la controversia entre los historiadores»: un término apropiado, excepto

por la sugerencia de una controversia entre investigadores especializados. Pero la *Historikerstreit no* fue precisamente una tormenta en un vaso de agua, suscribiendo la frase de Jane Austen («Si vives en un vaso de agua una tormenta puede ser algo muy incómodo»). Su acidez fue tal que no contribuyó a la mejora del conocimiento histórico: en cierta manera se trató de un diálogo, o de una diatriba, entre sordos. Nuevamente no puedo evitar hacer al menos una mínima referencia al contexto más amplio del momento. Como muchos otros lugares del mundo occidental (Reagan en los Estados Unidos, Thatcher en Gran Bretaña), la Alemania Occidental del canciller Kohl destacaba por una poderosa tendencia neoconservadora; en cierto sentido una reacción esperada frente a las muchas tendencias radicales e izquierdistas de finales de la década de i960. Empleo «neoconservadora» por las significativas diferencias que existen entre las versiones de conservadurismo más tradicionales y las más modernas, tanto en Alemania como en cualquier otra parte. No obstante, éste no es el lugar para discutir esto en profundidad, aunque quizá sí para señalar que muchos de los historiadores neoconservadores que tomaron parte en la Controversia de los Historiadores pertenecían a una generación más joven de la Alemania de posguerra. Éstos estaban perdiendo la paciencia y los nervios frente a lo que parecía ser un consenso izquierdista que dominaba ampliamente la vida intelectual y el comercio de ideas en Alemania, como refleja la rápida eclosión de la Controversia de los Historiadores[63].

La controversia se desató a causa de dos publicaciones diferentes sobre el Tercer Reich, por parte de Ernst Nolte y Andreas Hillgrub er. Nolte (1922—), el mayor de ellos, había consolidado su posición académica en 1964 con el amplio estudio *Three Faces of Fascism*, un libro con un voluminoso material de investigación pero cuya tesis principal es discutible por dos razones[64]. La primera es la aplicación del término «fascismo» al nacionalsocialismo alemán (en el capítulo IV se discute la impropiedad e imprecisión de esto); la otra es la consecuente agrupación de la historia de la francesa

Action Française, del fascismo italiano de Mussolini y del nacionalsocialismo alemán bajo el mismo título, cuándo en realidad Action Française era un fenómeno prefascista y el Tercer Reich (especialmente el estado de las ss) era posfascista. Debido a su participación en la vida política, Nolte publicó relativamente poco en la década de 1970, pero a principios de los años ochenta había comenzado a trabajar en otro amplio volumen, *Der europäische Bürgerkrieg, 1917-1945 (La guerra civil europea, 1917-1945),* cuya tesis resumió en una conferencia pública a principios de 1986; ésta fue publicada posteriormente por Fest en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* en junio. La tesis principal de Nolte —mantenida con obstinación y desarrollada desde entonces— era que el nazismo alemán debía entenderse como una reacción al bolchevismo ruso; que los horrores del sistema soviético de campos (el gulag) precedieron y dieron pie a los de Auschwitz y que —un aspecto menor pero particularmente sensible— la declaración de guerra contra los judíos por parte de Hitler tuvo su paralelo, cuando no una conexión directa, con la declaración de Chaim Weizmann, quien en una carta abierta de septiembre de 1939 ofreció el apoyo del Congreso Mundial Judío al gobierno británico en la guerra contra Alemania. En cualquier caso, el artículo de Nolte y el subsiguiente libro sugerían al menos una exoneración parcial —aunque con seguridad no una rehabilitación— de Hitler. Al mismo tiempo que se publicaba el artículo de Nolte apareció un libro de Andreas Hillgruber (un volumen pequeño para un historiador que no se destaca por la brevedad de su prosa) que suponía la rehabilitación de una parte de los esfuerzos de las fuerzas armadas alemanas, incluida la de algunos oficiales nacionalsocialistas del Tercer Reich, aunque no la de Hitler. En *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Dritten Reiches und das Ende des europäischen Judentums (La destrucción*[65] *del Tercer Reich y el fin de los judíos europeos*) por primera vez un reputado historiador alemán (de hecho, el líder más o menos aceptado de los especialistas alemanes en la historia de la Segunda Guerra Mundial) declaraba que había llegado la hora de

reconocer la lucha desesperada de muchos alemanes (incluidos también los pertenecientes a las 88 y al nacionalsocialismo) frente al aterrador avance de los ejércitos soviéticos en 1944-1945. La segunda parte del volumen, mucho más pequeña, Hillgrub er la dedicaba a un justo recordatorio del Holocausto[66].

Inmediatamente después de esas publicaciones el filósofo social alemán Jürgen Habermas atacó a Nolte y a Hillgruber en *Die Zeit*. La calidad estilística de la argumentación de Habermas era considerable, pero lo afilado de su tono llevó a la erupción de una polémica en la que tomaron parte numerosos historiadores alemanes. Igualmente significativa es la repentina aparición pública de defensores de Nolte y Hillgruber —Fest entre otros— y de jóvenes historiadores alemanes tan reputados como Michael Stürmer (consejero del canciller Kohl) o Klaus Hildebrand, un poco menos dotado. En su contra se desplegaron algunos historiadores alemanes más maduros (Christian Müller), pero también Eberhard Jäckel y Hans-Ulrich Wehler (cuya argumentación encuentro convincente, aunque notablemente partidista[67]).

En su defensa parcial debe señalarse que a comienzos de la década de 1970 tanto Hillgruber como Nolte fueron víctimas de irrazonables ataques por parte de la izquierda. Al menos en una ocasión una conferencia de Hillgruber fue interrumpida de modo violento, mientras las clases de Nolte fueron groseramente boicoteadas durante algún tiempo (el documental producido por Fest en 1977 también recibió fuertes críticas, en ocasiones inadecuadas). No obstante, lo que reveló el *Historikerstreit* en su conjunto fue la creciente presencia de una profunda división ideológica y política de los historiadores con respecto a su perspectiva sobre el Tercer Reich, o al menos sobre algunos aspectos de éste; una división que ha amenazado la aceptación de un consenso general, por el cual han estado luchando muchos respetados historiadores e intelectuales alemanes durante al menos cuarenta años[68]. Tal división sobrevivió a la unificación alemana en 1989. (Algo que por cierto ninguno de

los historiadores del *Historikerstreit* había previsto; de hecho, habían juzgado que sería imposible en un futuro cercano).

Lo que sí se mantuvo constante fue la tendencia a separar la historia del Tercer Reich (e, indirectamente, la del pueblo alemán) de Hitler. Posteriormente apareció, en 1987, un importante estudio de Hitler a cargo de Rainer Zitelmann (1957—): después de muchos años, una contribución significativa y una revisión al menos parcial del retrato de Hitler[69].Ya en 1982, con sólo veinticuatro años, este brillante historiador había publicado uno de los ensayos bibliográficos más competentes de los estudios sobre Hitler: *Hitlers Erfolg: Erklärungsversuche in der Hitler-Forschung {El éxito de Hitler, intentos de explicación en los estudios sobre Hitler]*,[70] en cuyo mismo título se sugería el carácter de las próximas obras de Zitelmann: ¿por qué —y cómo— había tenido éxito Hitler? En su libro de 1987 *(Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*). Zitelmann hizo dos, si no tres, contribuciones innegables[71]. En primer lugar, señaló que Hitler fue un verdadero revolucionario y que, en consecuencia, sus aspiraciones y puntos de vista eran *modernos* (sin importar lo mucho que pudieran estar arraigados en algunas posturas alemanas tradicionales); lo mismo ocurría con sus ideas y planes acerca de la remodelación de la sociedad alemana (un argumento que rara vez ha sido expuesto con firmeza después de Zitelmann, con la excepción del historiador estadounidense David Schoenbaum). Esto también significaba que, en contra de la opinión más extendida, a Hitler la economía no le era ni desconocida ni indiferente. Zitelmann ilustraba y respaldaba todo esto a través de una extensa consulta de papeles y otros documentos, muchos de ellos del período 1928-1932, durante el que —de nuevo frente a la opinión generalmente aceptada— Hitler no sólo habló, sino que también escribió y dictó en abundancia. Tal vez el único defecto de este libro es el breve espacio que Zitelmann dedica a la capacidad de Hitler como hombre de Estado. En este punto se volvía a enfatizar su carácter revolucionario, pero quizá sin reconocerse suficientemente la dualidad consciente de Hitler (sus opiniones y

expresiones, diferentes y en ocasiones completamente contradictorias, respecto a hombres de Estado y fuerzas políticas del extranjero).

Dos años después de esa publicación este joven historiador publicó un libro más corto pero no menos notable sobre Hitler[72]. No menos notable para nuestros propósitos, puesto que si su anterior obra era sobre todo un estudio analítico de las ideas de Hitler, ésta era una biografía. En el prólogo Zitelmann lanzaba la pregunta: ¿por qué otra biografía más, cuando ya tenemos las de Bullock, Fest y Toland? «Algunas de esas biografías», contestaba, «eran excelentes para su época, pero hoy día deben considerarse superadas en muchos aspectos[73]». La investigación de Zitelmann se basaba sobre todo en la edición finalmente completada de los diarios de Goebbels, así como en algunas fuentes muy poco exploradas por entonces, incluida una nueva serie de notas sobre las conversaciones de sobremesa de Hitler durante la guerra. No obstante, la trascendencia de la biografía de Zitelmann no descansa en la investigación del autor y sí en sus resueltas convicciones. Éste es el resumen que él hace de sus logros: «El retrato de Hitler que aquí se dibuja difiere [de otros] de un modo muy sustancial. Aquí aparece como un político, cuyo pensamiento y cuyas acciones eran en esencia mucho más racionales de lo que hasta ahora se ha aceptado». También: «[…] en algunos campos la investigación sobre el nacionalsocialismo está en sus comienzos. […] Por último, la imagen de Hitler aparece en esencia más compleja, diferenciada e incierta». Una afirmación imponente, quizá exagerada, para un joven historiador, pero no carente de contenido. «La sobriedad también es necesaria en el lenguaje. Esto está lejano a la verdad en la totalidad de las biografías de Hitler [incluida la de Fest].»[74].

Un trabajo así de sobrio, conciso y bien escrito lo logró Wolfgang Wippermann, *Der konsequente Wahn: Ideologie und Politik Adolf Hitlers*, Düsseldorf, 1989, p. 9: «Este libro», afirmaba Wippermann modestamente, «trata de la vida y la ideología de Hitler y también de la historia del nacionalsocialismo, pero no es ni una biografía de

Hitler ni una presentación resumida de la historia del nacionalsocialismo. El propósito es alentar una confrontación [con Hitler] y con una época que sólo en apariencia pertenece al pasado» [die nur scheinbar Vergangenheit ist[75]].

Ya estamos cerca de acabar esta panorámica. En 1991 apareció una encomiable biografía de Hitler (la primera de importancia en francés), sin imperfección alguna, obra de Marlis Steinert (1922—), una dama de origen alemán, profesora (hoy emérita) en la Escuela de Altos Estudios Internacionales de Ginebra.'[76] Pese a su erudición sin tacha, la contribución más importante de Steinert era su argumentación implícita en contra de la teoría de la guerra dual, frente a Hillgrub er y otros (con los que no debatió abiertamente): la guerra de Hitler antes de 1941 no era una «guerra europea tradicional»; ténganse en consideración las órdenes dadas ya en septiembre de 1939 para el trato a los polacos y, por supuesto, a los judíos[77]. El único defecto (discutible) puede haber sido el empleo demasiado generoso del término «megalomanía[78]», no del todo desacertado cuando se aplica a Hitler, pero quizá no es muy exacto.

Antes de concluir creo necesario dedicar alguna atención a la persistencia de una lamentable fuente de acritud entre los historiadores alemanes —incluido Zitelmann, que ha considerado necesario colocarse cada vez más en el lado derecho (o neoconservador o, quizá más precisamente, neonacionalista)[79] y adscribir todo tipo de deshonestidades a sus adversarios—. Entre estos últimos, no sólo incluyó a la generación de 1968 (año de las trifulcas universitarias) sino también a hombres y mujeres que habían insistido en un consenso alemán y en la aceptación de la responsabilidad de los alemanes por la guerra y sus atrocidades. (Zitelmann atacó a Richard von Weizsäcker, el muy respetado expresidente de la República Federal Alemana y a Golo Mann, así como a Max Domarus, el encomiable recopilador y compilador de las declaraciones públicas de Hitler). En los frecuentemente repetidos argumentos de Zitelmann a favor de la historización de Hitler —una

postura que sigue siendo apropiada— existen elementos latentes de una rehabilitación al menos parcial[80].

Permítanme los lectores recordar de nuevo que mi tratamiento (y mi lista) de las biografías de Hitler no es —ni puede ser— completo. No incluye obras valiosas que traten sólo de una porción particular o de un capítulo de la vida de Hitler —por ejemplo, del crucial intento de golpe en Múnich en 1923—.[81] Entre otras limitaciones, este capítulo incluye pocos artículos (los habrá en los siguientes capítulos, cuando sea necesario), pese a que en algunos de ellos se encuentran muchas de las interpretaciones, revisiones y ampliaciones significativas de nuestro conocimiento sobre la vida y la carrera de Hitler. No obstante, ahora debo tratar de hacer algunas consideraciones generales. La primera es válida en un nivel nacional: durante los últimos cincuenta años muchos alemanes no han querido pensar en Hitler, pero sí que lo ha hecho un gran número de sus historiadores. En Alemania los historiadores y otros escritores han hecho grandes, verdaderos y honestos esfuerzos por rendir cuentas con este capítulo de su historia nacional. Han sido pocos los intentos similares entre los aliados de guerra de Alemania; no muchos en Italia y menos aún en Japón.

La práctica totalidad de las biografías más importantes, y serias, de Hitler las han escrito historiadores alemanes, británicos y estadounidenses. En otras lenguas no hay ningún intento parecido —ni siquiera en Francia, lo cual resulta bastante curioso, pues hace muchos años que muestra signos de un acentuado interés por Hitler y la Segunda Guerra Mundial—. (La obra de la historiadora finlandesa Vappu Tallgren es una excepción). La contribución de los historiadores rusos y de Europa del Este ha sido fútil o inexistente (esto incluye —tal vez de manera especial— a los escritores de Eslovaquia, Croacia y Rumania: aliados de guerra de Alemania). La contribución de los historiadores de Alemania del Este durante los cuarenta años de existencia de la República Democrática Alemana fue, con pocas excepciones, inservible. No obstante, lo mismo puede

decirse de las interpretaciones marxistas de Hitler hechas por intelectuales y académicos del mundo occidental. Hay varias razones para ello: la principal es la miopía y la estrechez de las categorías de la visión marxista del mundo y de la naturaleza humana; pero también que la vida y carrera de Hitler, así como gran parte de la historia del Tercer Reich, son vivas refutaciones de la interpretación económica de la historia, es más, de toda la idea de «hombre económico».

Esto me lleva a una breve discusión acerca de la relación entre historia y biografía. La historia es, por supuesto, más que biografía, puesto que sus temáticas no incluyen a una persona, sino a muchas; pero no es así de sencillo. Es «la esencia de innumerables biografías», tal y como señaló Carlyle; pero esta impactante frase, como suele ocurrir con Carlyle, es imprecisa: no se trata de innumerables biografías, sino de innumerables vidas. También en el siglo XIX el historiador inglés John Seeley escribió: «La historia es la política del pasado, y la política es la historia del presente»; una frase que Hitler, sin conocer por supuesto a Seeley, repitió en una ocasión (creo que en 1936) cuando dijo "Politik ist werdende Geschichte" (la política es historia en elaboración). No obstante, en el siglo XX numerosos historiadores han asumido que, después de todo, la historia debe ir más allá de la política; que no puede restringirse a la historia política y que debe tratar de un gran número de personas. En consecuencia, la historia social llegó a ser un tema aceptado en sus obras, y últimamente incluso dominante. En un extremo (desafortunadamente frecuente) esto condujo a la degeneración de la investigación y la escritura históricas en una especie de socio *logia* retrospectiva, mientras que, por otro lado, produjo algunos excelentes trabajos de *sociografía* histórica[82].Como resultado de la aceptación de la idea de ciencia social hubo quienes (por ejemplo, el soberbio biógrafo Harold Nicolson) temieron que la tradición de la biografía se marchitara, pero no ha sido así. En realidad —tal vez por la reacción instintiva de parte de unos lectores sedientos de representaciones de la realidad,

de descripciones narrativas de personas reales y de sus vidas reales— biografía e historia se han ido aproximando cada vez más, hasta llegar a un solapamiento inevitable. Asimismo, la idea ampliamente aceptada (propagada no sólo por los historiadores marxistas) según la cual la historia no la hacen las personas, sino grandes condiciones sociales ocultas y fuerzas económicas, ha sido obviamente refutada y es especialmente inaplicable a Hitler; de hecho, al conjunto de la historia de la Segunda Guerra Mundial. Decir que la guerra no se habría desatado en 1939 de no ser por Hitler y que el curso de toda ella habría sido diferente sin Churchill, Stalin y Roosevelt, es algo que no exige mayor explicación.

Es obvio que no todo biógrafo es un historiador y que no todo historiador es un biógrafo, pero no lo es menos que cualquier historiador serio debe tener interés y talento biográfico, lo mismo que cualquier biógrafo serio debe conocer una gran cantidad de historia (y no sólo la de un sujeto o la de esa época[83]). A estos deseables requisitos se debe añadir una posible ventaja que *algunos* no profesionales de la biografía histórica (seguro que no todos) *pueden* tener frente a aquellos profesionales cuyo trabajo y cuyas vidas estén restringidas a los círculos académicos: los primeros quizá conozcan más sobre el mundo, incluida una gran variedad de gente. Esto *puede* concederles una perspicacia para entrar en los sujetos de su biografía que tal vez les falte a *algunos* historiadores profesionales (pero por supuesto no a todos[84]). De este modo, el retrato físico de Hitler lo han dibujado mejor Schramm, Deuerlein, Fest o Haffner que, por ejemplo, Bullock, Maser o Hillgrub er (por no hablar de Toland o Irving). No obstante, ya basta de elucubraciones: es suficiente con decir que el problema biográfico de Hitler es asimismo histórico, y viceversa.

Así pues, veamos los problemas que se presentan al abordar el tema de Hitler. En contra de la opinión popular, el trabajo del historiador consiste tanto en el análisis descriptivo de problemas como en el de épocas. Sin duda, esto incluye también a Hitler; ya hemos visto que existen significativas diferencias en la manera en

que lo interpretan diversos historiadores. Cuando los problemas están planteados de un modo incorrecto (o inadecuado) los resultados del análisis se ven afectados, del mismo modo que un diagnóstico inadecuado afecta al resultado de la respectiva terapia. No obstante, antes de referirme a los historiadores y a sus —nuestros— problemas, debo dedicar unas líneas a un grave malentendido que ha afectado más a la gente en general que a los historiadores. Se trata de la popular opinión de que Hitler estaba loco: al afirmar —y pensar— que estaba loco cometemos dos fallos; hemos ocultado el problema de Hitler bajo la alfombra. Si estaba loco, entonces todo el período de Hitler no fue más que un episodio de locura, nos es irrelevante y no necesitamos pensar más en ello. Al mismo tiempo, el definir a Hitler como «loco» lo releva de toda responsabilidad, en especial en este siglo en el que una declaración de enfermedad mental exime de una condena judicial. Hitler, sin embargo, no estaba loco; es responsable de lo que hizo, dijo y pensó. Además del argumento moral, hay suficientes pruebas (acumuladas por investigadores, historiadores y biógrafos, entre las que se incluyen registros médicos) de que, con todo el respeto a las fronteras imprecisas y fluctuantes entre la enfermedad y la salud mental, Hitler era un ser humano normal.

Esto me conduce al término (y al argumento) del «mal». (Una vez más hay gente que se interesa por Hitler porque se interesan por el mal: un síndrome de Jack el Destripador, o algo aún peor). Es cierto que los deseos, pensamientos, afirmaciones y decisiones expresados por Hitler estaban llenos de maldad (hago énfasis en *expresados* puesto que es lo que las pruebas permiten considerar con propiedad). Sin embargo, no hay que perder de vista que el mal, así como el bien, es parte de la naturaleza humana. Nuestra inclinación al mal (se convierta en actos o no) es reprensible, pero también normal. Negar esta condición humana lleva a aseverar que Hitler fue anormal, y con la colocación simplista de esa etiqueta de «anormal» se lo vuelve a eximir de toda responsabilidad —verdaderamente, de un mismo modo categórico—,[85]

Hitler no sólo poseía un talento intelectual muy considerable, también era valiente, seguro de sí, tenaz en muchas ocasiones, leal con sus amigos y con quienes trabajaban con él, autodisciplinado y frugal en sus necesidades materiales. Lo que aquí se sugiere no debe ser sacado de contexto ni entenderse o leerse de modo incorrecto; no significa, bajo ningún concepto, que Hitler fuera malo sólo al cincuenta por ciento. La naturaleza humana no es así. Una verdad a medias es peor que una mentira, puesto que no tiene en ningún caso un cincuenta por ciento de verdad; es la mezcla de una verdad y una mentira al ciento por ciento. En matemáticas, con unos números rígidamente fijados e inmóviles, cien y cien suman doscientos; en la vida humana cien y cien suman *otra, forma diferente* de cien. La vida no es constante: está llena de negro y de blanco, de frío y calor, todos al ciento por ciento, los unos creciendo mientras otros se reducen. Esto no es válido sólo para las células de nuestro cuerpo sino para todos los atributos humanos, incluidos los mentales[86]. En suma, Dios dotó a Hitler con numerosos talentos y fuerzas y esto es exactamente lo que lo hace responsable de haberlos empleado de modo incorrecto.

Éste es el principal problema moral en nuestra consideración de Hitler. Sé que de los argumentos de esta obra puede ser éste, el argumento moral, el más discutible, pero ¿acaso no lo es cualquier argumento moral? Por lo tanto, permítanme que descienda a un nivel más mundano: del *cómo* vemos o deberíamos ver a Hitler al qué sabemos o no sabemos sobre él. Un último apunte que puede tener que ver con la cuestión de la enfermedad mental: uno de los puntos débiles de Hitler era algo similar (aunque no totalmente idéntico) a la hipocondría. En 1938, como muy tarde, ya estaba convencido de que no viviría mucho[87]. Esto no sólo lo llevó a ciertos cambios en sus hábitos personales, sino a su misma decisión de acelerar los preparativos ante una posible guerra (sobre la fatalidad de esto, véase el capítulo v). Poseemos extensos registros de sus exámenes médicos y de su extraordinaria ingestión de medicamentos[88]. No hay duda de que al menos durante los

últimos nueve meses de su vida Hitler estuvo enfermo, aquejado —entre otras cosas— de la enfermedad de Parkinson, que afectó su estado mental y físico[89]. No obstante, aunque ambos son inseparables, no hay absolutamente ninguna prueba convincente de que sus dolencias físicas afectasen, ni siquiera de que oscureciesen, su pensamiento y su juicio hasta llegar a la irracionalidad. También debemos plantearnos esta cuestión (y una vez más, por lo tanto, no eximirlo de ningún tipo de responsabilidad).

En este punto no hay desacuerdo entre la mayoría de los historiadores. Lo que puede detectarse entre ellos —en especial entre los alemanes— es una ligera diferencia de énfasis. Dos son las cuestiones que preguntan a las fuentes —y a sí mismos—: ¿Cómo pudo Hitler adquirir tanto poder? ¿Qué tipo de hombre era? Es comprensible que el interés y el empeño de los alemanes esté dirigido más a la primera que a la segunda de estas cuestiones, aunque, por supuesto, no de modo exclusivo. Al fin y al cabo, la primera pregunta tiene que ver con su propia historia y con su pueblo. Entre todos los estudios y escritos de la era de Hitler, los más habituales, los más detallados y en muchas ocasiones los menos contestados son los voluminosos trabajos que tratan sobre el fin de la República de Weimar, con la cuestión del modo en que Hitler adquirió su poder (aunque en ellos tal vez se trate más de la debilidad de los oponentes de Hitler y de los errores de sus aliados conservadores que sobre el mismo Hitler[90]).La segunda pregunta es, con seguridad, la más difícil puesto que el ser es inseparable del convertirse en algo. Su propia visión de sí —de su destino en el mundo, así como de su estado físico— cambió en varias ocasiones: en 1919, en 1924 y en 1938-1939, por ejemplo. Esto no es algo inusual, ocurre en la vida de muchas personas, pero en el caso de Hitler está claro que afectó a la historia del mundo. También existía una dualidad en su carácter —algo habitual en la naturaleza humana— que se manifestaba, entre otros aspectos, en la intención consciente de oscurecer (oscurecer mejor que suprimir) ciertos

elementos de su pensamiento pasado y —no menos importante— presente[91].

En consecuencia, aún quedan por resolver cuestiones de primer orden sobre su vida; problemas a cuya consideración se dedica la mayor parte de este libro. Entre ellos se encuentran la cuestión de si la ideología de Hitler cristalizó en realidad en Viena (como él mismo dijo) o en su trigésimo año de vida, en Múnich; la cuestión (no meramente semántica) de si era o no un revolucionario; el asunto de si su nacionalismo era parte de su racismo o al contrario; la cuestión de su capacidad como hombre de Estado (¿hasta qué punto estaba dominada por su ideología?); la cuestión de si su obsesión con los judíos tenía algún tipo de límite; la pregunta acerca de los propósitos de sus defensores parciales y la cuestión de su lugar en la historia de Alemania, del siglo XX y del mundo.

Estos temas se tratarán en los sucesivos capítulos del presente libro. A pesar del océano de materiales y del flujo continuado de interpretaciones históricas, muchas de las cuestiones planteadas siguen abiertas; esto significa que merecen ser reconocidas y discutidas, incluso a pesar de que, como todo en la vida, no lleven a una solución definitiva. Por otra parte, Hitler era un hombre muy reservado, mucho más que Napoleón o Churchill, aunque quizá no más que Stalin (quien era reservado de modo muy distinto). Por supuesto, el carácter reservado[92] de Hitler quedaba confundido por sus invectivas públicas, por la volubilidad de sus discursos y de sus monólogos, tal y como los transmiten distintos interlocutores, compañeros de mesa y taquígrafos[93]. El volumen de sus palabras es extenso; han sido analizadas con cautela y nos proporcionan importantes pistas sobre su pensamiento[94]. Al mismo tiempo este carácter tan reservado es un asunto que toca a los registros. A menudo les decía a sus secretarias «no anote eso[95]». Señalé esta costumbre en *The Duel* (pp. 46-47), comparándola con Churchill, quien era mucho menos reservado (p. 112); un contraste más entre éste, un hombre que se expresaba por escrito, y Hitler, un hombre que lo hacía oralmente (en una ocasión dijo que *Mein Kampf era* un

libro que debía ser dicho, no leído[96]).Era extraordinariamente consciente de los propósitos —tanto exhortatorios como educativos— de sus manifestaciones; en otras palabras, de su capacidad para impresionar e influir sobre la gente —y de la necesidad de hacerlo—.[97] (Necesidad, puesto que a menudo *sentía* la necesidad de hablar). Ésta es la razón, por ejemplo, de que sus conversaciones de sobremesa muestren al Hitler «público» antes que al «privado». En la charla privada de sobremesa, Churchill, Napoleón e incluso Stalin a menudo se presentan más humanos y variados que en sus manifestaciones públicas y registrables. Esto no era así con Hitler quien, relativamente tarde —a los treinta años— descubrió de repente su capacidad para influir en la gente a través de su habla. El año 1919 fue un hito decisivo, es más, un punto de inflexión en su vida, pero ningún humano cambia por entero; por mucho que fuera su talento oratorio[98], Hitler siguió siendo un hombre reservado en muchas cosas, guardando para sí mismo la mayoría de sus pensamientos más relevantes[99].

Uno de los problemas de la historiografía de Hitler es la escasez de documentos escritos que dejó; por ejemplo, no hay instrucciones escritas que lo relacionen con la atroz decisión de llevar a cabo el exterminio en masa de judíos, aunque la decisión se tomase (véase el capítulo VI). Asimismo, cada vez hay más pruebas de que leía mucho (su capacidad de retención era fenomenal): libros y todo tipo de papeles (incluidos discursos de Goebbels); incluso durante la guerra escribió en los márgenes e hizo correcciones de esos libros[100]. También escribió o dictó numerosos artículos semanales (en especial entre 1928 y 1931) para el periódico del partido (*Illustrierter Beobachter*), cuya importancia fue señalada y evaluada en primer lugar por Deuerlein y después por Zitelmann.

No obstante, su carácter reservado es sólo una parte del problema más amplio. Nunca llegaremos a saberlo todo (y quizá nunca lleguemos a saber bastante) sobre él. No es una razón para la desesperanza: a los seres humanos no les ha sido dado conocerlo todo; tal y como dijo Kierkegaard, la verdad pura es sólo de Dios, lo

que nos ha sido dado es la búsqueda de la verdad[101]. El hecho —o, mejor, la condición— es que comprender los límites de nuestro conocimiento en lugar de empobrecernos posiblemente nos enriquezca. O, tal y como dijo Pascal, comprendemos más de lo que conocemos, lo que no es paradójico; sugiere que el acopio de conocimientos no es necesariamente lo que lleva a la comprensión, sino que esa comprensión puede preceder a la acumulación de conocimiento. En la primera página de este libro he señalado que el propósito del conocimiento histórico puede que sea la comprensión antes que la precisión —aunque por supuesto no a expensas de ésta de un modo deliberado— y esta condición, una vez reconocida, puede que se aplique aún más al análisis y la descripción de «problemas» históricos que al de «períodos».

Hitler Fue, Es y Sigue Siendo un Problema. Todo tiene su propia historia, incluso la memoria: la fluctuante y falible memoria humana, que puede oscurecerse o esclarecerse con la distancia, reforzada o debilitada por la perspectiva. No es sólo la tremenda acumulación de materiales, investigación y escritos sobre Hitler, sino una cierta perspectiva lo que me permite hacer una afirmación sorprendente: puede que Hitler haya sido el líder revolucionario más popular de la historia del mundo moderno. El énfasis recae en la palabra *popular* puesto que Hitler pertenece a la edad democrática y no a la edad aristocrática de la historia. No puede ser propiamente comparado con un César, un Cromwell o un Napoleón. Él era absolutamente distinto, fue capaz, más que ninguno de ellos, de estimular a la mayoría de un gran pueblo, entonces el pueblo más culto del mundo, de convencerlos para que siguieran su liderazgo hasta logros asombrosos y extraordinarios esfuerzos y de hacerles creer que aquello que ellos (y él) representaban era la antítesis del mal. Los condujo a la prosperidad y al orgullo, inspirándoles una confianza con la que conquistaron casi toda Europa y logrando una hegemonía alemana que se perdió pronto porque se sobrepasó a sí mismo. Su Reich, que había de durar mil años, acabó en doce, aunque tuvo un enorme impacto y dejó una marca más indeleble que la de cualquier

otro dictador, que la de Lenin, Stalin o Mao. Por ello su lugar en la historia del mundo —que no es el tema principal de este libro— seguirá ponderándose por gente de un futuro muy lejano. Aún estamos lejos de acabar con Hitler…

II
LA CRISTALIZACIÓN. ¿VIENA Y/O MÚNICH?

El relato de Hitler. —Su aceptación por parte de los historiadores—. Pruebas contradictorias.-La importancia de Múnich.— Ciertas características físicas y mentales. —Los puntos de inflexión de su vida.

LA BIOGRAFÍA es un producto de la Edad Moderna, y más aún lo es la autobiografía. Desde el comienzo de la historia conocida la gente ha escrito de otras personas, pero sus obras no eran biografías, al menos no en el sentido moderno del término. Plutarco, Suetonio o Eusebio no fueron biógrafos, ya que los sujetos de sus retratos estaban *estáticos*; no se ocupaban del desarrollo —esto es, de la historia— de la vida y la mente de esos sujetos. Parece que el término griego *biografía* (βιογραφια) no aparece hasta el siglo VI en que es utilizado por un oscuro bizantino. Una observación menor: lo más importante es la peculiaridad de que el sentido actual de la biografía —es decir, la historia de la vida de una persona— no aparece en la Europa occidental hasta la época del Renacimiento —o después—; y la primera autobiografía digna de mención es la picaresca narración que Benvenuto Cellini hace de su vida por esas fechas. Fue una obra muy exitosa, no sólo en virtud de su ameno contenido. Pero no hay lugar aquí para discutir las razones y la relativa tardanza del desarrollo de la biografía, sólo señalaré que estas razones son inseparables del surgimiento de la conciencia histórica, que por su parte es inseparable de la coetánea aparición de la conciencia humana del yo. Pocas páginas más atrás ya se vio

lo que considero como uno de los muy escasos desarrollos literarios prometedores actuales, a fines de la Edad Moderna, que es el aumento de la historización de la biografía, junto con el continuado interés de los lectores por ella. Esto significa, por ejemplo, que la biografía y la autobiografía han dejado paulatinamente de ser formas «puramente» literarias; se han vuelto inseparables de la historia.

En *Mein Kampf*, Hitler sintió la necesidad de comenzar este largo libro de credo político con una porción de autobiografía: una autobiografía *sui géneris*, pero una autobiografía en cualquier caso. Su propósito era contarnos —aunque no precisamente a «nosotros», ya que declaró que *Mein Kampf e*staba dirigido a sus seguidores antes que a una audiencia amplia— cómo y dónde cuajaron sus ideas políticas y su visión del mundo, por ser la mejor manera de explicar que éstas eran plausibles y de impresionar a los lectores con su autenticidad. *Mein Kampf {Mi lucha*) —el propio título es muy revelador— es un amplio e impreciso volumen que contiene: 1) autobiografía, 2) la exposición de unas creencias políticas e ideológicas, y 3) elementos de un programa político. Escrita en primera persona, no es posible determinar con precisión dónde acaba la parte autobiográfica y dónde comienzan la programación y la propaganda políticas, ya que una y otra se solapan, en especial por el uso constante de la primera persona; de todos modos, puede afirmarse con seguridad que la primera, la parte autobiográfica, acaba con la llegada de Hitler a Múnich en 1919, el punto en que sentencia de un solo golpe: «resolví convertirme en político». En esto podemos dar crédito a sus palabras, pero volveremos a ello más tarde, puesto que guarda relación con la principal cuestión planteada en este capítulo.

La narración que Hitler hace de sus primeros treinta años de vida es lo bastante conocida como para que únicamente hagamos un breve resumen. Nació en un pueblo situado justo en la frontera entre el Imperio alemán y el austríaco, algo que significaría mucho para él: de modo muy temprano vio que pertenecía a la comunidad de los alemanes, rechazando los sentimientos de lealtad hacia el

multinacional Imperio de los Habsburgo. Describía a sus padres, a quienes perdió antes de los diecinueve años, y después su vida en Viena, donde dice que vivió en la miseria, luchando a diario por un trozo de pan, y donde sus ojos se abrieron y cristalizó toda su visión del mundo. Tras seis años en Viena se trasladó a Múnich, donde de inmediato se sintió en casa. Un año después, en 1914, llegó la guerra, en la que sirvió valerosamente casi desde el primer día hasta el último. Más tarde narraba la segunda vez que fue herido en el frente y la estancia en un hospital militar, así como la impresión por la derrota alemana, tras la cual regresó a Múnich y resolvió convertirse en político.

Está en la naturaleza de la mayoría de las biografías el que —pese a la mejor intención de un autor honesto— rara vez sean meticulosamente precisas y el que —de manera consciente o no— oculten algunos temas y revelen otros. En el caso de *Mein Kampf* hay por lo menos cuatro temas en los cuales Hitler mintió a sus lectores conscientemente. (Escribo «conscientemente» y «sus lectores» porque —al contrario de lo que ocurre en muchas autobiografías y, cómo no, en las memorias de personajes públicos— hay pruebas de que con esos retoques del pasado Hitler no se estaba engañando a sí mismo). Estos temas conciernen a su padre, a las condiciones materiales de su vida en Viena, a la formación de sus ideas en ese momento y a la fecha de su traslado desde Viena a Múnich. De estos cuatro asuntos, los tres últimos son la materia de este capítulo; volveré, aunque sea brevemente, a la cuestión irresuelta y casi irresoluble de la profunda relación con su padre en el capítulo VI. Antes, sin embargo, debo mencionar algo sobre la imagen distorsionada de esa relación, que en *Mein Kampf es* sorprendente.

Esta obra ofrecía una imagen muy placentera, cuando no totalmente idílica, de su primera juventud: ya en la primera página se extremaba la importancia de su lugar de nacimiento; por supuesto fue significativo, ya que Braunau am Inn se encontraba en la frontera entre Austria y Alemania (a pesar de que su familia se

marchó de Braunau poco después de su nacimiento[102]). Es muy significativa la extensión del relato en el que aparece su padre; le dedicó un espacio mayor que a su madre, aunque sabemos que estaba mucho más unido a la madre que al padre, extraordinariamente más. El doctor Bloch, el médico judío que cuidó a su madre, escribió, tanto antes como después de emigrar de Austria, que en casi cuarenta años de profesión nunca había visto a un joven tan desconsolado como Hitler tras la muerte de su madre. Fue un hijo ejemplar durante la última fase de la enfermedad de ésta. Por supuesto que era el cabeza de familia masculino, ya que su padre había muerto tres años antes, pero había mucho más que eso. Amaba a su madre y temía (y posiblemente odiaba) a su padre. Ésta no es una mera especulación psicoanalítica, hay bastantes pruebas de ello. Mencionó el asunto, a menudo en el secreto de la noche, a algunas personas de su círculo íntimo, por ejemplo al general Edmund von Glaise-Horstenau (casualmente también nacido en Braunau), quien lo creyó lo bastante significativo como para incluirlo en sus memorias, publicadas póstumamente, y también a Speer[103]. El padre de Hitler era dominante y rudo: bebía, maltrataba a su esposa y pegaba a su hijo. Sin embargo, en *Mein Kampf Hitler* escribió sobre su padre con frases reverentes y respetuosas y sólo resaltó una desavenencia, bastante natural, entre ambos: su padre deseaba que se formara como funcionario austríaco (el especial logro de su padre, frente a muchas dificultades), mientras que el joven hijo deseaba convertirse en artista. También sobre esta desavenencia escribió en un tono nostálgico y placentero. Sin embargo, para unos pocos observadores perspicaces, a lo largo de toda su vida adulta dio la impresión de haber sido un niño profundamente humillado[104].

Tras la muerte de su madre Hitler vivió seis años en Viena, desde los dieciocho hasta los veinticuatro años. Ésa es una etapa formativa en la vida de todo hombre y sin duda lo fue también para Hitler, con la particularidad de que, según *Mein Kampf*, fueron años formativos no sólo de un modo parcial o genérico, sino de un modo categórico

y definitivo. Sabemos mucho de esos años por diversas fuentes, pero la primera de ellas es *Mein Kampf* en el que Hitler los describía en profundidad. Sin embargo, hoy sabemos que su relato de los años en Viena es, al menos en un sentido, incorrecto y, en otro, cuestionable. Según *Mein Kampf* aquéllos fueron años de constante y cruel miseria, pero las investigaciones de los historiadores han mostrado que tenía algún dinero[105] y que rara vez fue acuciado por el hambre. Tenemos que especular acerca de por qué siempre subrayó su empobrecida existencia en Viena (¿quizá para demostrar su comprensión y empatía con la clase obrera?). En cualquier caso, poco queda por investigar sobre las condiciones materiales del período vienés de su vida. Lo que permanece abierto a la discusión es la extensión y la profundidad de la formación de sus convicciones en ese momento y en ese lugar[106]. Acerca de esto escribió categóricamente en *Mein Kampf (pie* «Viena» fue «el aprendizaje más fundamental» de su vida, «la escuela más difícil», en la que «adquirí el fundamento de mi visión del mundo». Esa frase la repetía a menudo: «el fundamento granítico de mis acciones posteriores». En 1913 cambió Viena por Múnich, donde se sintió mucho más en su ambiente[107].

La mayoría de los historiadores, aunque no todos, han aceptado, en general, la afirmación de Hitler acerca del impacto decisivo (y categórico y final) de Viena sobre su pensamiento. Después de todo, existe una aterradora línea recta que enlaza la parte autobiográfica y la programática de *Mein Kampf*, el relato estridente y polémico de Hitler sobre la cristalización de su ideología en Viena convence por lo que sabemos de sus consecuencias ciertas y evidentes. También existen considerables pruebas de la influencia sobre su pensamiento de los eslóganes y la literatura antisemitas y radicalmente nacionalistas de esa época; de sus recuerdos de los disturbios sin precedentes del Parlamento y de las grandes demostraciones públicas; y de uno de sus ídolos, el carismático alcalde Karl Lueger. Se ha escrito mucho acerca de Viena y del joven Hitler (incluidas las extrañas publicaciones extremistas y la «atmósfera» de la

«decadente». Viena tras 1914). Es incuestionable que el capítulo de la vida en Viena fue importante, quizá hasta decisivo, en la formación del pensamiento de Hitler, pero ¿fue definitivo? O, en otras palabras, ¿cristalizaron sus ideas de un modo definitivo en Viena? Sabemos que el punto de inflexión más importante de la vida de Hitler tuvo lugar en Múnich, en 1919. Por supuesto, cristalización y punto de inflexión no son lo mismo (salvo quizá en el lenguaje químico), pero tampoco son separables. Así que, con todas las reservas acerca de esta metáfora, ¿dónde tuvo entonces lugar la cristalización —si no de su destino personal al menos de su visión del mundo—, en Viena o en Múnich? Existen pruebas contradictorias sobre esto, a las que debo referirme ahora[108].

Es al menos posible —y yo me inclino en esa dirección— que tal cristalización no sucediese en Viena, sino en Múnich y sorprendentemente tarde, en su trigésimo primer año de vida; quizá exactamente en torno a su trigésimo cumpleaños, el 20 de abril de 1919.

Diez días antes de que Hitler cumpliera treinta años, la República Soviética de Múnich se derrumbó. Regimientos del ejército alemán, junto con cuerpos de voluntarios, marchaban hacia Múnich, donde comenzó lo que se llamaría el terror blanco. Los soldados golpearon al presidente de la república soviética hasta la muerte; en los días y semanas siguientes se ejecutó a más personas que durante los meses del dominio soviético de Múnich. Sin embargo, el terror blanco era popular, algo que no ocurrió con el terror rojo. Escribo «la República Soviética de Múnich» porque la autoridad de ese «gobierno» apenas se extendía más allá de esta ciudad. Entre los escasos y episódicos regímenes comunistas de Europa tras la Primera Guerra Mundial éste fue el más incompetente. Una revolución en Múnich en noviembre de 1918 precedió a la proclamación de la República Alemana en Berlín; a lo largo de los meses siguientes el régimen se inclinó cada vez más hacia la izquierda. A fines de febrero fue asesinado su presidente, Kurt

Eisner, por un contrarrevolucionario; a continuación surgió el régimen soviético de Múnich. Sus miembros eran comunistas, intelectuales, bohemios, muchos de ellos judíos y algún que otro hombre que había sido declarado enfermo mental. (Su composición y sus ideas no difieren mucho de las de algunos de los locos estadounidenses de la década de i960, exceptuando que éstos ni siquiera tuvieron la más mínima posibilidad de acercarse a ejercer el poder). Desde entonces, la ciudad de Múnich, tradicionalmente católica y más tranquila que muchas otras ciudades del norte, se convirtió en sede principal de los derechistas radicales (entre ellos, miembros del Partido Nacionalsocialista).

No sabemos dónde celebró Hitler su trigésimo cumpleaños, ni siquiera si lo celebró. De toda su vida, los meses de la primavera de 1918 en Múnich son los más oscuros. En octubre de 1918, Hitler sufrió un ataque con gas como soldado en el frente. En el momento del derrumbe alemán estaba en un hospital del pueblo de Pasewalk, en Pomerania. En diciembre consiguió volver hasta Baviera y allí se reincorporó a una unidad del ejército. Sabemos muy poco de sus actividades entre febrero y el 1 de mayo de 1919, cuando el terror rojo, aunque no omnipresente, era mortífero y acechaba en las calles de Múnich. En *Mein Kampf* escribió que había vuelto a Múnich en marzo. Sin embargo, Joachimsthaler demuestra que ya estaba allí a finales de enero[109]. Hay algunas pruebas de que Hitler vistió el brazalete rojo obligatorio para los soldados en ese momento; en cualquier caso, se mantuvo oculto. Lo que es indudable es que su actividad política comenzó inmediatamente después de la caída de los comunistas: fue voluntario como orador propagandístico del ejército; asistió a las clases universitarias de un profesor destacado por su nacionalismo y comenzó a hablar en público, quizá en fecha tan temprana como junio de 1919 (la primera prueba documental directa de un discurso público data de agosto de ese año). A partir de ahí, las pruebas se multiplican y la historia es bien conocida. Incluso antes de que se uniera al partido del que nacería su Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes sus discursos

contenían todos los rasgos reconocibles del nacionalismo extremo, judeofobia, fanatismo; esas ideas que lo harían famoso estaban ahí, para ser repetidas una y otra vez.

La cuestión de *cuándo* ocurrió la cristalización de las ideas de Hitler no es un mero asunto de curiosidad cronológica. Según él, no sólo fue en Viena donde se dio cuenta por primera vez de la «amenaza» judía, sino que fue donde consideró con detenimiento el «problema» judío: «Cuando dejé Viena era un absoluto antisemita, y un enemigo mortal de toda la visión marxista del mundo». Sin embargo, tenía conocidos, quizá incluso amigos, judíos en el albergue donde vivía; algunos de ellos lo ayudaban a vender sus acuarelas, otros las enmarcaban. Al menos en una ocasión disfrutó de la hospitalidad de una culta familia judía, en una velada de música de cámara en su casa; también admiraba la capacidad musical del compositor (judío). Gustav Mahler**[110]**. No hay ninguna prueba de declaraciones antisemitas (públicas o privadas) antes de los treinta y un años. Es probable que estuviera enfrentándose con el problema judío, pero parece que no sintió necesidad de expresar esos sentimientos mientras se mantuvieron en estado embrionario, antes de que hubiesen cristalizado en una idea categórica o una poderosa obsesión. Es al menos posible (en mi opinión, probable) que lo que cristalizó esas ideas —las cristalizó, mejor que las produjo desde la nada— fueran sus experiencias durante el invierno y la primavera de 1918-1919: el hundimiento alemán, pero más aún el ser testigo del ridículo y sórdido episodio de la República Soviética de Múnich, con sus intelectuales judíos y lumpemproletariado, etcétera.

Esta tesis la sostiene un enorme volumen, *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924,* una colección documental de todos los escritos y discursos de Hitler entre 1905 y 1924 que han sobrevivido, publicada en 1980 por Eberhard Jäckel y Axel Kuhn. Contiene cada carta y cada postal, cada nota o poema que pudo encontrarse, cada esquema escrito de mano de Hitler para un discurso, desde los dieciséis años en adelante. Esta colección de fuentes primarias es

sustanciosa (más de 1300 páginas); los ítems anteriores a 1919 ascienden a más de setenta (ítems, no páginas; no se incluyen ni los dibujos ni las acuarelas de Hitler). En 1919 hay un cambio drástico tanto en el tono como en el contenido de esos documentos personales, pero no antes. La impresión que uno recibe al leer al joven Hitler es la de un solitario, un soñador y un idealista alemán; una impresión que concuerda con los recuerdos de quienes lo conocieron durante la guerra. En las notas, cartas y postales a sus amigos que se conservan, hayan sido enviadas desde el frente o estando de permiso, las expresiones a menudo son infantiles y muestran una ciega lealtad y deferencia hacia sus oficiales y su país. Con una excepción —una carta de 1915 a un viejo conocido en Múnich, a la que volveré más tarde—, todas ellas son apolíticas. Es típica la postal a un amigo desde Berlín, en octubre de 1917, donde disfrutaba de un permiso breve: «No llegué aquí hasta el martes. La familia A. es muy amable. No podía haber deseado nada mejor. La ciudad es magnífica. Una verdadera capital cosmopolita [*Weltstadt]*. Incluso ahora hay muchísimo tráfico. Paso todo el día dando paseos. Por fin he tenido oportunidad de estudiar los museos algo más. En suma, todo va bien [*Es fehlt mir nichts*]». También están los poemas (excepto un poema en un libro de invitados que data de 1906, no hay ninguno antes de 1915, ni después de 1919). Así era el joven Hitler: dibujaba bocetos, pintaba acuarelas, escribía poesía en las trincheras. Los poemas son sugestivos, su tema principal es la lealtad patriótica; por supuesto que Hitler no era Rupert Brooke, pero los poemas no son risibles. Expresan los fervientes sentimientos de un idealista alemán; son nacionalistas, llenos de juventud, solitarios y tristes. No son exactamente ramplones, debido al tono patético que tienen; son expresión de la devoción a la patria como entidad femenina, expresión de la devoción a una grande y adorada madre, ahora en peligro.

Tras la publicación del volumen antes mencionado, sus editores fueron alertados por dos cartas que centraban la atención en la cuestionable autenticidad de algunos de los documentos. Tras un

meticuloso examen, los editores concluyeron que tales dudas estaban justificadas y publicaron una breve nota en ese sentido, en los VFZ (abril de 1981, p. 304). No debe culparse a Jäckel y Kuhn; un gran número de los documentos provenían de un propietario particular que no deseaba que se publicase su nombre. Los ítems cuestionables son una porción muy pequeña del total de la colección documental: dieciséis o diecisiete sobre un total de ' cerca de setecientos documentos. Lo que tienen en común es que la mayoría están acompañados de una nota de la Reichsleitung, la alta dirección del Partido Nacionalsocialista, y que esas notas están mecanografiadas sobre papel con membrete de la Reichsleitung. Lo interesante es que entre los documentos cuestionables se incluyen algunos poemas de Hitler del período de guerra y poemas y apuntes de los primeros meses de 1919 en Múnich. En la introducción al volumen de Jäckel y Kuhn ambos investigadores indicaban que algunos de esos poemas podían no ser de Hitler, sino copiados por él. Hasta 1980 no supimos que Hitler escribió, o que copió, poemas. (Hay al menos otra falsificación adicional: se incluye un poema breve que fue escrito y publicado bastante después de la guerra; Hitler no pudo haberlo copiado). Seis de esos ítems cuestionables están datados en enero y febrero de 1919.

Es poco probable que tales inserciones en los archivos del partido se hicieran sin el conocimiento de Hitler. Al igual que en *Mein Kampf*, su intención bien pudo ser la de demostrar que la cristalización de su ideología había ocurrido antes del derrumbe de la República Soviética de Múnich. La parte biográfica de *Mein Kampf* concluía con la afirmación de que fue en noviembre de 1918, en ese hospital de Pomerania, donde vivió la derrota y el hundimiento del Imperio alemán y donde sus ojos dañados por el gas se abrieron: «Entonces resolví convertirme en político[111]». Es al menos posible que no resolviera sus dudas, que no resolviera convertirse en un político, hasta seis meses después, tras el sangriento derrumbe de la ridícula República Soviética de Múnich.

No obstante, mi pregunta principal no es si ocurrió en Pasewalk o en Múnich, sino si fue en Viena o en Múnich. Además no es una pregunta en la que elegir una u otra respuesta, sino que más bien se responde con una fórmula del tipo y/o. Hay pruebas en ambos sentidos —pruebas que deben considerarse con seriedad— puesto que una no excluye a la otra y puesto que depende de lo que aceptemos que significa «cristalización».

En cualquier caso, la pregunta de Viena o Múnich no ha llegado al punto de convertirse en una materia de discusión entre historiadores. La mayoría (aunque no todos) han rechazado —con propiedad— las afirmaciones que relacionan a Hitler durante su período en Viena con alguno de los extravagantes grupos y panfletistas antisemitas y racistas extremos; por ejemplo con Jörg Lanz-Liebenfels, como fue expuesto en un libro de 1958 (H. Daim, *Der Mann der Hitler die Ideen gab [El hombre que dio a Hitler sus ideas]*). Al mismo tiempo, Heer merece una seria consideración, ya que en *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität* ofreció el volumen más rico de materiales sobre la «naturaleza austríaca» de Hitler. Heer llegó incluso a manifestar que el carácter de Hitler se había formado por completo en Linz entre 1905 y 1908, esto es, antes de trasladarse a Viena. Esto es discutible, pero no lo es la cantidad caleidoscópica y enciclopédica de pruebas respecto de los elementos austríacos —y austríacos católicos— del pensamiento de Hitler. Aparte de los gestos, maneras y hábitos «austríacos» señalados por mucha gente (incluidas en primer lugar sus secretarias), pruebas de ello se acumularon de nuevo durante la guerra, cuando, en el último capítulo de su vida, Hitler hablaba cada vez más sobre sus recuerdos de Viena, a menudo con un espíritu nostálgico, elogiando (un espíritu bastante contrario al de *Mein Kampf*) muchos aspectos de la atmósfera, los teatros, la cultura, los actores, etc., de Viena. Sin embargo, debemos tener presente que el principal interés de Heer no era el Hitler «vienes», sino el austríaco; en su opinión lo que había sido formativo era su naturaleza austríaca y no los años vieneses. Sus

afirmaciones y citas incluyen pruebas asombrosas, y en ocasiones chocantes, de cómo ciertos conservadores católicos austríacos y sus instituciones no sólo dieron la bienvenida a Hitler, sino que se expresaban antes y después de 1938 en términos realmente hitlerianos[112]. El tremendo conocimiento de Heer de la historia, cultura y literatura austríacas, unido a sus propias creencias religiosas y psicológicas, más que referirse de modo directo a la cuestión de Viena-Múnich, nos proporciona profundas incursiones en el carácter y la carrera de Hitler[113].Sí que existe al menos un documento que parece sugerir que la cristalización de las ideas de Hitler había tenido lugar antes de Múnich: su carta (antes mencionada) a un conocido de Múnich, escrita desde el frente en febrero de 1915. En esta carta Hitler habla de la «inevitable» lucha contra el enemigo interior en Alemania[114]; también hay algunas pruebas de que habló de política con sus compañeros en los refugios.

Junto a esas pruebas contradictorias están las contradictorias afirmaciones de los principales biógrafos de Hitler. «Una de las preguntas más decisivas de la vida de Hitler [sigue siendo] el efecto de los años de Viena en su desarrollo», escribían hace más de cuarenta años los primeros historiadores alemanes de posguerra. No obstante, los mismos autores escribieron en ese mismo libro: «Sin duda su visión del mundo y su ideología [*Weltbild* y *Weltanschauung*] se formaron en Viena en un momento muy temprano[115]». Considérese si no la opinión de Fest acerca de Viena y *Mein Kampf*: «La lectura tediosa y difícil proporciona, sin embargo, un retrato de su autor que destaca por la precisión. […] De hecho, la visión del mundo de Hitler, como él mismo insistía, no cambió». No obstante, en la misma biografía encontramos: «En Viena no estaba predispuesto a ser un revolucionario; sólo era un solitario[116]». Jäckel hizo una afirmación convincente en *Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft*: «La investigación histórica sobre su juventud […] ha probado en numerosas ocasiones que los pasajes autobiográficos de *Mein Kampf* dan una imagen muy

libre y también demasiado simplificada y falsa de ese período». También: «Las únicas pruebas sobre sus años en Viena son de modo casi exclusivo sus propias afirmaciones, y se basan por lo tanto en material de fuentes inciertas». Y: «La finalización definitiva [es decir, ¿cristalización?] de su ideología sólo ocurrió después de que escribiera su autobiografía en *Mein Kampf*[117]». Según Jäckel, el desarrollo de la ideología de Hitler fue gradual (p. 158): "Es un hecho importante que la finalización definitiva [Ausbildung], en contra de las declaraciones de Hitler, en 1919 sólo hubiera comenzado". Quizá significativo, pero de validez incierta: «Aparentemente Hitler ya había discutido antes con uno de sus compañeros en el frente sobre si al finalizar la guerra se convertiría en arquitecto o en político[118]». Zitelmann, en *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p. 15, admitió que el relato vienés de Hitler «incluía con certeza cuestiones que no estaban probadas o no pueden serlo», si bien siguen siendo importantes; pero Zitelmann no trataba de la cuestión Viena-Múnich o del problema de los orígenes y el desarrollo de la judeofobia de Hitler. Görlitz y Quint escribieron que la sonora frase de Hitler sobre su decisión de convertirse en político era más un recurso retórico que el recuerdo de una conversión relampagueante en la que el artista novel decidió convertirse en político. Durante ese terrible invierno frío y lóbrego aún dependía de circunstancias externas que eran «mucho más significativas que su vida privada cotidiana[119]», una formulación convincente de una fase de la vida de un hombre que en adelante se demostró a sí mismo que era capaz de modificar las circunstancias con la expresión de sus propias ideas. Speer dejó constancia de lo a menudo que Hitler afirmaba en la conversación que si bien «el mundo de sus ideas artísticas, políticas y militares presentaba una unidad», éstas se habían formado «en sus detalles entre los veinte y los treinta años[120]», lo que incluye tanto el período de Viena como el de Múnich.

Es significativo que el propio Hitler confundiera la fecha de su traslado desde Viena a Múnich en *Mein Kampf*. Dice que aconteció en 1912, cuando fue en 1913. No es probable que este error fuera involuntario, ya que Hitler poseía una memoria extraordinaria. En esa frase también escribió sobre su «definitivo» *(endgültig)* traslado a Múnich, cuando en realidad ésa era su primera visita a la ciudad. Allí se encontró verdaderamente en casa. Su deseo de identificarse con Alemania y no con Austria era obvio desde el comienzo de su vida y sigue siendo indiscutible. Es también obvio que este deseo llevó a la conversión de un no nativo en un gran líder nacional (como ocurrió con el corso Napoleón y el georgiano Stalin), mientras que aún existe una cuestión irresoluble e intrigante: ¿en Austria, en su país, podría haber llegado a ser un político con éxito?

En cualquier caso, en la vida de este hombre, joven, profundamente infeliz, el establecimiento y consolidación en Múnich acabaron por ser afortunados —por varias razones y en distintos niveles—. Ya hemos comprobado que desde mayo de 1919 la opinión pública en Baviera, así como el sentimiento popular, se volvieron abrumadoramente radicales, nacionalistas, anticosmopolitas, anticapitalistas, antimarxistas y antijudíos, y que desde entonces Baviera y Múnich, más que otras ciudades en Alemania, fueron el centro de tales actividades y organizaciones políticas. Existía una proximidad —geográfica, racial y lingüística— entre la Baja Baviera y Austria; en cualquier otro lugar de Alemania los rasgos austríacos de Hitler (incluida su dicción) habrían sido un impedimento político, pero en Múnich no eran una desventaja. Estas relevantes circunstancias contribuyeron, pero lo realmente decisivo fue el descubrimiento que hizo el propio Hitler: su capacidad como orador. Puede que esto ocurriera en una fecha tan temprana como finales de abril de 1919[121],y que desde entonces se desarrollara con rapidez, fenómeno que no fue del todo independiente de las circunstancias: el carácter extremo e hiperbólico de su oratoria resonaba mejor en la atmósfera escandalosa de Múnich que en el

sordo norte: la virilidad ruda, jocosa y con olor a cerveza del sur de Alemania se resumía en el intraducible término bávaro— germano «Gaudi[122]».

En consecuencia, con la habilidad de Hitler para impresionar a la gente por medio de la palabra llegó el descubrimiento de sus capacidades (y el ejercicio de la voluntad) para influir sobre ésta: una tarea menos efímera y más duradera, que tocaba a la parte verdaderamente política de su genio. Su confianza en esa capacidad creció de modo gradual. Allí donde Demóstenes fracasó, este moderno demagogo tuvo éxito: se convirtió en líder de un partido, después en líder de *su propio* partido, y finalmente en líder de un movimiento nacional. En este capítulo eso no nos interesa; lo que debería interesarnos es el cambio o el desarrollo del *personaje* público y privado de Hitler. Fue en Múnich donde este joven extraño (y de extraña apariencia) se convirtió no sólo en una personalidad política sino también en un personaje atractivo; al menos para algunas personas y en este caso para las mujeres en especial: mujeres maduras y respetables. En Múnich —con ayuda de algunos amigos— fue paulatinamente presentado a familias de clase media alta e incluso del patriciado, adquiriendo algunos modales necesarios y convirtiéndose en lo que los alemanes llaman *salonfähig*, esto es, alguien admisible y presentable, una ayuda para la adquisición de su necesaria respetabilidad. Como dijeron algunos de los amigos de Hitler (Dietrich Eckart y Otto Strasser) en ese momento, el mismo hecho de que este joven fuera soltero lo hacía atractivo; con ello no me refiero a nada directamente sexual: las señoras Bechstein, Reventlow, Wagner, Dirksen, Bruckmann, Hanfstaengl[123],lo veían con ojos casi maternales —un joven que había sido pobre, necesitado de afecto y ayuda (¿quizá de nuevo el niño humillado?)—.[124] Por supuesto, eso no significa que en Múnich ocurriera una transformación *completa* de su carácter. Muchos de sus hábitos personales no cambiaron. Su desdén por las finanzas, por la economía, se mantuvo; y le resultó de gran ayuda. No obstante, a lo largo de toda su carrera muchos de sus seguidores

más cercanos y pertinaces fueron bávaros y austríacos, excatólicos como él. Los años más felices (o al menos los más satisfactorios) de su vida fueron estos de mediados de la década de 1930: el líder nacional rodeado por sus amigos en este o aquel pequeño restaurante o café de Múnich, en un círculo simple y cordial. No fue accidental que construyera su casa de montaña favorita (que era más que un retiro) en los Alpes bávaros. Se mantuvo agradecido a Múnich el resto de su vida. En una ocasión mencionó al arquitecto Giesler que su tumba debería estar en Múnich (más tarde lo cambió por Linz).

Hitler hizo afirmaciones ocasionales respecto a que un hombre no debía comprometerse con la política, ni con nada importante, antes de los treinta años[125]. Ya hemos visto que esa madurez le llegó a Hitler relativamente tarde; una condición que llevó a Heer a escribir que a lo largo de su vida algo permaneció incompleto en su personalidad. Se puede decir que en Múnich, a los treinta años, el serio y taciturno joven se convirtió en un hombre; puede incluso argumentarse que este asombroso hombre, con todos sus talentos y autodisciplina, en realidad nunca alcanzó la madurez; y por ésta entiendo la existencia de un juicio propio profundamente asentado a través del cual una persona hace balance de la relación entre sí misma y sus circunstancias (un reconocimiento que no necesariamente es idéntico a su opinión sobre su destino o a ese sentimiento de resignación que llega con la edad).

Debido a la inevitable relación entre el alma y el cuerpo, la fisonomía de un hombre muestra marcas (o, mejor, signos) de su desarrollo. Para comenzar, tales signos son perceptibles en las fotografías de Hitler antes y después de 1919: algunos elementos mundanos son el bigote más corto y el mechón sobre la frente más largo[126]. El efecto extraordinariamente poderoso de sus ojos se hizo entonces perceptible: no se debía tanto a su atractivo y sugestivo color azul como al acto consciente de dirigirlos, mirando fijamente a sus interlocutores como si estuviera apuñalándolos con

la mirada. Heiden escribió (en *Adolf Hitler*, pp. 336-337) un par de interesantes y penetrantes páginas acerca de las miradas y el aspecto de Hitler en las que aseveraba que ninguna fotografía hacía justicia a la dualidad de su carácter. (También concluyó que, una vez en Múnich, Hitler no sólo comenzó a prestar mayor atención a su apariencia sino que también creyó que era necesario parecer «normal» y respetable). Esa complejidad fue advertida por otros. Peter Kleist, uno de los satélites de Ribbentrop, que escribió en sus memorias: «Tuve la oportunidad de estudiar su rostro cuidadosamente. Siempre me sorprendió la multitud de expresiones que contenía. […] Las fotografías, al seleccionar un momento aislado y fuera de contexto, sólo podían mostrar un aspecto, dando por tanto una falsa impresión de la duplicidad o multiplicidad de seres que se ocultaban tras esa imagen». Añadió: «Traté de encontrar alguna explicación para el efecto hipnótico de aquellos ojos, sin llegar a ella**[127]**».

Hitler era extraordinariamente consciente de su representación pictórica. Ya hemos señalado el asiduo interés por sus retratos fotográficos. Cuando a los cuarenta y ocho años (una edad normal) necesitó llevar gafas, ordenó que no debería tomarse ninguna fotografía en que se lo viera llevando lentes. Una vez le dijo a Speer que sus disciplinados hábitos alimentarios eran también el resultado de la decisión de controlar su peso: «Imagina tan sólo que fuera por ahí con una barriga. ¡Eso sería un desastre político!»**[128]**. Una (si no la mejor) de las descripciones físicas que existen fue escrita por el patricio Schramm: «La cabeza de ese hombre parecía dominar todo su cuerpo; el torso, los brazos, las piernas […] todo parecía colgar de ella». También destacó la extrema manía de Hitler por la limpieza: «Sin embargo, nunca alcanzó la elegancia. La chaqueta le colgaba como un saco; los pantalones no le quedaban bien […]»**[129]**. Más importantes que esas observaciones, sin duda precisas, de un patricio de Hamburgo, son las indicaciones de Schramm acerca de la ambivalencia de las expresiones de Hitler: «El amigo de las mujeres, los niños y los animales; ésta era una cara

completamente genuina de Hitler, ni actuada ni fingida. Existía, sin embargo, una segunda cara que no mostraba a sus compañeros de mesa, pese a que no era menos genuina[130]».

Un elemento de su carácter era el del artista: era un pintor y un dibujante con talento y un arquitecto en potencia. Estos talentos a menudo fueron rechazados injustamente o clasificados de modo impreciso (Fest, y otros también, pusieron excesivo énfasis en las influencias de finales del siglo Xix); aunque otros sí los reconocieron (por ejemplo, el escenógrafo escocés Edward Gordon Craig, que reunió cerca de un centenar de bocetos y acuarelas de Hitler). Maser citaba a Cézanne, quien dijo que pintar en un estudio no significa nada en comparación con la pintura al aire libre: «Hitler también sabía eso y sus pocos cuadros del natural sugieren un talento extraordinario; pero no le importaba, puesto que por entonces no quería ser pintor, sino arquitecto[131]».

En lo referente a la arquitectura, Hitler era un diletante (Speer: «Una de sus características»), pero tenía talento. Speer guardó todos los bocetos que Hitler dibujó en su presencia, más de un centenar de ellos. En lo referente a las discusiones de los planes constructivos de Speer —el pasatiempo favorito de Hitler, cuando no su ocupación— Hitler dibujaba bocetos «de modo incesante. Estaban hechos con soltura, precisos en la perspectiva (…) un arquitecto no los hubiera hecho mejor. [A veces] me enseñaba un boceto bien desarrollado, que había completado por la noche; en la mayoría de los casos, no obstante, esos bocetos se habían concluido con rapidez durante nuestras discusiones[132]». La adicción de Hitler al dibujo era conocida por sus secretarias: solicitaba cuadernos de dibujo para su escritorio; también dibujaba bocetos mientras telefoneaba, o en trozos de papel en los restaurantes. Speer también admitía que el enfoque de la arquitectura de Hitler no era ni rígido ni «doctrinario», entendía la necesidad de diferentes estilos para los diferentes edificios y no era impermeable a las críticas. (Nevile Henderson, Mussolini y Stalin, entre otros, se interesaron por sus planes constructivos para Berlín). Mi propósito no es resumir los talentos

artísticos de Hitler por dar un retrato completo; es, más bien, reconocer el elemento artístico de su carácter. En sus hábitos de trabajo Hitler era un bohemio manifiesto, como a menudo señaló Speer; hasta cerca de 1942 se levantaba tarde, comía tarde y malgastaba muchas horas. Speer comentó «a menudo me preguntaba: ¿cuándo trabaja realmente?»[133]. (Esto cuando era el dictador más poderoso del mundo).

En cualquier caso, en 1919, ya en Múnich, las aspiraciones del líder nacional superaron a las del artista (al contrario que Nerón), pero el uno no excluía al otro: la dualidad permanecía. Además (lo mismo que con Nerón), sería por completo equivocado creer que el elemento artístico era sólo un lado débil o soñador de su carácter. En efecto: «Quería hacer su reino alemán más poderoso, prestigioso, vital y saludable que nunca; tras la guerra (como a menudo dijo a su círculo), se retiraría a ocupaciones pacíficas. Le interesaba construir, no derribar, pero si para construir había que derribar, así debía ser; sin excepciones ni piedad[134]». Y aquí llegamos a un elemento principal y poderoso de su carácter adulto: su odio y su conciencia de esos odios. Maser probablemente tenía razón: Hitler «reconoció en Viena que la vida no es más que una lucha continua entre el débil y el fuerte, que en esa lucha siempre ganará el más fuerte y capaz y que la vida no está gobernada por un principio de humanidad, sino por los de la victoria y la derrota». No obstante, en el caso de Hitler esta brutal, pero nada extraña, visión del mundo estaba aún más fortalecida (si ésa es la palabra) por su conciencia del odio. En fecha tan temprana como 1921 dijo en uno de sus discursos: «¡No hay más que desafío y odio [*Trotz und Hass*], odio y más odio!». Ya había aprendido que siempre importaban dos cosas: «odiar y ser duro (…) una enseñanza carente de amor[135]».

Esto impresionó a Goebbels cuando se encontró con Hitler en 1926. Hitler no paró de repetirle que él, Hitler, «había aprendido a odiar». «Su frase más bella [*sein schönstes Wort*] de ayer: 'Dios ha agraciado nuestra lucha en abundancia. El regalo más bello que Dios nos ha concedido es el odio de nuestros enemigos, a quienes

nosotros, por nuestra parte, odiamos desde lo más profundo de nuestros corazones'».

Hitler era un hombre desesperado y, al mismo tiempo, visionario de un nuevo mundo heroico, pagano y científico. Fue un niño y un adolescente infeliz, aguijoneado por la culpa y el resentimiento seguramente hasta 1918. Es posible que su odio naciera de los tristes y dolorosos recuerdos de un niño humillado; también es posible que contrarrestase, como le ocurre a muchas personas, ciertos sentimientos de inferioridad[136].No obstante, de ahí no puede obtenerse demasiado; ha habido millones de niños humillados que no han sido brutales ni desesperados. Tal y como dijo Schramm, «Hitler no puede explicarse ni en virtud de su procedencia social ni en virtud de las influencias de su primer entorno y tampoco basándose en que surgió en el seno de un determinado pueblo[137]».Fue un hombre fuerte; y una fuente principal de su fuerza era el odio; sin embargo, sus odios no coagularon hasta que tuvo treinta años. Antes siguió siendo un niño; a los treinta se convirtió en un hombre imbuido de venganza: y qué es la venganza sino la idea de causar sufrimiento para sanar el sufrimiento propio. La palabra alemana para venganza es «Rache». Hay pocas palabras guturales más amenazadoras en el idioma alemán[138].

De los cuatro —o quizá cinco— grandes puntos de inflexión en la vida de Hitler el más importante ocurrió en Múnich en 1919, pero antes de decir nada sobre el resto debemos tener en cuenta dos cuestiones. La primera es que un punto de inflexión no es igual que un hito, ciertamente no en la vida de una persona; un hito es algo visible, mientras que un punto de inflexión tiene lugar en la mente; en el caso de Hitler, en Múnich en 1919, se dieron, no obstante, ambos. La segunda cuestión, más compleja pero quizá igualmente importante, es también un asunto de la mente: la importancia —quiero decir, las consecuencias— de sus ideas. Hay una frase muy sabia de un historiador inglés, H. C. Allen, en su *Sixteenth-Century Political Thought* que he usado y sobre la que he pensado a

menudo: «Los hombres se encuentran ocupados en un esfuerzo constante, por lo general bastante exitoso, de ajustar sus ideas a las circunstancias y también en un esfuerzo, muchísimo menos exitoso, de ajustar las circunstancias a sus ideas[139]». Tal vez el logro más asombroso de Hitler fuera su capacidad para alcanzar esto último. Además (al revés que los héroes y villanos de Dostoievski), no fueron sus ideas las que dieron lugar a sus pensamientos sino más bien al contrario (algo relevante para la cuestión Viena-Múnich). Lo más probable es que en Múnich sus pensamientos cristalizaran en sus principales ideas: se convirtieron, en general, en lo mismo.

En general: puesto que, después de todo, los pensamientos y las ideas no son la misma cosa; o, mejor, no se mantienen siempre iguales. (Tras el descubrimiento de Hitler de su capacidad como orador está otra cuestión al menos parcialmente irresoluble: ¿qué le hacía hablar?). Pero no alarguemos más esto. El primer punto de inflexión importante de su vida fue su llegada a Viena en 1908. El segundo, su regreso a Múnich en 1919. El tercero, también en Múnich, ocurrió en 1924 cuando fue excarcelado. Su golpe, su intento de encabezar una revolución había fracasado, pero le llevó a reconocer algo más: que no sólo poseía poder oratorio, sino político y no meras capacidades demagógicas, sino democráticas. En Alemania adquiriría el poder no mediante una revolución violenta que horrorizara a la imaginación de la gente, sino impresionándoles mediante un proceso político (por tanto legal y respetable[140]). En 1938 —que fue el año de mayor éxito de toda su carrera— tuvo lugar otro punto de inflexión, que acabaría por conducir a una catástrofe: su catástrofe.

Lo que entonces ocurrió fue otro cambio en su mente: su preocupación por la salud alcanzó una etapa crítica. Al contrario que Bismarck, Hitler siempre tenía prisa. Temía que el destino o la providencia no le permitieran completar su gran misión para la germanidad. Durante toda su vida sufrió dolencias menores; aunque no era hipocondríaco, a menudo estaba preocupado por su salud. Poco después de su triunfal marcha a Viena dictó un detallado

testamento secreto (2 de mayo de 1938). A lo largo del resto del año 1938 se produjo un marcado cambio en sus hábitos. Ahora rehuía el más mínimo ejercicio físico; cambió drásticamente sus hábitos de alimentación y de bebida; se retrajo de la cordialidad de sus seguidores. La subsiguiente concentración en la política exterior, su preparación para una guerra fue una consecuencia de esto. Apenas quedaba tiempo[141].

Durante 1938, este cambio en la mente de Hitler se volvió completo. Desde ese año en adelante pensó que estaba más enfermo de lo que «realmente». estaba[142]. Aunque en dicho contexto, «realmente» es una palabra imprecisa. Sus cada vez más frecuentes dolencias gastrointestinales eran, para utilizar un término moderno y no muy satisfactorio, psicosomáticas. Su etiología, como la etiología de muchas de estas enfermedades, era existencial y no meramente funcional; y era forzoso que esta condición se exagerase en la vida de un hombre cuya fortaleza de carácter tenía su origen en la creencia en el poder de la mente y la voluntad. Quizá pueda advertirse la mano de Dios en la evolución de esa paradoja: este hombre, que tan a menudo había hablado de la primacía de la mente sobre el cuerpo, y de la voluntad sobre la carne, comenzaba ahora a declinar y finalmente se precipitaba hacia la catástrofe, debido a la evolución del estado de su mente, que afectaba a su cuerpo, cuyos síntomas a su vez le imprimían el profundo sentimiento interior de que no viviría mucho. Su creencia en el predominio de la mente sobre el cuerpo le había elevado al mayor poder sobre la tierra y al final esta creencia le destruiría.

A esto puede añadirse un último —aunque discutible— punto de inflexión, en noviembre de 1941, cuando Hitler (mucho antes de lo que acostumbramos a pensar) se dio cuenta de que ya no podía ganar *su* guerra a *su* manera, pero la discusión debe dejarse para el capítulo V de este libro[143].

III
¿REACCIONARIO Y/O REVOLUCIONARIO?

Un problema de definiciones. —La retórica revolucionaria de Hitler—. Su llamamiento a los conservadores.— Sus logros revolucionarios.— La cuestión de la dualidad.— Un tipo nuevo de revolucionario.

LA HISTORIA de la política es una historia de las palabras. La palabra «revolucionario», aplicada a la política, tiene poco más de doscientos años de antigüedad. «Reaccionario» es más reciente: según el *Oxford English Dictionary*, aparece por primera vez en 1858. («Nacionalista» y «capitalista» también son más recientes de lo que acostumbramos a pensar; aparecen en torno a 1850). Sin embargo, 150 años es mucho tiempo, a lo largo del cual —es más, justo desde el principio del uso de esos términos— «reaccionario» ha tenido una connotación universalmente negativa, mientras que «revolucionario» ha tenido numerosas connotaciones, a menudo positivas. El razonamiento (más que la razón) que hay detrás de esto debería ser obvio. Un revolucionario es un impulsor del progreso, tal vez de modo peligroso, a costa de la ley y el orden, pero un abogado del progreso no obstante, mientras que un reaccionario no lo es. Éste no sólo niega los beneficios del «progreso», sino que reacciona contra él: quiere volver atrás en el tiempo, es más, dar la vuelta a la historia.

Por ello mucha gente, si no la mayoría (incluso hoy), ha pensado en Hitler como en un reaccionario, dadas sus afirmaciones sobre la

raza, los judíos, las mujeres, la libertad política, el nacionalismo o la filosofía de la Ilustración. Sin embargo esto presenta un problema; no sólo por la excepcionalidad de Hitler sino por la lenta erosión del significado de nuestro vocabulario político. Ya en 1835 el joven Tocqueville escribió, al volver de América, que «una nueva ciencia de la política es necesaria para un nuevo mundo». Los términos «izquierda» y «derecha» (que aparecieron poco después de que Tocqueville naciese) o la aplicación de los términos «conservador» o «liberal» a los partidos y las políticas (algo que no ocurrió en Inglaterra hasta 1820) aún son predominantes, incluso a pesar de que vivimos en un mundo muy diferente al de 1830 y pese a que no sólo «conservador» y «liberal» sino también «derecha» e «izquierda» han cambiado y ensanchado su significado hasta tal punto de que son casi —aunque no del todo— inútiles. Ya durante la vida de Hitler los términos «izquierda» y «derecha» no se le podían aplicar con propiedad: ¿estaba a la izquierda o a la derecha de, por ejemplo, el Papa? ¿O de Franco? ¿O, incluso, de Churchill? Es obvio que era un radical (esta palabra es la más antigua de los adjetivos políticos del inglés). También es obvio que no era un conservador; no obstante, hemos llegado al punto en que debemos reflexionar no sólo sobre el significado apropiado de algunos de esos términos que hoy día están en general anticuados, sino también sobre la idea misma de términos tan antiguos y amplios como «progreso» o «moderno».

Esto me lleva al tema central del presente capítulo: ¿Hitler era o no un reaccionario? ¿O era una mezcla de reaccionario y revolucionario? Esta cuestión no es semántica y no se dirige a esa intelectualidad que tiende a sustituir el pensamiento por el vocabulario. Podemos vislumbrar la confusa naturaleza de esta cuestión en dos dramáticas afirmaciones, proferidas en el momento más dramático de la Segunda Guerra Mundial, en el punto más alto de la carrera de Hitler, en junio de 1940, cuando Francia se estaba derrumbando y él parecía ser el vencedor de la guerra. Pocos días antes de que los franceses se rindieran, su primer ministro —de

ningún modo falto de inteligencia— Paul Reynaud hizo una última declaración pública: «Si Hitler vence», dijo, «volveremos a la Edad Media, pero sin la iluminación de la piedad de Cristo». Es decir, un Hitler reaccionario; un nuevo tipo de reaccionario quizá, pero es alguien que está volviendo atrás en el tiempo y dando la vuelta a la historia. Pocos días después (el 18 de junio de 1940). Churchill lo vio de distinto modo: el panorama que evocaba no era el de una vuelta, un *retorno*, a la Edad Media sino el de una enorme sacudida hacia *delante*, hacia una nueva Edad Oscura. Si Hitler gana y nosotros caemos, dijo, «entonces el mundo entero, incluidos los Estados Unidos, incluido todo aquello que hemos conocido y de lo que hemos cuidado, se hundirá en el abismo de una nueva Edad Oscura que la luz de una ciencia pervertida hará más siniestra y, quizá, más prolongada». Obsérvense los términos «prolongada» y «ciencia». Churchill no consideraba a Hitler un reaccionario. Al contrario, sabía que Hitler representaba una fuerza revolucionaria en el mundo, una fuerza que portaba un llamamiento revolucionario para mucha gente, especialmente en caso de su victoria. Hitler estaba empujando la rueda de la historia hacia delante[144], en una nueva y siniestra dirección; por eso había que reaccionar contra él y debía ser detenido.

Esta pregunta sí que plantea (y planteó) dificultades particulares para los alemanes. Entre otras cosas, el significado de «reaccionario» y «reacción» es, al menos ligeramente, más condenatorio en Alemania. Una razón de ello es el fracaso de una revolución liberal y democrática en Alemania en 1848 (y el carácter comprometedor de la revolución de noviembre de 1918). Existe una inclinación en muchos alemanes a ver la época de Hitler como un capítulo horrendo y antinatural en la historia contemporánea de Alemania; un verdadero paso atrás que interfirió la —tardía— evolución de Alemania en la dirección democrática y liberal, a fin de ajustarse a las democracias occidentales y atlánticas. Esta percepción (o, mejor, la insistencia en su validez) estaba detrás de algunos de los argumentos de numerosos funcionalistas, en el

debate entre historiadores funcionalistas e intencionalistas, mencionado en el capítulo I. Considérese la cuestión planteada por Hans Mommsen, un historiador destacado entre los funcionalistas: «¿Es adecuado [*sinnvoll*] dar el adjetivo de 'revolucionario' al nacionalsocialismo y mostrarlo, por tanto, junto a los acontecimientos de la historia de Europa que comenzaron en 1789 con la Revolución Francesa?». Tal y como Schreiber dijo en su panorámica histórica, muchos alemanes, y por supuesto los «funcionalistas» como Mommsen, aún son reticentes a llamar revolucionario a Hitler: «La investigación histórica no está dispuesta todavía a reconsiderar el significado de 'revolucionario'». Mommsen «se niega a incluir a Hitler entre los revolucionarios históricos mundiales (Bracher es más ambivalente y cuidadoso: ve el Tercer Reich como una combinación hasta entonces desconocida de tradicionalismo y revolución)». De este modo, concluye Schreiber: «La respuesta a si es posible o no describir a Hitler como revolucionario depende, en primer lugar, de determinar el significado de 'revolución'. El debate histórico al respecto aún no está decidido[145]».

Sin embargo, hay algo innecesariamente cauto y pedante en este tipo de reticencia semántica. Desde el primer momento, toda clase de biógrafos y comentaristas de Hitler reconocieron —es más, enfatizaron— el carácter revolucionario de sus ideas, su retórica, sus planes y la ejecución de los mismos. Entre ellos podemos citar a muy distintos intérpretes, desde Rauschning (con la debida consideración a las libertades de su «reconstrucción») hasta Irving. Tanto Deuerlein como Fest se refirieron, ambos a Hitler, más de una vez, como «un verdadero [*wirklicher*]. revolucionario[146]». Una contribución valiosa y significativa a la historiografía de Hitler es la obra del historiador alemán de la literatura L. P. Stern, *Hitler, the Führer and the People* (Londres, 1975), en la que Stern argumenta que la visión del mundo de Hitler no era en absoluto reaccionaria, ni estaba ligada a ideas del siglo XIX, sino que era específicamente alemana y novedosa[147]. Otro trabajo muy sustancioso es el del

historiador estadounidense David Schoenbaum *(Hitler's Social Revolution,* Nueva York, 1966), un resumen firme y convincente de la transformación de la estructura social alemana ocasionada por Hitler y el Tercer Reich**[148]**. Rainer Ziteimann ha hecho una reciente y destacadle contribución. Con tan sólo veinticinco años Zitelmann ya había escrito una sustanciosa tesis doctoral (por el momento sólo disponible en manuscrito), en la que argumentaba que la revolución social del Tercer Reich fue planeada por Hitler y que no fue (como explicaban de modo reticente muchos otros historiadores) una consecuencia prácticamente no planeada de las ideas sociales confusas y desconcertantes de Hitler**[149]**. Ya en ese momento Zitelmann señaló su intención de preparar una obra más amplia sobre este tema; y cumplió su palabra. En 1987 se publicó *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*. Schreiber, justo en la última frase (p. 404) de la segunda edición (1988) de su panorámica historiográfica, elogiaba la «consistente y convincente» definición de «revolucionario» que Zitelmann daba de Hitler. «Un libro provocativo y uno de los raros estudios que ha logrado un avance esencial en la investigación histórica [sobre Hitler] desde 1984». En los últimos años se han sucedido varias obras del prolífico Zitelmann, incluida su biografía *Adolf Hitler: Eine Politische Biographie*, y la edición de varias colecciones de estudios, entre ellas: Michael Prinz y Rainer Zitelmann (eds.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, 1992 (edición aumentada, Darmstadt, 1994). Nótese la manera de redactar: «nacionalsocialismo y modernización». Había muchas cosas que eran *modernas* en el nacionalsocialismo y en las ideas y planes de Hitler.

No es sorprendente que esta interpretación, tal vez algo atrevida, del Tercer Reich y de Hitler como «modernos» les resulte chocante a aquellos historiadores que, especialmente en Alemania, prefieren considerar a Hitler si no «reaccionario», al menos sí opuesto a la «modernidad»; esto es, al progresivo mundo liberal y democrático cuyos ideales y prácticas Alemania no consiguió adoptar hasta que fue demasiado tarde. Aún nos corresponde a nosotros, acabado el

siglo XX, no sólo reflexionar sobre lo que significa Hitler, sino sobre el significado mismo de la idea de «progreso» y de «moderno». Más adelante, en este capítulo y en otros, volveré a lo que había de «moderno» y de «social», y tal vez hasta de «progresista», en la opinión y los planes de Hitler para su pueblo; no con el propósito de mitigar su recuerdo sino al contrario, para enfatizar los duraderos peligros de su atractivo pasado (y a veces, al menos en potencia, presente[150]).Algunos funcionalistas, y en especial Hans Mommsem, han enfatizado la responsabilidad —personal, política, retórica e ideológica— de las «antiguas elites» alemanas por permitir, o incluso instigar, la llegada de Hitler al poder; algo que en muchos casos fue cierto. Sin embargo, en esta ocasión histórica particular fue el hechicero quien era joven y sus aprendices los que eran viejos; y con ello no me refiero sólo a sus respectivas edades sino también a sus respectivas ideas.

El propio Hitler dijo —una y otra vez— que era un revolucionario. Una y otra vez dijo que sería el líder de una revolución nacional. Éstos no eran sólo hábitos o recursos retóricos. Se vio a sí mismo de ese modo a lo largo de toda su carrera política, es decir, a lo largo de sus últimos treinta y seis años de vida[151]. Aquí vuelve a ser importante el punto de inflexión vital en Múnich. No hay pruebas de que se concibiera como un revolucionario (o de que creyera que las ideas que estaban cuajando en él eran de naturaleza revolucionaria) antes de 1919. En su carrera política hubo un breve período —antes de llegar a la cancillería, y durante algún tiempo después, al que volveremos— en el que no empleó las palabras «revolución» ni «revolucionario». Esto fue parte de su estrategia política: para establecer y consolidar su respetabilidad entre los nacionalistas conservadores, el ejército y, también, entre una muy buena parte del pueblo alemán. No obstante, nunca negó —ni a otros ni a sí mismo— la opinión que tenía de sí mismo, ni su convicción de que su destino en la historia alemana era completar una revolución nacional. Como dijo en más de una ocasión: los reaccionarios, al

igual que los comunistas, los marxistas o los judíos, eran sus principales enemigos dentro de Alemania y en el extranjero. Es más, dentro de Alemania (esto lo decía a menudo) los conservadores eran sus enemigos más peligrosos. La conocida frase del *Horst-Wessel-Lied*, el himno nacionalsocialista de combate y de marcha, expresaba su propia opinión: venguemos a los "Kameraden, die Redfront und Reaktion erschossen" (los camaradas asesinados por el frente comunista y los reaccionarios).

Debemos aceptar su palabra a fin de comprenderle y, al mismo tiempo, debemos prestar alguna atención a lo que significa: un revolucionario no sólo desea cambiar el rumbo de la nave estatal, desea rehacer su sociedad. No tenemos pruebas de que antes de 1919 Hitler mostrara ninguna insatisfacción profunda con el orden de la sociedad alemana, exceptuando tal vez su deseo de ver a ciertos componentes (socialistas, judíos, intemacionalistas) excluidos de las posiciones influyentes del mismo. Sin embargo, cuando en 1919 hicieron erupción sus resentimientos y sus deseos de venganza éstos no se dirigieron primordialmente contra los enemigos de Alemania en el exterior sino contra los que él creía que estaban en el interior: no sólo y no en primer lugar contra el Tratado de Versalles, sino contra el orden social y político de Alemania que consideraba destructivo, corrupto, débil y sin posibilidades. Pronto encontró que tenía numerosos aliados potenciales, muchos de ellos de la conservadora y nacionalista clase media.

A «nacionalista» y «conservadora» debemos añadir el término «contrarrevolucionaria». Ése era un término muy lógico y aceptable por entonces, y durante algún tiempo después. Cualesquiera que fuesen las raíces profundas del nacionalismo y del conservadurismo, del antimarxismo y del antisemitismo en la mente de esas personas, sus convicciones en aquel momento eran el resultado de su experiencia y la reacción ante los revolucionarios izquierdistas de Múnich y otras partes de Alemania de 1918— 1919. Entre 1910 y 1923 el término «contrarrevolucionario» en Baviera y Alemania, así como en muchos otros lugares de Europa, casi era sinónimo de la

derecha radical; casi, pero no totalmente[152]. Hitler, como vimos en el capítulo II, sabía que podía beneficiarse de la alianza con los contrarrevolucionarios y de la aceptación de éstos por parte de ciertos círculos de la sociedad de Múnich. Sin embargo, pronto comenzó a tener reservas —como muy tarde, después de 1920—; de hecho, comenzó a despreciar a muchos de sus aliados potenciales (e incluso a algunos de sus aliados reales). Esto ocurrió incluso antes de su fallido golpe de noviembre de 1923: un levantamiento que fracasó debido a la decisión de rechazarlo —primero titubeantes, después, en el último momento, firmes— de los sectores contrarrevolucionarios y conservadores del Estado y el orden social alemanes. O, mejor: de rechazar su liderazgo de una revolución nacional. Tras ello llegó el segundo punto de inflexión en su vida y su carrera: la decisión de alcanzar el poder en Alemania no a través de una revolución armada sino con medios aceptables (y, en el sentido más amplio del término, democráticos); no mediante un dramático levantamiento contra el Estado y el orden social sino convenciendo a las masas del pueblo alemán, recordándoles que en sus corazones sabían que él estaba en lo correcto.

Lo logró. Tal como muestran muchos de los estudios electorales y sociográficos del período 1928-1933, la novedad del Partido Nacionalsocialista no residía sólo en su organización y su propaganda. Al contrario que todos los demás partidos de la Alemania de Weimar, los nacionalsocialistas eran un verdadero partido del pueblo, un *Volkspartei*, puesto que adquirieron simpatizantes de modo generalizado, desde todos los sectores de la sociedad alemana. No eran ni un típico partido de clase media baja, ni de mayoría protestante, ni apoyado decisivamente por el capitalismo (esta última explicación de los historiadores y los politólogos marxistas es insustancial y ha sido muy refutada). De hecho, aproximadamente en las dos últimas décadas la tendencia general y los resultados de la investigación indican que tras 1928 es seguro que se produjo un importante movimiento de las clases trabajadoras alemanas hacia el campo de Hitler. Éste se dio cuenta

de ello mucho antes de 1930. Y lo que es más importante: fiel a su carácter revolucionario, sus mayores simpatías y lealtad se dirigían hacia los obreros alemanes. Hay historiadores que describen a Hitler como un típico hombre de clase media baja, un pequeñoburgués convertido en fanático. Esa imagen es totalmente incorrecta: sí que *había* unos pocos elementos pequeñoburgueses en sus gustos y sus modales (cómo no iba a haberlos: nadie puede despojarse por completo de sus orígenes o su infancia); sin embargo, era mucho más importante su aversión a la burguesía, a la tradicional *Bürgertum* alemana y a sus valores «reaccionarios».

Eso es algo que Hitler descubrió muy pronto, mucho antes de que los «contrarrevolucionarios» lo abandonasen en aquella sangrienta mañana de 1923. Se había convertido en alguien que sentía rechazo hacia los valores tradicionalistas de la burguesía alemana. Rechazaba su cautela, su carácter ahorrativo, su respeto por la monarquía, sus aspiraciones sociales, su deseo de seguridad, su conciencia de clase y toda una serie de características, desde la *Gemütlichkeit* burguesa hasta los obsoletos principios del patriciado[153].

Ésos eran antiguos vestigios de un tiempo muy lejano. Hitler se manifestó de este modo en tan numerosas ocasiones que aquí no puede detallarse. Ya en fecha tan temprana como 1920 le impresionó el héroe revolucionario y antiburgués de la obra teatral *Der König*, de Hans Johst (uno de los pocos escritores alemanes destacados que se hizo admirador de Hitler), este héroe se revela contra las clases tradicionalistas y tiene un trágico final: al ser traicionado en última instancia por los burgueses y los reaccionarios prefiere morir por su propia mano. Cuando en 1923 Hitler conoció a Johst (en Múnich, en el apartamento de los Bruckmann, unos amigos patricios) le dijo que había visto *Der König* diecisiete (!) veces en los últimos tres años, que era su drama preferido y que tal vez su propia vida acabase así algún día[154]. Cualquiera que —en una mirada retrospectiva— sea el significado de esta observación, no puede haber dudas de que a lo largo de su vida Hitler se mantuvo

constante en el rechazo de la burguesía. Un ejemplo, sacado de una de las charlas de sobremesa, el 5 de septiembre de 1941: «La cobardía y la estupidez de la educada *Bürgertum* lo llenó en aquel tiempo de tal repulsión que ahora, cuando lo persiguen en busca de una oportunidad, no quiere saber más de ellos. Si no hubiera tenido seguidores entre el pueblo habría perdido las esperanzas con los alemanes[155]». En esto hay algo más que retórica; era la expresión de una de sus convicciones más profundas. Según Zitelmann, los arrebatos e increpaciones de Hitler contra la vieja burguesía raras veces eran meramente pasionales; tenían un fundamento racional[156]. Quizá, pero lo que sigue siendo cierto es que tras su fracaso en 1923 Hitler aprendió una lección: se dio cuenta de que tenía que poner de su lado tanto a la *Bürgertum* como a los conservadores alemanes. Necesitaba —al menos durante algún tiempo— una alianza con ellos, «*porque* había comprendido sus debilidades y su ineficacia, no *a pesar de* ello[157]».

Al menos durante los diez años que van de 1924 a 1934 Hitler deseó conscientemente y consiguió atraer a los conservadores con una retórica antirrevolucionaria, incluso a pesar de que siguió siendo frecuente su exaltación de los trabajadores y su rechazo de la «egoísta» clase alta. El dominio del hechicero en la política incluyó entonces la entonación ocasional del lado «conservador» de su ideología. El elemento más importante —y efectivo— fue su anticomunismo, pero también hubo algo más que ocasionales presentaciones de sí mismo y del nacionalsocialismo como antirrevolucionarios, e incluso numerosas declaraciones a favor del cristianismo.

La idiosincrasia del anticomunismo (más precisamente, la historia de su atractivo) aún necesita ser tratada por un historiador experto. Su atractivo no se reducía a quienes, no importa con cuánta brevedad, experimentaron la brutalidad y las ofensas de un régimen de estilo soviético (como experimentó en la primavera de 1919 el pueblo de Múnich). Tampoco se reducía a la clase alta o propietaria,

que tenía razones para temer las expropiaciones de una revolución marxista; el atractivo del anticomunismo rara vez ha sido económico. Existía el miedo a la revolución, sí, pero incluso en lugares y momentos en que las posibilidades de una revolución comunista eran mínimas, era más fuerte la corriente de respetabilidad del nacionalismo, que incluía el rechazo de una doctrina intemacionalista y de la gente que parecía encontrarse entre sus defensores[158].

Hitler fue por supuesto un *nacional*—socialista; de ambos adjetivos el primero era más importante, y decisivo, que el segundo. Sin embargo, era un oponente tanto del capitalismo *internacional* como del socialismo *internacional*. De hecho, apreciaba algo más a los comunistas e incluso a ciertos socialistas que a los capitalistas. Existen numerosas afirmaciones suyas en ese sentido. No muchas de ellas fueron hechas en público: sabía que para llegar al poder debía apelar al anticomunismo de los conservadores alemanes. En noviembre de 1922 le dijo a Hindenburg: «La bolchevización de las masas avanza con rapidez»; sabía que eso no era cierto y que ese tipo de argumentos impresionaría a Hindenburg y a los conservadores. Al contrario que nueve años antes, cuando su intentona revolucionaria fue echada abajo en las calles de Múnich, ahora se iba a convertir en gobernante de Alemania, de modo legal, constitucional y democrático, y no contra, sino con el apoyo de la gente más respetable de Alemania, al menos en parte por su anticomunismo. Es significativo que continuase usando el tema incluso después de convertirse en canciller, e incluso después de la campaña electoral que lo llevaría finalmente a su consolidación en el poder. El 14 de octubre de 1922 (en un discurso que justificaba la retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones) dijo: «La revuelta comunista podría haberse extendido por Alemania como un reguero de pólvora. […] Hace ya ocho meses que luchamos heroicamente contra la amenaza comunista sobre nuestro pueblo». (Esto en un momento en que en Alemania los comunistas habían sido aniquilados y sus líderes estaban en prisión o en el exilio). El 27 de junio de 1934 (tres días antes de su actuación contra Röhm, la

«noche de los Cuchillos Largos») recibió a tres obispos católicos, a quienes declaró: «La defensa de Europa contra el bolchevismo es nuestra misión para los próximos doscientos o trescientos años[159]».

Sabía cómo atraer a los conservadores. Ya en *Mein Kampf* elogió al populista cristiano Karl Lueger, «quien sabía cómo utilizar las estructuras de poder y autoridad existentes, empleando esos elementos e instituciones anticuados en beneficio de su propio movimiento». Hemos visto que persiguió, y logró, la entrada en los círculos conservadores de Múnich en fecha tan temprana como 1920-1921. En 1926 luchó contra el radical Gregor Strasser en el seno del partido y ganó, acordando votar a favor de la restitución de las propiedades que en 1918 habían sido arrebatadas a los antiguos príncipes alemanes; una causa que significaba mucho para los más viejos conservadores alemanes. En 1930 dijo: "Junto a nosotros permanece una vieja Alemania. No es desde hace tiempo nuestro mundo, pero no queremos desgajarnos de esa vieja Alemania puesto que a ella pertenecen millones de personas muy decentes[160] En fecha tan tardía como 1934 Hitler dijo que «con nosotros la agitada época del siglo XIX por fin ha acabado. En los próximos cien años no habrá más revoluciones en Alemania[161]». Gracias a tales afirmaciones —y no sólo gracias a estrategias políticas oportunistas— este hechicero consiguió el apoyo de sus viejos y anticuados aprendices: hombres como Papen, compañeros de viaje cuya predisposición reflejaba la de los compañeros de viaje de los comunistas («ningún enemigo a la izquierda»). Para ellos no debía haber ningún enemigo a la «derecha» y veían a Hitler como un hombre de la derecha, que era el modo en que él, Hitler, quería que le viesen.

Del mismo modo, un Hitler antirreligioso y anticatólico supo cómo conseguir el apoyo —al menos parcial y al menos temporal— de la jerarquía católica alemana y el apoyo parcial de las masas católicas alemanas. Aunque Friedrich Heer se equivocó al acentuar en demasía la importancia de los elementos católicos residuales en la

mente de Hitler, sí es cierto que Hitler apreció de modo consciente —y apeló— al factor religioso de la ideología y la política. En *Mein Kampf* describió con detalle su admiración por George von Schönerer, el líder del movimiento pangermano austríaco. Sin embargo, escribió que Schönerer, al contrario que el católico Lueger, había cometido el error de ser abiertamente antirreligioso. A este respecto, la aguda experiencia de Hitler en noviembre también marcó un punto de inflexión. Se separó del anticatólico Ludendorff (y de modo indirecto se enfrentó con un recuerdo de la época de Bismarck): en el futuro, no debe haber *Kulturkämpf e*n Alemania. En *Mein Kampf* hay numerosos pasajes que previenen contra una campaña contra los creyentes en Alemania. Un líder político no debe inmiscuirse en las doctrinas religiosas de su pueblo: «¡Ya que entonces no debe ser un político, sino un reformador religioso, si eso es lo que siente!»[162]. Y más tarde: «En las filas de nuestro movimiento hay un lugar para que el protestante se siente al lado del católico, sin el más mínimo conflicto entre sus respectivas conciencias y sus convicciones religiosas». Speer recordaba que cuando en 1937 Hitler oyó que muchos de sus seguidores estaban renunciando a pertenecer a una Iglesia, alentados por los líderes del partido y de las 88, prohibió a sus colaboradores cercanos, incluidos Göring y Goebbels, que actuaran así; y que en 1942 insistió en la absoluta necesidad de mantener las iglesias. Hitler «condenó con dureza el enfrentamiento con las iglesias: un crimen contra el futuro de un pueblo: es imposible sustituir una 'ideología de partido'»[163].

Esta política de Hitler explica —al menos en parte— el apoyo, primero reticente y más tarde lleno de consentimiento, que en 1933 dio a Hitler no sólo el católico Papen, sino el Partido del Centro Católico. Fue el único partido, diría Hitler más tarde, del que temía una oposición firme; el único partido en el que un gran número de votantes no se había pasado al nacionalsocialismo en las elecciones previas[164]. Antes de las elecciones nacionales de marzo de 1933 —es más, inmediatamente después de asumir la cancillería— Hitler sabía qué decir: el gobierno nacional «preservará y defenderá los

fundamentos sobre los que descansa la fuerza de nuestra nación. Será un firme defensor del cristianismo como base de nuestro orden moral común y de la familia como la célula básica del pueblo y del cuerpo de nuestra nación[165]». Y en febrero de 1933, en Stuttgart: «Se dice hoy día que la cristiandad está amenazada, que la fe católica está en peligro. A eso contesto: 'al menos quienes están al cargo de Alemania son cristianos y no ateos intemacionalistas'». Tras su triunfo electoral Hitler continuó con este tema y habló de «el fundamento cristianó del Estado». En mayo de 1933: «No le pedimos al Todopoderoso: '¡Señor, haznos libres!'. Queremos trabajar en una unión fraternal, hasta que llegue la hora de encontrarnos con el Señor y decir: '¡Señor, hemos cambiado!'»[166]. Fue así como Papen pudo decir —quizá de modo sincero, aunque equivocado— que el Tercer Reich era «el movimiento cristiano en respuesta a 1789», es decir, la contrarrevolución frente a la Ilustración francesa.

Éste no es el lugar para discutir la complicada y melancólica historia de la relación entre Hitler y los líderes de las iglesias alemanas. Ha sido estudiada a menudo y en ocasiones bien descrita y con cuidado. Sí son pertinentes aquí algunos ejemplos del continuo reconocimiento de la importancia de esa relación por parte de Hitler. En junio de 1934, durante la ya mencionada reunión con tres arzobispos (Göber de Friburgo, Berning de Osnabrück y Bares de Berlín). Hitler dijo: «En esta vida jamás lideraría un Kulturkampf». Fue capaz incluso de impresionar a los cardenales antinazis de la Iglesia. (Así el cardenal Faulhaber de Múnich, tras reunirse con Hitler en 1936: «El *Führer* es un maestro de los modales sociales y diplomáticos, como si hubiera nacido rey, cuando no mejor».)[167]En agosto de 1941 Hitler ordenó que no se llevara a cabo ningún movimiento contra el arzobispo Von Galen de Münster, que había atacado abiertamente las prácticas eutanásicas del Gobierno durante un sermón dominical. En el mismo mes, Hitler amenazó al jefe de distrito de Baviera con retirarle del cargo y encarcelarlo por culpa del estúpido intento de éste de que se retiraran los crucifijos de las aulas bávaras. Ese año Bormann incluyó en una directriz del partido

la frase «el cristianismo y el nacionalsocialismo no son compatibles». Hitler ordenó la retirada de esa frase y la cancelación al instante de esa directriz[168]. Aunque al mismo tiempo, y a menudo durante la guerra, dijo a su círculo que el asunto de la llamada de atención a las iglesias tendría que esperar hasta el final de la guerra; entonces se ocuparían adecuadamente de aquello y la juventud alemana sería liberada de sus influencias.

Sabía lo que hacía y sobre lo que hablaba. Aparte de la dualidad que pudiera existir en su interior, él era consciente de la dualidad en el interior del pueblo alemán. Al fin y al cabo, el mismo arzobispo (más tarde cardenal). Von Galen —en ocasiones aún aclamado como el protagonista principal de la resistencia cristiana contra Hitler— en el mismo sermón de 1941, hoy día muy aplaudido, alabó la cruzada alemana contra Rusia y el bolchevismo. No obstante, aquí no nos conciernen las ideas —incluidas las ideas religiosas— del pueblo alemán, sino las ideas (y la retórica y la política) de Adolf Hitler.

En 1934, tras su expulsión del partido y su exilio de Alemania, Otto Strasser predijo que Hitler se «refugiaría en la guerra» a fin de evitar escoger entre «reacción» y «revolución». La profecía de Stasser de que Hitler iría a la guerra era acertada, pero su análisis del propósito de Hitler no lo era[169]. Por extraño que suene, la política exterior era secundaria en las intenciones de Hitler, o al menos coherente con su primera y principal intención: forjar un nuevo tipo de unidad del pueblo alemán. En esto su visión era diferente de la del gran historiador alemán Leopold von Ranke, quien escribió sobre *Das Primat der Aussenpolitik* (la primacía de la política exterior en la historia de las naciones[170]). También se diferenciaba de Bismarck, cuya principal preocupación por una potencial desunión nacional llegó después del gran logro de establecer un Estado alemán poderoso. En fecha tan temprana como 1923 Hitler decidió (e instruyó al partido en consecuencia) que la lucha contra la ocupación francesa del Ruhr era secundaria; la primera misión era, antes que expulsar a los invasores extranjeros, lograr la revolución

nacional, y no sólo porque en 1923 Alemania fuese demasiado débil para aventurarse en una guerra con Francia. Su realismo político, en especial tras 1923[171], se hizo evidente en la prioridad continua que dio a la *Innenpolitik* (política interior). Recordando los años 1930-1932, dijo que el canciller Brüning era «un hombre de cierto talento; pero su mayor error fue tratar de aumentar su popularidad con los éxitos en política exterior, mientras que él [el *Führer*] actuaba exactamente al contrario: sabía que la política exterior jamás sería exitosa si las condiciones políticas interiores no eran las adecuadas[172]».

No obstante todas las reservas necesarias acerca de la autenticidad de Rauschning, su atribución de la siguiente afirmación a Hitler suena como un reflejo fiel y claro de la mente de Hitler. Acerca de la cuestión sobre si planeaba nacionalizar la industria alemana, se supone que Hitler dijo: «¿Por qué debería nacionalizar las industrias? Nacionalizaré el pueblo»; una tajante expresión de sus principios políticos. A los industriales congregados en Düsseldorf el 27 de enero de 1932 les dijo: «No sólo la industria alemana ha triunfado por todo el mundo y después de ello ha llegado el desarrollo del poder estatal alemán [*Machtentwicklung*]; también el poder alemán logró las principales condiciones para el posterior florecimiento de la industria alemana». Y en un discurso en 1937: «Si los industriales alemanes me dijeran: 'No podemos hacerlo', entonces les diría: 'Bien. Me encargaré yo, ya que tiene que hacerse', pero si los industriales me dicen: 'Podemos hacerlo', entonces estaré encantado de no tener que encargarme yo de ello[173]». *Summa summarum* no importaba si Krupp estaba o no nacionalizada. Irving probablemente tenía razón cuando escribió que Hitler «tenía un conocimiento de la economía más profundo de lo que la gente pensaba», pese a que Irving añadió con exageración, como de costumbre: «Durante los primeros meses Schacht y el gabinete del Reich llegaron a considerar a Hitler un genio[174]». Zitelmann, de modo más convincente, ofreció bastantes pruebas de que Hitler no era un ignorante en economía y de que «sólo es cierto en parte que

el gigantesco plan de rearme» fuera lo que hizo posible la sorprendentemente rápida eliminación del desempleo en Alemania[175]. Todo ello lo vio con claridad Simone Weil, como afirmó en 1942 en un escrito no publicado: «Si Hitler desprecia la economía, probablemente no sea porque no entiende nada de ella. Es porque *sabe* (es una de las nociones de simple sentido común que posee claramente y que podemos llamar inspirada, puesto que tales ideas se comprenden muy poco) que la economía no es una realidad independiente y que en consecuencia no tiene realmente leyes, ya que en economía, igual que en otras esferas, los asuntos humanos se dominan por la fuerza. (…) Me parece difícil negar que Hitler concibe, y concibe con claridad (…) una especie de física de la materia humana. (…) Posee una idea exacta del poder de la fuerza[176]».

De tamborilero revolucionario a líder político y de ahí a jefe de Estado y de las fuerzas armadas en la guerra: ésas fueron las etapas de la carrera de Hitler. Mucha gente pensó, y esperó, que tras su asunción del poder se volvería más moderado, debido a las exigencias del gobierno y la conducción del Estado. Hemos visto que él deseaba conceder cierto crédito a esas esperanzas y creencias, pero nada de esto significaba que hubiera cambiado sus opiniones radicales y revolucionarias. Era más que un demagogo; era un populista. A menudo Hitler insistía en que no era un dictador. Los dictadores eran tiranos insignificantes[177], con frecuencia dependientes de pequeños círculos que los apoyaban con la fuerza. Se veía a sí mismo como el líder de una mayoría y no de una minoría determinada. «Los nacionalsocialistas somos los mejores demócratas», dijo en varias ocasiones durante los años 1933-1935 [178]. Se mostró de acuerdo con Goebbels cuando éste declaró (en 1934) la existencia de una «nueva democracia germánica». Si bien mostraba rechazo y desprecio por la democracia parlamentaria y por las «pretensiones» democráticas de Gran Bretaña y los Estados Unidos durante la guerra, en su discurso del 30 de enero de 1941

dijo: «¡La revolución nacionalsocialista ha derrotado a la democracia mediante la democracia!».

Por más asombro y desconcierto que le causara el presenciar y vivir el derrumbe del Imperio alemán en 1918, Hitler no era un monárquico; incluso a pesar de que no hay pruebas anteriores a igr8 de enemistad hacia los Hohenzollern (en contraste con su constante enemistad hacia los Habsburgo). Debido a la necesidad del apoyo conservador hubo pocas —si es que hubo— declaraciones antimonárquicas de Hitler durante el período 1929-1933, o hasta mucho después de su asunción de la cancillería. Hubo conservadores alemanes (en especial del norte de Alemania) que hasta fecha tan tardía como 1934 confiaron en que Hitler accedería a una restauración de la monarquía. Sin embargo, tras la muerte de Hindenburg y con su consolidación en la cancillería y la presidencia, sus rechazos —para él muy antiguos— de la concepción hereditaria y del principio monárquico comenzaron a acumularse (y no sólo para Alemania). Un acontecimiento significativo —y para él revelador— fue su visita de Estado a Italia en mayo de 1938. Sintió repugnancia por lo que consideraba como estridentes ceremoniales de la casa real italiana, por las prioridades de la corte en la sociedad, la corrupción de la aristocracia romana y las debilidades personales del rey italiano. Su amigo Mussolini había cometido un gran error al permitir que continuaran existiendo, al compartir su dominio de Italia con la monarquía; eso es lo que Hitler vio, pensó y encontró apropiado expresar a muchos de sus confidentes. Luego decidió aumentar las pensiones de los ministros socialdemócratas supervivientes de la República de Weimar; al fin y al cabo, dijo, había sido su gran mérito el liberar a Alemania de los Hohenzollern en 1918[179].

El káiser Guillermo II vivía en el exilio en Doorn, Holanda, cuando en 1940 el ejército alemán invadió este país. Churchill le ofreció refugio en Inglaterra, pero Guillermo lo rechazó. No tuvo ni un solo acto (o palabra) de compasión para sus huéspedes holandeses bajo la ocupación alemana. Cuando Francia capituló, Guillermo envió un

telegrama de felicitación a Hitler en el que repetía la pía y sentimental frase que su abuelo había pronunciado en 1870: "Welche Wendung durch Gottes Fügung!". (¡Qué cambio de rumbo ordenado por Dios!). Hitler fue despectivo: «¿No se le ha ocurrido nada nuevo?»[180]. En lo que a él concernía, el káiser podía volver a Alemania si así lo deseaba. En junio de 1941 Guillermo murió. Hitler permitió que un tren especial con los familiares imperiales viajara a Doorn al funeral del káiser.

En 1973, en el prefacio de su gran biografía de Hitler, Joachim Fest aventuraba que si Hitler hubiera muerto repentinamente en 1938 hubiera sido —y quizá aún sería— considerado como uno de los más grandes alemanes de la historia[181]. Puede que tal afirmación haya chocado a algunos lectores, pero otros reconocerán la realidad de la misma[182], puesto que los logros de Hitler —internos más que en el exterior— durante sus seis años de liderazgo *sí fueron* extraordinarios. No sólo hizo de Alemania la mayor —y más respetada y temida— potencia europea; no sólo incorporó a los alemanes de Austria, Bohemia y Moravia, en su mayoría voluntariamente, a una gran Alemania, superando así los logros de Bismarck, y todo ello sin disparar un solo tiro, sin una guerra. Trajo la prosperidad y la confianza a los alemanes, el tipo de prosperidad que es resultado de la confianza. Los años treinta, tras 1933, fueron felices para la mayoría de los alemanes, algo que permaneció en la memoria de toda una generación. Los campos de concentración, la represión de los judíos alemanes, la estridente vulgaridad de la propaganda nazi estaban ahí, con una dolorosa agudeza en la mente de una minoría llena de amargura; pero ¿cómo podían compararse con la creación de Hitler de Prosperidad, Unidad y Grandeza? Tras la guerra, poco antes de ser ahorcado, Hans Frank escribió de los años treinta en sus memorias: "Über alles lagen Sonne, Glück, Jubel und Freude". («Por encima de todo estaba el sol, la felicidad, el regocijo y el gozo[183]»). Una exageración sentimental, pero no sin cierta sustancia.

Ésta no es ni una historia del Tercer Reich ni una biografía de Hitler y este capítulo en particular está dedicado a la cuestión de si en realidad era o no un revolucionario; es decir, a la naturaleza de sus ideas y como éstas han sido vistas por los historiadores. No obstante, las ideas no existen en abstracto, están encarnadas por seres humanos (en contra de la opinión no sólo de muchos intelectuales, sino también de la de Hegel o Dostoievski, lo que los hombres hacen a las ideas es más importante que lo que las ideas hacen a los hombres). El famoso *Zeitgeist* de Hegel puede que contribuyera a la llegada al poder de Hitler, pero en última instancia él creó su propio *Zeitgeist* y, además, de modo pragmático. Esto puede afirmarse de su consecución del poder[184].

De ahí en adelante podría jactarse de que su «socialismo de acción» estaba reemplazando al «socialismo de palabras» de sus antiguos oponentes. Tal y como escribió Zitelmann (sobre la decisión de Hitler de convertir el primero de mayo en fiesta nacional de los trabajadores alemanes): «No sería la última vez que los nacionalsocialistas satisficieran [verdaderamente] una demanda por la que el movimiento obrero había luchado en vano largo tiempo». También: «No puede discutirse que en varias cuestiones sociales los nacionalsocialistas hicieron notorios avances, por ejemplo en la mejora de la protección a los jóvenes, a otros grupos y de la seguridad social[185]».

El optimismo y la confianza: por cada dos niños nacidos en Alemania en 1932, cuatro años más tarde nacían tres. En 1938 y 1939 se registraron en Alemania las tasas más altas de matrimonio de *toda* Europa, por encima incluso de las prolíficas gentes del este de Europa. En Alemania el crecimiento espectacular de la tasa de nacimientos en los años treinta fue aún más pronunciado que el crecimiento de la tasa de matrimonios. Es poco razonable cubrir de difamación esos datos con una simple referencia a las políticas poblacionales de Hitler. Por supuesto que fomentó las familias numerosas y les ofreció prestaciones sociales y financieras, pero ningún líder nacional puede forzar a los padres a engendrar hijos (ni

a las madres a darlos a luz); y la confianza en el futuro tuvo mucho más que ver con las perspectivas nacionales que con la economía. Las condiciones sociales no son lo mismo que las condiciones materiales, igual que la historia social no es lo mismo que la historia económica[186]. Entre 1932 y 1939, durante los seis primeros años del régimen de Hitler, el número de suicidios cometidos por alemanes descendió un *ochenta por ciento* (de 1212 en 1932 a 290 en 1939). Asimismo, no sólo hay que considerar las autopistas de Hitler, sino sus reformas agrarias, el extraordinario brote de apoyo popular a la *Winterhilfe* («Ningún alemán debe sufrir hambre o frío»). O el especial interés de Hitler por proporcionar vacaciones a bajo coste a los trabajadores alemanes[187]. La Alemania nacionalsocialista de Hitler demostró que era posible alcanzar un alto nivel de vida bajo una dictadura.

Puede argüirse que muchos de esos logros no eran «revolucionarios», pero sin duda eran modernos. El interés y el respeto de Hitler por la tecnología eran considerables. Schramm cita a Hitler: «Lo mismo que el pájaro representa, en comparación con el pez volador, un estado más avanzado de desarrollo, el barco es el estado preliminar del aeroplano. El futuro es del aeroplano». De Hitler, el 3 de octubre de 1941: «[Él] piensa que el automóvil es la invención más bella del hombre, siempre que lo use para su placer. El automóvil abrió el paisaje a la gente […]». Acerca de la planificación urbana de Hitler Toland escribió: «[…] habría aparcamientos subterráneos automáticos, un centro sin tráfico, numerosos parques y zonas verdes y un estricto control de la polución[188]». Algunas de estas cosas son imprecisas y fueron desarrolladas con más detalle por Zitelmann, con pruebas seleccionadas entre las manifestaciones orales y por escrito de Hitler en el período 1926-1930. En la colección de estudios *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Hans-Dietrich Schäfer presentó dos tesis interesantes. Una de ellas sugería una especie de continuidad histórica: «En la armonización [de las diferencias sociales] el régimen logró más que la política social de la República

de Weimar […] hubo una nivelación de las clases y se formó una amplia sociedad de clase media que las investigaciones anteriores han atribuido únicamente al 'milagro económico' de [el oeste de Alemania] la década de 1950». La otra tesis era la presentación, de Schäfer y Zitelmann, del «americanismo» de Hitler: «Hitler no se dejó gobernar por visiones retrospectivas [esto es, reaccionarias] de un orden social medieval; en muchos aspectos su modelo era los Estados Unidos. Aunque rechazaba la economía capitalista y el orden democrático de los Estados Unidos, admiraba sin embargo su desarrollo tecnológico e industrial, que a menudo veía como un modelo para Alemania.» Esto incluía hasta los métodos publicitarios estadounidenses. Schäfer: «[…] el nacionalsocialismo calculó de modo racional los deseos y las ansiedades de la mayoría e hizo ceder la psique del pueblo sin que éste lo notara. Supo exactamente cómo atraer y dirigir a los alemanes liberados de su conciencia de clase[189]». Algo de esto ya había sido señalado con anterioridad por Fest, que describió los efectos superiores de las marchas y las paradas nazis, comparados con los de los comunistas alemanes antes de 1933; y también que Hitler entendió el efecto popular del culto a la «estrella» y que, al encarnar ese papel, «fue con certeza el fenómeno más moderno de la política de su tiempo[190]». Anteriormente el filólogo Klemperer había señalado la preferencia nacionalsocialista por las palabras "organisation" y "organisieren" (organizar), que atraían a los alemanes más jóvenes. «Esta mecanización simplista del ser humano era típica de un [nuevo] lenguaje.»[191]. Afectaba a la vida cotidiana y tuvo un poderoso atractivo para mucha gente joven.

Modernización no significa necesariamente un culto de la juventud, pero para Hitler éste era dominante. Los revolucionarios a menudo se reclaman representantes de la juventud; así ocurre tanto en los fascistas como en los nacionalsocialistas, incluidos Mussolini y José Antonio Primo de Rivera, cuyo énfasis en la juventud fue aún más fuerte que el de Hitler. Sin embargo, Hitler llevó a la práctica mucho más de su culto a la juventud que Mussolini. Por extraño que

parezca, la impresión que daba él mismo rara vez era la de una persona juvenil (sobre todo después de 1923), pero su partido y su movimiento sí que eran juveniles: en 1931, en Berlín el setenta por ciento de las SA eran hombres por debajo de los treinta; en el Reichstag, en 1930, el sesenta por ciento de los diputados nacionalsocialistas tenía menos de cuarenta años, mientras que sólo un diez por ciento de los socialdemócratas estaba por debajo de esa edad. El exiliado alemán Karl Otten escribió un párrafo incisivo sobre el llamamiento de Hitler a la juventud alemana: «Los jóvenes en verdad aman a Hitler, con una admiración extática casi sin límite. No sólo porque entiende sus impulsos infantiles e incluso los fomenta. Los juegos del salvaje Oeste [*Indianerspiele*] de los jóvenes sirven de preparación para la guerra[192]». Hitler parece haber sido el creador del país libre de los jóvenes. Ante ellos no hacía el papel de un padre severo, sino el de una madre, fuente de numerosos placeres y de amor. Les permitía una libertad seudorrevolucionaria para sus impulsos biológicos y sexuales, que incrementaba su atractivo[193].

Sin embargo, gran parte del nuevo orden dependió del aumento de la administración, a pesar del culto a la juventud. En 1939 Hitler quiso que todo joven alemán dedicara al menos un mes al año a un trabajo manual, preferiblemente en la tierra —un claro corte con la sedentaria época burguesa—. Aun así, el sector de la población que vivía en la tierra y se dedicaba a la agricultura estaba descendiendo (era de un 30,5% en 1925 y de un 26,1% en 1939). El sector empleado en la industria era exactamente el mismo en 1939 que en 1925 (42,1%); lo que aumentó fue el sector de la población empleado en la administración y los servicios, de un 6,6% en 1925 a un 10,4% en 1939. Estaba formándose una nueva y amorfa clase media cuyos ingresos mínimos no siempre podían clasificarse con claridad, pero cuyo estilo de vida se volvió cada vez más moderno.

Hubo dualidades en la historia del Tercer Reich, como hubo dualidades en el mismo Hitler: ésta también es una característica

normal (que a menudo es mejor entendida y descrita por los biógrafos inteligentes que por los psicoanalistas). Una dualidad básica de Hitler residía en sus duales ambiciones: el líder y el artista; o —más precisamente— el líder nacional y el artista nacional[194]. No era un Nerón, para quien el arte era un juego que servía a su vanidad; se tomó el arte más en serio y en sus preferencias artísticas podemos detectar elementos tanto modernos como conservadores, revolucionarios y reaccionarios.

El interés de Hitler por el arte fue evidente a lo largo de toda su vida. Quiso ser pintor y después arquitecto. A diferencia de su gran adversario Churchill, que descubrió el pasatiempo de la pintura repentinamente, por sugerencia de una dama amiga suya, a los cuarenta años y durante una interrupción depresiva en su carrera, para quien pintar se convirtió en una diversión, una magnífica distracción y un placer (y que se interesaba por la literatura y la poesía, pero en absoluto por la música); es decir, al contrario que un hombre de Estado entre cuyas aficiones está la pintura, Hitler se veía a sí mismo como hombre de Estado y, también, como artista (el término *Künstler* tiene en alemán un tono más serio que «artista»). Hasta el último día de su vida Hitler hizo observaciones en las que se lamentaba por el gran peso de sus tareas de líder nacional, que no le había permitido edificar.

Destruiría gentes y ciudades, si era necesario. Sin embargo fue en la arquitectura, y únicamente en la arquitectura —en absoluto en la literatura o en la música—, donde el Tercer Reich logró algunos éxitos destacables[195]. Sé que esta afirmación puede ser discutida o rechazada y por supuesto éste no es el lugar adecuado para apoyarla con más profundidad. Permítanme únicamente citar a una destacada historiadora de la política artística y cultural del Tercer Reich, Hildegarde Brenner: «Entre los años 1934 y 1940 […] no es posible negar la 'singularidad histórica'[…] en la arquitectura. En este campo el nacionalsocialismo alcanzó con éxito una forma propia de expresión de la que no puede dudarse[196]». (En apoyo de esta concluyente afirmación Brenner también cita a Bruno Zevi, *Poética*

dell'architectura neoplástica, Milán, 1953, y a Nikolaus Pevsner, *Europäische Architektur*, Múnich, 1957, dos de los más eminentes historiadores europeos de la arquitectura, casualmente ambos investigadores, serios y respetados, son de origen judío.)[197].

Es en las preferencias y los apetitos artísticos de Hitler —más que en sus preferencias ideológicas o incluso literarias— donde pueden detectarse tanto elementos burgueses y conservadores como elementos modernos y revolucionarios. Especialmente en sus preferencias en la música y la pintura, además de la escultura y la arquitectura. Esta dualidad se encuentra hasta en sus mismas declaraciones; en un discurso en Nuremberg el 1 de septiembre de 1933: «Es mejor imitar las cosas buenas que crear cosas nuevas malas». (Adviértase, no obstante, que éste era el período político en que encontraba necesario atraer al conservadurismo alemán). Al mismo tiempo está su respeto y admiración por la tecnología ultramoderna. A Speer le dijo que las autopistas serían su Partenón[198]. De nuevo Speer comenta: «Los papas del Renacimiento y los gobernantes de la época barroca consideraron los edificios como pasatiempos. Para [Hitler] eran parte del testamento político del movimiento nacionalsocialista[199]». Pensaba que él y sus arquitectos lograrían una nueva clase de unidad arquitectónica con lo mejor de lo antiguo y lo moderno. De ahí su preferencia por el neoclasicismo de Tessenow, Troost y Speer, distinto y mejor que las arquitecturas neoclásicas de Mussolini o Stalin: «La voluntad declarada de Hitler y Speer no fue copiar estilos históricos, sino crear un nuevo estilo que habría de convertirse en histórico[200]». Cuando Giesler (el arquitecto rival y competidor de Speer) le presentó a Hitler su maqueta de la reconstrucción del centro de Múnich (la grandiosa maqueta de Speer era para la reconstrucción del centro de Berlín), Hitler dijo que la veía como «un monumento a la nueva tecnología de nuestros días; y añado que la 'Grosse Strasse' [Gran Avenida] […] ¡será la más moderna de nuestro tiempo!». Previo la necesidad de evitar la aglomeración de coches en las ciudades y la utilidad de gigantescos aparcamientos

subterráneos; también por orden suya se inició la construcción del primer U-Bahn (metropolitano) en Múnich (el primer componente de un moderno sistema de transporte público que está entre los mejores de Europa hoy día). Hitler siempre usó la palabra «moderno» de modo aprobatorio y según Maser hay pruebas de que, al contrario que Mussolini o Stalin, no rechazaba por completo la pintura abstracta (aunque Maser no ofrece tales pruebas); por otra parte, Maser tiene razón: «[Hitler] no era conservador ni estaba ligado a la tradición en todos los campos del arte creativo[201]».

La dualidad de Hitler podía observarse en muchos otros elementos de su pensamiento. Sobre las mujeres, por ejemplo, con su insistencia en la recuperación de las prácticas tradicionales de la maternidad alemana o en las diferencias irreductibles entre mujeres y hombres (y en la inevitable superioridad de éste en ciertas áreas de la vida), estos pensamientos iban de la mano de su promoción de la educación física de las niñas alemanas, igual a la de los niños, o de su instrucción moderna y deportiva. Aunque cuando, al final de la guerra, Goebbels propuso la movilización completa de las mujeres, Hitler estuvo reticente; no la aprobó. Admiraba lo mismo que rechazaba elementos de la tradición prusiana. Baviera y Múnich fueron el centro de su carrera política, pero aunque su ideología no era prusiana rechazaba la oposición de los bávaros a lo prusiano; ni Prusia ni lo prusiano eran un modelo en su visión de una nueva Alemania[202]. Tampoco lo era su frecuente rechazo de los intelectuales y los racionalistas *(Verstandesmenschen*), típico de las viejas tradiciones del pensamiento alemán contrarias a la Ilustración. Era un modelo pos— (cuando no anti—) conservador, populista y moderno. Al menos en su mente no había contradicción entre los antiguos elementos y los nuevos elementos en camino. Al contrario, pensaba que él representaba y encarnaba un nuevo tipo de unidad alemana. Mostraba respeto por algunas de las cosas antiguas, pero no era un conservador y en absoluto era un reaccionario[203].

Adolf Hitler no fue el inventor del nacionalsocialismo, pero reconoció la compatibilidad —y hasta la posibilidad de un matrimonio— entre los dos grandes movimientos. Esto era un fenómeno mundial: durante largo tiempo el nacionalismo y el socialismo parecieron ser incompatibles, es más, hostiles, el uno hacia el otro. Al fin y al cabo el socialismo era internacional, dada su creencia en que eran las clases y no las naciones lo que importaba, y que la lucha de clases era lo que hacía avanzar a la historia. Aproximadamente a partir de 1870 lo que ocurrió en muchos lugares fue que la antítesis y el debate entre conservadores y liberales empezó a perder su sentido. Por dos razones: debido al desarrollo de la democratización de la sociedad, los conservadores se estaban volviendo más liberales, mientras que algunos liberales se estaban volviendo más conservadores. No obstante, lo que aquí ocurría no era el desarrollo de una especie de solución hegeliana trascendental. Las alternativas no estaban a punto de ser superadas por una síntesis. Estaban cada vez más ensombrecidas por dos nuevas fuerzas en otro plano: por el nacionalismo y el socialismo. A lo largo del siglo XX la relación (el compuesto o la mezcolanza) de nacionalismo y socialismo demostraría ser la configuración política dominante en todo el mundo[204].

Por supuesto, el nacionalsocialismo alemán, y de Hitler, era prácticamente *sui generis*. No sólo porque para éste el nacionalismo era la parte dominante del matrimonio: estaba convencido de que el moderno nacionalismo populista podía —es más, debía— ser socialista. También se dio la circunstancia de que la propagación de ese matrimonio tuvo en Alemania unas raíces más profundas que en casi cualquier otro lugar. Muchos seguidores de Hitler, y al menos algunos de sus últimos oponentes, creían que éste era deseable. Una Alemania que fuese tanto nacionalista como socialista (queriendo significar socialista de un modo particular alemán) era una aspiración frecuente de los pensadores políticos conservadores en la década de 1920; sus expresiones oscilan desde la obra de

Oswald Spengler *Preussentum und Sozialismus* (1923) hasta el libro, tal vez incluso más tajante y significativo, de Ernst Jünger *Der Arbeiter* en 1932[205]. No obstante, una cosa eran estos pensadores —siempre antiliberales, a menudo conservadores y a veces (sólo a veces) tradicionalistas— y otra el revolucionario Hitler.

En Alemania el fracaso del socialismo internacional era totalmente evidente ya en 1914. Cuando el káiser apareció en el Reichstag y llamó a la unidad nacional, la gran mayoría de los diputados socialistas alemanes se levantó junto al resto y votó a favor de los créditos de guerra. El socialismo internacional se derritió como un trozo de mantequilla en la sartén caliente de las emociones nacionalistas. (Y esto ocurrió en todos los lugares de Europa, al menos en parte por causa de la democratización de la sociedad, puesto que una democracia nacionaliza incluso más de lo que internacionaliza, y en 1914 el propietario alemán de una fábrica tenía más en común con sus obreros que con el propietario francés de una fábrica). En 1917 tuvo lugar la primera revolución comunista, en Rusia, pero ésta, al contrario que la francesa, la americana o muchas otras grandes revoluciones, no logró alcanzar el poder en ningún lugar aparte del —derrotado y despreciado— Imperio ruso. (Si la primera revolución comunista de Europa hubiera triunfado en Alemania, en lugar de en Rusia, su influencia hubiera sido incalculablemente mayor; pero ésa es una historia distinta). Éste no es lugar para hablar de los fracasos del marxismo (y menos aún de los fracasos del comunismo internacional), excepto para decir que la creencia marxista —y liberal-capitalista— en un determinismo materialista, en el «hombre económico», descansaba en una visión de la naturaleza humana viciada desde el principio; además del hecho de que Marx, como muchos de sus seguidores, estuvo ciego ante la importancia de la nación (que prácticamente desatendió, confundiéndola con el Estado[206]).

Hitler entendió esto muy bien: entendió los puntos débiles de la visión marxista de la naturaleza humana y de la sociedad, exactamente igual que supo cómo (y por qué) predicar sobre sus

peligros. Debemos mostrar un respeto hacia los socialdemócratas alemanes que en 1933 se opusieron a Hitler (fue el único partido que votó en contra de su investidura con plenos poderes, en la memorable sesión del Reichstag del 21 de marzo de 1933). No obstante, en 1933 Hitler sabía que los obreros socialistas y comunistas estaban desertando en masa de sus partidos, muchos de ellos pasándose a su bando, pronto y fácilmente, y que la única amenaza seria para él estaba en la «derecha», no en la «izquierda[207]»?

Era una mentalidad nacional, y no una conciencia de clase, lo que atraía a la gente hacia Hitler. Otra vez, había algo particularmente alemán en esto, pero también algo universal. El elemento alemán era evidente e inherente al término *Volk* (y la definición, la ideología y el culto), que se remontaba más de un siglo antes de Hitler. Aquí debemos establecer algunas distinciones: las palabras «Volk» y «völkisch» no son idénticas a los términos ingleses «folk» y «folkish[208]»; su uso también es ligeramente diferente del escandinavo «folk», así como del francés «peuple[209]» (sin embargo no muy diferente, algo bastante extraño, del uso del término ruso «narod»). No obstante, durante el siglo XIX y bien entrado el XX, «Volk» y «völkisch» eran en Alemania (y Austria) términos conservadores; contrarios al internacionalismo, antimarxistas, antijudíos, antifranceses y «cristianos». Puede decirse incluso que, en el siglo XIX, en muchos lugares «völkisch» podía ser tanto patriótico como nacionalista (sobre esta diferencia esencial y grave, véase el capítulo iv). Sin embargo, después de 1890 como muy tarde, se produjo un cambio, tanto en Austria como en Alemania: el significado y atractivo conservadores (y en ocasiones patrióticos) de «völkisch» estaba comenzando a disiparse, mientras que, de modo simultáneo, comenzó a crecer su significado radical y nacionalista.

En la historia del siglo XX éste fue más que un fenómeno alemán. El culto al «pueblo» había comenzado a fines del siglo XVIII, y a lo largo de todo el siglo XIX, «pueblo» y «popular» fueron palabras,

títulos y eslóganes políticos izquierdistas. Pero esto cambió a principios del siglo XX. Fue algo más que un recurso retórico el que en 1914 Mussolini —que se había apartado de los socialistas— titulase su periódico diario *II Popolo d'Italia!*[210] El principal periódico de Hitler era asimismo el *Völkischer Beobachter*. No se trata sólo de títulos de periódicos: a lo largo del siglo XX los partidos populares se convirtieron en derechistas antes que en izquierdistas, contrarios al internacionalismo, anticapitalistas y en ocasiones antisemitas. Con pocas excepciones[211], el populismo se movió desde la izquierda a la derecha, incluso en los Estados Unidos.

Hitler fue un populista, un partidario de la soberanía del pueblo; un populista moderno y no un anticuado demagogo. Sí, había habido populistas antes que él, pero la misma idea de quién era «el pueblo» había cambiado durante los últimos siglos[212]. Entre los populistas anteriores el nacionalismo, como tal, sólo estaba latente, pero Hitler se dio cuenta —entre otras cosas— de que el populismo moderno debía ser, por su propia naturaleza, nacionalista y de que —más importante— el nacionalismo debía ser populista[213]. La palabras «Volksgemeinschaft» y «Volksgenossen» («comunidad del pueblo» y «camaradas del pueblo», no traducibles de modo equivalente) eran básicas en los principios de Hitler. La relación entre el *Führer* y el pueblo era muy diferente de la del káiser con sus ciudadanos: «No era una aceptación respetuosa de la jerarquía, sino una aquiescencia voluntaria e ilimitada del pueblo». También: «Con el movimiento de Hitler, Alemania experimentó su única revolución germina, incluso a pesar de que no se ajustó por completo al modelo teórico de las 'revoluciones'»[214]. Según Fest: «Al rechazar la revolución, [Hitler] se ha convertido en realidad en el fenómeno [*Erscheinung*] alemán de revolución». Más adelante declara: «Su lugar en la historia está mucho más cercano a los grandes revolucionarios que a los déspotas conservadores». Y: «puede que [pareciese] anacrónico, pero era más moderno y más dedicado a la modernidad que todos sus oponentes políticos nacionales[215]». El hecho de que durante su campaña electoral Hitler no perfilara un programa para su futuro

gobierno no se debió ni a una cautelosa estrategia política ni a que no tuviera un programa económico preciso. Concordaba con su plan de hacer un llamamiento a todos los estratos sociales «en nombre de la Volksgemeinschaft, la comunidad del pueblo al completo[216]». Incluso en un tiempo de gran desempleo e inquietud social, su nacionalismo populista fue más influyente que cualquier llamamiento económico.

Trasladó el tema revolucionario a la guerra. El 8 de noviembre de 1940 dijo en un discurso: «Todo soldado sabe y debe saber que los ejércitos que hoy marchan bajo nuestras banderas son los ejércitos revolucionarios del Tercer Reich. Y en una de sus conversaciones de sobremesa (el 21 de septiembre de 1941) dijo que Guillermo II debía haber destruido la monarquía de los Habsburgo: "Puesto que ni el emperador, ni su círculo, ni el pueblo alemán habían identificado su misión, no quedaba ninguna justificación histórica para la existencia de la monarquía de los Hohenzollem, y su caída era una necesidad histórica. Que fueran los marxistas los que dieron fin a las monarquías […] y no los nacionalsocialistas, el *Führer* lo veía como un don especial del destino[217]».

Destino… Hitler creía en Dios, en un dios (quizá Stalin también[218]). Hitler fue un nuevo tipo de revolucionario, que trascendía (y, en un sentido, fundía) los mitos germánicos y la cristiandad alemana (lo mismo que la «derecha» y la «izquierda»), y hacía confluir algunas de sus doctrinas dentro de su propia ideología revolucionaria. Sin embargo, es muy significativo que, a medida que evolucionaba el Tercer Reich, el poder se volviera más decisivo que la ideología. El mismo Hitler era consciente de ello. Mucho antes que él, Proudhon había visto más allá que Marx: el pueblo, escribió Proudhon, reacciona más a las realidades de poder que a las ideas acerca de contratos sociales. Creo que hay dos episodios significativos de reacción durante la carrera de Hitler. Es notable que cuando, en noviembre de 1923, la agresiva minoría de los nacionalsocialistas de Hitler se levantó en Múnich, ni los comunistas ni los socialdemócratas hicieran nada: «No hay ni un solo informe de

un levantamiento armado izquierdista en ningún lugar de Baviera durante el golpe[219]». Para mí, es incluso más significativa la reacción del pueblo alemán, con una mayoría de anticomunistas y conservadores, ante la noticia del pacto entre Hitler y Stalin en agosto de 1939. No hubo ni una sola dimisión del partido, ni una sola muestra de desaprobación por parte de los conservadores, entre los cuales había varios millones que se habían alineado con Hitler debido a su anticomunismo, en 1932-1933 y posteriormente. Al contrario, hubo numerosas muestras de asombro y felicitación ante ese incuestionable triunfo de la diplomacia del Tercer Reich. (Aquello fue también válido para los simpatizantes del nacionalsocialismo de todo el mundo). Todo eso en un momento en que miles de comunistas del mundo entero se sentían impresionados, confusos y decepcionados. Sí, en comparación con el comunismo, el hitlerismo era más moderno. Y más popular.

Permítanme volver ahora a Tocqueville (a quien es seguro que Hitler no leyó y que le habría resultado repugnante). Hay tres elementos principales de la visión y los escritos de Tocqueville que son fundamentales para nuestro tema. El primero es la profética percepción de Tocqueville de un nuevo tipo de tiranía característico de la nueva época democrática, la tiranía no de una minoría sino de una mayoría; una tiranía no sólo establecida con el consentimiento de la mayoría, sino ejercida en ocasiones por ésta. Ese nuevo tipo de «cesarismo» (como en ocasiones lo denominó Tocqueville) ya era aparente, aquí y allá, en el siglo XIX, aunque no en Alemania. Veinte años después de que Tocqueville escribiera por primera vez sobre esa forma de tiranía en *La democracia en América*, ésta llegó a Francia a través del triunfo por plebiscito de Luis Napoleón. No obstante, el régimen semiautoritario de Napoleón III fue aún muy distinto del de Hitler. En el Tercer Reich, la mayoría dio al *Führer* un consentimiento no sólo pasivo, sino activo. Hitler era más populista (y, en el sentido más amplio del término, demócrata) que Napoleón III, más que otros dictadores, tales como los de

Suramérica o Mussolini o Kemal. De hecho (tal y como él dijo de sí mismo), Hitler no fue en realidad un dictador típico, pero no porque, como argumentan algunos de los historiadores funcionalistas, estuviera dudoso, constreñido por su burocracia o fuera «débil». Era más que un dictador, era algo distinto. «Los viejos tiranos», dijo Chesterton, «invocaban el pasado, los nuevos tiranos invocarán el futuro».

El segundo elemento de la visión de Tocqueville es su sorprendente afirmación, también hecha por primera vez en *La democracia en América*, de que la época de las grandes revoluciones podría ser algo del pasado, porque en una sociedad democrática la mayoría de la gente no desearía ser molestada con ideas revolucionarias, pese a que estaba dispuesta a aceptar la presencia de una vasta burocracia en su vida cotidiana. Una vez más, esto se aplica a Hitler, aunque sólo hasta cierto punto. En 1934, la declaración en la que éste afirmaba que en Alemania no habría revoluciones en mil años fue algo más que un paliativo a los miedos latentes de los conservadores y la gente corriente en Alemania. De tiempo en tiempo aún empleaba el adjetivo «revolucionario» en un sentido positivo; en el sentido de que había establecido un «Nuevo Orden» revolucionario, por oposición al desorden. Aquí, de nuevo, es revelador un epigrama antimarxista de la profunda Simone Weil (1942): «No es la religión, sino la revolución lo que es el opio del pueblo» —y el uso de Hitler del término «revolución» era una forma de opio para el Nuevo Orden—.

El tercer elemento de Tocqueville es su visión de los últimos mil años. Consciente e informado de la clásica división de la historia de Europa en las Edades Antigua, Medieval y Moderna, tenía una opinión que trascendía esas categorías. Se trataba del paso de los siglos aristocráticos a los democráticos; de sociedades enteras gobernadas por minorías a sociedades dominadas por sus mayorías (o al menos en nombre de sus mayorías). Pensó que ése era el cambio más profundo en la historia de los últimos mil años. Lo que hoy, a finales de la llamada modernidad, podemos ver es que esta

última gran era, que comenzó hace unos quinientos años, puede haber estado marcada por la confluencia —en ocasiones incómoda, pero fructífera en lo civilizador y en lo cultural— entre tradición y reforma, aristocracia y democracia, donde la primera se debilita y esta última asciende, hasta hoy día, en que vivimos en una época mayoritariamente democrática (y en la que puede que debamos reflexionar sobre los mismos términos políticos relacionados con la democracia). No puedo decir qué significará esto en el futuro; aparecerán nuevas divisiones y jerarquías. Sin embargo, un historiador puede —y debería— reconocer lo que significa para el pasado reciente: que Hitler fue un nuevo tipo de revolucionario; un populista en una época democrática, pese a todos los antiguos elementos supervivientes en las instituciones y la sociedad alemana, muchos de los cuales supo utilizar para sus propósitos[220].

IV
ESTADO, PUEBLO, RAZA, NACIÓN

La insuficiente categoría de «totalitarismo».— Hitler y el Estado.— Su racismo. —Patriotas y nacionalistas—. Hitler, un ejemplo extremo de estos últimos.

EL TÉRMINO «totalitarismo» tiene una historia curiosa. No está incluido en el *Oxford English Dictionary*, aunque silo está en el suplemento. Parece que la palabra apareció por primera vez a fines de la década de 1920, para designar al Estado de la Italia fascista, de partido único. Podemos encontrar este término aquí y allí durante la década de 1930, aplicado a la Italia fascista o a la Alemania del nacionalsocialismo, aunque rara vez a la Rusia comunista, a pesar de que éste era por aquella época el Estado más «totalitario» del mundo. Tras la Segunda Guerra Mundial «totalitarismo» se convierte en un término corriente y usado con frecuencia, aplicado en especial a los Estados comunistas, pero también —de modo indiscriminado y, como veremos, impreciso— a la mayoría de las dictaduras del siglo XX[221] Sin embargo, más allá de esta tardía igualación del hitlerismo y el estabilismo, lo que ahora debemos considerar es la incorrecta aplicación de «totalitarismo» —que significa dominación total del Estado— no sólo al Tercer Reich sino a las mismas ideas (y a algunas de las prácticas) de Hitler.

Para empezar por lo que es (o debería ser) obvio: la dominación *total* del Estado es imposible. Incluso en la cima y en la máxima extensión del dominio de un tirano moderno quedan gentes e islas de vida a las que de modo sorprendente no alcanza el dominio

policial del Estado. Aun así, el término «totalitarismo» puede parecer razonable cuando la *intención* práctica del tirano o tiranos que gobiernan un Estado es ejercer un control total sobre los habitantes. No obstante, hay lugar para cuestionar seriamente que ésta fuera la intención de Hitler; su intención era gobernar con el consentimiento activo de la mayoría del pueblo, dentro de ésta la oposición *potencial* de —pequeñas— minorías sería insignificante y totalmente ineficaz. Puede incluso decirse que mientras que a Stalin (de modo similar a otros gobernantes, la mayoría orientales) le inquietaba el peligro de sus oponentes *en potencia* (de ahí las purgas), a Hitler (y también a Himmler, el SD [Servicio de Seguridad] y la Gestapo), aunque conocían la existencia y las coordenadas de los oponentes potenciales, les interesaba principalmente descubrir pruebas de cualquier oposición *tangible y real*. Para Hitler los únicos adversarios potenciales, de modo categórico e incuestionable, eran los judíos —personas cuyas declaraciones, es más, cuyos mismos actos de lealtad eran indeseables, puesto que para él no podían ser otra cosa que enemigos reales—; pero volveré a esta obsesión suya en el capítulo VI.

Por supuesto, Alemania no era Rusia y la revolución de Hitler en Alemania no era en absoluto como la revolución bolchevique en Rusia. Con excepción de los judíos, había más libertad individual e incluso política en la Alemania nacionalsocialista que en la Rusia comunista; una mayor variedad de publicaciones en las ciencias y las artes, y más oportunidades para la iniciativa individual. A medida que uno lee acerca de la reconstrucción de los grupos de oposición a Hitler, sorprende la relativa libertad de movimiento en el interior de ese Estado policial; la relativa facilidad con que algunas personas revoloteaban de aquí para allá entre Alemania y el extranjero o se reunían con diplomáticos extranjeros en Berlín, a quienes hablaban con cautela pero de modo libre. Este tipo de comportamiento hubiera sido inconcebible en la Unión Soviética (y también en algunos otros Estados policiales). Sin embargo, a pesar de la Gestapo y el SD, la Alemania nacionalsocialista era algo más y algo

menos que un Estado policial[222]. El inteligente Carl Schmitt, el principal teórico constitucionalista del Tercer Reich, escribió en 1935 que el régimen nacionalsocialista significaba el fin del viejo *Beamtenstaat* prusiano, con su concepción hegeliana de un Estado gobernado por funcionarios. Era, en cambio, un *Volksgenossenstaat*, un Estado del compañerismo del pueblo: «El Estado es el instrumento del pueblo[223]». La clase obrera alemana, entre otras, también sentía algo parecido: muchos de los trabajadores del acero de Krupp eran seguidores más fiables de Hitler que algunos de los antiguos funcionarios prusianos. En fecha tan tardía como 1945, Speer llegó a la desesperación cuando escuchó de soslayo la charla de unos obreros alemanes que, al contrario que él, aún confiaban en Hitler y en una victoria final.

El Tercer Reich era en realidad una mezcla de *Volksgenossenstaat* y *Beamtenstaat*,[224] pero nuestro interés se dirige a la historia de Hitler y no a la del Tercer Reich. Él rara vez utilizó —al contrario que Mussolini o, más a menudo, Goebbels— la palabra «total». Bullock citó con propiedad el discurso de Hitler en Múnich en noviembre de 1934: «En Alemania las bayonetas no aterrorizan al pueblo. Aquí el Gobierno está apoyado por la confianza de todo el pueblo. […] Nadie me ha impuesto sobre este pueblo; he crecido de este pueblo, me he mantenido en el pueblo y al pueblo retorno. Mi orgullo es saber que ningún otro hombre de Estado en el mundo puede decir con mayor derecho que es representante del pueblo[225]». La perspicacia de Fest es considerable: «Hitler nunca quiso establecer una tiranía [Gewaltherrschaft]» y: «El mero hambre de poder no es suficiente para explicar el fenómeno de Hitler, que no puede estudiarse como otra forma [más] de tiranía moderna[226]». Hemos visto que el propio Hitler dijo que no era un dictador y no quería serlo; Kershaw expresó esto en una juiciosa frase: «Sugerir que el poder de Hitler descansaba sobre un 'terror totalitario' —dejando de lado las dificultades del concepto 'totalitarismo'— es enunciar una verdad sólo parcial[227]». En *The Meaning of Hitler*, Sebastian Haffner hizo la audaz sugerencia de que al menos hasta 1938 el

Tercer Reich no fue un Estado totalitario, sino autoritario, y por lo tanto se podría comparar con otras dictaduras europeas de la década de 1930, incluida Italia.

Por supuesto que hay (o, mejor, hubo) una diferencia entre los regímenes «totalitarios» y «autoritarios», entre, por ejemplo, el de Hitler por un lado y los de Franco, Salazar, Pilsudski o Metaxas por otro —una diferencia de algo más que matices—. La mayoría de estos dictadores no trató de mantener un control total sobre las vidas personales y familiares. Pero al fijar nuestra atención en *el Estado*, pasamos por alto la diferencia esencial que separa la visión de Hitler —y sus intenciones— del resto de los dictadores contemporáneos, incluidos Mussolini y Stalin.

Considérese que el Estado, tal y como lo conocemos, fue una creación de la llamada Edad Moderna, que surgió por primera vez en la Italia del Renacimiento y después en Europa occidental hace unos quinientos años, en una época marcada por la revuelta y progresiva mezcla de monarquía, aristocracia y democracia; y que la visión que tenía Hitler de la historia y el futuro suponía una ruptura radical con las instituciones de la Edad Moderna. Hubiera coincidido con Tocqueville en una cosa: la edad de la democracia era ya irreversible. Cien años antes de la asunción del poder por parte de Hitler, Tocqueville previo un nuevo tipo de tiranía característico de los siglos democráticos: la tiranía de la mayoría; lo que quizá fue característico de Hitler es su establecimiento de una tiranía no tanto *de* la mayoría como *a través* de la mayoría[228]. El concepto de «Estado» —esto es, los intereses de Estado, la seguridad del Estado— era sacrosanto en el mundo contemporáneo, incluso en la Rusia soviética de Stalin, como muy tarde en 1939[229]. Sin embargo, ya en *Mein Kampf* Hitler había escrito que «el Estado es un medio para un fin». [*«Der Staat ist ein Mittel zum Zweck'*] y —con todos los compromisos que tuvo que hacer por bien del Estado— se mantuvo firme hasta el final respecto a esa prioridad. En marzo de 1929 dijo: "Para nosotros la idea de Volk es más elevada

que la de Estado»; en mayo de 1933: «Que las religiones sean más estables que los Estados no es un accidente». El 6 de abril de 1938 lo expresó de modo lacónico en un discurso en Salzburgo: «En el principio estaba el Volk y sólo después vino el Reich»; o en su significativo discurso a los oficiales en el Platterhof, en mayo de 1944: "El Estado es sólo un marco forzoso [eine Zwangsform[230]]". El 5 de septiembre de 1934, en Núremberg: «Los extranjeros puede que digan que el Estado nos creó a nosotros. ¡No! ¡Nosotros somos el Estado! ¡No seguimos las órdenes de ningún poder terrenal sino las de Dios, que creó al pueblo alemán! ¡El Estado depende de nosotros!».

Ésta era una de las diferencias entre Mussolini y Hitler, o entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. En el Manifiesto Fascista de 1932 Mussolini dijo: «No es el pueblo el que hace al Estado, sino el Estado el que hace al pueblo[231]». Mussolini era populista, pero mucho menos que Hitler; al hacer campaña contra el individualismo del pueblo italiano Mussolini trataba de institucionalizar y forzar la sumisión del individuo al Estado, rememorando, al menos en cierto sentido, el ideal de Estado del Renacimiento italiano. De modo ocasional usó el término «totalitario» como adjetivo, pero el régimen italiano fue autoritario, más que totalitario, y no sólo por la aceptación de la monarquía, la Iglesia y muchas otras excepciones menores a la «totalidad» fascista. Describir a Hitler y al nacionalsocialismo como una forma de fascismo, como hizo Ernst Nolte, es incorrecto, al igual que lo es la imprecisa y equivocada práctica de la izquierda de aplicar el adjetivo «fascista» a todos los movimientos y regímenes de la derecha radical[232].

Al mismo tiempo, el realismo político de Hitler le obligó a tener en cuenta la primacía de los intereses de Estado en más de una ocasión. Ya en 1926 antepuso la necesidad de unas buenas relaciones con Mussolini al deseo nacionalista de muchos austríacos y alemanes del sur de reclamar el sur del Tirol, habitado en gran parte por alemanes y que había sido concedido a Italia por los

tratados de paz de París. Esta determinación le acarreó problemas a la hora de convencer a algunos de sus seguidores. La decisión de no poner en peligro su relación potencial con Mussolini, a quien en ese momento admiraba y respetaba, pudo haber sido ideológica tanto como realista. Me parece quizá más significativa la reacción de Hitler ante el consentimiento de Mussolini por su ocupación de Austria en marzo de 1938: «¡Mussolini, jamás podré olvidar esto!». Hitler lanzó este emotivo, y revelador, mensaje al *Duce* cuando éste había aceptado el *Anschluss*, que también significaba la presencia de la gran Alemania en las cimas de los Alpes. Esto ocurría meses, años incluso, después de que Mussolini hubo hecho público el eje Roma-Berlín y su amistad con Hitler, y después de una amplia acumulación de las más fiables pruebas de que Mussolini había dado por cancelada la independencia de Austria. No obstante, Hitler se sintió aliviado: temía que después de todo —o al final, o en el momento decisivo— Mussolini lo echaría abajo, debido a la *Staatsräson, raison d'état,* italiana, por encima de su compañerismo ideológico.

Fue para consolidar su posición y autoridad dentro del Estado alemán (incluso más que dentro del Partido Nacionalsocialista) por lo que Hitler se dirigió contra Röhm, en el brutal golpe de junio de 1934, tras el cual hizo uno de sus escasos discursos en los que se santifica la causa del Estado: «¡La Nación debe saber que su existencia no será puesta en peligro por nadie de modo impune, y ésta será garantizada por su orden y seguridad internos! Y todo el mundo debe saber para el futuro que si levanta su mano para golpear al Estado, su destino será la muerte segura[233]».Había —obviamente— *una* cierta estrategia política tras una afirmación de ese tipo, pero no era del todo contraria a sus propias creencias realistas. Bullock fue astuto cuando escribió sobre Hitler que su «originalidad descansaba en haberse dado cuenta de que las revoluciones efectivas, bajo las condiciones modernas, se llevaban a cabo con, y no contra, el poder del Estado: el orden correcto de los acontecimientos era, en primer lugar, acceder a ese poder y después

comenzar la revolución[234]». Sin embargo, ya en 1932 Ernst Jünger escribió: «No supone ninguna diferencia el que el poder se logre en las barricadas [esto es, mediante una revolución] o en forma de una sobria toma de la administración del Estado[235]».

En febrero de 194.5 un amigo fue a visitar a Albert Speer. Colocó sobre su mesa dos extractos de *Mein Kampf*. «La labor de la diplomacia no es permitir que un pueblo se hunda heroicamente, sino conservarlo de modo práctico. Cualquier camino para ello es permisible y la ausencia de esta clase de esfuerzo debe ser considerada una negligencia criminal». Y, «La autoridad del Estado no puede ser el propósito en sí mismo [Selbstzweck], puesto que en ese caso sería intocable y estaría santificada cualquier tiranía sobre la tierra. Cuando a través del instrumento del poder gubernamental se conduce a un pueblo al desastre, la rebelión de cada miembro de ese pueblo no es sólo un derecho, sino una obligación[236]».Fue esa noche, tras haber leído esto, cuando —si hemos de creer a Speer— pensó por primera vez en matar a Hitler de alguna manera (su idea era la inyección de gas venenoso en el sistema de ventilación del Führerbunker), pero yo creo que interpretó mal a Hitler. La prioridad de Hitler no fue la causa del Estado; fue, hasta el final, la causa del pueblo alemán (más precisamente, *su concepto del pueblo alemán*). [237].

Y bien: ¿el concepto de Hitler del pueblo alemán era idéntico a su concepto de raza? No lo era. Sí, Hitler era racista —en el sentido en que mucha gente (todo tipo de gente, incluido Benjamin Disraeli) ha reconocido la inevitable influencia de la raza en los conflictos de la humanidad—. Es cierto que en *Mein Kampf* escribió que «la cuestión racial era la clave de la historia del mundo». Es obvio que no fue consistente en sus preferencias raciales: cuando lo exigió la ocasión, eligió, o buscó, alianzas con los japoneses, chinos, rumanos, árabes, etc., mientras que seguía entregado a la lucha contra sus oponentes «nórdicos» o «arios». Desde luego, esto puede ser atribuido a las exigencias de su gobierno, en especial durante la guerra, pero eso

no era todo. No tenemos pruebas de que Hitler —incluso durante sus años formativos en Viena— leyera o se tomase en serio a los filósofos racistas alemanes y franceses de fines del siglo XIX, tales como Gobineau, Vacher de Lapogue o Lagarde; o de que los histéricos panfletarios racistas del tipo de los de *Ostara* tuvieran una influencia fuerte o definida sobre él. No muchos de sus biógrafos han señalado o enfatizado esto, sin embargo, Haffner lo hizo. Consciente de la frase de *Mein Kampf acerca* de la raza como clave de la historia, citada más arriba, Haffner señaló que la raza «nunca fue definida por él y a menudo la igualó al concepto de 'nación'. [...] Una raza superior y una nación dominante gobernarían algún día el mundo; pero cuál, ¿una raza o una nación?, ¿los alemanes o los 'arios'? Hitler nunca clarifica esto por completo. Permanece igualmente oscuro a quienes considera arios, ¿sólo las naciones más o menos germánicas?, ¿todos los blancos excepto los judíos? Hitler no clarifica esto en ningún lugar». Las verdaderas diferencias raciales entre los pueblos, ya fueran blancos, negros o amarillos, no le interesaban demasiado a Hitler. Lo que a él le interesaba era «la pugna, *dentro* de la raza blanca, entre los 'arios' y los judíos[238]». Únicamente respecto a los judíos se mantuvo coherente hasta el fin de su vida, aunque incluso en el asunto de qué significaba la raza judía cambió de opinión, como veremos enseguida.

Por lo tanto, fuese o no la raza la clave de la historia, en ese aspecto hubo una evolución en su pensamiento. Había muchos racistas rígidos y comprometidos, y racistas dogmáticos entre sus primeros aliados y seguidores. Los racistas dogmáticos, tales como Himmler, eran numerosos e importantes entre los miembros más altos de la jerarquía del Tercer Reich; su filosofía racial condujo al establecimiento de varias instituciones. Sin embargo, Hitler no compartía el «primitivo biologismo» de Himmler (bien expresado por Marlis Steinert). Schramm observó que Hitler «tenía serias reservas acerca de la glorificación de la primera edad de los pueblos germánicos, al contrario que muchos de sus seguidores[239]». Speer citó el rechazo de Hitler al misticismo racista de Himmler: «¡Qué

sinsentido! Hemos alcanzado un tiempo que deja atrás el misticismo y ahora vuelve a comenzar con esto. También podíamos habernos quedado en la Iglesia, que al menos tiene una tradición». Cierto número de historiadores ha observado que Hitler no tomó en serio a Alfred Rosenberg en absoluto, y que despreció el turbio libro de éste, *El mito del siglo XX*. Según Speer, Hitler dijo: «¡Una recaída en el misticismo de la Edad Media!»[240]. Heer citó una de las conversaciones de sobremesa de Hitler de 1942, en la que expresaba su satisfacción por las protestas públicas del cardenal Faulhaber contra el grueso libro de Rosenberg[241]".

Las numerosas afirmaciones de Hitler —y fueron muchas— sobre las razas, son en realidad afirmaciones sobre lo que consideraba características nacionales. Sí que *había* un elemento racista en su pensamiento (como ocurre prácticamente con cualquier nacionalista), pero sus obsesiones determinantes no eran biológicas. Conocía la relativa falta de respuesta del pueblo alemán a la propaganda racial publicada sin cesar por Himmler y Rosenberg. Los sentimientos nacionales de superioridad, donde y cuando existían entre el pueblo alemán, eran más culturales que raciales; éste es un tema de una importancia y delicadeza enormes que en general permanece sin explorar. Había (y sigue habiendo) una diferencia aparentemente ligera, pero profunda en esencia, entre un tipo de pensamiento *populista* y otro *racista**[242] La respuesta que Hitler deseaba evocar era un resultado del primero más que del segundo. Y eso además reflejaba la evolución de sus propias creencias —si es que fue así y no un planteamiento que se endureció gradualmente—.

En mayo de 1944, en un discurso notable en el Platterhof ante los oficiales, Hitler dijo: «Nuestro pueblo no debe ser identificado con una raza, y hoy día esto está claro para millones. […] No obstante, cuando comencé [a hablar] hace cerca de veinticinco años no era así. Los círculos [contrarrevolucionarios—*bürgerlich*] me decían: ¡Sí, Raza y Pueblo (*Volk*} son uno y lo mismo! ¡No! Raza y pueblo no son lo mismo. La raza es un componente de la sangre, un

núcleo hematológico [*blutmässig*], pero el Pueblo a menudo se compone no de una raza, sino de dos, tres, cuatro o cinco núcleos raciales diferentes. […] Cada uno de esos núcleos raciales posee talentos diferentes[243]». Asimismo en los registros de Bormann, el 13 de febrero de 1943, Hitler dijo: «El orgullo de la raza es una cualidad que el alemán, fundamentalmente, no posee. Usamos el término raza judía por una cuestión de conveniencia, puesto que en realidad y desde el punto de vista genético no hay nada parecido a una raza judía». *No hay nada parecido a una raza judía*[244]*…*

Nacionalismo y racismo no son términos fáciles de definir. (Tampoco hay una historia general de primer orden ni del nacionalismo ni del racismo. Una razón de esto es que el nacionalismo puede variar de país a país más de lo que lo hace el internacionalismo o el socialismo). Asimismo, éste no es el lugar para explayarse sobre sus diferencias o sobre sus orígenes, excepto para enfatizar tres aspectos: que Adolf Hitler era más nacionalista que racista; que el nacionalismo puede ser más excluyente incluso que el racismo, sobre todo por la adscripción de elementos culturales, lingüísticos e incluso religiosos[245]; y que el nacionalismo, más que el racismo, es un fenómeno moderno y populista.

Moderno y *populista*. Cuando Samuel Johnson pronunció su célebre dictamen «el patriotismo es el último refugio de un canalla», quería decir *nacionalismo*, ya que esa palabra aún no existía en inglés. El patriotismo (como observa George Orwell en uno de los pocos ensayos existentes acerca de su diferencia con el nacionalismo) es defensivo, mientras que el nacionalismo es agresivo; el patriotismo está arraigado en la tierra, en un país particular, mientras que el nacionalismo se aplica al mito de un pueblo (de hecho, a una supuesta mayoría); el patriotismo es tradicionalista, el nacionalismo es populista. El populismo es *völkisch (folkish);* el patriotismo no lo es. Este fenómeno —o, mejor, tendencia— es casi universal en el siglo XX; el siglo XIX estuvo lleno

de nacionalistas liberales, algunos de ellos personajes ejemplares y nobles, en el siglo XX esto rara vez fue así. Cien años antes, la distinción de Orwell (1943) entre nacionalismo y patriotismo habría parecido forzada, habría tenido relativamente poco sentido. Incluso hoy el nacionalismo y el patriotismo se solapan a menudo en la mente y el corazón de una misma persona. Sin embargo, debemos ser conscientes de las diferencias entre ellos; debido al fenómeno del nacionalismo populista que, al contrario que el anticuado patriotismo, es inseparable del mito de un pueblo. Es posible ser un patriota y, al menos culturalmente, cosmopolita, pero un populista es de modo inevitable una especie de nacionalista mediocre. El patriotismo, igualmente, es menos racista que el populismo: un patriota no excluiría a una persona de otra raza de la comunidad en la que han convivido y a la que conoce de muchos años, pero un nacionalista siempre mantendrá sus recelos hacia alguien que no parece pertenecer a su pueblo, o, más probable, a su manera de pensar. «El nacionalista patriotero», dijo con acierto Alfred Duff Cooper, «es siempre el primero en denunciar por traidores a sus compatriotas».

Hitler ejemplificaba esta diferencia entre patriotismo y nacionalismo. Acerca de su significado fue claro de modo explícito. Ya en sus primeros años de juventud, como dijo en el *Mein Kampf*, «era un nacionalista, pero no un patriota». Deseaba unirse y unir a los alemanes austríacos en una gran Alemania, a expensas del Estado imperial multinacional y dinástico de los Habsburgo, que deseaba verlo desintegrado. Este tema lo desarrolló a menudo. Por ejemplo, en un discurso poco conocido que dio en Múnich el 6 de abril de 1927, recogido con detalle en el *Völkischer Beobachter* dos días después, el propio título del discurso era «Nacionalismo y patriotismo**[246]**». Éstos son algunos fragmentos: «¡No somos [meramente] nacionales, somos nacionalistas!». «Un decisivo ajuste de cuentas con ese sentimiento nacional de la Bürgertum alemana que se ha petrificado en patriotismo». «La Bürgertum alemana aún no posee una verdadera meta nacional. [Su] nacionalismo es, en el

mejor de los casos, un medio para permitir que el pasado se prolongue un poco más». A lo largo de toda su carrera pública Hitler fue consciente de la tremenda atracción del nacionalismo. Hizo un buen uso de ello. Comprendió, por ejemplo, la reticencia y la ocasional oposición de la jerarquía católica alemana, el clero y el pueblo lego a la propaganda racista del nacionalsocialismo y a las instituciones raciales, mientras que al mismo tiempo supo aprovecharse de sus incondicionales sentimientos nacionalistas[247].

El patriotismo no es un sustituto para la fe religiosa, mientras que el nacionalismo a menudo sí lo es; puede llenar las necesidades emocionales —y espirituales, al menos de modo superficial— de la gente. Puede combinarse con el odio; Görlitz y Quint hicieron observaciones elocuentes al respecto: "El odio como punto de partida [Ausgangspunkt] […] era característico de [Hitler][248] y de su movimiento, que creció en las calles de las grandes ciudades. […] La reserva humana del movimiento eran soldados, trabajadores y gentes desarraigadas de las grandes ciudades […] [pero] el campesinado era bastante ajeno a Hitler. Todos los ideales tardíos sobre el renacer del campesinado, la creación de una nueva clase de 'sangre y suelo', propietaria de tierras, no estaban entre sus ideas originales y no se correspondían con el origen del movimiento, que no brotó de la sangre y el suelo, sino de las masas de las ciudades[249]". Al contrario que muchos de los populistas del siglo XIX que habían surgido del campesinado, los nacionalistas del siglo XX han predicado a menudo un amor abstracto por el campesinado y la tierra. Los primeros discursos de Hitler y la primera propaganda nacionalsocialista incluían poco o nada acerca de los campesinos y la agricultura. También Heiden observó esto: «Es un programa para la gente hambrienta de las ciudades […]»[250], a lo que añadió que Hitler sólo se dio cuenta de esto y comenzó a hacer llamamientos al campesinado alemán después de 1928, durante la gran depresión agrícola. En Múnich (10 de abril de 1923). Hitler dijo: «Para la liberación del pueblo se necesita algo más que política económica, más que industria: si un pueblo quiere ser libre, necesita orgullo y

fuerza de voluntad, el desafío, odio, odio y más odio». Cualquiera que fuese la fuente profunda de los odios de Hitler él los proyectaba hacia el exterior, en servicio de su extremo nacionalismo y de su racismo[251]. Puede que Hitler entendiera algo que Chesterton sabía cuando dijo que si bien el amor es siempre personal y particular, el odio es lo que une a hombres que por lo demás son dispares.

Ni la etiqueta de «racista» ni la de «darwinista social» explican a Hitler suficientemente. Creía en la supervivencia del más fuerte, pero ¿hay algo de novedoso en ello? El principio del triunfo del fuerte sobre el débil se retrotrae incluso más allá de Maquiavelo, quizá hasta los mismos Caín y Abel[252]. Hitler comprendió que la gente respondía a las realidades del poder —es más, que las respetaría—. [253] Además, al contrario que numerosos darwinistas sociales, Hitler, tan convencido como estaba del poder de las ideas, no era materialista.

Era un nacionalista extremo —quizá el nacionalista más extremo de todas las personalidades destacadas del siglo XX—. Y aunque el nacionalismo es humano de un modo atávico, más profundo y fuerte que la conciencia de clase, el problema no es sólo su inhumanidad latente, sino —tal vez sorprendentemente— el carácter abstracto que confiere a lo que entiende como naturaleza humana. «Amor al pueblo»: pero ¿quiénes *son* en realidad el pueblo? El nacionalismo es tanto egocéntrico como egoísta, porque el amor humano no es amor a uno mismo, sino amor al *otro*. El patriotismo es tradicional y no es meramente biológico, porque el amor caritativo es humano y no meramente «natural». La naturaleza no tiene —ni muestra— caridad[254]. En eso creía Hitler. También creía que la caridad no tiene ninguna función en la historia de la humanidad. Es discutible si esto significa que creía en el darwinismo social. Lo que no es cuestionable es que el odio hacia sus adversarios era más fuerte y menos abstracto que el amor por su pueblo[255]. Ésa era (y sigue siendo) una marca distintiva de la mente de todo nacionalista extremo.

V
HOMBRE DE ESTADO Y ESTRATEGA

LA ESCASA atención prestada generalmente a la habilidad de Hitler en la conducción del Estado. —Sus capacidades como hombre de Estado y estratega—. Cuestiones acerca de Múnich y el enigma ruso. —Sus metas durante la guerra—. Su decisión de atacar Rusia.— Su consideración de los Estados Unidos. —El punto de inflexión «federiciano».— Su capacidad para recuperarse. —Su intención de dividir la coalición aliada—. Frente a la derrota final: ¿obstinación o congruencia, o ambas?

*E*ntre la vasta suma de fuentes biográficas acerca de Hitler, el tratamiento de éste como líder nacional es mucho más extenso que el tratamiento del hombre de Estado y el estratega. La división de su carrera en dos períodos parece obvia y lógica: el ascenso con asombroso éxito hasta 1939, y los seis años de la guerra, que acaban en la catástrofe y el suicidio —un resultado final que, de modo retrospectivo, pese a ser dramático estaba casi predestinado—. Ésa es probablemente la razón de que la mayoría de sus biógrafos tiendan a dedicar poco espacio a los últimos seis años de su vida[256]. Esta tendencia no es irrazonable: pone el énfasis en la carrera de Hitler que conduce a una guerra que no podía sino perder, y que antes del fin arrastra a millones de personas a la muerte y la destrucción. Esta opinión amplia y generalmente compartida aún sigue siendo aceptable, excepto en dos cuestiones.

La primera es que en 1940 y 1941 Hitler estuvo cerca de ganar su guerra. La segunda es que su derrota final puede que hubiera estado predeterminada (incluso pese a que «predeterminada» sugiere un determinismo que los historiadores deberían evitar) a causa de su desmedida arrogancia; no obstante, la arrogancia es una falta del carácter más que de visión, y Hitler no estaba ciego[257]. Tal como dijo Pascal, el amor en realidad no es ciego, y tampoco lo son los demás tipos de pasión. Más que a menudo, son un

compuesto de una asombrosa claridad de visión con una asombrosa ceguera (un compuesto que, al igual que una verdad a medias, no puede ser fijado con categorías matemáticas). Además, puesto que la visión atañe más a los propósitos que a los motivos, debemos prestar algo de atención a cuáles eran los propósitos de Hitler antes de y, quizá de modo especial, durante la guerra.

No es fácil determinar cuáles eran[258]. (Tal vez debería escribir «comprender» en lugar de «determinar», ya que, al contrario que en las ciencias naturales, el propósito del conocimiento histórico puede que sea comprender más incluso que la «certeza»). Existe un conjunto sustancial de declaraciones propias acerca de sus motivos; no sólo en sus discursos públicos y en sus conversaciones de sobremesa «privadas», sino mucho antes, en *Mein Kampf* y en *Hitler's Secret Book,* en los cientos de páginas dedicadas a cuáles deberían ser los objetivos de la política exterior y la expansión alemana, así como en los numerosos artículos que dictó o escribió durante los años anteriores a su llegada al poder[259]. No obstante, puede que aquí nos encontremos ante un caso en que el bosque no deja ver los árboles: pensar (como hace por ejemplo Bullock) que los objetivos de Hitler estaban claramente expuestos en *Mein Kampf* y que, por lo tanto, existió una aterradora coherencia entre sus propósitos y la ejecución de éstos, es demasiado simple. Recordemos también que Hitler era un hombre muy reservado[260]. Cualquiera que fuesen sus ideas básicas (y ya hemos visto que al menos en algunas de ellas hubo una evolución), hubo ocasiones en

las que, como cualquier otro ser humano (no hablemos ya de un político o un hombre de Estado), tuvo que ajustarlas a circunstancias por encima de su control directo. También hemos visto que muchas de sus declaraciones estaban hechas con un propósito público, incluido el propósito de influir no sólo a grandes grupos de oyentes sino también a los hombres de su entorno y a sus interlocutores. Por supuesto, ningún historiador —y con certeza ningún biógrafo— posee poderes mentales (y, en consecuencia, no debería tener la arrogancia intelectual) para definir, dividir y concretar dos tipos de pruebas: a) esto es lo que el sujeto dijo que pensaba; b) esto es lo que el sujeto pensaba en realidad.

Podemos decir —aun a riesgo de alguna imprecisión— que su propósito era hacer de Alemania una de las mayores potencias del mundo y ciertamente la mayor de Europa. El fundamento de esto era el logro de una unidad nueva y sin precedentes del pueblo alemán (que suponía la expulsión de los judíos de éste) y la posterior unión de prácticamente todos los pueblos de habla alemana de Europa en un único Reich. Podemos tratar de afirmar que ése era probablemente su objetivo mínimo[261], incluso a pesar de que no lo siguió (ni podría haberlo hecho) con gran constancia. Su planteamiento evolucionaría y cambiaría en especial durante la guerra: veremos, por ejemplo, que su plan de expulsar a los judíos de Alemania acabó por evolucionar hacia el objetivo de expulsarlos de la mayor parte de Europa, cuando no de toda; posteriormente (en 1941), cuando la emigración y la expulsión de los judíos dejaron de ser posibles, se planteó exterminarlos en masa, y finalmente (en 1944) se suspendería el exterminio en masa de los millones que permanecían en los campos de concentración (una materia complicada, a la que tendré que volver en el capítulo Vi). Existen por supuesto abundantes pruebas de que la presencia de los judíos (al menos en Alemania y Europa) era una obsesión fundamental de Hitler. También existen abundantes pruebas de su deseo de *Lebensraum* (espacio vital): obtener o conquistar, si era necesario, más tierras para el asentamiento alemán en el este de Europa,

incluida Rusia. Sin embargo, aunque las obsesiones y las intenciones pueden solaparse, no son exactamente la misma cosa y, pese a las muy numerosas y categóricas manifestaciones de Hitler sobre el *Lebensraum*, sus líneas de actuación respecto a esto último fueron menos sistemáticas que las judeófobas[262].

Ésta es la razón principal por la que debemos matizar la opinión ampliamente aceptada según la cual el antijudaísmo y la conquista de Rusia que condujo al *Lebensraum* no sólo eran los dos elementos fundamentales de la estrategia de Hitler, sino que también permanecieron invariables. Entre sus muchos historiadores y biógrafos, hay dos escritores muy leídos (uno de ellos es un respetado historiador profesional): David Irving y Andreas Hillgrub er, éstos han dedicado la mayor parte de su interés a la estrategia y la habilidad de Hitler como hombre de Estado durante los seis años de la guerra. Debido a la incansable recopilación de papeles de Irving (en su mayoría, aunque no de modo exclusivo, de personas que vivieron cerca de Hitler), últimamente su obra ha recibido a regañadientes algún reconocimiento de los historiadores militares. Sin embargo, pese a que algunos de los «descubrimientos» de Irving no pueden ser desatendidos, su interpretación (como indiqué en el capítulo I y a la que deberé volver en el capítulo VIIl) está, la mayoría de las veces, comprometida e incluso gravemente viciada por su objetivo de rehabilitar a Hitler. Por supuesto, cualquiera tiene derecho a admirar a un personaje histórico, no importa cuán impopular sea, pero no existe ningún «hecho» histórico que sea separable de su enunciación y, a su vez, cualquier enunciado es inseparable de su propósito. Aparte de (o quizá, además de) los juicios morales, hay dos razones principales por las que las investigaciones de Irving sobre Hitler en su faceta de hombre de Estado y estratega deben tratarse (y leerse) con considerable cuidado. La primera se refiere a las pruebas de su frecuente «tergiversación» de fuentes documentales, no sólo a través de la interpretación, sino también por la insuficiencia de referencias concretas[263]. La otra es que el retrato que Irving da de Hitler

como hombre de Estado y estratega está conseguido con pinceladas indiscriminadas. Irving queda satisfecho con presentar al combatiente no sólo como si hubiera sido más capaz, sino también superior en carácter a todos sus oponentes. En consecuencia, en las obras de Irving apenas existe una reconstrucción histórica que discrimine entre las decisiones y los propósitos de Hitler[264].

Andreas Hillgrub er muestra un planteamiento más serio que Irving (y no sólo por su titulación de historiador profesional) en sus dos obras de minuciosa investigación como historiador político y militar (en especial *Hitler's Strategie: Politik und Kriegsführung 1940-1941).* Este volumen es una fuente secundaria muy importante sobre la habilidad de Hitler en la conducción del Estado, y su estrategia en los años cruciales de 1940 y 1941; no obstante, deben plantearse algunas cuestiones acerca de la interpretación de Hillgruber[265]. La primera, sobre su categórica aseveración de que Hitler no tenía sino dos objetivos fundamentales que persiguió con constancia: conquistar la Rusia europea y eliminar a los judíos. No se puede estar del todo en desacuerdo con esta opinión, pero es posible cuestionar esa constancia, debido a las circunstancias que pudieron forzar a Hitler a cambiar sus objetivos cada cierto tiempo. Más importante —al menos para el propósito de este capítulo— es la cuestionable (y consiguiente) tesis de Hillgruber de un itinerario, paso a paso, de la gran estrategia de Hitler: el "Stufenplan" de Hillgruber[266]. Según éste, la conquista de Rusia era, y siguió siendo, desde el principio al fin, la principal intención de Hitler, y la derrota o el consentimiento de Francia y Gran Bretaña no eran sino secundarios ante ese objetivo. Tras la eliminación de la oposición en el Oeste daría comienzo en el Este la verdadera campaña y, después de esto, una futura lucha con los Estados Unidos, quizá ni siquiera en vida suya. Este esquema general de la gran estrategia de Hitler puede que sea convincente desde el punto de vista intelectual, en especial en el caso de un dictador fanático y grandilocuente; pero es debatible, no sólo por la compleja naturaleza de Hitler sino sobre la base de las pruebas concretas. Sí, Hitler quería conquistar la Rusia

europea; pero después de 1940 su principal objetivo fue forzar a los británicos (y los estadounidenses) a reconocer que carecía de sentido continuar la guerra contra él después de que hubiera eliminado a la Unión Soviética. Por otra parte, Hitler no había previsto, mucho menos deseado, una guerra contra los Estados Unidos; volveremos a estos temas cruciales a lo largo de este capítulo[267].

Muchos de los éxitos de la carrera de Hitler se deben a que sus adversarios subestimaron sus capacidades. El jefe del pequeño partido al que se unió en 1919 minusvaloró su capacidad para atraer a la gente a su lado[268];los políticos alemanes (y no sólo los políticos) subestimaron de modo deplorable sus capacidades políticas, y tras su llegada al poder mucha gente en todo el mundo ridiculizó sus talentos como potencial hombre de Estado europeo. Sin embargo, probó ser un hombre de Estado de alarmante efectividad —no sólo en la paz, sino también en la guerra— y un estratega con un éxito a menudo alarmante[269]. De demagogo provincial ascendió a político de éxito y a líder muy respetado de una gran nación, y posteriormente —al menos durante algún tiempo— a director de la mayor máquina de guerra del mundo. En calidad de esto último, el mundo —incluidos sus principales adversarios— al fin aprendió a no subestimarlo, incluso pese a que en el pasado de Hitler había poco que sugiriese un carácter comparable al de César o Napoleón. No obstante, la evidencia había llegado y el mundo había aprendido una dura y amarga lección.

Una fuente —quizá la principal— de las capacidades políticas y militares, diplomáticas y estratégicas de Hitler puede resumirse con brevedad. Tenía una capacidad —en gran parte, aunque no del todo, instintiva— para reconocer las debilidades de sus enemigos, reales o potenciales (del mismo modo que las de sus aliados o seguidores). No siempre supo con certeza qué harían éstos, pero confiaba de modo razonable (y a menudo bastante preciso) en estar entendiendo lo que se resistirían a hacer. Esta penetrante

comprensión de los lados más débiles de la naturaleza humana le llevó lejos, pero también le condujo a los mayores fracasos, cuando subestimó a algunos de sus adversarios y por tanto no consiguió entenderlos[270]. Aun así, una poderosa comprensión de la naturaleza humana debe ser el instrumento principal, que no sólo sirva al hombre de Estado, sino también al estratega[271]. Napoleón Bonaparte sabía esto cuando señaló con sarcasmo que hay dos ocupaciones en las que un aficionado es mejor que un profesional, una es la prostitución y la otra la guerra.

En el caso de Hitler puede que tengamos que llevar esto un poco más lejos y recordar a Clausewitz, contemporáneo de Napoleón, el gran teórico alemán de la guerra[272]. Su famosa máxima acerca de que la guerra no es más que una continuación de la política por otros medios se aplica con seguridad a Hitler. (Por supuesto, es una verdad evidente: hasta un tirano prefiere un oponente que se rinde en vez de luchar). No obstante, Clausewitz estaba pensado y escribiendo sobre las guerras dinásticas del siglo xvili y de Napoleón, pero las guerras de Hitler eran absolutamente distintas.(Además, también Hitler era clausewitziano en el sentido contrario, al agitar la política como si fuera una guerra).

Hay que añadir a esto que —superando el reconocimiento realista, tanto de Napoleón como de Clausewitz, de la importancia de la moral en la guerra— Hitler era un idealista determinista, algo que quizá sea una inclinación peculiarmente alemana. Creía (como habían hecho Schopenhauer y Nietzsche) en la importancia suprema de la voluntad; y también en el supremo poder de las ideas. Pensaba que, tanto en las calles de las ciudades alemanas como en la arena política, sus tropas de asalto nacionalsocialistas podían ganar, y que lo harían; que en los combates callejeros un militante nacionalsocialista valía por dos o tres de sus oponentes comunistas o socialistas, no sólo porque era más disciplinado y estaba mejor entrenado sino por la fuerza superior de sus convicciones e ideas. Creía que la guerra en Europa no era más que una repetición en una escala mayor de lo que había ocurrido en Alemania en 1928-1933:

que un combatiente alemán valía por dos soldados ingleses, tres franceses o cuatro rusos, a causa de la naturaleza superior y la fuerza de la idea que aquél encarnaba. Y que era por esto por lo que Alemania tenía que ganar la guerra contra sus numerosos enemigos, lo mismo que los nacionalsocialistas habían tenido que ganar, y de hecho habían ganado, la guerra contra sus enemigos en el interior de Alemania[273]. Esta convicción llevó a Hitler muy lejos, pero no lo suficiente. No obstante, en este caso probablemente no había diferencia entre lo que expresaba en público y sus creencias más privadas; parece que creyó hasta el final en ese tipo de idealismo determinista[274].

Al mismo tiempo, las convicciones de Hitler se sostenían, se ayudaban y se servían de un conocimiento de los asuntos históricos y técnicos que a él, desde luego, no le faltaban. Su conocimiento de la historia, aunque selectivo e incompleto, no era insustancial, y sus recuerdos del servicio militar durante la Primera Guerra Mundial le sirvieron de mucho. Era un ávido lector de libros y de toda clase de informes[275] y, lo que es quizá más importante, tenía una memoria sorprendente, capaz de absorber y retener una notable serie de detalles técnicos, que en ocasiones asombraría a sus generales durante las reuniones[276]. Hubo decisiones en campaña en las que sus generales tenían razón y él estaba equivocado, pero hubo otras muchas en las que lo contrario fue cierto, incluso cuando tuvo que imponerlas contra la opinión de los oficiales superiores mejor entrenados de Europa[277].

Hitler comprendió algo decisivo —e histórico— que le serviría de mucho: la importancia suprema que volvía a tener el poder militar en tierra. El almirante estadounidense Mahan (respetado tanto en Alemania como en Inglaterra) escribió en la década de 1890 que el poder marítimo era la primera clave de la historia. Puede que eso hubiera sido cierto durante siglos, pero ya no lo era: la motorización de los desplazamientos militares había cambiado la situación. En la época de Napoleón, los británicos, si no eran necesariamente victoriosos, sí que eran inconquistables mientras pudieran navegar

alrededor del imperio europeo de Napoleón y desembarcar con facilidad en cualquier lugar. Pero a finales de la década de 1930 los ejércitos podían moverse más rápido en tierra que las fuerzas anfibias por mar. Hitler sabía (y así lo dijo en numerosas ocasiones) que la horrible y absurda guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial, con ejércitos de millones de hombres luchando en el barro del frente occidental para ganar o perder unos pocos kilómetros, no se repetiría. Estaba fascinado por el automóvil en varios sentidos. La movilidad de las unidades blindadas era incluso más importante que su potencia de fuego[278]. Entre sus oponentes, los franceses no lograron apenas comprender esto, a excepción del coronel, después general, De Gaulle;

Franklin Roosevelt, en fecha tan tardía como 1941, insistía en que «el poder naval era clave para la victoria», algo que aún era cierto en el Pacífico y el Atlántico, pero no en Europa; Winston Churchill había aprendido esto con rapidez. Toda la superioridad de los aliados en el mar (e incluso en el aire) no era suficiente, había que derrotar a Hitler y conquistar Alemania por tierra. Quizá Stalin supiera esto, pero en todo caso los rusos siempre habían sido animales terrestres.

El 30 de enero de 1933, Hitler se convirtió en canciller de una oscura y deprimida nación, cuya depresión, no obstante, era inusual, ya que no era letárgica. Por el contrario, millones de alemanes se sentían presos de una extraña agitación, sin saber qué era lo que ésta presagiaba. A excepción de una minoría para quienes, con toda razón, anunciaba lo peor, la mayoría de los alemanes se acostumbró pronto al nuevo orden, que era al mismo tiempo más y menos radical de lo que habían esperado. Se produjo un corte radical con su pasado político, y ello a pesar de que Hitler insistía con orgullo en que se había llevado a cabo una revolución nacional sin agitaciones ni derramamiento de sangre. Sin embargo, también hubo una continuidad —si puede llamarse así— en las relaciones de Alemania con el resto del mundo.

No sólo ocurrió que la inmensa importancia de la asunción del poder por Hitler fue entendida de manera inadecuada por la mayoría de los observadores extranjeros. (Esto es evidente en los artículos y comentarios de los periódicos foráneos de la semana que siguió al 30 de enero de 1933). A pesar de la depresión, a pesar de la altísima tasa de desempleo alemana, y a pesar de las recurrentes crisis políticas y electorales que atravesó Alemania en 1932, ese año la política exterior alemana se volvió más firme y enérgica que en ningún momento desde 1918. Tanto la Wilhelmstrasse como la opinión pública alemana recibieron el tratado de Lausana, que en julio de 1932 puso prácticamente fin a todas las «reparaciones» alemanas, encogiéndose de hombros; y en la cada vez más apática conferencia de desarme en Ginebra la delegación alemana se volvió paulatinamente más obstinada y exigente. Hay razones de peso para creer que el poder y el prestigio de Alemania hubieran subido en la década de 1930 incluso sin Hitler, pero la exposición detallada de este argumento no pertenece a este libro. Aunque sí es oportuna una breve discusión de cómo Hitler, en su papel de liderar el Estado, hizo buen uso del personal tradicional y conservador del Ministerio de Exteriores alemán durante los cinco primeros años de gobierno[279], incluso cuando tuvo cuidado de no apartar al otro elemento tradicionalista y conservador de la anterior república: el ejército. Sólo uno o dos diplomáticos alemanes dimitieron del servicio exterior después de 1933 y antes de 1938. Aun así, la creencia de Hitler en su ideología siguió siendo fundamental: sería demasiado simple pensar que subordinó su ideología revolucionaria a los intereses del Estado (algo que Stalin haría de manera burda y brutal, malinterpretado hasta hoy día por los ideólogos anticomunistas). Sería más preciso decir que la *Realpolitik*[280] de Hitler fue una mezcla, hasta el mismo final, de convicciones ideológicas y cálculo de los intereses del Estado; una mezcla en la que él, al menos, no observaba ninguna contradicción[281].

Aquellos biógrafos serios de Hitler que se han visto obligados a reconocer, y describir, el sorprendente éxito de sus primeros seis

años como canciller, se han concentrado sobre todo en sus logros internos, aunque sin desatender, por supuesto, los de su habilidad como hombre de Estado en política exterior; de modo razonable, ya que ambos no son separables[282]. Mientras que por un lado la forja de una unidad nacional alemana fue la base sobre la que tuvieron que apoyarse sus movimientos en el exterior, por otro, el apoyo popular aumentaba con firmeza por la admiración del pueblo hacia esa política exterior, que había conducido al gran ascenso del poder y el prestigio alemanes en el extranjero. No obstante, sería de nuevo incorrecto afirmar que antes de 1939 la conducción del Estado de Hitler fuera, en general, exitosa, porque aún no había roto con la *Realpolitik*, y que, de ahí en adelante, la guerra y sus catástrofes fueran el resultado de una ideología que ensombrecía cualquier capacidad de «realismo político» que hubiera podido tener en la conducción del Estado[283]. La ideología, incluso en la década de 1930, no era algo separado y diferente de sus fríos cálculos, sino que formaba parte de éstos. Así, por ejemplo, en 1934, su año más difícil, cuando la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista parecieron, al menos por un momento, enfrentarse entre sí, Hitler supo que aquello no se prolongaría. Su primer encuentro con Mussolini en 1934 puede que fuera intrascendente, pero, al contrario de lo que opinan algunos de sus biógrafos, no fue un absoluto fracaso. Puede que, en el peor de los casos, retrasara la declaración del Eje Roma-Berlin, que Mussolini proclamaría posteriormente en 1936, pero ni comprometió ni obstruyó el desarrollo final del mismo[284]. Una mezcla de ideología y habilidad para conducir el Estado dirigió la decisión de Hitler de apoyar de modo activo a Franco en la Guerra Civil española y también las relaciones de Alemania con China yjapón[285]. Es cierto que tanto en *Mein Kampf* como en su «libro» de 1928 había definido de modo enfático sus cálculos realistas para el Reich alemán, que necesitaba tener buenas relaciones con Inglaterra e Italia. No obstante, fue algo más que el cálculo realista lo que en 1935 le hizo llegar a un tratado marítimo con Inglaterra. Pensó (y tenía algunas pruebas en ese sentido) que

los integrantes de los círculos dirigentes de Inglaterra consentirían el ascenso de una nueva Alemania a causa de su anticomunismo y tal vez incluso por ciertas afinidades raciales[286]. Debajo de esto discurría la convicción en su capacidad de reconocer y beneficiarse de las debilidades de sus oponentes. De este modo fue capaz de lograr algo aún más grande que Bismarck y, al contrario que Bismarck, sin una guerra: el Barre, la remilitarización de Renania, la anexión de Austria y los Sudetes, creando así un gran Reich alemán nunca visto en el mundo. Antes incluso de cambiar el mapa de Europa, antes incluso de extender por primera vez su poder armado más allá de las fronteras alemanas en marzo de 1938, ya había logrado una «revolución diplomática». No tenía, aún, alianzas fijas, sólo unos pocos tratados de no agresión o de amistad o anticomunistas. Al mismo tiempo, Francia tenía alianzas políticas y militares con Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia e incluso con la Rusia soviética. Sin embargo, éstas ya no significaban demasiado, la mayoría de ellas eran papel mojado. Fue una revolución diplomática sin precedentes en la historia de Europa.

Pero entonces, en el invierno de 1937-1938, se produjo un cambio. No fue un cambio en sus objetivos, o el resultado de su opinión cambiante sobre la situación europea. Fue un cambio en el interior del hombre mismo: se convenció de que tal vez no le quedase mucho de vida, de que el tiempo corría en su contra y, por tanto, en contra de Alemania. Hay pruebas que concuerdan con esto y abarcan desde cambios en sus hábitos personales y físicos o el dictado de un testamento privado (a principios de mayo de 1938) hasta su decisión de nombrar a Ribbentrop ministro de Exteriores y destituir al general Fritsch como comandante en jefe del ejército, mientras que él asumía las funciones de ministro de Guerra

y comandante supremo de la Wehrmacht. Se ha escrito mucho acerca de la llamada Conferencia Hossbach del 5 de noviembre de 1937, cuando Hitler, por vez primera, dijo a sus jefes militares que se prepararan para una posible guerra. No fue tanto un programa detallado de acción para la guerra, como una advertencia a los

generales de que en un futuro próximo podría ser necesario recurrir a la fuerza. Hitler describió cuándo y cómo iba a actuar Alemania contra Checoslovaquia y dentro de Austria. Tales eventualidades incluían un conflicto entre Francia e Italia —una guerra civil en Francia, por ejemplo—. Puesto que esto no ocurrió, AJ.P. Taylor escribió que «Hitler soñó despierto en gran parte de su exposición, que no tuvo relación con lo que ocurrió en la vida real[287]». Esto no resulta muy convincente. El tema importante de la conferencia eran los cálculos de Hitler de que cuando surgiera su ocasión, Francia quedaría paralizada por debilidad: «Gran Bretaña, casi seguro, y Francia probablemente también, habían dado el asunto de los checos por saldado y se resignaban al hecho de que esta cuestión se resolvería con Alemania a su debido tiempo». En noviembre de 1937 éste era un planteamiento del problema destacable por su precisión; fue exactamente lo que ocurrió menos de un año después.

No obstante, hay otro elemento —o, más precisamente, falta un elemento— en esta conferencia de noviembre de 1937 que no ha recibido la atención que merece. Éste es que Hitler no hizo casi ninguna referencia a Rusia. Dijo algo respecto a que, en caso de una guerra por Checoslovaquia, Rusia estaría preocupada por Japón (lo que era cierto), y aparece entonces una frase críptica: «Polonia —con Rusia a sus espaldas— tendrá pocas ganas de entablar una guerra contra una Alemania victoriosa». En otras palabras, si Polonia se dirigía contra Alemania, Rusia podría dirigirse contra Polonia: aquí había una alusión al tipo de confabulación rusa y alemana contra Polonia casi dos años antes de que sucediera. ¿Estaba Hitler —el declarado adalid del anticomunismo alemán y mundial— considerando esto ya en 1937? Más de sesenta años después aún no lo sabemos: la falta de interés de Hitler por Rusia en ese momento es enigmática; quizá sigue siendo el principal enigma de la historia internacional sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial.

Su falta de interés por Rusia durante la crisis de Múnich en septiembre de 1938 fue, una vez más, asombrosa, y analizada de manera insuficiente. Se ha escrito mucho sobre Múnich, que poco

después de aquel acontecimiento empezó a ser reconocido como un desastre: «Hemos sufrido una derrota total y sin paliativos», como dijo Churchill ante la Cámara de los Comunes. No obstante, a lo largo de los últimos sesenta años se han acumulado distancia y pruebas suficientes para revelar y revisar algunas de las opiniones todavía aceptadas acerca de aquella rendición de Occidente a las exigencias de Hitler. Existen suficientes pruebas indicando que —al contrario de lo que la mayoría de la gente creyó y escribió, incluido el mismo Churchill en fecha tan tardía como 1948— en septiembre de 1938 Hitler no estaba bromeando. De no haber sido por el pacto de Múnich habría atacado Checoslovaquia el 1 de octubre, tal como había declarado. Los franceses, que tenían, aunque fuera de modo reticente, una alianza con los checos, *tal* ve le hubieran declarado la guerra. Los ingleses, mucho más reticentes, *puede* que hubieran hecho, al menos, *algo*. Sin embargo, no habrían ido más allá de una declaración de guerra, igual que en septiembre de 1939 se mantuvieron al margen, sin tomar ninguna medida militar, mientras los alemanes sometían a Polonia. Éstas no son especulaciones impropias de los historiadores. Las pruebas están ahí. En 1939 el ejército alemán tardó pocas semanas en conquistar Polonia, en octubre de 1938 hubiera tardado pocos días en conquistar Checoslovaquia, un Estado dividido por elementos hostiles, la mitad de ellos no checos, que en su mayoría querían que Checoslovaquia se dividiera o incluso que dejara de existir. No obstante, no sólo esa población estaba dividida; también lo estaba la de Francia o Gran Bretaña. Éstas, incluidos sus gobiernos, no estaban preparadas para enfrentarse a una segunda guerra mundial por bien de Checoslovaquia; en 1939 se vieron obligados, en cambio, a resistir a Hitler e ir a la guerra. En lo militar también estaban algo mejor preparados en 1939 que en 1938. En octubre de 1938, tras haber acabado con la resistencia checa en pocos días, Hitler se hubiera vuelto hacia las potencias occidentales (como hizo, en vano, en 1939) para ofrecerles la paz sobre la base de su hecho consumado. Hay razones de peso para creer que lo hubiera logrado. Él lo sabía;

en varias ocasiones se lamentó amargamente de haber accedido al «acuerdo» de Múnich[288].

No obstante, tal vez la cuestión más interesante acerca de Múnich sea la de Rusia y la opinión de Hitler sobre ésta. Stalin había firmado una alianza con los checos en 1935. Sin embargo, es sorprendente la poca importancia que dio Hitler a Rusia durante la crisis de Múnich: pasó por alto la alianza entre checos y rusos casi totalmente (a pesar de que usaría el argumento del anticomunismo para justificar su hostilidad contra los checos). Además, sabemos algo que incluso Churchill en 1948, en el primer volumen de *La Segunda Guerra Mundial*, o bien no sabía o no quiso admitir: que Stalin se resistía a ir a la guerra por Checoslovaquia tanto como Chamberlain o Daladier, o incluso más. Tal vez se hubiera dirigido contra Polonia, cuyo territorio habría tenido que cruzar para acudir en ayuda de los checos. Hitler en alguna ocasión habría previsto esto; hemos visto que ya lo había hecho así en 1937. Sin embargo, eso era todo. ¿Desechó Hitler el peligro ruso simplemente por instinto, o tenía otra información sobre los planes de Stalin, aparte de los fragmentos de informes de la embajada alemana en Moscú y de las suposiciones de las fuentes rutinarias de la inteligencia? No lo sabemos.

No está claro si fue Hitler o Stalin quien hizo —o permitió— los primeros movimientos cautelosos o las señales para una mejora de las relaciones entre Alemania y Rusia en 1939, que finalmente conducirían al pacto de agosto[289]. Sí, Hitler había hecho una afirmación destacable en el congreso del partido, en Nuremberg, en septiembre de 1936: «Si pudiéramos disponer de la incalculable riqueza y las reservas de materias primas de los montes Urales y de las interminables y fértiles llanuras de Ucrania para explotarlas bajo el mando nacionalsocialista, el pueblo alemán nadaría en la abundancia». Sin embargo, a comienzos de 1939 comenzó a mostrar su desinterés no sólo por Ucrania, sino incluso por la región cárpato-ucraniana de Checoslovaquia.

Es revelador que los primeros signos de una mejora en las relaciones entre Alemania y Rusia tuvieran lugar *antes* de marzo de 1939, es decir, antes de la súbita decisión de Hitler de marchar hacia Praga y ocupar lo que restaba de Checoslovaquia, que entonces condujo a un cambio decisivo de la política británica, que conllevaba la garantía británica a Polonia y el intento de alcanzar eventualmente una alianza militar con Rusia. Muchas cosas indican que Hitler no consideraba factible una alianza entre Gran Bretaña, Francia y Rusia. En cualquier caso, durante el verano de 1939 demostró ciertas sutilezas en su conducción del Estado. La reserva, más que la impetuosidad o la impaciencia, marcó el *tempo* de sus respuestas a las varias señales de Moscú (excepto durante la tercera semana de agosto, cuando él insistió súbitamente en acelerar el movimiento hacia un pacto). Los documentos sobre los contactos y negociaciones secretas entre Alemania y Rusia en ese momento son uno de los capítulos más fascinantes de la historia de la diplomacia contemporánea, pese a que revelan más de Stalin que de Hitler, incluida la importancia primordial que Stalin daba a los intereses de Estado rusos, así como su respeto por Hitler[290].Algo que también resulta interesante e instructivo es la relación triangular entre las principales potencias en el verano de 1939. Por supuesto, los británicos y los franceses no escondían su deseo de atraer a Stalin a una alianza contra Hitler (a pesar de que con ello el gobierno de Chamberlain no estaba sino sugiriendo a Berlín que aún era posible un amplio acuerdo entre Gran Bretaña y Alemania, sólo con que Alemania fuese más razonable acerca de Polonia). Stalin fue tan reservado acerca de sus contactos con Berlín como correspondía a un astuto jefe caucásico. Es significativo que Hitler permitiese que en alguna ocasión (en fecha tan temprana como mayo) se lanzaran indirectas a británicos y franceses acerca de la posibilidad de un acuerdo alemán con Rusia[291]. Es instructiva su conversación, a menudo citada, con el suizo Carl J. Burckhardt el 11 de agosto de 1939, unos pocos días antes de que se acercase a Stalin directamente. Le dijo a Burckhardt (que era partidario, sabía él, de

algún tipo de acuerdo entre Alemania y Gran Bretaña): «Todo lo que emprendo se dirige contra Rusia; si Occidente es demasiado estúpido o está demasiado ciego para entender esto, me veré forzado a buscar un entendimiento con los rusos, derrotar a Occidente, y tras la derrota volverme con todas mis fuerzas contra la Unión Soviética. Necesito Ucrania para que no puedan asfixiarnos de hambre, como durante la última guerra». Muchos historiadores han explicado esta afirmación como reveladora de toda la estrategia de guerra posterior de Hitler; Hillgrub er lo describió como profético y visionario [*visionär*].[292] En realidad, fue un intento de Hitler (sabía que Burckhardt era escuchado en Londres) de atemorizar a las potencias occidentales para que abandonaran Polonia.

El intento no tuvo éxito. Tampoco las noticias del pacto entre Hitler y Stalin once días más tarde, ni sus últimos intentos de «colocar una cuña», así lo expresó, entre los británicos y los polacos mediante sus últimas, fraudulentas, «ofertas» a Polonia. Puesto que los polacos rechazaban convertirse en satélites de Alemania, los sometería mediante la guerra. Con Gran Bretaña y Francia no quería una guerra y esperaba que no se llegase a eso. Sin embargo, el 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia, no importa con cuántas reticencias, declararon la guerra al Tercer Reich. Ése fue el primer gran fracaso de Hitler, a la larga decisivo, en la conducción del Estado. Aun así, estratégicamente no fue un fracaso definitivo; por lo menos, aún no lo era. Sabía que los británicos y los franceses eran soldados reticentes: puede que declararan la guerra, pero más allá de eso, al menos por el momento, harían poco o nada. En esto tenía razón a corto plazo.

La guerra es algo impredecible y él no tenía ninguna razón para ir a la guerra, ciertamente no en 1939. Así llegamos a su gran fracaso como hombre de Estado, que fue inseparable de los defectos de su carácter[293]. Tenía prisa. Ésta no era resultado de un fanatismo frenético. A lo largo de la carrera de Hitler hubo muchas ocasiones en las que supo esperar, a veces hasta el extremo de

titubeos prolongados. No obstante, hemos visto que en el invierno de 1937-1938 se había convencido de que no viviría mucho tiempo; que esto condujo a un cambio en sus hábitos físicos, incluida su medicación, y que había llegado a pensar que estaba más enfermo de lo que estaba en realidad. Ahora proyectaba ese sentimiento acerca de sí mismo sobre el destino de su nación: temía que el destino, o la providencia, tal vez no le dejaran completar sus grandes misiones para la germanidad. Ya en la Conferencia Hossbach, en noviembre de 1937, dijo que tenía que asumir que los «problemas» de Alemania debían resolverse antes de 1943-1945, cuando el tiempo se volvería en contra de Alemania, cuando se habría completado el rearme de las democracias occidentales contra ella. Su amigo Mussolini le desaconsejó eso, y no sólo porque en 1939 Italia no estuviera preparada para la guerra. No, el tiempo *no* corre a favor de Gran Bretaña y Francia, le escribió a Hitler. No mantendrían un disciplinado y severo programa de rearme contra una Alemania nacionalsocialista y una Italia fascista, fuertes y resplandecientes en toda Europa. Hitler, que creía en la superioridad innata del nacionalsocialismo frente al caduco liberalismo de Occidente, debería haber escuchado a Mussolini, que estaba muy en lo cierto; sin embargo, por sus propias razones, no lo hizo. Éste fue probablemente el error de cálculo más importante en su liderazgo del Estado, y lo llevó a su perdición. Otros dos errores fueron que malinterpretó a los británicos, en especial en el verano de 1940, y la consecuente convicción de que debía atacar a su vecino ruso no más tarde de comienzos del verano de 1941.

Fracasó en la conquista de Rusia, pero ¿estaba este fracaso anunciado desde el comienzo? Sólo fue detenido a las puertas de Moscú, en diciembre de 1941. No todos los errores de la estrategia militar alemana en Rusia se le pueden atribuir. Si la decisión de conservar Stalingrado fue un error, su a menudo criticada orden de no dirigirse directamente a Moscú en julio de 1941, haciendo caso omiso a sus generales, es al menos discutible[294], y su firme orden de prohibir una retirada general en diciembre de 1941 demostró ser

sorprendentemente efectiva. No obstante, estas páginas se refieren a cuestiones relacionadas con su habilidad estratégica en la conducción del Estado, no a sus tácticas militares. ¿Por qué decidió planear la invasión de Rusia en fecha tan temprana como julio de 1940? (La orden final fue dictada en diciembre). Ésta fue su mayor locura, según la opinión comúnmente aceptada[295], que sólo es convincente por lo que sabemos de sus consecuencias. Una locura estratégica, motivada por la locura del *Lebensraum*, cuyo objetivo era algo mucho mayor que la derrota de un oponente: la conquista permanente de esas tierras con el propósito de asentar alemanes en ellas.

Sin embargo, ¿fue *ésta* la razón por la que en diciembre de 1940 decidió planear una guerra contra Rusia? Esto también es debatible[296]. Dio semejante paso en el mismo momento en que empezó a darse cuenta de que los británicos no estaban cediendo. Tal como dijo el 31 de julio de 1940 al reducido grupo de generales en el Berghof, a los británicos les quedaban dos esperanzas: Rusia y los Estados Unidos. Contra los Estados Unidos no podía hacer nada, pero si derrotaba a Rusia las esperanzas de Churchill —y de Roosevelt— habrían sido eliminadas. El poder continental de Alemania estaría libre de ataduras, sería inconquistable, y antes o después Churchill y Roosevelt estarían forzados a complacerlo. Su propia gente estaría forzada a admitir la futilidad de una guerra que no podrían ganar, y muchos tendrían al menos la satisfacción de la eliminación del poder comunista del mundo.

Estos cálculos no eran del todo irrazonables. «Rusia: la última esperanza inglesa», repetía una y otra vez entre sus generales y a su personal (incluidas sus secretarias). Existen numerosos registros de ello en 1940 y 1941, e incluso más tarde[297], y probablemente no sólo con el propósito de justificarse a sí mismo. No fue por esto, sino para sus colegas de partido por lo que siguió especulando acerca del *Lebensraum* durante sus conversaciones de sobremesa de 1941 y 1942 (aunque rara vez al comienzo de la invasión de Rusia). Al final, en una de sus últimas conversaciones de «mesa» (esto es,

registrada por Bormann), dijo: «Ninguna de las decisiones que tuve que tomar durante el curso de esta guerra fue más grave que el ataque a Rusia».

> Puesto que el tiempo —y siempre es el tiempo, como habrás notado— se habría vuelto cada vez más en nuestra contra. A fin de convencer a Gran Bretaña de que recogiera sus cosas, para obligarla a firmar la paz, era esencial privarla de su esperanza de ser todavía capaz de enfrentarnos, en el propio continente, a un adversario de igual talla que nosotros. No teníamos otra elección, teníamos que borrar el elemento ruso del balance europeo a cualquier precio. Había otra razón, igualmente válida, para nuestra acción: la amenaza mortal que suponía Rusia para nuestra existencia, puesto que era absolutamente cierto que un día u otro nos atacaría[298].

¿«No teníamos otra elección»? ¿«Absolutamente cierto»? De ningún modo. Y lo que es más significativo: en la explicación dada por Hitler de su decisión no hay una palabra acerca del *Lebensraum*.

Por supuesto, es posible que su énfasis en el factor inglés estuviera pensado para impresionar a sus generales. Posible, aunque no probable, puesto que ninguno de sus generales principales mostró la más ligera reserva acerca del plan Barbarroja[299]. De hecho, sus expectativas fueron más optimistas que las del propio Hitler, a quien, tras la invasión de Rusia, de repente le asaltó la ansiedad[300].

Debemos tener en cuenta que igual que todo acto humano surge de una multiplicidad de motivos, también hay algo parecido a esa multiplicidad, o al menos dualidad, en los propósitos humanos[301]. Es equivocado presumir que fueron *únicamente* el *Lebensraum* y la ideología los que hicieron que Hitler decidiera dar un giro y planear su invasión de Rusia en julio de 1940. Puede ser también erróneo asumir que no sólo el principal, sino el *único* propósito de su invasión de Rusia era estratégico y político para obligar a los británicos (y a los estadounidenses) a reconocer la inutilidad de la

guerra contra él. En su mente existían ambos elementos: derrotar al último aliado potencial de una Gran Bretaña que no podía —aún— invadir; y lograr un —todavía indefinido— *Lebensraum* en el Este. Me inclino a creer que en esta dualidad de propósitos, el primero era el fundamental; aunque eso no significa que el segundo fuera intrascendente[302].

El siete de diciembre de 1941 fue el punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial. Los rusos detuvieron a los alemanes en las heladas llanuras frente a Moscú, casi en el mismo momento en que en una mañana tropical el ataque japonés sobre Pearl Harbour empujó a los Estados Unidos a entrar en la guerra. La guerra europea de Hitler se convirtió ahora en una verdadera guerra mundial, la cual ya no podía ganar, al menos no del modo en que había deseado ganarla. Él mismo se dio cuenta de esto —fue un reconocimiento que tuvo muchas consecuencias, a las que pronto deberé volver—. No obstante, en este momento debemos señalar algo acerca de su declaración de guerra a los Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1941. Ésta ha sido definida y catalogada por muchos historiadores como la locura suprema de Hitler[303].

En cierta manera fue un acontecimiento inusual. El mismo Hitler había dicho en junio de 1940 —cuestionando la estentórea declaración de guerra de Mussolini a Francia y Gran Bretaña— que las declaraciones de guerra pertenecían al pasado, a la parafernalia de hipócrita caballerosidad de las guerras dinásticas. Sin embargo, en diciembre de 1941 ordenó a Ribbentrop que hiciera una declaración semejante al encargado de negocios estadounidense en Berlín. Numerosos historiadores aseguran que esto no fue sino un ejemplo más del desmedido orgullo de Hitler, un acto innecesario y desastroso, puesto que, a pesar de Pearl Harbour, Franklin Roosevelt habría tenido algunos problemas para conseguir del Congreso una declaración de guerra contra Alemania. Esta mirada retrospectiva está desenfocada: a la altura de diciembre de 1941 existía prácticamente un estado de guerra en el Atlántico occidental entre

las unidades navales alemanas y estadounidenses. El 21 de junio de 1941 (esto es, el día anterior a la invasión de Rusia). Hitler dio a sus comandantes de marina la orden perentoria de evitar cualquier acción hostil contra unidades norteamericanas, incluso si los submarinos alemanes u otros buques estaban siendo atacados por aquéllas. Sabía que Roosevelt desearía beneficiarse de un enfrentamiento naval serio con los alemanes en el Atlántico. No daría tal oportunidad a Roosevelt, incluso a costa de atar las manos de los comandantes de marina alemanes. Sin embargo, ahora podían soltarse esas cadenas. Además, mientras que nunca dudó de la disposición de Roosevelt a entrar en guerra contra él, difícilmente podía traicionar a su aliado japonés y hacer oídos sordos respecto al punto principal de su alianza[304], que los obligaba a entrar en guerra contra los Estados Unidos juntos y de modo simultáneo.

Que la declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos hizo más fácil la tarea de Roosevelt puede ser discutible; que abstenerse de hacer tal declaración hubiera cambiado el curso de los acontecimientos es improbable. Sin embargo, aquí debemos corregir un supuesto defendido con frecuencia y que es más trascendente que las especulaciones, algo vacuas, sobre las formalidades de la declaración alemana de guerra a los Estados Unidos en diciembre de 1941. Se trata de una opinión bastante extendida: que lamentablemente Hitler (lamentablemente para él, por supuesto) desconocía los Estados Unidos[305]; y que en consecuencia subestimó tanto a los estadounidenses como a su potencial militar e industrial. Hay bastantes pruebas de lo contrario. Hitler estaba interesado en los Estados Unidos y todo lo estadounidense desde su primera juventud. Era un ávido lector de las historias del Oeste y los indios del escritor alemán Karl May, a cuya última conferencia y a su funeral asistió en Viena[306].También hemos visto que Hitler expresó a menudo su afición, y hasta admiración, por la industria norteamericana y sus técnicas. En suma, no estaba desinformado sobre los Estados Unidos, incluidas algunas tendencias políticas norteamericanas. Leía con asiduidad, en 1940, los informes de uno

de los pocos agregados militares alemanes en Washington, el general Von Boetticher («sabe leer entre líneas»). Prestaba atención a todo tipo de indicios de opiniones contrarias a Roosevelt o «aislacionistas» por parte de los «nacionalistas radicales» estadounidenses. Él y Stalin fueron los primeros hombres de Estado extranjeros que quisieron incluir el calendario electoral estadounidense en sus cálculos (Stalin al decirle a Molótov que no viajara a Berlín hasta después de las elecciones presidenciales estadounidenses de noviembre de 1940; Hitler al decirle a Mussolini que debería haber retrasado su ataque a Grecia hasta después de esas elecciones). A lo largo de la guerra, y bastante después de diciembre de 1941, Hitler estuvo informado sobre ciertas corrientes de opinión estadounidenses; por ejemplo, que en 1944 en Washington estaban saliendo a la superficie corrientes anticomunistas y germanófilas entre algunos republicanos. En sus últimas conversaciones de sobremesa dijo que la guerra contra los Estados Unidos era «una tragedia» y hasta el último momento albergó esperanzas de una ruptura entre Washington y Moscú de la que él podría beneficiarse después, al menos hasta cierto punto. En esto sus deseos coincidían con los de la gran mayoría del pueblo alemán. Incluso a pesar de que en 1945 las dificultades latentes entre Londres y Moscú eran mucho más evidentes que cualquier otra entre Washington y Moscú, Hitler, también al igual que la mayoría de los alemanes, depositó alguna esperanza en una ruptura no entre los primeros, sino entre estos últimos. (A esas alturas había perdido todas sus anteriores ilusiones respecto a los británicos, cuya resuelta estrategia contra Alemania y cuya política lo llenaban de odio).

Es cierto que en sus manifestaciones tanto públicas como privadas podemos encontrar bastantes pruebas de afirmaciones y tópicos contrarios a los Estados Unidos y de una visión por lo general condenatoria de la civilización estadounidense[307]. No obstante, en su mente éstas coexistían con una visión más informada y realista de los Estados Unidos. En ésta, como en otras ocasiones, sería mucho decir que sus deseos eran los progenitores

de sus pensamientos, pero no sería demasiado decir que los bautizaron.

En fecha tan temprana como noviembre de 1941 —esto es, antes del fracaso del ejército alemán ante Moscú, y antes del acontecimiento de Pearl Harbour— Hitler sabía que ya no podría ganar la guerra: más precisamente, *su* guerra, la guerra que había planeado hacer y ganar. Hay pruebas de ello en el diario de guerra del general Halder, el 18 de noviembre de 1941 (esto es, antes del último intento del Grupo de Ejércitos Centro para reanudar su avance hacia Moscú), que citaba a Hitler: «El reconocimiento, por ambas coaliciones enfrentadas, de que no pueden aniquilarse una a la otra, conduce a una paz negociada», y «Debemos considerar la posibilidad de que no será viable para ninguno de los oponentes principales aniquilar al otro o someterlo por completo». Esto está corroborado por una enfática afirmación del coronel general Jodl, tal vez el hombre más cercano a Hitler durante la guerra[308]. Desde la prisión en Núremberg, escribió que a la altura del invierno de 1941 Hitler sabía que «la victoria ya no podía alcanzarse». En un memorándum sobre Hitler dictado a su esposa: «Los consejeros militares [de Hitler] —se oye decir hoy día a menudo— sin duda deberían haberle dejado claro que la guerra estaba perdida. ¡Qué pensamiento tan ingenuo! Antes que nadie en el mundo, Hitler sintió y supo que la guerra estaba perdida. Pero ¿puede entregarse un Reich y un pueblo antes de que estén perdidos? Un hombre como Hitler no podría hacerlo».

Para el historiador surgen aquí consideraciones significativas. Una de ellas es obvia: el retrato de un Hitler cegado por su fanatismo, que creyó hasta el final que la guerra no se perdería, porque no podía perderse, es en el mejor de los casos una excesiva simplificación y, en el peor, falso. La otra, relacionada con la anterior, es la ahora creciente discrepancia entre las opiniones de Hitler expresadas en público y sus opiniones privadas («privadas» puede que no sea siempre un término útil, ya que muchas de las

afirmaciones en su círculo íntimo estaban pensadas para impresionar a sus integrantes). En otras palabras, este hombre que a veces fue capaz de hacer que las circunstancias se adaptaran a sus ideas[309], de ahora en adelante estaría cada vez más obligado a ajustar al menos algunas de sus ideas a unas circunstancias sobre las que podía influir, pero no tener el control. En otros términos: el propósito de su estrategia militar ya no era tanto la conquista como forzar al menos a uno de sus enemigos a pactar con él, preferiblemente en sus términos. Sin embargo, esto no era una verdadera admisión de la derrota: el objetivo de parecer invencible tenía ahora prioridad sobre la conquista. El tiempo de las victorias breves y repentinas (*Blitzkriege*) puede que hubiera acabado; el Reich y él mismo debían prepararse ahora para una guerra más larga, durante la cual el poder alemán sería aún tan firme que antes o después uno de sus enemigos —de esa coalición antinatural de anglosajones y rusos, capitalistas y comunistas se vería obligado a admitirlo. Puede que ya no fuera capaz de ganar *su* guerra en sus términos, pero aún podía ganar un tipo diferente de guerra, o al menos no perderla.

Esta convicción la mantuvo casi hasta el mismo final. Era su último viraje hacia una estrategia federiciana; más aún, hacia una visión federiciana de su propio futuro. Siempre admiró a Federico el Grande más que a Bismarck, el Canciller de Hierro; en este caso, al rey guerrero antes que al hombre de Estado[310]. El resultado fue su visión —o, más bien, sus esperanzas— de un paralelo histórico. Federico ganó porque —de modo inesperado— derrotó a uno de sus principales enemigos, y después todo el grupo de poderes enemigos se desmoronó. No fue sólo que Federico fuese valiente y resuelto, que consiguiera victorias prácticamente inesperadas en el campo de batalla; su resolución condujo a una ruptura en la coalición de sus enemigos, una coalición menos antinatural que aquélla entre capitalistas y comunistas en *esta* guerra. Ciertos elementos de esta visión inspiraron a Hitler casi hasta su última semana de vida[311]. Lo que no logró entender fue que sí llegaría esa ruptura entre rusos y estadounidenses, pero demasiado tarde para él. Ésta no era una

guerra entre dinastías del siglo XVIII, sino una lucha mundial en la que sus oponentes, por muy dispares que fueran, estaban de acuerdo en una cosa: él y su Tercer Reich debían ser conquistados y ocupados, sin condiciones y sin reservas. Incluso si Federico no hubiera ganado en Rossbach o Leuthen, en algún momento sus oponentes habrían firmado la paz con el rey de Prusia; pero los adversarios de Hitler no firmarían la paz con él[312].

No obstante, nos estamos adelantando a nuestra historia principal. Diciembre de 1941 no sólo señaló el punto de inflexión de la guerra y un cambio en la visión de Hitler sobre ésta; condujo a nuevas decisiones y a un cambio en sus hábitos de trabajo. Ordenó que toda la economía alemana fuera colocada en una situación total de guerra (fue especialmente afortunado de encontrar a Albert Speer como sucesor del competente Todt, que murió a principios de 1942; Speer no era ni un economista ni un administrador, pero Hitler se dio cuenta de sus capacidades de organización). El propio Hitler asumió el puesto de comandante en jefe del ejército tras la renuncia del enfermo general Brauchitsch. Sin embargo, fue más importante la orden que remplazó las sugerencias y deseos de algunos de sus generales: prohibió una retirada táctica de los ejércitos alemanes (excepto en algunos salientes concretos) a pesar de la imponente severidad del invierno ruso y la no mucho menos imponente capacidad de combate de los rusos. Tras dos meses, como muy tarde en marzo de 1942, se hizo evidente que él, con esta heterodoxa orden militar, y no sus generales, había demostrado estar en lo cierto. Se evitó una catástrofe y en abril pudo decir: «Hemos vencido al destino que destrozó a otro hombre hace 130 años[313]».

¿Podía su estrategia federiciana tener éxito aún? Durante ocho meses más de 1942 él (y sus aliados japoneses) fueron de victoria en victoria[314], pero en noviembre fueron derrotados en numerosos frentes, siempre de modo simultáneo: un ejército alemán fue rodeado por los rusos en Stalingrado, otro ejército fue batido por los

ingleses en el desierto occidental, los estadounidenses desembarcaron en el norte de África, los japoneses fueron detenidos en Guadalcanal. A partir de entonces, retirada tras retirada, sólo interrumpidas por algunas ofensivas locales y dos grandes ofensivas alemanas que fracasaron. Aun así, la capacidad de recuperación de Hitler —y, más aún, de resistencia— fue asombrosa. En 1918, el imperio del káiser se había derrumbado en menos de dos meses después de la primera derrota seria del ejército alemán en Francia, y sólo unas pocas semanas después de la capitulación de los aliados de Alemania. En la Segunda Guerra Mundial, el Tercer Reich de Hitler luchó durante dos años y medio tras Stalingrado, y casi dos años después de que Italia, su principal aliado, lo abandonara.

No debemos contemplar la resistencia de Hitler con asombro, y no sólo debido a las brutalidades que se iban acumulando bajo su dominio. (Lo que es digno de asombro es la disciplina prácticamente incondicional con la que la mayoría de los alemanes —y tal vez la clase obrera en especial— confiaron en él y resistieron, que demuestra la medida de la unidad nacional, hasta los últimos meses de la guerra). Nuestro propósito, en este capítulo, es comprender algunas cosas de la visión de Hitler sobre las necesidades de un gobierno federiciano del Estado, a la cual estaba subordinada toda su estrategia en ese momento. Sabía que ya no podía conquistar a sus oponentes, ni siquiera aunque hubiera ganado en Stalingrado o en Kursk, o incluso en las playas de Normandía o en Bélgica a fines de 1944. No obstante, una victoria decisiva de Alemania en el campo de batalla podría convencer a uno u otro de ellos para negociar con él. Tal embate militar no podría dar la vuelta a toda la guerra, pero sería un punto de inflexión que forzaría al menos a uno de sus enemigos a ponderar si el coste de someter a una Alemania tan resistente y testaruda no sería demasiado pesado de soportar. Una y otra vez Hitler insistió en este requisito cuando Goebbels o Ribbentrop, o incluso Rommel, trataban de convencerlo de que buscara un contacto con uno u otro de sus enemigos. Eso sería inútil, repetía Hitler, sin haber demostrado con anterioridad el poder

de Alemania en el campo de batalla. Es probable que ahí tuviera razón, pero subestimó la importancia de aquello que mantenía unida la alianza de sus enemigos, por lo demás tan dispares: la resolución de ponerle fin y forzar la rendición del Tercer Reich. En esto lo más probable es que se equivocara.

Había otro rasgo en la conducción del Estado de Hitler que difería del modelo federiciano o clausewitziano. En aquellas guerras del siglo XVIII los objetivos de los Estados en guerra permanecían claramente definidos; e incluso cuando las circunstancias forzaban a los gobernantes a ajustarse a ellas, en esencia seguían siendo los mismos: el territorio. Sin embargo, los objetivos territoriales de Hitler —en esto su pensamiento difería por completo de los objetivos imperiales alemanes durante la Primera Guerra Mundial— eran vagos, o, más bien, se dejaron pendientes de modo intencionado. Las condiciones para el armisticio que impuso a los franceses, por ejemplo (mostraban un cierto grado de calculada habilidad al frente del Estado, de manera que el embajador británico en Francia en junio de 1940 le describió como «diabólicamente inteligente»), dejaban indefinidas numerosas cuestiones territoriales. Aquí y allá (como en Polonia en 1939 y en Italia en 1943), se tomaron medidas relacionadas con la anexión territorial alemana, pero éstas fueron las excepciones más que la regla. Una razón para ello era, por supuesto, la estrategia: posponer las redefiniciones territoriales hasta que la guerra se hubiera ganado de modo definitivo, o hasta que se llegara a un acuerdo con uno u otro de los adversarios de Alemania.

No obstante, había otro elemento más en su estilo de conducción del Estado: más que el territorio, prefería el vasallaje. Podemos detectar pruebas de esta inclinación ya en su política interior de 1933 y también posteriormente. Sólo debía haber un partido político en el Tercer Reich, pero a los antiguos políticos conservadores, tales como Papen o Neurath, no sólo se les permitió estar, sino también actuar y servir dentro de la jerarquía nazi del Reich nacionalsocialista, siempre que fueran obedientes y estuvieran supeditados a él. En 1939, «Chequia» se convirtió en un

protectorado alemán bajo el nombre de Bohemia-Moravia y Eslovaquia en un Estado «independiente», aunque totalmente supeditado a él. A.J.P. Taylor («sólo Danzig impidió la colaboración entre Alemania y Polonia») estaba equivocado por completo: Hitler quería una Polonia que fuera un satélite o, en el mejor de los casos, un socio adjunto de Alemania, sin ninguna independencia en política exterior. Por toda Europa (por ejemplo en Holanda, Dinamarca, Francia, Rumania y, en unos pocos y destacadles casos, en Austria), los líderes nacionalsocialistas locales se sintieron avergonzados cuando vieron que Hitler no los apoyaba y apenas les prestaba ningún interés. Él prefería trabajar con los gobiernos germanófilos establecidos en aquellas provincias o Estados. El ejemplo más revelador ocurrió en Rumania en enero de 1941. Allí la nacionalsocialista y populista Guardia de Hierro (cuyas prácticas e ideología antisemitas quizá eran las más fanáticas y radicales de toda Europa) entró en conflicto con el gobierno militar y nacionalista del general Antonescu, a quien Hitler respetaba y quería. Cuando en enero de 1941 se desató la lucha entre Antonescu y las fuerzas de la Guardia de Hierro, los alemanes apoyaron al primero de modo incondicional a costa de estos últimos, en ocasiones con tanques y blindados alemanes.

Por supuesto, él tenía sus razones. Mientras durase la guerra necesitaba orden en los países que eran sus aliados o sus satélites, una clase de estabilidad que no debía ser puesta en peligro por experimentos revolucionarios y que aseguraba el continuo abastecimiento de las provisiones materiales necesarias para el Reich. De este modo soportó largo tiempo a algunos jefes de Estado —Pétain, Antonescu, el regente Horthy de Hungría, el rey Boris de Bulgaria— de los cuales sabía que no eran totalmente leales o partidarios incondicionales de una Alemania nacionalsocialista. Aun así, es significativo que no ofreciera la más ligera promesa o diera la más ligera indicación en el sentido de que antes o después, quizá tras la guerra, sus seguidores nacionalsocialistas extranjeros recibirían recompensas[315]. En suma, una perfecta conformidad con

las necesidades de la política exterior alemana era imprescindible, mientras que una perfecta conformidad con la ideología y prácticas del nacionalsocialismo alemán no lo era, excepto en el caso de los judíos.

Esta discrepancia entre ideología y conducción del Estado es más sorprendente si observamos la visión y las opiniones expresadas por Hitler acerca de Stalin. Hitler respetó (y, más tarde, admiró de modo creciente) a Stalin[316]. Hay registradas muchas expresiones de Hitler en ese sentido, antes de la guerra y durante ésta en muchas ocasiones[317]. No obstante, ninguna de éstas puede encontrarse en sus discursos públicos o en la propaganda oficial del Reich, tal y como era dirigida por Goebbels. La inevitable lucha contra el «bolchevismo judío» era el tema principal, y la principal justificación de la guerra contra Rusia tal como se le presentó hasta el final al pueblo alemán, sin disminuir o variar el tono. Fuera de Alemania había muchas personas que no se creían eso o que sólo lo hacían con reservas, pero en Alemania tuvo efectos duraderos, como puede verse en la aprobación de la guerra contra Rusia, dada incluso por personajes tan contrarios o ajenos a los nazis como el obispo (más tarde cardenal). Von Galen en 1941, o en la continua evocación de la terminología «bolchevique» por el gobierno de Doenitz y los generales alemanes, incluso después del suicidio de Hitler. Sin embargo, hay un gran volumen de pruebas de que el propio Hitler no se creía esto[318]. Él, que estaba obsesionado con la influencia de los judíos sobre Roosevelt y Churchill, sabía que los judíos no tenían ninguna influencia sobre Stalin; que, de hecho, a Stalin se le podría llamar antisemita. El gran nacionalismo ruso y —quizá— el paneslavismo hacían formidables a Rusia y a Stalin. Cerca del fin, en 1945, aún rumiaba si realmente debería haber atacado a Rusia, y si una Rusia nacionalista, purgada de judíos, habría seguido siendo el mayor peligro[319].

Llegamos ahora al último año de la guerra y al último año de la vida de Hitler. En aquel momento, la necesidad de ajustar sus ideas a las circunstancias, de subordinar lo que quedaba de su estrategia militar a lo que pensaba que eran las exigencias de la conducción del Estado, se había vuelto absoluta: Hitler sabía esto muy bien. Sin embargo, un historiador puede enumerar las respectivas pruebas por separado, reconociendo que sus objetivos eran, en general, los mismos: provocar una ruptura en la alianza enemiga.

Es reveladora la frase de Hitler de julio de 1943, en su arenga al ejército antes de la batalla en Kursk: una victoria alemana debería resultar una gigantesca antorcha [*ein Fanal*], la súbita y dramática erupción de una llama que demuestre al mundo que Alemania aún es invencible, que todavía es capaz de grandes ofensivas y de ganar devolviendo el golpe a Stalingrado. Los logros defensivos del ejército en Rusia e Italia fueron importantes, pero no lo bastante impresionantes, ya que defensa e invencibilidad no eran exactamente una misma cosa[320]. Es destacadle el modo en que, a principios de septiembre de 1944 (esto es, durante la rápida retirada alemana de Francia y Bélgica, y antes del fracaso del intento de los aliados de cruzar el Rin en Arnhem), Hitler ordenó los preparativos para una gran ofensiva alemana que tendría lugar en las Ardenas[321].Sabía que, en lo que por otra parte parecía en verdad una situación desesperada, la gran ofensiva de estadounidenses e ingleses estaba quedándose sin fuerzas temporalmente, y que los aliados no estaban preparados —todavía— para introducirse de modo apropiado en Alemania; pero había más que eso. El objetivo de la gran ofensiva de invierno no era reconquistar el norte de Francia, o incluso toda Bélgica (la meta última de la ofensiva no era París, sino Amberes), se proponía introducir una cuña entre los ejércitos británico y estadounidense en Bélgica (no está claro si esperaba forzar al ejército de Montgomery a un segundo Dunkerque); quería impresionar y aturdir a los estadounidenses hasta tal punto que tendrían que reconsiderar la conveniencia de su

objetivo declarado de forzar a Alemania a rendirse sin condiciones[322].

«La batalla del Bulto» fracasó, pero Hitler —que en esto coincidía con la mayoría del pueblo alemán— había comenzado a pensar que, entre sus adversarios, los estadounidenses podían ser los más dispuestos a establecer acuerdos[323]. De este modo, por ejemplo, no sólo permitió una retirada pacífica de los alemanes de la ciudad de Roma (con lo que esperaba conseguir un provecho propagandístico), sino que permitió al mariscal de campo Kesselring que intentara negociar con los generales estadounidenses. Y cuando, en marzo de 1945, el general Karl Wolff, de las 88, entró en negociaciones con los estadounidenses acerca de una capitulación parcial de los ejércitos alemanes en Italia, Hitler no sólo estaba informado de ello sino que el 17 de abril recibió a Wolff en Berlín y, a su manera, le deseó éxito en su empeño[324]. Por aquellos tiempos, accedió a la propuesta de Speer de permitir a algunos de los directores checos de las fábricas de Skoda, «en vista de sus anteriores conexiones con la industria estadounidense», que escaparan de los rusos y se preparara un vuelo directo al cuartel general de los estadounidenses en Alemania. A esas alturas, Hitler ya no creía que pudiera introducir una cuña entre sus enemigos, pero aún estaba convencido de que la ruptura llegaría; de hecho, las negociaciones entre Dulles y Wolff sí dieron lugar a una breve pero agria controversia entre Roosevelt y Stalin, que se quejó con dureza de éstas[325].

Hitler permitió otros movimientos militares parecidos en 1944-1945. Uno fue la retirada alemana del norte de Noruega, que incluía la calculada esperanza de que, en ese vacío ártico, los rusos que avanzaban desde el norte de Finlandia chocasen contra los comandos británicos que habían desembarcado allí. Otro, la retirada alemana de Grecia, donde se dejaron armas a ambas guerrillas, la realista (esto es, favorable a los británicos) y la comunista, con la esperanza de contribuir para que se desencadenara una guerra civil. (Hitler pensó —de modo equivocado— que Stalin se dirigiría a Tracia

y al Egeo desde Bulgaria). En abril de 1945, surgió una cada vez más obvia inclinación entre algunos comandantes alemanes a dejar de luchar contra los estadounidenses mientras sus compañeros aún estaban luchando amargamente contra los rusos. Esto no suscitó prácticamente ninguna condena por parte de Hitler que, por supuesto, no estaba informado de todos ellos. En cualquier caso, era demasiado tarde para preocuparse.

Más significativos que esos episodios militares fueron los intentos políticos por parte de los líderes del Reich de Hitler para deshacer la coalición de los aliados en 1944 y 1945. A excepción de breves artículos y estudios monográficos, aún no existe una panorámica general de la política exterior alemana en ese período, y los biógrafos de Hitler no le han dedicado mucha atención. No obstante, algunos datos son interesantes. En 1942 y 1943, Ribbentrop y Goebbels (y al menos en una ocasión Papen en Turquía) trataron de sugerir a Hitler que sería aconsejable establecer algún contacto con uno de los enemigos del Reich, pero ya hemos visto que Hitler lo rechazó, convencido como estaba no sólo de la futilidad, sino también del peligro de tal movimiento antes de un sonoro éxito militar alemán en uno u otro frente. De este modo, por ejemplo, en 1943 (cuando durante unos meses el descontento de Stalin con sus aliados ingleses y estadounidenses fue apreciable, y cuando durante cerca de tres meses cesó la lucha a lo largo de casi todo el frente entre Rusia y Alemania), Hitler prohibió seguir con el desarrollo de un contacto —tal vez— prometedor entre agentes alemanes y rusos en Estocolmo[326]. (Es discutible si ésta fue una gran oportunidad perdida; hay indicios de que Stalin permitió tal contacto —no totalmente secreto— para impresionar —esto es, para chantajear— a sus aliados occidentales: una táctica no muy distinta del «mensaje» de Hitler a Londres vía Burckhardt en agosto de 1939).

No obstante, en 1944 se produjo un nuevo desarrollo. Heinrich Himmler en persona y oficiales de las 88 estaban estableciendo contactos con organizaciones judías y, a través de éstas, con los judíos estadounidenses. Obsérvese que para entonces Himmler se

había convertido en el personaje más poderoso de la jerarquía del Tercer Reich (en el invierno de 1944-1945 Hitler lo había designado además para un alto mando militar). Sin embargo, para Himmler, el director del exterminio en masa de los judíos y otros grupos, la *Staatsräson* (otra palabra alemana para *Realpolitik*) ahora se había situado por encima de los categóricos dictados de la ideología nacionalsocialista. Las negociaciones de sus agentes (incluido Eichmann) con algunas personalidades judías en Budapest no tenían más que un objetivo: entablar algún contacto con los estadounidenses y dar a conocer el hecho a la inteligencia aliada, incluida la de los rusos. Los británicos sabían qué significaba aquello: no se dejaron impresionar por algunos de los agentes judíos a quienes las 88 habían permitido viajar a Turquía en junio de 1944 y los arrestaron. Sin embargo, en septiembre de 1944 Himmler fue capaz de llegar a un acuerdo clandestino con un representante de la Comisión para los Refugiados de Roosevelt en Suiza, y un mes más tarde ordenó que se cesara de gasear en Auschwitz. Cerca del final, en abril de 1945, él mismo negoció con representantes judíos de Suiza y Suecia, con un expresidente suizo y con el conde sueco Bernadotte. El 25 de abril rompió con Hitler y ofreció la capitulación a los aliados occidentales. Desde luego, ya había precedentes históricos de esto: a menudo es el jefe de la policía secreta del Estado quien conoce el poder de sus oponentes extranjeros mejor que otros en el gobierno. Así fue como Fouché negoció contra Napoleón, a quien al final traicionó; así fue también como Beria trató de alcanzar amplios compromisos con Washington tras la muerte de Stalin.

Este y otros intentos similares de Himmler y las 88 se organizaron, en parte, a espaldas de Hitler, pero no todos ellos en contra de sus deseos. Sólo conocemos una difícil escena en febrero de 1945, en la que Hitler ordenó a Himmler que detuviera esos contactos, pero pocos días después Himmler los reanudó. A excepción de este caso aislado, no hay pruebas de acusaciones o de críticas a Himmler a causa de esos intentos, y Himmler tenía muchos

enemigos celosos en la jerarquía alemana y en el propio círculo de Hitler[327]. El objetivo, tanto para Himmler como para Hitler, era la ruptura de la coalición. Es incuestionable que Hitler tenía menos esperanzas en ello que Himmler, pero ése fue su objetivo hasta el final.

Mientras que Himmler esperaba lograr algún tipo de acuerdo con los aliados occidentales, Ribbentrop y Goebbels eran partidarios de buscar un compromiso con Stalin. En una ocasión Ribbentrop incluso se ofreció para volar a Moscú. Hitler —probablemente con acierto— rechazó la idea y dijo a Ribbentrop que no debía hacer lo que Hess había intentado, con su vuelo a Escocia, en mayo de 1941. Aun así, en febrero de 1945 permitió a Ribbentrop (que era el más rígido de sus seguidores) mandar un memorándum a los cargos diplomáticos alemanes en el extranjero, un *Sprachregelung*, que les permitía buscar contacto con sus homólogos occidentales para recordarles que una incursión de Rusia en Alemania y el centro de Europa supondría el peligro más grave para el mundo. No obstante, Hitler ya no creía que tales intentos fueran a tener éxito. Aún creía que la antinatural alianza entre estadounidenses y rusos se iba a romper, aunque ya no necesariamente a causa de él[328]. Ni su estrategia ni su habilidad en la conducción del Estado eran ya demasiado útiles. A este respecto puede ser reveladora su charla cara a cara con Speer el 28 de marzo. Sabía que la guerra estaba perdida, pero agarró el brazo de Speer y, con lágrimas en los ojos, le imploró: «Si crees aún que la guerra puede ganarse, si al menos pudieras creer eso, todo estaría bien[329]». Las creencias aún importaban, de hecho eran lo único que importaba. Ya no podían ajustarse a las circunstancias; eran la única circunstancia que quedaba. Éste ya no era un signo del idealismo realista, era la admisión de la derrota de su idealismo determinista.

Ocho días antes de su suicidio, cuando decidió quedarse en un Berlín rodeado por los rusos, le dijo a Jodl: «Esta decisión, la más importante de mi vida, la debía haber tomado ya en noviembre de 1944, y nunca debería haber dejado el cuartel general en Prusia

Oriental». Con esto se habrían logrado dos cosas. Una: Hitler, el *Feldherr*, habría muerto en combate, en el frente, a la cabeza de sus maltrechos ejércitos, en la frontera este del Reich, enfrentándose a la inundación asiática, un acto que hubiera tenido incalculables consecuencias simbólicas para las futuras generaciones alemanas. Dos: ese final del Tercer Reich, a fines de 1944, habría significado la inundación de la mayor parte de Alemania por estadounidenses y británicos; en la gran confusión arremolinada de los ejércitos anglosajones y alemanes, los primeros avanzarían hacia el este, en medio de un ejército y un pueblo alemanes aun prácticamente intactos y se encontrarían finalmente con los sospechosos rusos en algún lugar del este de Alemania; así los anglosajones y los rusos habrían intentado, primero de modo nervioso, y luego con más y más determinación, poner a los alemanes de su lado a lo largo de una confrontación creciente. Schramm cita a Jodl más a fondo: «Se dice que debería haber caído en combate en vez de fugarse hacia la muerte. Él quería, y así lo hubiera hecho si hubiera sido capaz físicamente. Por así decirlo, no escogió la muerte más fácil, sino la más segura. Actuó como han actuado y siempre actuarán todos los héroes de la historia. Se enterró en las ruinas de su Reich y sus esperanzas. Quien lo desee puede condenarlo por ello; yo no puedo[330]».

Con todo el respeto hacia el carácter franco de la lealtad de Jodl: ¿realmente Hitler «no escogió la muerte más fácil»? Esto es discutible. Y lo que es más relevante: ¿fue un héroe? Ésta es quizá una cuestión que no toca debatir a los historiadores. Las dimensiones morales de tal epíteto son más importantes, más grandes que eso. Déjenme decir tan sólo que carecía de la nobleza que conlleva la palabra *héroe*, puesto que debe conllevarla. Su mente y su fuerza de voluntad eran extraordinarias, pero la mente y la fuerza de voluntad, por sí solas, no hacen un héroe.

Aun así, quedaba algo de la estrategia de realismo político en el último testamento de Hitler, en virtud del cual designaba al almirante Doenitz como su sucesor en la presidencia del Reich, y a Goebbels

como canciller del Reich[331]. Doenitz, que no era un nacionalsocialista comprometido, sino un conservador nacionalista, encabezaría un nuevo Gobierno, inclinado de modo muy obvio a buscar algún tipo de acuerdo con los aliados occidentales; Goebbels, por otra parte, el más radical de los nazis, creía en un acuerdo con la Rusia soviética y se hacía su portavoz. El equilibrio propio de un hombre de Estado entre el Este y el Oeste, debió de pensar Hitler. Ese equilibrio —si eso es lo que era— también es perceptible en el lenguaje de su testamento y en el llamado epílogo. En el testamento no decía una sola palabra sobre la guerra contra Rusia: culpaba a los judíos de haber creado la guerra con Occidente. Sin embargo, en el epílogo, su última declaración a las fuerzas armadas, insistía en lo inevitable de la lucha en el Este[332]. El 1 de mayo Goebbels, que había hecho un intento de negociar con el general ruso al mando en la batalla de Berlín, mató a su familia y se suicidó. Doenitz se mantuvo personalmente intacto en el norte, preparado para entrar en contacto con los aliados occidentales, al tiempo que siguió insistiendo en la necesaria continuación de la guerra contra los rusos para defender Alemania y Europa del «bolchevismo» bastante después de la muerte de Hitler y de la disolución del Partido Nacionalsocialista. Era la cabeza de un gobierno del Reich, casi sin poder pero aún en funcionamiento, que representó hasta el final la teoría de las dos guerras, según la cual la guerra contra los aliados occidentales era lamentable, mientras que la guerra contra Rusia era tan inevitable como heroica; y también era lamentable que los aliados occidentales no hubieran sido capaces de apreciar esto. En hombres como Doenitz, ésta no era sólo una táctica, sino una convicción; después de la guerra numerosos alemanes creyeron en ello a lo largo de muchos años y es razonable pensar que Hitler la hubiera aprobado[333].

Al final de este capítulo, el más largo de este libro, debo tratar de dejar clara, una vez más, mi opinión sobre Hitler como hombre de Estado y estratega. Me siento obligado a enfatizar que poseía

talentos tanto políticos como militares, que coexistían con sus a menudo fanáticas obsesiones y que, como indicaba su razonamiento sobre la decisión de invadir Rusia, podemos encontrar un método en lo que puede parecer que fue una locura. Lo que también debemos comprender es que esta capacidad suya no era innata, sino que había evolucionado a través de sus experiencias. De este modo, por ejemplo, su objetivo de un *Lebensraum* alemán en el Este paulatinamente dejó de ser tan primario y tan persistente como había sido en un principio, una concesión que no se debió simplemente a sus amargas experiencias en la guerra contra Rusia. Un fanático ciego ni es capaz de aprender ni está dispuesto a hacerlo, pero Hitler aprendió ciertas cosas a lo largo de su carrera; cosas que sus subalternos no aprendieron, y él lo entendía.

Esto me lleva, una vez más, al debate entre intencionalistas y funcionalistas que ha estado fluyendo entre los historiadores alemanes[334]. Por supuesto, es cierto que Hitler no fue autor de todas las decisiones o acciones del gobierno del Reich; que fue, en muchas ocasiones, vacilante; que no siguió algunas de sus órdenes, y que en muchos sentidos su Tercer Reich estaba gobernado por un aparato administrativo complicado e hipertrofiado con el cual tenía que contar. Sin embargo, esto es cierto, de modo necesario e inevitable, para casi cualquier dictador. Aquí hay que hacer una diferencia entre la estrategia y la política. Un general sabe que no se puede prever por completo el curso de ninguna batalla; que aun cuando sus órdenes *deberían* ser cumplidas con obediencia y lealtad, *no puede* esperar que se cumplan con exactitud en el fragor de la batalla. Pero los resultados que buscan las principales órdenes de un dictador son más fáciles de alcanzar; sus detalles pueden ser cumplidos por subalternos entregados con una exactitud que va más allá de las sutilezas, las condiciones e incluso las posibles reservas de la mente del dictador[335]. Hitler sabía esto, que es exactamente lo que explica por qué (y cómo) fue, sin lugar a dudas, responsable de sus más brutales delitos.

VI
LOS JUDÍOS: TRAGEDIA Y MISTERIO

Hitler y los judíos: la evolución de la historiografía.— Los motivos de su obsesión.— Los propósitos de sus políticas.— Niveles de su conocimiento.

NO ES posible separar una biografía de Hitler —o un estudio de su estrategia y su habilidad en la conducción del Estado— de la historia de los judíos, en particular de aquéllos del Reich antes de 1939, y en general de los de Europa y Rusia durante la Segunda Guerra Mundial. Él y su régimen participaron en numerosas y bárbaras formas de crueldad, que afectaron a millones de víctimas que no eran judías. Pero debemos detenernos a pensar, al menos, si la reputación histórica de Hitler sería diferente de no haber sido por el asesinato en masa de como mínimo 4,5 millones de judíos, debido a sus órdenes o, cuando no, de acuerdo con sus deseos. (El problema de lo que es impensable es que, a veces, se debe pensar en ello). Quería ganar una gran guerra para Alemania, y quería eliminar a los judíos de Europa; y esos dos objetivos eran complementarios, es más, inseparables en su mente. Cerca del final se vio obligado a separarlos. En febrero de 1945 dijo que al menos había «sajado el absceso judío». No obstante, en esto también fracasó: gracias a él, tras la guerra el antisemitismo se volvió inaceptable, cuando no impensable, tanto intelectual como políticamente, y en especial en Alemania.

Las consecuencias del asesinato en masa de judíos han sido múltiples, proteicas y tal vez incalculables (y con seguridad incluyen

la rápida aceptación internacional de la creación del Estado de Israel). Los orígenes de aquel atroz acontecimiento tampoco son simples: el antisemitismo existía en muchos lugares y entre mucha gente, tanto antes como independientemente de Hitler[336]. Sin embargo, la decisión de proceder a las ejecuciones masivas no puede separarse de él. Este capítulo está dedicado a la evolución de la historiografía al respecto.

La literatura sobre el Holocausto es enorme, pero sólo una parte relativamente pequeña está dirigida a un examen minucioso de las pruebas que relacionan a Hitler con la orden del mismo, más precisamente: a) la búsqueda de pruebas documentales de esta relación, b) la reconstrucción de la fecha exacta en que la expulsión, deportación y «reasentamiento» (esto es, la concentración en guetos) de los judíos se transformó en exterminación física. Deberemos volver a algunas de estas pruebas —y a algunos de sus problemas— más tarde, pero, antes de ello, puede que sea apropiado hacer un boceto rápido de la historia del Holocausto.

Era suficientemente obvio que las crueldades infligidas a los judíos en Europa se debían a Hitler, tanto durante como después de la guerra, como para que no se prestara especial atención a su conexión causal y efectiva por parte de los historiadores, profesionales o populares, durante un tiempo relativamente largo. Por supuesto, el material documental sólo se hizo disponible de modo gradual tras 1945 (aunque con más rapidez que después de ninguna gran guerra anterior), pero eso no es todo al respecto. Durante muchos años, es decir, durante unas dos décadas, no pareció haber un interés general, o popular, por el Holocausto: el mismo término «Holocausto» no comenzó a aparecer hasta fines de la década de i960, en el uso estadounidense (o inglés[337]). Por razones que no son fáciles de evaluar, la intensidad de la preocupación por el Holocausto comenzó a crecer con rapidez sólo después de ese momento, en especial entre los judíos estadounidenses. Algo parecido ocurrió con las obras de numerosos historiadores —con excepciones, por supuesto—, lo que no significa

que hubieran intentado negar su existencia o su importancia[338]. Probablemente era el peor de los crímenes de Hitler, y tal vez no había necesidad de una reconstrucción detallada de sus intenciones. Sin embargo, en la década de 1970 se hizo cada vez más patente que, aparte de nuestro conocimiento sobre la infausta conferencia de Wannsee de enero de 1942, existían problemas acerca de la reconstrucción documental de cuándo y cómo Hitler decidió pasar a una táctica de eliminación física. En las «Bibliographical remarks». (Observaciones bibliográficas) de *The Last European War, 1939-1945* (publicado en 1976, aunque el manuscrito se había completado en 1973) escribí: «No hay un solo papel, ni siquiera el registro [escrito] de una orden oral que relacione [a Hitler] con la decisión del exterminio físico de los judíos». Pero esto no significaba que mi tratamiento de la historia de los judíos europeos en 1939-1941 atenuara o restringiera su responsabilidad[339].

Las interpretaciones, la «documentación» y el propósito de los apologistas (más precisamente, rehabilitadores) de Hitler, en especial David Irving, comenzando por su voluminoso *Hitler's War,* eran por completo diferentes. (De modo inusual para un escritor inglés, una edición alemana de ese libro, *Hitler und seine Feldherren*, ya había sido publicada en 1975 por la reputada Ullstein Verlag en Berlín; pero sólo después de que su director Wolfjobst Siedler —más tarde editor en su propia editorial— insistiera en la eliminación de las páginas de Irving en las que aparecía un Hitler que no tenía relación con las órdenes de exterminio)[340]. Más importante que el argumento de Irving acerca de la ausencia de cualquier «documento» con una orden de Hitler, fue su insistencia en que el Holocausto había sido organizado a espaldas de Hitler y contra las intenciones de éste por Himmler, Heydrich y otros; es más, que Hitler deseaba «posponer» la «solución» del «problema» judío hasta después de la guerra[341]. A partir de entonces, la argumentación de Irving y las pruebas de la «tergiversación» de su «documentación» fueron examinadas de modo crítico —y

rechazadas— por los historiadores alemanes serios[342] (sin mucho efecto sobre la subsiguiente carrera de publicaciones de Irving).

A lo largo de los siguientes doce años aparecieron, además, estudios más detallados que relacionaban a Hitler con la Solución Final, de los cuales los más valiosos fueron Uwe-Dietrich Ad am, *Juden o lit ik im Dritten Reich* (Düsseldorf, 1979); Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution* (Berkeley, 1982), y el volumen de extraordinaria inteligencia y relativamente breve del suizo Philippe Burrin, *Hitler et les juifs. Genèse d'une génocide* (París, 1989[343]). Al mismo tiempo, aparecieron interpretaciones diferentes —y en ocasiones, al menos de modo implícito, apologéticas— de la relación de Hitler con la Solución Final. No me estoy refiriendo a los panfletos y otros pequeños libros que niegan de manera explícita los asesinatos en masa y los atribuyen a un «engaño», sino a autores publicados por editoriales de prestigio. Toland, por ejemplo, aseveró que en el otoño de 1944 «Hitler ordenó a Himmler que preparase el desmantelamiento de todos los campos de exterminio excepto Auschwitz[344]», pero no proporcionó una fuente convincente para tal afirmación, en un libro que tiene otros muchos errores. Más lamentables fueron las tesis de Ernst Nolte, que fue uno de los personajes principales en la Controversia de

los Historiadores de la década de 1980. En varios de sus libros Nolte insistió en que Hitler y el nacionalsocialismo debían entenderse como una consecuencia de las prácticas asesinas del bolchevismo —una tesis absurda, cuya refutación, sin embargo, no corresponde a este capítulo— y que al menos un factor en la declaración de guerra de Hitler contra los judíos fue la reacción frente a la declaración de guerra de los líderes judíos mundiales contra él, en septiembre de 1939[345]. Esas dos tesis las ligaba de una manera peculiar, pero fuera de la controversia de los historiadores Nolte suscitó poco interés. Queda por último Zitelmann, que tendía —si bien con algunas reservas— a dar un considerable crédito a Irving. En un artículo en *Die Zeit* (6 de octubre de 1989) escribió que Irving había «tocado un nervio»: de hecho, no había una orden de Hitler para la

Solución Final, «Irving no debe ser desoído. Tiene sus debilidades, [pero es] uno de los mejores conocedores de las fuentes […] [y ha] contribuido mucho a la investigación[346]». Asimismo, Zitelmann escribió en su propia biografía de Hitler que «no hay aún una explicación definida de los orígenes de la llamada 'Solución Final'» [347].

Esta última afirmación no es incorrecta y al menos merece ser considerada[348]; lo mismo merece Zitelmann, quien, al contrario que Irving, no debería ser rechazado con facilidad. Sin embargo, este capítulo no puede incluir otra panorámica más de toda la bibliografía (incluidas las controversias) de la terrible historia del Holocausto, pues se limita a la relación de Hitler con los judíos, más incluso, al tratamiento histórico de tal relación. Al igual que todo en la historia, éste continúa y nunca acabará de modo «definitivo[349]», pero permítanme concluir el presente apartado introductorio con lo que pienso que es una tajante afirmación de Haffner: «Tras 1933 hubiera nacido algo similar al Estado del *Führer* incluso sin Hitler [posiblemente] y probablemente se hubiera dado otra guerra incluso sin Hitler. [Quizá], pero no el asesinato de millones de judíos [sí[350]]».

Los motivos de la judeofobia de Hitler siguen siendo un misterio; más fáciles de determinar —al menos hasta un punto considerable— son sus *propósitos*.[351] No obstante, antes de mi intento por hacer una distinción necesaria —y rara vez observada— entre motivos y propósitos, puede que sean necesarias algunas otras distinciones.

Debemos reconocer que el «problema» judío era, tal como sugerí en el capítulo V, la obsesión fundamental de Hitler, más aún que su obsesión con la importancia del *Lebensraum*.[352] En cierto momento de su vida Hitler se convenció de que la presencia de los judíos era un problema fundamental de Alemania y de Europa y probablemente del mundo entero; la clave de la historia, por así decirlo. Escribo «se convenció» mejor que «acabó convencido», puesto que esta última expresión sugiere, al menos en parte, el

resultado de influencias externas y si bien Hitler, igual que cualquier otro ser humano, estaba influido indudablemente por lo que leía o por lo que otros podían haber dicho, esta convicción fue en gran medida una creación de su propia mente, *sui géneris*.

De hecho, el término «antisemita» no se adecúa a él por entero. «Antisemitismo» apareció como palabra en la década de 1870 cuando —tal vez en especial en Alemania— la anterior discriminación contra los judíos, en especial por motivos religiosos (aunque nunca de modo exclusivo), había disminuido y lo que surgió en su lugar fue una categorización de los judíos y un sentimiento a favor de su segregación (o incluso su expulsión de la comunidad nacional) a causa de sus supuestas características raciales, incluidos incluso los cristianos de reciente ascendencia judía. Así pues, el antisemitismo a menudo se dirigía contra los judíos integrados que habían logrado ocupar importantes posiciones en sus comunidades nacionales, seguros de sus derechos y de su incuestionable aceptación como ciudadanos de la nación. Mucha gente, en muchos lugares del mundo, reaccionó contra esa integración incuestionable; lo mismo hizo Hitler, pero él no era un antisemita corriente. Pocos antisemitas consideraban —o consideran aún— la presencia de los judíos no sólo un problema o algo irritante para la nación, sino el problema *principal* de su nación. Muchos antisemitas también resultaban ser racistas —es más, su antisemitismo era parte de su racismo—, mientras que con Hitler ocurría lo contrario. Su obsesión con los judíos era más profunda y consistente que su racismo**[353]**, razón por la cual al comienzo de este apartado he preferido escribir *judeofobia* en lugar de *antisemitismo*. Incluso en 1919-1923, cuando se destacó en medio de numerosos nacionalistas y encabezó una oleada de antisemitismo popular, es posible que entre todos los demás nacionalsocialistas (a excepción de fanáticos marginales tales como Julius Streicher). Hitler fuera uno de los muy pocos, quizá el único, para quienes el «problema» judío era absolutamente fundamental.

Era una fobia —e igual que algunas otras fobias, para su mente no era en absoluto irracional—. En varias ocasiones, en fecha tan temprana como la década de 1920, dijo que el «problema» judío no debía ser «resuelto» por medios emocionales, sino «fríos», «racionales» y «científicos». Entonces, y a lo largo de toda su carrera, repitió una y otra vez que los judíos eran bacilos, virus, plagas de parásitos en los cuerpos de las naciones vivas[354], y que en la vida de toda nación llega el momento en que, como un perro pastor, ésta se levanta para sacudirse y deshacerse de la plaga con un brusco movimiento. Después, justo en la última frase de su testamento, pocas horas antes de su muerte (en donde, como hemos visto, no dijo nada sobre el *Lebensraum*) dictó: ocurra lo que ocurra, la nación alemana no debe permitir a los judíos retornar a su interior.

Surge ahora la pregunta: ¿cuándo cristalizó —o coaguló— la judeofobia en la mente de Hitler[355]? En *Mein Kampf* escribió que su «comprensión» de lo que significaba la presencia de los judíos tuvo lugar en Viena, en torno a sus veinte años; que no era un antisemita convencido antes de llegar a Viena y que en Viena su sorprendente, aunque gradual, comprensión de la influencia de los judíos lo llevó a su «más difícil lucha mental. Sólo tras meses de lucha entre la razón y el sentimiento, la victoria empezó a decantarse por la razón. Dos años después el sentimiento había seguido a la razón y de ahí en adelante se convirtió en su guardián y vigilante más fiel[356]». (Es interesante observar la secuencia de Hitler: la emoción alcanza el nivel de la razón, y no al contrario). Sin embargo, Jäckel y otros no encuentran una expresión antisemita de Hitler hasta sus treinta y un años de vida, en Múnich. En el capítulo II, dedicado a la cuestión de Viena o Múnich, vimos que quizá hubo cuatro ocasiones en las que Hitler, probablemente de manera consciente, había alterado circunstancias y hechos acerca de su vida anterior. Al menos debemos admitir la posibilidad de que, en este caso, la alteración hubiera sido inconsciente: que Hitler colocó en Viena y exageró el acontecimiento de la coagulación de su

judeofobia por más razones que las propagandísticas o las de convencer a sus lectores. No debemos dudar de que, como muy tarde en Viena, Hitler había llegado a compartir algo del antisemitismo rutinario y trillado de las gentes de ese lugar y ese momento. Sin embargo, no hay pruebas de que éste se convirtiera en su obsesión básica; en otras palabras, de que la mutación de su antisemitismo en judeofobia ocurriese en Viena y no más tarde, en Múnich[357]. Apenas hay lugar a dudas de que sus experiencias con el «régimen» izquierdista, posteriormente de estilo soviético, de Múnich con sus numerosos líderes judíos fueron decisivas. Aun así, la súbita adoración de su antisemitismo como obsesión principal sigue siendo un misterio[358].

Queda una posible consideración de la fuerza motriz de su judeofobia; consideración que no puede equivaler, y no equivale, a una explicación y que no es más que una hipótesis. Hace referencia a la relación de Hitler con su padre. Hemos visto (en el capítulo n) que en *Mein Kampf* describía a su padre, así como la relación con éste, en términos que no se correspondían en absoluto con lo que a veces revelaría a otras personas. Todo indica que la versión de *Mein Kampf fue* una elección consciente y que iba bastante más allá de esas pocas y adecuadas frases que se esperan de un personaje público acerca de la respetuosa relación con su progenitor. Todo lo que conocemos también apunta con fuerza a la posibilidad (en ocasiones expresada por el mismo Hitler) de que le desagradase su padre, le temiese e incluso que lo odiase. A lo largo de su carrera se hicieron intentos de relacionar a Hitler con algún tipo de orígenes, en parte judíos, entre los que destacaba la posibilidad de que su padre fuera el hijo ilegítimo de un judío de Graz. Por supuesto nadie puede determinar la paternidad con exactitud, pero las investigaciones de algunos historiadores bastan para establecer que la relación entre los Frankenthaler y los Schicklgruber era una especulación sin sustancia, nada más. Sin embargo, debemos considerar la mera posibilidad —y enfatizo «mera posibilidad»— de que Hitler *pudiese* haber pensado que su padre era mitad judío

(quizá también que durante su infancia y adolescencia hubiera personas, jóvenes o mayores, que hiciesen comentarios hirientes acerca de su padre, ciertos o no). Es interesante que en *Mein Kampf* describiera a su padre como «liberal» y «cosmopolita», esto último algo que no era, y que sólo oyó la palabra «judío» en conversaciones a los catorce o quince años —esto es, tras la repentina muerte de su padre—, algo que era, también, improbable. Entre sus biógrafos, Deuerlein ha sido uno de los pocos que dejó abierta esta cuestión: «[…] de cualquier manera, existe la posibilidad de que el asunto de la paternidad del padre de Hitler no pueda clarificarse nunca», a lo que Marlis Steinert añadió este perspicaz argumento: «Todo lo que odia en sí mismo, el *Führer* lo proyecta sobre los judíos; todo lo que causa su sufrimiento y el de Alemania es culpa de los judíos[359]». Esto es más convincente que la teoría psicoanalítica de la represión del profesor Binion, según la cual Hitler odiaba al médico judío que había tratado (o maltratado) a su querida madre; que reprimió ese odio y que posteriormente ese odio irrumpió en 1918, cuando Alemania ocupó el lugar de su martirizada madre. Los hombres a menudo odian (y temen) de los demás lo que odian (y temen) en sí mismos, y Adolf Hitler, con seguridad tras los treinta años, estaba movido por una clase muy poderosa de odio[360].

«Movido por el odio»: tenemos bastantes pruebas de esto, incluidas las propias palabra de Hitler, pero una afirmación tan general no es más que la observación de una tendencia física. Permítanme repetir: los verdaderos motivos —o, en otras palabras, la verdadera fuente— de la judeofobia de Hitler no pueden determinarse. Lo que es más fácil —y legítimo— determinar son las pruebas de sus propósitos expresos. Hay una gran diferencia entre pruebas legales e históricas, pero a ambas se puede aplicar con propiedad la máxima de gran sentido común de Samuel Johnson: «Las intenciones deben ser deducidas de los actos». La verdad es un pez resbaladizo, y a menudo la ley es una red gruesa: pero incluso la

ley, o al menos la ley inglesa, admite los «motivos» como pruebas sólo cuando se refieren a una intención expresa. La búsqueda y la admisión de pruebas del historiador no está constreñida por las categorías del procedimiento jurídico. En potencia todo aporta un grano de arena, lo que hace su trabajo más fácil y más difícil que el del abogado o el juez. Sin embargo, el historiador también debe ser consciente de la diferencia entre motivos y propósitos y debe evitar la categórica, y a menudo falsa, atribución de motivos ocultos —un cargante hábito intelectual del siglo XX—, al tiempo que su labor implica la búsqueda de pruebas de los propósitos expresos de su sujeto[361]. En otras palabras: las fuentes ocultas de los motivos de Hitler son una cosa y las expresiones de sus intenciones son otra; la labor principal del historiador es intentar comprender y describir estas últimas, no las primeras, incluida su evolución, es decir, cuándo y cómo tales intenciones se transformaron en actos.

Hubo una evolución en el modo de actuar de Hitler respecto de los judíos, con unas etapas que se corresponden, en general, con los puntos de inflexión de su vida y su carrera. Su planteamiento original era la expulsión: obligar a todos los judíos a abandonar Alemania. Después llegó un primer cambio, en el invierno de 1938-1939, violentamente expresado en su discurso del 30 de enero de 1939. Él veía la llegada de una guerra; en tal caso, los judíos la habrían provocado y deberían pagar por ello. Desde ese momento en adelante, sus intenciones no concernían sólo a los judíos de Austria y Alemania; concernían a todos los judíos de Europa. En su mente la guerra y los judíos estaban relacionados de modo inseparable. Fue sólo décadas más tarde cuando los historiadores se dieron cuenta de la importancia de las frases clave de aquel discurso, que de otro modo no serían más que otro ejemplo de sus diatribas contra los judíos[362]. También es significativo el hecho de que en sus discursos durante la guerra Hitler siguiera refiriéndose una y otra vez a esta «advertencia». También de modo significativo y, tal vez, consciente, equivocó la fecha de su advertencia y se refirió al 1 de septiembre de 1939, el momento en que comenzó la guerra;

obviamente quería impresionar a la gente con la categórica e inexorable relación entre los judíos y la guerra que había sido provocada contra él. Durante cerca de dos años más continuó la emigración —esto es, la expulsión— de los judíos del gran Reich alemán, junto con los primeros bocetos de planes para expulsarlos de toda Europa, quizá a Madagascar; y entonces, en el verano de 1941, se produjo otro cambio[363]. La invasión de Rusia —y la posterior entrada de los Estados Unidos en la guerra— supuso nuevos problemas: la presencia de millones de judíos más del Este de Europa en los territorios invadidos y ocupados por Alemania y la clausura de las últimas posibilidades de expulsión al extranjero. En algún momento entre agosto y septiembre de 1941, Hitler bien ordenó o bien aprobó una Solución Final. Las primeras ejecuciones en masa de judíos tuvieron lugar durante el verano y el otoño de 1941 en el Este de Europa, mientras la Solución Final (que significaba el agrupamiento y exterminio de la mayoría de los judíos en toda Europa) estaba siendo planeada y esbozada, y fue finalmente puesta por escrito por alguno de los subalternos de Hitler en la Conferencia de Wannsee el 20 de enero de 1942[364]. La mayoría de los judíos que fueron asesinados en la Segunda Guerra Mundial murieron entre el verano de 1942 y el otoño de 1944. En octubre de 1944 Himmler ordenó el cese de los asesinatos por gas, probablemente no en contra de las intenciones de Hitler o a sus espaldas. Aun así, Hitler insistía —y de acuerdo con las pruebas que han sobrevivido, creía— en la responsabilidad inseparable y principal de los judíos por la guerra, de ahí su exhortación al pueblo alemán en su testamento de última hora.

Pienso que el resumen de esta secuencia de acontecimientos será aceptado sin reservas por la mayoría de historiadores serios, pero a esto debemos añadir algunos detalles que pueden sugerir el complicado carácter de las intenciones de Hitler[365]. Para empezar, por categórica e inflexible que fuese su condena a los judíos, que no permitía excepción alguna, en varias ocasiones durante la década de 1930 Hitler permitió u ordenó la exoneración de hombres y mujeres

de orígenes judíos en casos individuales[366]. Sin embargo, no hay el mínimo rastro de tal atenuación en sus discursos y manifestaciones públicas. Lo que está aquí en juego no es una clara discrepancia maquiavélica entre sus afirmaciones públicas y sus creencias privadas: muchas cosas —y testigos— indican que no quería sólo que la gente creyera lo que decía, sino que él creía todas las cosas que decía, *cuando las estaba diciendo*[367].

No obstante, había algunas diferencias entre sus intenciones y las de algunos de sus subalternos. Hay pruebas de que no fue él sino Goebbels y otros quienes organizaron los pogromos de la *Kristallnacht*, del 9 al 10 de noviembre de 1938, y de que Hitler ordenó su cese, por supuesto no para proteger a las víctimas, sino para proteger la reputación de su régimen y de Alemania[368]. (En ese momento también rechazó la propuesta de Heydrich de obligar a todos los judíos alemanes a llevar una estrella amarilla; aprobó mayores restricciones para los judíos, pero no todas ellas). Sin embargo, no hay pruebas de la menor discrepancia entre sus propias convicciones y sus declaraciones públicas en la atribución de toda la culpa del estallido de la guerra a las influencias judías (es decir, de las decisiones de los gobiernos francés y británico y del presidente Roosevelt de hacerle frente).

Hemos visto que en la primavera de 1941 Hitler se estaba preparando a sí mismo, a su ejército, su pueblo y su propaganda para un nuevo tipo de guerra, una guerra brutal y sin límites contra Rusia, y que encontró útil emplear la categoría y el argumento que describía al enemigo como «bolchevismo judío», pero que realmente no creía en esa categoría, o no creía completamente en ella. Poco después del inicio de la campaña rusa llegó el cambio: el paso de la expulsión al exterminio, la llamada Solución Final[369]. Las pruebas de que Hitler la ordenó, o al menos la consintió, son contundentes, a pesar de la ya mencionada circunstancia de que no dejó una orden por escrito a ese respecto[370]. Importantes decisiones podían ser —y fueron— tomadas sin el conocimiento de Hitler, pero ninguna

decisión importante podía ser —ni fue— tomada en contra de sus deseos.

Hay muchos indicios de que este punto de inflexión tuvo lugar en agosto (o a principios de septiembre) de 1941. Tuvo mucho que ver con la guerra contra Rusia[371], pero ahora debemos añadir la —a menudo desatendida— conexión estadounidense; no sólo la invasión de Rusia fue un factor, sino también que por entonces parecía inevitable la entrada de los Estados Unidos en la guerra. En las notas de Koeppen del 20 de septiembre de 1941 hay un pasaje significativo: «El *Führer* aún no ha tomado una decisión sobre las represalias contra los judíos *alemanes* (la cursiva es mía). (…) Como me dijo el ministro Von Steengracht, el *Führer* considera reservarse esa medida ante una posible entrada de los Estados Unidos en la guerra[372]».

En cualquier caso: la razón por la que Hitler no dio la orden por escrito debería ser obvia. Sabía lo que significaban esas medidas[373], y también sabía cómo conmocionarían a la gente de todo el mundo —incluida Alemania— las pruebas de éstas. Al igual que otras decisiones a lo largo de su carrera, la Solución Final tenía que ser un secreto de Estado (y permanecer como tal); hay abundantes pruebas de órdenes en ese sentido[374].

A esto debemos añadir ahora otra cosa más: el exterminio masivo de judíos era un secreto de Estado del Reich, que no debía ser admitido al mundo y ni siquiera al pueblo alemán en general, pero también era un secreto del propio Hitler, un secreto al menos hasta el grado de que alejó ese conocimiento de sí mismo. Con seguridad él no quiso saber nada acerca de los detalles. Hay tres tipos de pruebas sobre esto. La primera son sus repetidas afirmaciones de que el «problema» judío debía ser examinado y tratado de modo «frío y científico[375]». Otra era su rechazo a admitir —no sólo ante visitantes extranjeros a quienes acusaba de no ser lo bastante severos con los judíos, sino también ante la gente cercana a él— que el objetivo de la concentración de los judíos en campos del Este era otro distinto de la deportación y del trabajo

forzado[376]. Por último, y lo más significativo, está la evidente reticencia a leer o escuchar informes de lo que en realidad se hacía a los judíos en el Este. Esta reticencia concuerda con su rechazo a visitar o incluso ver fotografías de las ciudades alemanas bombardeadas de modo severo, o las de los refugiados alemanes marchando hacia el Oeste en el brutal invierno de 1944-1945; fotografías que, al menos en una ocasión, apartó a un lado (del mismo modo que se mostraba reticente a ver las fotografías de las ejecuciones de los conspiradores de julio de 1944[377]). Aquí nos encontramos, de nuevo, frente a una dualidad en su carácter. Hablando de modo general, no querer saber algo significa que se prefiere no pensar en ello en absoluto. En el interior de Hitler podemos reconocer un elemento de debilidad, en un hombre que de otra manera no podría describirse como un cobarde; o, en el mejor de los casos, un elemento sensible (y, en cierto modo, femenino) en el carácter de un hombre cuyas ideas y expresiones brutales eran justo lo contrario a sensibles. Hitler no era un sádico, no obtenía un placer sensual con los sufrimientos de sus enemigos o víctimas. El sadismo es un pecado de obra, los pecados de Hitler eran de pensamiento. No hay pruebas de que sus creencias, expresadas a menudo —que al perseguir a los judíos actuaba como instrumento de Dios, y que la guerra había sido provocada contra él por los judíos—, estuvieran concebidas sólo para el consumo público[378].

Hubo, como hemos visto, unas pocas excepciones a la categórica condena de los judíos por Hitler. De un lado, tenemos sus exoneraciones de ciertos individuos. También está la afirmación de su apologista, el arquitecto Giesler[379], quien vio a Hitler leyendo, en octubre de 1944, la gran biografía del emperador Federico II de Ernst Kantorowicz, el excelente medievalista alemán y judío. En una de las conversaciones de sobremesa (11 de diciembre de 1941) hizo la pregunta retórica: ¿Ha habido, o hay, algún judío decente? Casi ninguno. Otto Weininger, tal vez, «¡que se quitó él mismo la vida cuando se dio cuenta de que el judío vive de la descomposición de

otras naciones y otros pueblos!»[380]. Sin embargo, en otras ocasiones Hitler mencionó al «Edeljude», al «noble judío» doctor Bloch.

El doctor Bloch, como hemos visto (en el capítulo II), era el médico judío de Linz que había tratado a su madre durante su última y dolorosa enfermedad. En marzo de 1938 el viejo doctor Eduard Bloch vio la entrada triunfal de Hitler en Linz desde la ventana de su apartamento, en un edificio de la calle principal. Con posterioridad, él y su familia recibieron un trato comedido de las autoridades nacionalsocialistas, que colaboraron en su emigración a los Estados Unidos. El 16 de noviembre de 1938, antes de su partida, Bloch envió una carta a Renato Bleibtreu, el director de la sede vienesa de los Archivos Centrales del NSDAP (Partido Nacionalsocialista), que contenía el libro de registro médico de Bloch del año 1907, para que fuera entregado al *Führer*. Ésta era una carta notable, sentimental, cargada de recuerdos y profundamente melancólica, y sin embargo no implorante. Incluía una larga descripción del joven Hitler en el momento de la muerte de su madre, que había dejado una profunda y aguda impresión en el recuerdo del médico: «¡En mis casi cuarenta años de profesión nunca había visto a un joven tan herido y apenado como el joven Hitler! ¡Tuve la impresión de que frente a mí había un hombre de cuya misma existencia, de cuyo corazón, había sido arrancado un pedazo! […] Estoy convencido de que no ha olvidado al doctor de su madre, cuyo ejercicio no ha estado gobernado por consideraciones materiales, sino éticas; no obstante, estoy también convencido de que los mismos principios gobiernan a miles de mis correligionarios, cuyos muchos sufrimientos espirituales son iguales al mío[381]».

En la carta del doctor Bloch hay una humildad que encuentro profundamente conmovedora. Escribo «humildad», que es por supuesto diferente de cobardía, igual que la confianza difiere de la arrogancia. El gran historiador Jakob Burckhardt escribió que la humildad era algo de lo que carecía el mundo antiguo; era una virtud introducida en nuestro mundo por la cristiandad. ¿Era Hitler

capaz de ser humilde? Seguro que no: excepto en aquella ocasión de la Nochebuena de 1907, cuando se inclinó profundamente ante este modesto doctor judío dándole las gracias por lo que había hecho por su madre.

VII
LOS ALEMANES: ¿CAPÍTULO O EPISODIO?

Hitler en la historia del pueblo alemán.— El problema de la «opinión pública».— Hitler y la historia del Tercer Reich.— Conservadores.— Clase obrera.— Resistencia.

LA HISTORIA de Alemania —y del pueblo alemán— incluye a Hitler. Esto es una afirmación de lo obvio pero, quizá de modo comprensible, hubo y hay muchos alemanes que la rehúyen. Recuerdo haber leído en algún lugar la afirmación, de un investigador alemán refugiado en los Estados Unidos, de que Hitler no pertenecía a la historia alemana, algo que a mí (y presumiblemente también a otros no alemanes) me pareció absurdo. Mucho más comprensible —y disculpable— es la inclinación de muchos alemanes a considerar los años de Hitler como un episodio anormal en la historia de su país y de su pueblo: un episodio, mejor que un capítulo, ya que sugiere algo excepcional y discontinuo. Éstas son inclinaciones y hábitos de pensamiento populares, iguales a los de aquéllos no alemanes (quizá de modo especial los ingleses e inglesas) respecto de que los alemanes son los alemanes, que el hitlerismo no fue sino otro asunto alemán y que la Segunda Guerra Mundial no fue sino la segunda, una continuación de la primera guerra alemana de 1914-1918. Nos encontramos aquí frente a aplicaciones o bien simplistas o bien exageradas de una cuestión perenne: ¿la historia se caracteriza principalmente por la continuidad o por el cambio? Aplicada a cualquier período o lugar de la historia, la respuesta no es sencilla y tal vez sea especialmente difícil cuando

nos enfrentamos a Hitler y a su gobierno. Es digno de elogio que los historiadores alemanes hayan tratado de luchar contra este problema desde hace muchos años, y que algunos de ellos hayan tenido el coraje de admitir que este problema es, ha sido y seguirá siendo suyo.

«Para todos aquellos interesados en la historia de Alemania, y quizá no sólo para ellos, la cuestión fundamental del siglo XX es: ¿cómo pudo Hitler llegar al poder? La pregunta ha sido planteada muchas *veces y* ha recibido numerosas respuestas» escribió Eberhardjäckel[382]. La pregunta de por qué (y cómo) llegó Hitler al poder, escribió Deuerlein en un pasaje conmovedor, «está unida de modo incuestionable a las generaciones que respaldaron a Hitler, que le prestaron su apoyo o que tuvieron que aguantar y sufrir bajo él. Más allá de esto, también se dirige a las generaciones venideras, para las que Hitler es un fenómeno histórico […]. La validez de la verdad expuesta en 1946 por el alemán Reinhold Schneider, un escritor y pensador católico muy serio, no ha ni disminuido ni variado: 'Nuestro enfrentamiento con Adolf Hitler aún no ha acabado y no puede acabar, en cierto modo estamos emparentados con él para siempre. En un examen muy serio de nuestras conciencias debemos tratar de liberarnos, lo que significa aceptar una carga de responsabilidad para aquéllos cuyo corazón es lo bastante fuerte para llevar esa carga' […]. El pueblo alemán, por muy grotesca que pueda parecer esta lista, es el pueblo de Martín Lutero, de Karl Marx, de Friedrich Engels y también de Adolf Hitler […]. También con Hitler, como dijo con acierto Reinhold Schneider, estamos 'emparentados para siempre'»[383].

Esto concuerda con el juicio de otro católico germanohablante, el austríaco Friedrich Heer, que cita a Schramm: «El enfrentamiento con este hombre extraño y siniestro [*unheimlich* es un deber político de primer orden[384]». Heer prosigue: «Tras el hundimiento de su gobierno, tras su muerte, después del triunfo de los aliados, en tierras alemanas, en especial en los círculos cristianos y conservadores, [la gente] estaba deseosa de considerar a Hitler un

demonio, un anticristo, un fenómeno más allá del entendimiento que [de este modo] desaparecía en las nubes de la metafísica. Esta retirada a […] un infierno metafísico […] servía, en primer lugar, como una especie de alivio: uno no quería admitir que también era responsable del ascenso, de la asunción del poder y de los logros destructivos de este hombre a lo ancho de Europa».

En su voluminosa biografía Fest, al menos de modo implícito, es en ocasiones ambiguo acerca de tal asunción de la responsabilidad única de Alemania. Sí, Alemania fue un lugar especial, evidentemente existieron «características nacionales que hicieron el nacionalsocialismo distinto de los movimientos fascistas de otros países, pero Hitler también había encontrado seguidores obedientes por todas partes» y, «a pesar de que toda nación lleva en sí la responsabilidad por su historia», no es apropiado «dejar de reconocer que en [Hitler] culminó la poderosa tendencia de una época que marcó toda la primera mitad del siglo[385]». Puede que esto sea demasiado hegeliano, con esa implicación del *Zeitgeist*, pero hay algo de verdad en la conclusión de Fest: «En el fondo también es cierto que no podría haber destruido Europa sin [alguna] participación de ésta». En suma: «Él no fue tanto una gran contradicción como el reflejo [*Spiegelbild*, literalmente 'imagen de espejo'] de su época». El joven Zitelmann, en su primer comentario acerca de la «Investigación sobre Hitler[386]», que contiene comentarios y críticas interesantes y perspicaces sobre varios biógrafos de Hitler, distingue las circunstancias externas que permitieron a Hitler asumir el poder y conseguir su extraordinario éxito de lo que Zitelmann llama —en mi opinión, con un término erróneo— el factor «subjetivo», esto es, las características de la personalidad de Hitler.

En 1985 Martin Broszat resumió así el problema: «En nuestra situación es extraordinaria la necesidad, así como la dificultad, de encajar de modo adecuado el nacionalsocialismo en la historia alemana[387]». Haffner preguntó en concordancia: «¿La historia del Tercer Reich representó una continuidad en la historia de Alemania o

se salió del camino marcado? La respuesta más simple es que contenía tanto elementos de continuidad como de discontinuidad y que predominaba la continuidad[388]». Esto es significativo, ya que Haffner era conservador, pero también alguien profundamente consciente de lo que Armin Mohler y otros habían llamado «la revolución conservadora» de importantes pensadores y escritores alemanes de la década de 1920, que pensaron que Alemania debía representar algo nuevo, escapar de un liberalismo y parlamentarismo anticuados en dirección a un futuro más fuerte, brillante y lleno de sol[389].

Sin embargo, *no* era inevitable —como escribieron algunos germanófobos durante y después de la guerra, entre ellos el periodista estadounidense William Shirer— que la historia alemana, de modo ineludible y necesario, culminara en Hitler. Por esto mismo puede que también sea exagerado el debate entre historiadores alemanes (e ingleses en ocasiones) acerca de un camino especial alemán (*Sonderweg*) en la historia contemporánea, que significaría un desvío del desarrollo democrático de Occidente, que se retrotrae al fracaso de la revolución democrática de 1848, o incluso antes. No sólo Alemania, sino la mayoría de las naciones europeas, rechazaron seguir o adoptar el modelo francés, británico, estadounidense, suizo, escandinavo u otros modelos occidentales durante las décadas de 1920 y 1930. Aun así, algunas de las afirmaciones de historiadores alemanes *serios* a *lo largo* de la discusión del *Sonderweg* merecen ser consideradas[390]. El historiador Thomas Nipperdey advirtió contra la aceptación incondicional del *Sonderweg* como un cliché. Por otro lado, el sociólogo Kurt Sontheimer: «[…] eliminar la tesis del 'Sonderweg' alemán significa volver a romper el consenso político alemán de después de 1945 […] si los historiadores, aun con la mejor de las intenciones eruditas, se inclinan a negarlo, deben saber al menos que, queriéndolo o sin querer, contribuyen a esas fuerzas políticas que tienden a oponerse a nuestro nuevo orden político y moral de después de 1945». El reflexivo historiador Karl-Dietrich Bracher distinguió entre una mentalidad alemana particular

(Sonderbewusstsein)[391] y el *Sonderweg*. «el 'Sonderweg' alemán debe limitarse a la época [del Tercer Reich], pero debe enfatizarse la fuerza de esa mentalidad alemana particular [*Sonderbewusstsein*\ que ya había surgido con la oposición a la Revolución Francesa y que creció después de 1870 y después de 1918. Dejaron de ser unas perspectivas exageradas [y retóricas, añadiría yo] para convertirse en una fuerza en la política, pasaron de ser un mito a ser una realidad. El camino de la democracia a la dictadura no fue un caso particular alemán, pero la naturaleza radical de la dictadura nacionalsocialista se correspondía con la fuerza de una ideología alemana que en 1933-1945 se convirtió en una realidad política y totalitaria[392]».

Desde una perspectiva histórica muy amplia, puede decirse que las dos guerras mundiales del siglo XX representaron, entre otras cosas, el último intento de un Estado por dominar la mayor parte de Europa. España fue la gran potencia europea en *el siglo XVI, Francia en los siglos XVII* y XVIII, Gran Bretaña fue la mayor potencia mundial (y un factor importante en el equilibrio de poderes europeo durante el siglo Xix), y en el siglo XX le tocó el turno a Alemania, tanto en la primera como en la Segunda Guerra Mundial. Sí, existió una relación entre las dos guerras mundiales y es imaginable —más aún, probable— que en algún momento a fines de la década de 1930 Alemania habría llegado a ser sin Hitler la potencia dominante en Europa. Sin embargo, en más de un importante sentido existieron diferencias fundamentales entre las dos guerras mundiales. No estoy pensando en el terrible desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, en la que desaparecieron muchas de las distinciones anteriores entre ejércitos y civiles. Lo que debemos considerar es la capacidad de Hitler para comprometer en una guerra a todo un pueblo (o al menos a la abrumadora mayoría de un pueblo) a causa de sus propósitos. En *Mein Kampf* hay una afirmación crucial: «O Alemania se convierte en una potencia mundial o no existirá». (Que la mayoría de los alemanes pensara que la guerra les fue impuesta por sus enemigos es otra cuestión; no era del todo diferente a lo que

pensaron de la Primera Guerra Mundial). El nacionalismo alemán y la unidad nacional alemana también habían sido fuerzas poderosas durante la Primera Guerra Mundial. La obediencia y la disciplina, hábitos nacionales profundamente arraigados, lograron perdurar hasta la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la estructura psíquica (y social) del rendimiento del pueblo alemán había cambiado en la Segunda Guerra Mundial, y esto fue tanto un requisito previo a Hitler como un resultado de éste. *Sin* Hitler, los alemanes no podrían haber logrado lo que hicieron, y Hitler no podría haber logrado lo que hizo *sin* el pueblo alemán; más precisamente, sin la abrumadora aceptación de la mayoría de ellos.

Aun así, el tema de este capítulo no es la historia del pueblo alemán durante el Tercer Reich; es aquella de la relación entre Hitler y el pueblo alemán, y a este respecto aún persiste una dualidad —quizá una divergencia— de tendencias en Alemania. Por un lado, existe una tendencia, ya mencionada, a culpar a Hitler de todo, incluso entre algunos historiadores que se han dedicado a revisar con cautela su percepción de algunas de las realidades del Tercer Reich (evidente, entre otras cosas, en la Controversia de los Historiadores). Por otro lado, existe una inclinación, entre los hombres y mujeres de una generación de alemanes que ahora está desapareciendo, a pensar mejor de Hitler que de la jerarquía nacionalsocialista, expresada a menudo en exclamaciones como: «¡Si el *Führer* supiera esto!». (*Wenn das der Führer wusste*!}. Tal como afirmó Bracher en 1977: «No fue con Himmler, Bormann y Heydrich, ni tampoco con el Partido Nacionalsocialista con quien se identificó el pueblo alemán de modo entusiasta, sino con Hitler. En esto reside un problema esencial, especialmente para los historiadores alemanes […]. Identificar las fuentes de este fatídico error del pasado e investigarlo sin minimizarlo [*bagatellisieren*] sigue siendo una misión de la erudición histórica alemana. Ignorar esto supone la pérdida de nuestro compromiso con la verdad**[393]**».

Queda aún la otra cara de esta cuestión, que es el afecto de Hitler por el pueblo alemán. Hace más de un cuarto de siglo escribí

que «la fuente fundamental de la fuerza de Hitler era el odio. Comparado con la fuerza de sus odios, incluso el amor a su pueblo —el propósito evidente de un gran líder nacional— significaba poco. En esto era bastante distinto a Napoleón[394]». Tal vez «poco» no sea la palabra adecuada, puesto que en cualquier caso el amor es una cuestión de calidad, no de cantidad. Asimismo, en esta compleja materia —igual que en otras ocasiones— pueden discernirse ambigüedades en el pensamiento de Hitler[395]. Numerosos historiadores alemanes —de nuevo de modo comprensible— han exagerado algunas de las observaciones de Hitler, en especial hacia el final de la guerra, acerca de que los alemanes eran un pueblo que merecía perecer si había demostrado ser demasiado débil. No obstante, al mismo tiempo hablaba (el 2 de abril de 1945, por ejemplo) de su «inquebrantable fe en el futuro del pueblo alemán[396]». En marzo de 1945 Speer se sorprendió profundamente de que Hitler ordenase la destrucción de todas las fábricas, maquinaria, puentes y cosas similares antes de la retirada de las líneas alemanas en el Oeste. No obstante, Speer también registró su impresión de que, a fines de marzo, Hitler ya no pareció insistir más en ello. En lo que siguió insistiendo, hasta el mismo final, fue en que los aliados querían destruir al pueblo alemán[397].

En un breve capítulo de lo más tajante (aunque, por desgracia, rara vez considerado de modo suficiente). —«Algunas tendencias particulares de los historiadores en los siglos democráticos»— del segundo volumen de *La democracia en América* Tocqueville hizo algunas afirmaciones muy importantes acerca del problema de la historia en la época democrática que se avecinaba. Entre otras cuestiones, sugirió que, al contrario de las impresiones a primera vista, la reconstrucción adecuada de la historia de los pueblos sería una labor más difícil que la reconstrucción de la historia en tiempos de las sociedades aristocráticas. A pesar de la creciente apertura de todo tipo de archivos durante los últimos cien años, esto ha demostrado ser cierto. Por supuesto, es un error creer que el

fenómeno de la opinión pública —llamado así de modo impreciso, como veremos pronto— sólo se convirtió en un factor durante el último o los dos últimos siglos. Ésta ha jugado un papel desde el comienzo de la historia. Tal como escribió Pascal en sus *Pensées*, al fin y al cabo, «la opinión es la reina del mundo». Sin embargo, también es cierto que la evolución de la historia contemporánea hacia la democracia (y con esto no me refiero sólo a la evolución de la educación universal, sino a la evolución de la conciencia), eso que puede llamarse «la estructura de acontecimientos», ha sufrido cambios, y con esto me refiero a la intrusión de la mente en la materia. En contra no sólo de Marx sino también de Adam Smith y, es más, de todos los filósofos materialistas, se puede al menos argumentar que lo que importa principalmente —no sólo en las vidas privadas, sino en los acontecimientos del mundo en general— es lo que la gente cree y piensa, y que la propia organización material del mundo no es más que una consecuencia de esto. Asimismo, esto es tan aplicable a la época de Hitler como, por ejemplo, a las «investigaciones de mercado» o «sobre consumo» —debido a la dependencia de Hitler del pueblo alemán—, una dependencia de la que era totalmente consciente y que era diferente, tanto en tipo como en intensidad —tal vez mayor y más profunda—, de la dependencia en los casos de Cromwell y Napoleón o tal vez incluso de Mussolini y Stalin.

No obstante, el historiador tiene que tratar aquí con problemas peculiares. Las modernas «técnicas estadísticas» de «sondeo de la opinión pública» son relativamente nuevas (el Instituto Gallup se fundó en los Estados Unidos en 1935); pronto retornaremos a sus inevitables y por desgracia poco consideradas limitaciones. Añádase a esto la tendencia universitaria a cambiar la historia política por la historia social, que comenzó a afectar a los historiadores alemanes tras 1965-1970. Por supuesto anteriormente ya existían análisis y, lo que quizá es más importante, descripciones de los sentimientos y las opiniones del pueblo alemán durante el Tercer Reich, particularmente acerca de su relación con Hitler, en ocasiones en

perspicaces pasajes de las memorias de los contemporáneos y otros observadores participantes; sin embargo, los estudios sistemáticos de aquella relación sólo han aparecido durante los últimos veinte o treinta años[398].Todos los autores han sido conscientes de las complejidades del tema. Aun así, muchos de los más valiosos de estos trabajos tratan de cómo llegó Hitler al poder[399] y pocos de su relación con el pueblo a partir de y durante la guerra.

Aunque el tema de la opinión popular alemana pueda ser complicado, sí que existen materiales para su estudio, además de una miríada de papeles personales, recuerdos, informes policiales, memorias y anotaciones registradas por observadores extranjeros. Desde hace más de treinta años hemos sido conocedores de los informes de «opinión» recogidos por el Servicio de Seguridad de Himmler (Sicherheitsdienst), bajo el título de *Meldungen aus dem Reich*, editados y publicados por primera vez en 1966 por Heinz Boberach (hoy día hay publicados diecisiete volúmenes); asimismo, archivos y más archivos llenos de ellos han estado a disposición de los investigadores. Por supuesto, su valor está limitado por el carácter de la organización que intentaba recoger, evaluar y resumir ese tipo de expresiones al azar de la población; son opiniones *relatadas*, y relatadas por hombres totalmente comprometidos con el régimen; sin embargo, son útiles y significativas en más de un sentido. (También hay pruebas de que Hitler leyó algunas de ellas). A lo largo de los últimos veinticinco años han surgido otras «fuentes»: por ejemplo, los muy interesantes y reflexivos resúmenes de 1933-1940 del SOPADE, la organización de los socialdemócratas en el exilio[400]; asimismo, también hay otros informes que tratan de la opinión y la moral populares, a cargo de otras autoridades del Tercer Reich (especialmente de los llamados *Regierungspräsidenten*, en particular en Baviera).

En la reflexiva introducción a su *Hitlers Krieg und die Deutschen…* Marlis Steinert escribió que «el concepto de opinión pública» sigue siendo (en especial en Alemania, tanto ahora como en el pasado) discutible y poco claro; su definición científica es más

o menos como «la cuadratura del círculo[401]». Esto no es aplicable sólo a Alemania o a la historia de la época de Hitler. Ese tipo de «investigación» aún está en pañales. Aquí no hay lugar ni para discutir ni siquiera para resumir los problemas de este vasto y complejo tema, pero permítanme proponer unas pocas distinciones que señalé hace más de treinta años—que creo necesarias, y que llegan algo tarde—,[402] pero ahora pueden ser relevantes para nuestro tema. Hay una diferencia entre opinión pública y sentimiento popular (Kershaw, como vimos más arriba, prefiere usar el término «opinión popular»): aquello que es «público» no es necesariamente popular, y «opinión» no es idéntica a «sentimiento». (El subtítulo del estudio de Marlis Steinert sugiere esto: es "Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im Zweiten Weltkrieg", y obsérvese que "Stimmung" significa en alemán más sentimiento que opinión, en otras palabras, una inclinación más que una realidad, mientras que "Haltung" sugiere algo parecido a carácter, actitud o comportamiento). A todo esto deberíamos añadir la insuficiencia de las formulaciones cuantitativas de la «opinión pública». Tales afirmaciones numéricas son útiles, e incluso cercanas a la precisión cuando se trata de predicciones electorales, esto es, de cuestiones que impliquen una *elección*. No obstante, elección no es necesariamente lo mismo que opinión (en especial cuando implica la elección entre alternativas predeterminadas y fijas, como es el caso de los procesos electorales). Mientras que cada voto significa un voto y nada más que eso, tanto la intensidad como la influencia de las opiniones varía. Más aun, la historia está llena de ejemplos de «minorías fuertes» y «mayorías débiles», en las que la influencia de las primeras es a menudo mayor de lo que pudieran indicar las cifras. Esto también se aplica al pueblo alemán durante la época de Hitler[403]. Si, sobre la base de pruebas fiables y recientemente descubiertas, alguien pudiera probar de modo convincente que en un determinado momento «sólo» un 20% de los alemanes se oponía a Hitler, eso no significaría que el 80% restante fueran hitlerianos convencidos; y al contrario, un estudio convincente que indicase que

en un determinado momento «sólo un 20%» eran seguidores incondicionales de Hitler no significaría que el 80% eran comprometidos oponentes suyos[404]. (Tampoco creer en Hitler y creer en el nacionalsocialismo fueron siempre la misma cosa). Más aún: no siempre, y no necesariamente, es cierto que un conjunto sea más que la suma de los componentes individuales. En muchos sentidos un colectivo es menos que eso, puesto que sus miembros son hombres y mujeres, católicos, protestantes y ateos, antiguos monárquicos y antiguos socialistas, etc.; y la cuestión interesante es cómo un católico alemán o un antiguo votante socialista se convirtieron en seguidores de Hitler, bien parcial o bien totalmente comprometidos. Una dificultad más la presentan los términos alemanes *Volksgefühl, Volksstimmung* y *Volksmeinung* (empleados en especial por Zitelmann) que sólo se pueden traducir de un modo impreciso («sensación», «sentimiento» y «opinión», «populares» o «nacionales»), son indefinibles y se solapan entre sí. Esto incide además en otro problema particular, que es el de las categorías y las tendencias de la retórica alemana, ya evidente en el tono de las declaraciones públicas y las publicaciones alemanas durante la Primera Guerra Mundial cuando, por ejemplo, el nacionalismo francés o británico eran a menudo tan agudos e incluso tan brutales como el alemán y sin embargo, de algún modo, la *retórica* de los alemanes era diferente. Aquí debemos reconocer que, a pesar de Freud, el discurso no es sólo la expresión de un pensamiento, sino que los hábitos y las pautas del discurso tienen un efecto evidente, y a menudo determinable, sobre los hábitos y las pautas del pensamiento[405].

Hay otra cuestión, estrechamente relacionada con lo anterior, que es necesario reconocer: la de la diferencia entre mentalidad e ideología, puesto que Hitler esperaba más de la mentalidad del pueblo alemán[406] —de los hábitos mentales y de las reacciones mentales predecibles— que de su aceptación en bloque de la ideología nacionalsocialista. Tal y como escribió en *Mein Kampf*. «Liderar significa ser capaz de mover a las masas».

Dejemos ya estas consideraciones metodológicas —o, más apropiadamente, epistemológicas—; nuestro tema es la popularidad de Hitler y sus variaciones[407]. Para empezar, hay serias razones que cuestionan la tesis, ampliamente aceptada, según la cual la Depresión de 1930-1933 no sólo contribuyó a que Hitler se hiciera con el poder, sino que hizo esto posible. Sabemos que el paso más importante —literalmente un salto— en su destino fueron las elecciones al Reichstag en septiembre de 1930, en las que los nacionalsocialistas recibieron casi siete veces más votos que dos años antes; pasaron de menos de un 3% a casi un 19% del total de votos. Sin embargo, los historiadores han dedicado relativamente poca atención al ya rápido incremento de los votos nacionalsocialistas del verano de 1929 y principios de 1930 en las elecciones municipales y estatales (en Sajonia, Mecklemburgo o Baden, por ejemplo), que en ocasiones ascendió al 13 o el 14%. Esto ocurrió *antes* de la Depresión mundial y antes de la oleada de desempleo en la Alemania de Weimar. Algunos historiadores han señalado que durante su crucial ascenso de 1930 a 1933, que coincidió con los peores años de la Depresión, Hitler no tenía un programa económico definido; en otras palabras, su atractivo *no* era primordialmente económico, tal vez apenas era económico. Lo que se puso de relieve en 1930 y después fue la tremenda oleada del nacionalismo alemán[408] —entre todas las clases sociales, y de modo significativo entre los más afectados por el desempleo y otras desgracias económicas—. Marx escribió que «los obreros no tienen patria». No podía estar más equivocado, como ya era evidente en 1914 y más aún en la década de 1930. Haffner merece un especial elogio por haberse dado cuenta de esto. El nacionalismo alemán «se convirtió de pronto en parte integrante de todo discurso político. Hasta los comunistas empezaron a hablar en un tono nacionalista […]»[409]. Asimismo, lo que ocurrió en Alemania en 1933, y posteriormente, prueba de nuevo la mayor calidad de las

percepciones de Proudhon frente a las de Marx: la gente no responde a contratos sociales sino a realidades de poder[410].

Hitler entendió eso a conciencia. Kershaw observó: «Sólo uno de los cuatro plebiscitos generales que tendrían lugar durante el Tercer Reich no se celebró tras un importante triunfo en política exterior. En el exterior, las potencias occidentales no habían perdido meramente una oportunidad de detener la expansión alemana: debían ser testigos del enorme aumento de la popularidad que [la ocupación de Renania] había otorgado a Hitler[411]». No puede culparse al pueblo alemán de estar impresionado por el modo en que hombres de Estado extranjeros trataban y elogiaban a Hitler en la década de 1930. Al mismo tiempo, de un modo retrospectivo, nos choca su aceptación en silencio —es más, su aprobación— de las brutales ejecuciones en masa de Hitler en junio de 1934. Tal como dijo Haffner, «si puede hablarse de culpabilidad colectiva del pueblo alemán, es entonces donde quizá empezó todo».

«¿Qué clase de Estado fue Alemania durante ese tiempo? En contra de creencias ampliamente aceptadas, no fue un Estado de partido único, al revés que la República Democrática Alemana o la Unión Soviética, dominadas por un partido político muy estructurado. El Partido Nacionalsocialista no tenía comité central ni Politburó y Hitler nunca convocó reuniones del comité ejecutivo. […] No era el partido el que dominaba el Estado, sino Hitler quien dominaba todo, incluido el partido. […] El Tercer Reich de Hitler no fue un Estado del partido, sino un Estado del *Führer*. […] Un logro colosal, haber unido prácticamente a toda la nación en torno a él [a la altura de 1938] y ¡logrado en menos de diez años! Alcanzado, además, no mediante demagogia sino con logros […]». De este modo escribía Sebastian Haffner, un conservador liberal con una intachable reputación intelectual. Igualmente Hans Frank, a los pies de la horca: el Congreso del Partido en 1938 fue «la boda de Hitler con el pueblo alemán. […] Por encima de todo el mago Hitler sonreía y bendecía, hechizaba y cautivaba sus corazones […]»[412]. Éstas son emotivas imágenes en el recuerdo de un hombre desesperado. Sin embargo,

no deberíamos desatender otras pruebas similares de confianza nacional, tales como la fantástica elevación de las tasas de matrimonios y nacimientos en Alemania en 1938-1939, junto con el extraordinario descenso del número de suicidios, etcétera.

Hemos visto que en 1939 el pueblo alemán, después de muchos años de propaganda anticomunista, reaccionó al pacto de Hitler con Stalin sin un solo susurro, es más, con sentimientos de admiración, que sorprendieron, y aliviaron, al propio Hitler. Más adelante, durante la guerra, la opinión y el sentimiento alemanes en ocasiones se quedaron por detrás de Hitler[413] y en otras lo adelantaron, como en el verano de 1940, en el que todas las encuestas mostraban una impaciencia entre el pueblo por la esperada invasión de Inglaterra: «Wann get es los?». («¿A qué estamos esperando?»).

«Los alemanes», escribió Jäckel, «lo amaban más que le temían». (No se podría decir lo mismo de los rusos bajo el gobierno de Stalin). «Bajo el gobierno de Hitler, los alemanes nunca dudaron, se desesperaron o se rebelaron tal como habrían hecho con un tirano. Tuvieron que ser fuerzas extranjeras las que lo separaran de ellos, y sólo entonces se rompió el hechizo que los había ligado [a él] durante más de doce años [...]»[414].En fecha tan tardía como septiembre de 1944, una petición de voluntarios nacidos en 1928 (de quince o dieciséis años) en la católica *Westmark* (el Sarre y el Palatinado) obtuvo un 96% de alistamientos. Kettenacker cita una encuesta británica a los prisioneros de guerra alemanes cerca del final de la guerra: no más de un 9% eran contrarios a los nazis de modo convencido, y el 15% eran contrarios de modo pasivo[415]. Por supuesto, debemos tener en cuenta la cohesión de los soldados en campos regidos por el enemigo, y hay muchas pruebas de que en el interior de Alemania, después de mediados de enero de 1945, la creencia en el nacionalsocialismo había comenzado a erosionarse. Después, y sólo después, comenzó también la erosión de la confianza en Hitler, pero incluso en ese momento no llegó a desarrollarse totalmente.

La masa del pueblo alemán admiraba y quizá incluso amaba a Hitler, mientras que no admiraba o amaba necesariamente al nacionalsocialismo y al partido. Debemos, quizá por última vez, advertir esta distinción, teniendo presente asimismo las limitaciones de una afirmación tan categórica, puesto que también existían solapamientos y divisiones de opinión. El pueblo alemán creía en Hitler. O bien depositaba su fe en él. Esto puede que no sea disculpable, pero era comprensible. Tuvo mucho que ver no sólo con sus asombrosos éxitos, con el aumento del prestigio alemán en el mundo, sino también con la prosperidad nacional que logró poco después de su asunción del poder. «Hitler», escribió Hans Frank en prisión, «se había convertido en el principio rector de todas las acciones y las esperanzas de la nación [...] [Pero] respecto al partido, la burocracia, las SS y muchas otras cuestiones, el pueblo tenía bastantes reservas [Sehrablehnend] [...] 'Der *Führer*', 'der Hitler' era la excepción. Eran muy populares algunas frases, como: 'iel *Führer* no sabe eso!', 'iel *Führer* se encargará de eso!' o 'ipobre *Führer*, cómo abusan de él!»'.**[416]** Escrito poco antes de su ejecución —obsérvese que se titulaba «Frente a la horca»—, Frank veía en esto justo lo contrario a una pobreza de imaginación nacional; era, en cambio, una especie de fe sentimental alemana, tocada, de hecho, por una lealtad primitiva. Sus páginas, escritas con una rapidez de nervios crispados, tienen todos los indicios de la exageración y de un sentimentalismo febril. No estaban concebidas para rehabilitar a Hitler, sino para insistir en las fuentes y los elementos de esa clase de fe (que de modo implícito era, por supuesto, la suya), y no pueden ser completamente ignoradas.

Más de treinta y cinco o cuarenta años después, los historiadores alemanes de una generación distinta trataron de comprender este fenómeno. Su enfoque quizá era el contrario al de Frank, puesto que no trataban de corregir el retrato de Hitler a pesar de que sí trataron de modificar algunas de las opiniones aceptadas acerca del Tercer Reich. De esto trató en su mayor parte la Controversia de los Historiadores. Un primer ejemplo de esa argumentación fue la

afirmación de Klaus Hildebrand en 1981: «No debe hablarse de nacionalsocialismo, sino de hitlerismo[417]». (Esto es demasiado simplista). En su conciso y escueto resumen de la Controversia de los Historiadores, Gerhard Schreiber escribió en 1988: «El 'Historikerstreit' suponía, antes que nada, dos afirmaciones. Una sugería que el genocidio de los judíos fue, a su modo, una reacción de miedo [Angstreaktion] ante la lucha de clases protagonizada por los bolcheviques y sus asesinatos en masa, mientras que la otra pretendía sugerir que el ataque a la Unión Soviética en 1941 podía haber sido una guerra preventiva. En el fondo ambas sugerencias, ya fuera de modo consciente o no, conducían a una relativización de la época nacionalsocialista. […] Ambas controversias están cargadas de emociones y politizadas en alto grado […]»[418]. Jürgen Habermas, cuyo artículo desató la controversia, afirmó que Michael Stürmer había planteado la pregunta: «¿Hasta dónde fue la guerra de Hitler y hasta dónde una guerra de los alemanes?». Aquí me decanto por repetir mi observación acerca de la inclinación alemana por una teoría de la guerra dual: que la guerra contra la Unión Soviética puede que fuera inevitable, mientras que la guerra contra Occidente era lamentable y que, después de todo, esta última aún fue una guerra librada dentro de los límites tradicionales, una «guerra normal europea» [europäisches Normalkrieg]. Pero ¿fue así? El tratamiento del pueblo polaco por parte de Hitler, su invasión de Dinamarca y Noruega, su ocupación y gobierno de Francia, sus bombardeos de Rotterdam, Coventry o Belgrado, su tratamiento de los judíos antes de 1941… ¿pueden clasificarse dentro de los confines de una *Normalkrieg*? Tal como escribió Horst Möller: «El juicio sobre la dictadura nacionalsocialista es una clave para la conciencia histórica y política de la República [Federal Alemana]. Las mutaciones en la valoración de esa época de la historia alemana a menudo se ven como si fueran sismógrafos de nuestra cultura política[419]». Hay razones para creer que (como sugiere, entre otros, el ejemplo de Zitelmann) se está dando y seguirá dándose una revisión histórica del Tercer Reich. Es algo que no se puede

evitar y no tiene por qué ser lamentable. Lo que importa son los propósitos y, en consecuencia, la calidad de tal revisionismo: puesto que una revisión puede sugerir e incluso conducir a una rehabilitación; y un cierto tipo de revisionismo puede, en el fondo, conducir no sólo a una rehabilitación de parte del carácter y de los logros del Tercer Reich sino a la consecuente, aunque implícita, rehabilitación de Hitler.

"War alles falsch?". («¿Fue todo un error?»). Ésta era la pregunta que muchos alemanes se hicieron cuando se planteó una visión retrospectiva de la Alemania imperial de Guillermo II durante la República de Weimar. (Mucho más tarde, en 1951, fue el título de un libro de Joachim Kürenberg en el que se valoraba y defendía la figura del káiser Guillermo II.). Este libro (un moderado éxito editorial) evocaba los recuerdos de una generación alemana anterior. La frase "War alles falsch?". («¿Fue todo un error?»), cuando se aplica al Tercer Reich (y a Hitler de modo implícito), no sólo compromete los recuerdos de los supervivientes alemanes de las décadas de 1930 y 1940, cada vez más escasos, sino también la sensibilidad, las perspectivas y las inclinaciones de generaciones de alemanes aún por venir.

La vieja generación de alemanes sí fue responsable de Hitler, sobre todo los conservadores nacionalistas. Esta generalización permite numerosas y significativas excepciones individuales y exige ciertas precisiones acerca del «conservadurismo» alemán; no obstante, las generalizaciones, lo mismo que una escoba, deben barrer y no quedarse en una esquina. Tal como lo han expresado algunos historiadores alemanes, y también Bullock: Hitler fue encumbrado al poder gracias a las intrigas de conservadores como Papen, y no gracias a un movimiento revolucionario[420]. Tal vez yo cambiaría ese «no» por un «menos», pero en general, la afirmación es válida[421]. Según escribió Walter Euchner durante la Controversia de los Historiadores: «Al contrario que los bolcheviques, los nacionalsocialistas […] pudieron lograr sus

objetivos con el apoyo voluntario de una parte considerable de las elites tradicionales[422]». Asimismo, a la altura de marzo de 1933, muchos de ellos respondieron a las aspiraciones de un Tercer Reich. Hitler, ese hombre extraño, ya no era sólo un elemento inevitable para que resurgiera el conservadurismo y el nacionalismo, a *faute de mieux*, a falta de algo mejor, sino alguien que se había vuelto sumamente respetable[423]. En adelante, el poder de Hitler contribuyó a su respetabilidad (quizá en especial entre el conjunto del pueblo); pero lo contrario también es cierto: su respetabilidad contribuyó a su poder (quizá en especial entre los elementos conservadores de la sociedad alemana) o, al menos, a la debilidad de la resistencia contra él. Tal como concluyó Heer: "Ni en el catolicismo alemán ni en el Vaticano encontró Hitler un oponente que le mereciera la pena [der ihm gewachsen war[424]]". Entre todas las instituciones de la época de Hitler, incluidas las Iglesias, la trayectoria de la Iglesia católica —de algunos obispos y curas, así como de parte de la población católica— es, en términos relativos, la menos comprometida y en ocasiones fue incluso ejemplar. El número de publicaciones históricas dedicadas a este complejo tema es extenso. Al mismo tiempo, algunas de las reacciones ante Hitler de miembros de la jerarquía, por lo demás no nazis o incluso contrarios a los nazis, no son tan ejemplares, en especial vistas de manera retrospectiva[425].

Hubo focos de resistencia a Hitler en instituciones como el ejército o la Iglesia —y Hitler sabía esto muy bien— pero su activación estaba comprometida no sólo por el innegable poder de Hitler, sino también por la respetabilidad que había logrado como jefe de Estado (así como por algunas de sus populares y aceptadas ideas). Al mismo tiempo, *deberíamos* comprender que en Alemania (como en el resto de Europa) la mayoría de los oponentes más importantes de Hitler eran por principio tradicionalistas, creyentes en los antiguos valores patrióticos y a menudo religiosos, pero sobre todo morales y nobles, de un mundo anterior y mejor. Es seguro que, en más de un sentido, durante la fase crucial de la Segunda

Guerra Mundial (en 1940 y 1941) la lucha tuvo lugar más entre dos derechas que entre la derecha y la izquierda. Esto era tan cierto de Stauffenberg[426] y su círculo en 1944 como de Churchill y De Gaulle en 1940, y en incontables ejemplos de hombres y mujeres patriotas y religiosos a lo largo de toda Alemania y Austria.

Es por ello que debe ser matizada la tesis de Jäckel, por lo demás convincente, en su *Hitlers Herrschaft*, culminación de su anterior *Hitlers Weltanschauung*, acerca de las amplias fuentes del atractivo y la fuerza de Hitler. Su panorámica de la gran división entre «monárquicos» y «demócratas» en Alemania —con otros términos, quizá menos precisos, entre la derecha y la izquierda alemanas— sigue siendo valiosa y útil, puesto que Jäckel rastrea de modo convincente y bastante preciso las contribuciones de los antiguos monárquicos y de la derecha a la asunción del poder por parte de Hitler. Sin embargo, dedica poco más de una página a la pasividad, quizá incluso más sorprendente, de la clase obrera alemana y a los millones de antiguos votantes comunistas o socialistas, o cercanos a los sindicatos, que en 1933 «observaron de modo bastante pasivo la asunción del poder [de Hitler] y después trataron de adaptarse al nuevo régimen[427]». Creo que sería equivocado atribuir la argumentación de Jäckel, por lo demás un historiador muy reflexivo, a *su* afinidad con los socialdemócratas. No obstante, con su propósito de enfatizar la responsabilidad de las clases tradicionales alemanas por su inclinación (ya sea activa o pasiva) a apoyar a Hitler, pasa por alto algo que muchos historiadores, y no sólo marxistas, han pasado por alto durante más de un siglo: que también la clase obrera tiende a decantarse hacia la respetabilidad, algo que en muchos niveles, y en muchos casos, es inseparable de su nacionalismo. A esto se añadió la incuestionable capacidad de Hitler no sólo para proclamar la situación nueva y superior de la clase obrera industrial de Alemania dentro de la sociedad (y en las fuerzas armadas), sino para concederla realmente. En el capítulo III vimos que su alta estimación de la «clase obrera» fue consistente, y su desprecio por la *Bürgertum*

expresado a menudo. Durante aproximadamente los últimos treinta años numerosos estudios han revisado la opinión anteriormente generalizada según la cual el principal apoyo a Hitler habría provenido de la clase media y media baja. En realidad, las anteriores fronteras entre la clase media baja y la clase obrera habían comenzado a diluirse durante la época de Hitler. Además de esto, hay amplias pruebas de que entre los obreros el apoyo y la creencia en Hitler no sólo se mantuvieron fuertes, sino que perduraron hasta el mismo final. Hay muchos testimonios de esto, y de numerosas fuentes[428].

Sí que *hubo* resistencia a Hitler en Alemania, una resistencia que quizá fue más admirable (y no sólo por los evidentes y a menudo terribles riesgos) que la resistencia de los hombres y las mujeres en otras naciones que habían sido subyugadas o se habían aliado con Hitler contra su voluntad. Se limitó a personas aisladas, familias y pequeños grupos, y a un pequeño conventículo, minoritario, variado y cambiante dentro de una sola institución, el Estado Mayor del Ejército, que podría haber sido efectivo (aunque esto también era improbable). Eso no significa, como ya sugerí anteriormente, que no existiera una resistencia a Hitler dentro de las mayorías, o en ocasiones dentro de las mentes divididas de hombres y mujeres concretos. En cualquier caso «resistencia» significaba una reacción de oposición a Hitler, mental o de hecho (y no deberíamos olvidar que en el fondo la propia palabra «resistencia» sugiere algo *reaccionario*). También debemos considerar que las brutalidades contra los judíos recibieron un *menor* apoyo entre el pueblo alemán[429] que en algunos países del Este (por ejemplo Rumania, Letonia o Ucrania). Ésta no es sólo una afirmación provisional y general sobre las actitudes populares; es evidente en muchas de las expresiones registradas de la época, y en los actos de muchos alemanes, que trataron de ayudar a los judíos y se atrevieron a ello en los momentos más difíciles. Por otro lado, tenemos las brutales expresiones y la evidencia de los actos de una minoría dura

nacionalsocialista, y la silenciosa obediencia y el respeto de la mayoría, más por Hitler que por el nacionalsocialismo.

La opinión comúnmente aceptada, según la cual el respeto hacia Hitler se desvaneció en el mismo instante de su muerte, también es necesario tomarla con reservas. La mayoría del pueblo alemán, en medio de los mayores peligros, alteraciones emocionales y tribulaciones, quedó atónito. Muchos de los oficiales que quedaban no deseaban y eran incapaces de aceptar el hecho de la desaparición de su líder. Después de todo, en fecha tan tardía como marzo de 1945 su sucesor, el almirante Doenitz, se había dirigido a sus comandantes: «Coloquemos nuestra confianza incondicional en el liderazgo de Adolf Hitler. Creedme, en dos años como comandante supremo de la Marina de guerra he comprobado que sus opiniones estratégicas siempre resultaron correctas». Los días entre la muerte de Hitler y la capitulación final de Alemania, Doenitz y la mayoría de su Gobierno continuaron siendo respetuosos con Hitler. (Doenitz no anunció la disolución del partido ni retiró la bandera con la esvástica o los retratos de Hitler de la sede del Gobierno en Flensburg). El 2 de mayo anunció: «La lucha [de Hitler] contra los bolcheviques fue a favor de Europa y de todo el mundo civilizado. […] Por lo tanto, los ingleses y estadounidenses ya no continúan la guerra por el interés de sus pueblos, sino sólo a fin de promover la extensión del bolchevismo en Europa[430]». Su diario del día después de la capitulación, el 9 de mayo de 1945, dice: «El fundamento para la existencia continuada del pueblo alemán es la comunidad nacional creada por el nacionalsocialismo[431]».

Por entonces era obvio que abandonar la lucha contra Occidente era preferible a abandonarla en el Este; también era obvio que para Alemania el nacionalsocialismo era preferible al bolchevismo, entre otras cosas por el nivel de vida del pueblo alemán. Durante un largo tiempo esta noción de que el nacionalismo fue, en el fondo, mejor que el bolchevismo siguió siendo un poderoso artículo de fe, con seguridad en Alemania Occidental (y también entre algunos

estadounidenses en la anticomunista década de 1950). Había muchas razones para tal creencia: no sólo la prosperidad que Hitler había traído a su pueblo, sino también el hecho de que Stalin había ordenado el encarcelamiento y la muerte de muchos millones más de su propia gente que Hitler. Sin embargo, sobran todas estas comparaciones: carecen de esencia moral. Hay razones morales —e históricas— para preguntarse si el nacionalsocialismo y el comunismo, y los delitos de Hitler y Stalin, deben ser comparados.

En su contribución a la Controversia de los Historiadores, Fest —en defensa de Hillgrub er y Nolte— propuso el insincero argumento de que hacer a Alemania particularmente responsable de los delitos totalitarios del Tercer Reich —es decir, *más* responsable aún que Rusia bajo el dominio de Stalin, debido a las cualidades culturales y educativas del pueblo alemán— significa la asunción de la idea de un *Herrenvolk* (raza superior). Christian Meier dio una contundente respuesta a esto: «¿Se es un defensor de la ideología del 'Herrenvolk' cuando se afirma que a través de la larga historia de Alemania puede presumirse un desarrollo ético y de la civilización distinto al de, por ejemplo, Rusia, Turquía o Indochina?». Tal presunción no supone «privilegios […] sino obligaciones […] ¿no debemos medirnos frente a esos valores?»**[432]**. Comencé este capítulo afirmando que la historia de Alemania —y del pueblo alemán— incluye a Hitler. No obstante, su lugar en esa historia fue más extraordinario que el de Stalin en la historia de Rusia. En la historia de Alemania no había un Iván el Terrible (cuyo dominio, en varios sentidos, se asemejaba al de Stalin). Stalin encaja mejor en el patrón de la historia rusa que Hitler en el de la alemana. Sin embargo debe incluirse en esta última, por desgracia.

VIII
ADMIRADORES Y DEFENSORES, DECLARADOS Y OCULTOS

Principales argumentos para la rehabilitación de Hitler.— La jerarquía relativa de sus defensores.— Sus argumentaciones.

YA HEMOS visto que más de cincuenta años después de la muerte de Hitler aún quedan preguntas significativas respecto a él. Esto no es raro. La Historia no es una ciencia física. La *biografía* no es *biología*. Todo lo que conocemos lo conocemos a través de la mirada retrospectiva, y la retrospección es susceptible de cambiar. Existe otro límite inevitable de la condición humana: aunque la perspectiva no es idéntica a la realidad, es un componente inevitable de ésta. En sus memorias, el káiser Guillermo II escribió que «la verdad histórica no es menos sagrada que la religión». Sagrada sí, pero no más pura[433], ya que lo que nos es dado no es la verdad pura, sino la búsqueda de la verdad y esa búsqueda es inseparable de los propósitos de quienes la llevan a cabo. Esto no significa que la verdad sea relativa —esto es, tan variable que prácticamente no tiene sentido— o que no sea lo contrario a la falsedad. La «relativización» de Hitler y del nacionalsocialismo puede que no sea el más afortunado de los términos, excepto cuando se refiere a los propósitos de «aquellos que relativizan». Si su propósito es la rehabilitación, eso debería detectarse en su selección de los «hechos» y de su propio vocabulario. Esto se cumple en numerosos admiradores o defensores de Hitler, tanto si admiten o se dan cuenta

de sus propósitos como si no. Algunos historiadores (Zitelmann, por ejemplo) evocan un vocabulario físico hoy día anticuado (y en origen cartesiano) que sugiere que los prejuicios «subjetivos» han nublado una representación histórica «objetiva» de Hitler. Por otro lado, Maser se refiere al «libro compuesto de modo muy subjetivo[434]» del impasible admirador de Hitler, Hans Severus Ziegler, como si «subjetivo» fuera lo bastante esclarecedor.

A lo largo de todo este libro hemos conocido algunos de los argumentos planteados por historiadores aficionados y profesionales, y otras personas, con el propósito de revisar elementos importantes en la historia de Hitler; éste puede ser el lugar para resumir los más destacados, de modo tan breve como sea posible. Más de cincuenta años después de su muerte es —o debería ser— incontestable que Hitler fue un hombre más complejo —y también más reservado— de lo que se ha supuesto durante mucho tiempo, y que sus facultades intelectuales eran considerables. Además, quienes hacen apología de él tienden a enfatizar el lado sensible, artístico o sorprendentemente humano de su personalidad, a menudo de manera partidista. Está igualmente desenfocado su retrato de la felicidad y la prosperidad que Hitler trajo al pueblo alemán en la década de 1930, sin mencionar, y menos aún resaltar, los elementos más oscuros de esa imagen general. Además existe, tanto entre los apologistas extremos como entre los rehabilitadores cautos, una tendencia a exonerar a Hitler —al menos de modo parcial— de la responsabilidad de haber comenzado la Segunda Guerra Mundial. Esto se consigue enfatizando los propósitos belicosos y la rígida reticencia a hacer concesiones de sus enemigos, en particular de los polacos y británicos[435]. Además, se ha dado una creciente tendencia a absolver a Hitler, al menos en parte, de su paso más fatídico en la guerra, su decisión de atacar Rusia en 1941, al argumentar —sobre la base de una documentación muy cuestionable— que Stalin estaba a punto de atacar Alemania en 1941[436]. En los capítulos precedentes con frecuencia he dirigido la atención hacia la tesis de la guerra dual, según la cual la guerra con la Unión Soviética era

tanto comprensible como excusable, puesto que suponía una defensa no sólo de Alemania, sino de Europa y la civilización occidental, en la que Alemania sirvió de baluarte contra el bolchevismo. Una variante que nace de este argumento acusa a los aliados, en especial a Churchill, de haber sido ciegos ante los peligros del comunismo y haber contribuido de este modo al colapso de Europa gracias a su odio hacia Alemania[437].

Otro ejemplo de este tipo de «relativización» es restar importancia a los méritos de la resistencia alemana, siendo los ejemplos más extremos aquellos que consisten en manchar la reputación de los conspiradores de julio de 1944 (igual que la de la mayoría de los oponentes de Hitler). Finalmente, hemos visto a Irving alegar que Hitler no fue responsable del exterminio de los judíos en Europa, que éste fue decidido y perpetrado por otros y que lugares como Auschwitz fueron campos de trabajo antes que campos de exterminio. En el mismo sentido, hay argumentos en libros y panfletos de otros autores respecto a que las opiniones aceptadas sobre la magnitud del Holocausto han sido falsificadas por propagandistas decididos a oscurecer la «verdad objetiva».

Lo que tienen en común todas estas obras es su exageración desmesurada. Sí que hay una brizna de verdad (¿o deberíamos llamarla realidad?) en casi todas ellas, pero no es ni cualitativa ni cuantitativamente suficiente como para exigir una consideración seria. Al mismo tiempo, debemos distinguir entre esas obras y sus autores. Aunque evitemos hacer una panorámica de los panfletos y libros en el marco de este tipo de bibliografía, debemos distinguir un orden relativo entre tales «rehabilitadores»; una jerarquía relativa de acuerdo con la seriedad de su erudición, en orden ascendente de importancia. Debemos pasar desde los admiradores declarados de Hitler (a menudo personas de una generación anterior que lo conocieron) a rehabilitadores tales como Irving (y Toland, al menos en parte), para llegar a algunos de los argumentos de respetados autores alemanes e historiadores profesionales que aparecieron durante la Controversia de los Historiadores y posteriormente.

Debemos evitar la discusión, e incluso una lista parcial, de los apologistas más extremados al menos por dos razones. La primera es el limitado círculo de sus lectores: sus libros están publicados por editoriales pequeñas, sectarias y rara vez reputadas; predican para quienes están ya convencidos o para quienes están preparados y deseosos de ser convencidos. La otra es que curiosamente, o quizá no tanto, los autores de la mayoría de estos libros y folletos «aún están lejos de poder empezar con Hitler». Por ejemplo, apenas hay una mención directa a Hitler en la mayoría de sus desmentidos del exterminio de los judíos y en sus rehabilitaciones, apologías e incluso elogios de instituciones del Tercer Reich tales como las 88. Parece como si fuese un «tema» aún demasiado grande y peligroso de manejar, incluso a pesar de ser evidente que lo admiran. Para los propósitos de este libro son más importantes los recuerdos de aquellos hombres y mujeres que conocían personalmente a Hitler, estaban empleados con él, o estuvieron de algún modo cercanos a él**[438]**,o que han sido (pocos de ellos aún viven, más de cincuenta años después de su desaparición) reticentes a condenarlo, o al menos a poner en peligro su lealtad de modo retrospectivo**[439]**. Historiadores aficionados buscaron y extrajeron con avidez los recuerdos, escritos u orales de estas personas, a menudo para sus propios fines (como por ejemplo Irving o Toland); aun cuando estos datos tienen sus limitaciones, es de lamentar que, en general, los historiadores profesionales los hayan pasado por alto, al menos algunos de ellos (como por ejemplo las memorias de la secretaria de Hitler Christa Schroeder, una mujer difícil y polémica, anotadas por el ejemplar Antón Joachimsthaler**[440]**).

Si ensanchamos este círculo llegamos a las memorias y recuerdos de personas más importantes que también estuvieron cerca de Hitler y cuyo objetivo sí *ha sido* explícito: rehabilitarlo**[441]**. De modo habitual sus libros también han sido publicados por pequeñas casas extremistas, sin apenas eco en una esfera de lectores más amplia. No obstante, algunos de ellos reclaman nuestra atención, en

especial el impasible apologista Hermann Giesler, cuyo libro se titula ya de modo muy revelador: *Ein anderer Hitler*[442] *{Otro Hitler)*. Giesler era arquitecto, un joven admirador y conocido de Oswald Spengler y posteriormente de Adolf Hitler, quien estaba impresionado por el talento y la lealtad de Giesler. Entre sus arquitectos favoritos Giesler era el segundo, sólo por detrás de Speer. Si entre los logros de Speer se cuenta una gran y detallada maqueta de la futura edificación monumental del Berlín central, presentada a Hitler en 1940, entre los de Giesler está una maqueta monumental de la futura Linz que le presentó a Hitler en febrero de 1945, animado por Bormann, quien le dijo que Hitler necesitaba ese tipo de descanso frente a sus formidables responsabilidades[443]. De hecho, esa tarde morbosa de febrero Hitler y Giesler contemplaron y discutieron aquella maqueta arquitectónica de Linz durante muchas horas, hasta bien entrada la noche. El retrato que Giesler da de Hitler es muy positivo. Debe tratarse con cuidado, y no únicamente por los propósitos de su autor. Sus reconstrucciones de numerosas expresiones de Hitler no sólo carecen de referencias, sino que algunas de ellas no son ni verosímiles ni demostrables. Un apéndice significativo —quizá proto típico— del libro de Giesler es una carta del escultor Amo Breker al autor. Breker era un escultor joven, atractivo y con talento que gustaba a Hitler y cuyo libro *Paris, Hitler et moi* había sido publicado —en París— ocho años antes que el de Giesler. (Breker había vivido en París varios años antes de la guerra; allí tenía numerosos amigos y conocidos, entre ellos Cocteau, Maillol y otros, cuya amistad cultivó posteriormente —y quienes, conscientes de su cercana relación con Hitler, cultivaban su amistad con él— durante la ocupación alemana). Ese libro no era una apología de Hitler sino una apología de sí mismo, escrita con prisas, con escasos detalles interesantes sobre Hitler[444] y llena de respeto por Albert Speer. Sin embargo, en su carta a Giesler, fechada el 29 de noviembre de 1977[445], Breker se volvía contra Speer de manera violenta a causa del retrato que había hecho de Hitler.

Lo que emana de ese libro y de esta carta es la admiración de Giesler y de Breker por Hitler, y su convencimiento sobre su lugar en la historia: la insistencia de estos artistas tanto en la grandeza histórica como en la sensibilidad artística de un genio. Por supuesto, mucho de esto se debe a su afortunada y oportuna relación con Hitler. ¿Debemos atribuir meramente a eso las persistentes convicciones de ambos? No puedo contestarlo. Al mismo tiempo, me atrevo a decir que la violenta hostilidad de ambos hacia Speer plantea una cuestión paralela a la anterior: ¿Fue la «conversión» de Speer únicamente la elección de un oportunista? No lo creo; es más, me inclino a pensar que el propósito de Speer fue expresar e ilustrar con detalle sus convicciones, que admitía que llegaban con retraso, y por tanto hay algo más que oportunismo; ésta es también la razón por la cual los recuerdos de Speer son inmensamente más valiosos y reveladores que los de Giesler o Breker, incluso pese a que algunos de los de este último no puedan pasarse completamente por alto.

Llego ahora al historiador aficionado David Irving, a quien nos hemos encontrado varias veces en este libro. Hemos visto (en el capítulo I) su evolución: de joven simpatizante de Alemania y todo lo alemán a «rehabilitador» de Hitler y, finalmente, a admirador innegable y partidario de éste. Más de treinta años después de sus primeras publicaciones, Irving ha llegado a una etapa de su carrera en la que los editores británicos y estadounidenses parecen reacios a publicarlo. Sin embargo, sería equivocado subestimar su influencia, al menos por dos razones. Una es la amplitud nada despreciable de sus lectores. La otra —más significativa para nuestros propósitos— es que ciertos historiadores profesionales y, en general, respetados se han basado en algunas de las investigaciones de Irving y les han concedido algún matizado elogio[446]. Esto es lamentable, pero no meramente por el carácter deplorable y en muchos casos desagradable de las opiniones de Irving. Pocos comentaristas y críticos de los libros de Irving, incluidos historiadores profesionales, se han molestado en examinarlos con cuidado; si lo hubieran hecho

habrían encontrado que muchas de las referencias y las citas de Irving no son verificables. En su *Hitler's War,* por ejemplo, hay numerosas erratas en nombres y fechas y, lo que es más importante, abundan las afirmaciones que no son ni convincentes ni verificables.

Ambas cuestiones están relacionadas, ya que hay una pista acerca del método de Irving que surge de su uso del lenguaje. Uno de los hábitos retóricos de los defensores ideológicos es el uso enfático de los adverbios y los adjetivos, que no emplean como modificadores, sino que portan la fuerza principal de sus afirmaciones. Se convierten en sustitutos retóricos de las pruebas. Así, en la prosa sin pausas de Irving Hitler «*evidentemente* hizo alguna promesa acerca de los judíos» (no hay pruebas tan evidentes); el general Schörner obtuvo en abril de 1945 «una *convincente* victoria» (no fue una victoria y no convenció a nadie); en 1939 el ejército polaco estaba «reunido en Posen *con optimismo*» (un calificativo curioso en un escritor inglés, pero el ejército polaco ni estaba reunido en Posen ni era optimista); en 1941 Stalin *«obviamente* había hecho planes para una inmensa ofensiva sobre Europa» (al contrario, Stalin era tan temeroso de Hitler que ordenó a los militares soviéticos no tomar medidas defensivas ya que podían irritar a Hitler, y cuanto menos «ofensivas»). Esta última afirmación, por ejemplo, aparece en la página 285 de *Hitler's War*. Hasta donde alcanzan las pruebas para esa afirmación, no hay ninguna que pueda considerarse de peso, siquiera de modo remoto, incluidas las referencias en las propias notas de Irving. Otro Irving (Washington) les dijo a sus lectores en *Tales of a Traveller*: «Siempre tengo la duda de cuánto creer de mis propias historias». Esta sensación de duda no se advierte en David Irving[447].

En su introducción a *Hitler's War,* Irving dice: «Me veo como un limpiador de piedra, menos preocupado por una valoración arquitectónica subjetiva y verbal que por fregar años de suciedad y amarilleo de la fachada de un monumento callado e imponente […]. Creo que este martilleo ha revelado una imagen del hombre que hasta ahora nadie había sospechado Merecen todo el crédito —y

honor— aquellos historiadores, en su mayoría alemanes, que han considerado su deber el investigar —literalmente: *research* (volver a buscar)— y refutar en consecuencia los "documentos» y argumentos de Irving, no sólo concentrándose en las tesis moralmente cuestionables de Irving, sino señalando de modo cuidadoso los errores de interpretación de sus «fuentes[448]».

La obra del periodista estadounidense John Toland apenas puede compararse con el retrato de Hitler dado por Irving. Sin embargo, la admiración de Toland por Hitler se filtra en muchas de sus páginas y su documentación también es inadecuada[449].

En su resumen y valoración de la Controversia de los Historiadores, el historiador inglés Richard J. Evans escribió[450]: «En última instancia, todo el debate tiene poco que ofrecer a quien tenga un interés académico serio por el pasado alemán. No saca a la luz nuevos hechos, no incorpora nueva investigación, no hace ninguna contribución nueva al conocimiento histórico, no plantea nuevas preguntas que puedan estimular trabajos futuros. No es de extrañar que algunos comentaristas de la discusión hayan querido detener todo el asunto y hacer que los historiadores volvieran a escribir verdadera historia». (O lo que sea *eso*). «Pero el debate es más que una diversión. Tiene implicaciones obvias sobre la manera en que es escrita la historia». Esto es demasiado vago y demasiado amplio. El «Historikerstreit» no tenía nada que ver con los métodos de escritura de la historia. Sus «implicaciones obvias» eran (y siguen siendo) que respetables historiadores profesionales alemanes habían llegado a plantearse que era apropiado reconsiderar el lugar del Tercer Reich —y, al menos de modo indirecto, el de Hitler— en la historia de Alemania y de Europa en el siglo XX[451].

Ernst Nolte, cuya contribución encendió la Controversia de los Historiadores, ha presentado en múltiples libros[452] y artículos una explicación muy dudosa del Tercer Reich (y, de nuevo indirectamente, de Hitler): que el nacionalsocialismo y sus delitos fueron una consecuencia de la Revolución Rusa y su terror. «¿No

precedió el 'archipiélago Gulag' a Auschwitz?». «El exterminio de la burguesía rusa» y el de los «kulaks» precedieron al exterminio de los judíos de Hitler; éste último no sólo era equivalente, sino una consecuencia del primero. «El nacionalsocialismo [...] fue la reacción radical al triunfo de la ideología bolchevique en Rusia en 1917».

Este tipo de argumentación —más que eso, este tipo de perspectiva histórica— requiere atención, aunque sólo sea porque coincidía (y aún coincide) con la de numerosos «conservadores» y «neoconservadores», no sólo de Alemania, sino también de cualquier otro lugar. Esto incluye a los Estados Unidos, donde durante la «Guerra Fría», e incluso actualmente, muchos ven la revolución comunista en Rusia como el punto de inflexión de la historia del siglo XX, que conduciría a la lucha mundial entre el comunismo y la «libertad», en cuyo seno la Segunda Guerra Mundial y Hitler no fueron más que un episodio aberrante. (Ésta fue, al principio, la tesis de James Burnham y William F. Buckley: «En 1917 la historia cambió de engranajes» —cualquiera que sea el significado de *eso*—). Esta visión de la historia no sólo consiguió numerosos adeptos (incluidos muchos antiguos trotskistas «neoconservadores» en la década de 1970), sino que no dejó de ser un importante elemento en la formación de la ideología básica del Partido Republicano tras 1948, llegando finalmente a alzar a hombres como Ronald Reagan al poder. Carece de todo sentido y, desviándome del tema principal de este capítulo, me veo obligado a resumir por qué: 1) Los acontecimientos principales del siglo fueron las dos guerras mundiales, de las que la revolución comunista de 1917 en Rusia y el establecimiento de regímenes comunistas en Europa del Este tras 1945 no fueron más que consecuencias. 2) Incluso en 1917, el mayor acontecimiento (es decir, el de mayores consecuencias) no fue la Revolución Rusa —que significó la retirada de Rusia de la guerra— sino la entrada estadounidense en ésta, tanto a corto como a largo plazo. A corto plazo no fue la salida de Rusia, sino la entrada de los Estados Unidos lo que decidió el resultado de la Primera Guerra Mundial; a largo plazo esto supuso una ruptura con la

tradición estadounidense de no inmiscuirse en los conflictos del Viejo Mundo. 3) En todo caso, la historia del siglo ha mostrado la norteamericanización del mundo, más que su rusificación o un predominio del comunismo. 4) El fracaso del comunismo para establecerse en cualquier otro lugar distinto de Rusia después de 1917 y hasta 1945 (justo al contrario que la Revolución Francesa o Americana) y el hundimiento del imperio ruso después de 1989 han sido pruebas suficientes de la debilidad de su atractivo, especialmente en Europa.

En el interior de Alemania tal vez sea lamentable que en 1986 el canciller Kohl invitara a Nolte a formar parte del Kuratorium (Junta Directiva) de una nueva Haus der Geschichte (Casa de la Historia). Asimismo, Nolte fue defendido en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (3 de marzo de 1988) como «uno de los pensadores más originales de la Alemania actual» y, en ocasiones, también por Joachim Fest. En 1994, en una entrevista con Rudolf Augstein (editor de *Der Spiegel*), Nolte dijo: «Hitler no sólo fue un ideólogo, sino que […] la Segunda Guerra Mundial fue prácticamente una guerra de unificación europea […]. Puede concebirse a Alemania como el Piamonte de Europa**[453]**».

Klaus Hildebrand, uno de los defensores de Nolte en el «Historikerstreit», escribió: «A la historiografía le queda mucho trabajo para investigar y presentar la historia del Tercer Reich en relación con la historia alemana, europea y universal**[454]**». En el «Historikerstreit» ese intento lo hizo Andreas Hillgrub er. Su defensa de lo que he llamado teoría de la guerra dual contribuyó en 1986 al súbito estallido de la Controversia de los Historiadores. En *Zweierlei Untergang* {1986) alabó la desesperada defensa del frente del Este en 1944-1945 «por mantener íntegra la condición de gran potencia del Reich alemán que, según la voluntad de los aliados, debía ser destruida**[455]**». Según Hillgruber, en esa lucha también merecen respeto y admiración los principales oficiales nacionalistas y las unidades de las 88 (incluidos los voluntarios flamencos, holandeses y otras unidades de las ss). Al igual que Nolte, Hillgruber habló de la

«concepción europea» de las 88. Una segunda cuestión —para mí más preocupante— fue la reticencia de Hillgruber a elogiar el patriotismo de los conspiradores contra Hitler de julio de 1944 (esto es significativo dado el consenso alcanzado en la República Federal de Alemania, que se identificaba de modo oficial con el patriotismo de los oponentes, los integrantes de la resistencia y los mártires de 1944). Hillgruber expresó su simpatía por los comandantes del frente del Este que no habían apoyado la conspiración de 1944. Su distinción entre dos términos alemanes, creada apresuradamente por él mismo (Hillgruber era un estilista más bien pobre), era sugerente. Hombres como Stauffenberg eran "Gesinnungsethiker" (moralistas convencidos o sentimentales; en alemán "Gesinnung" puede tener los dos significados) mientras que los combatientes desesperados en el Este eran "Verantwortungsethiker" (moralistas responsables); apenas se pueden traducir, pero el significado esencial es obvio: puede que Stauffenberg y los conspiradores contra Hitler fuesen moralistas, pero los otros actuaron como hombres moralmente responsables. Por último, y por ello menos importante, están las pequeñas pero tal vez indicativas pruebas de que Hillgruber en ocasiones se alinea con la extraordinaria tesis de Nolte y en otras ocasiones da un cauto reconocimiento a Irving[456].

En defensa de Nolte y de Hillgruber debe decirse, con toda franqueza, que si bien puede que en algunos de sus escritos haya elementos implícitos de una rehabilitación de Hitler, no parece que su propósito haya sido ése. Estuvieron movidos por una acritud apasionada contra lo que les parecía un consenso antinacionalista desafortunadamente amplio —y no obstante equivocado— entre los historiadores alemanes. No querían rehabilitar, sino explicar, pero muchas de sus explicaciones suponían una manera de relativizar que debería ser rechazada. Nolte y Hillgruber, así como la mayoría de sus partidarios y seguidores, no son admiradores de Hitler sino defensores de Alemania y de la historia del pueblo alemán durante el Tercer Reich. No obstante, puesto que la historia del Tercer Reich es

inseparable de la de Adolf Hitler, es inevitable que (al menos en ocasiones) se encuentren a sí mismos defendiendo también a Hitler.

El caso de Rainer Zitelmann es algo distinto. Es significativo que Zitelmann —toda una generación más joven que Nolte y Hillgruber, y sin haber formado parte de la Controversia de los Historiadores— comenzara la segunda edición de su relevante *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs* con un estridente prefacio que denunciaba a los historiadores que habían criticado a Nolte y Hillgruber durante el «Historikerstreit[457]».Esto, así como su carrera posterior, reveló las inclinaciones políticas e ideológicas de este joven historiador de talento que abandonó sus perspectivas profesionales universitarias (en potencia muy prometedoras) por una carrera en el periodismo y la política. Lo cual, en sí mismo, no es necesariamente lamentable; hemos visto que algunas de las contribuciones más valiosas a nuestra comprensión de Hitler las han escrito hombres que no eran historiadores profesionales universitarios. No obstante, a lo largo de este libro también hemos visto que muchas de las afirmaciones de Zitelmann indican no sólo su serio y elogiable propósito de presentar y sostener un retrato de Hitler más variado y complejo de lo que generalmente se ha asumido, sino que en ocasiones no hay una verdadera distinción entre su «revisión» y una especie de rehabilitación. Así lo sugieren algunas de sus afirmaciones —cuestionables y erróneas— sobre la política exterior de Hitler[458], así como (lo mismo es cierto de Hillgruber) sus reservas acerca de los conspiradores contra Hitler de julio de 1944. Según Zitelmann, los motivos de éstos eran mixtos: «Jugaron un papel los motivos religiosos y éticos o morales y la preocupación por el futuro de Alemania, así como su antipatía [*Widerwille*zz] hacia el socialismo de Hitler» —un resumen injusto de un nacionalista «neoconservador» acerca de los propósitos de aquellos conservadores, nobles y patriotas, de una generación anterior—.

Más de un cuarto de siglo antes de que hiciera erupción el «Historikerstreit», el periodista suizo F. Allemann escribió un

reflexivo libro titulado *Bonn ist nicht Weimar (Bonn no es Weimar).* Su objetivo era enfatizar sobre la estabilidad política y social de la Alemania Occidental. Señaló numerosas pruebas de cuánto más sólidas y saludables eran tales condiciones e instituciones, comparadas con las de la República de Weimar, y lo improbable que era, por tanto, que la República de Bonn sucumbiera a extremismos. El libro de Allemann no era simplemente un panfleto político, ni tampoco era de un optimismo iluso; es más, la mayoría de sus comparaciones siguen siendo válidas hasta hoy, más de cuarenta años después de su publicación, con un Estado alemán bastante diferente y hoy reunificado. No obstante, hay una importante excepción a la tesis general de Allemann. Desde el punto de vista *cultural*, hubo similitudes entre Bonn y Weimar. Por supuesto, en un sentido, o mejor, en un nivel, éste ha sido un fenómeno mundial. El culto —y a menudo la excesiva admiración— por el arte y la literatura del «modernismo» de los años veinte ha persistido durante las últimas décadas (quizá de un modo especial en la década de i960, en la que no hubo mucho más que ejemplificaciones y aplicaciones excesivas de las ideas, formas y modas predominantes en la de 1920). Difícilmente podía Alemania Occidental quedar exenta de esta tendencia cultural general. No obstante, aquello que había sido particular de la Alemania de Weimar era la existencia de una brecha, en aquel momento insalvable —no sólo en lo político o lo social, sino también en lo intelectual y cultural— entre los sectores conservador-nacionalista y el radical-liberal y cosmopolita. Así, lo que reveló la Controversia de los Historiadores en la década de 1980 fue la aparición de una división entre los historiadores, pensadores políticos, publicistas y comentaristas alemanes, con una composición de los diferentes sectores que si no era idéntica a la de la década de 1920 tampoco era del todo distinta; el curso de la controversia reveló —lamentablemente— que tal brecha puede ser aun insalvable. La acritud de la controversia fue una prueba suficiente de esto[459]. A diferencia de la década de 1920, los historiadores cuyos escritos provocaron la controversia (Nolte, Hillgruber), sus

partidarios (Hildebrand, Fest, Stürmer) y sus sucesores (Zitelmann) se quejaron de que la universidad y la profesión histórica alemanas seguían estando dominadas por una intelectualidad de tendencia izquierdista y antinacionalista, que hacía sus mejores esfuerzos (o, más bien, peores) para denigrar a sus oponentes y, al menos de modo indirecto, a la historia de su país. Detrás de tales afirmaciones agitadas pueden detectarse sugerencias de una conspiración[460], y una conspiración no sólo de carácter académico, sino antinacional.

En su entrevista con el historiador sueco Alf W. Johansson, en noviembre de 1992, Zitelmann dijo que la Controversia de los Historiadores acabó con un triunfo de las fuerzas «izquierdistas liberales». «Desde el punto de vista político, esto significa que los conservadores son más bien defensivos y no están unidos». No obstante, «esto tiene que ver más con las circunstancias académicas que con la situación intelectual en Alemania, en la que ahora, naturalmente algunos años después de la Controversia de los Historiadores, se está dando en realidad un cierto cambio, puesto que los círculos izquierdistas ya no están en la ofensiva sino, al contrario, se encuentran en [crecientes] dificultades». A pesar de todo, muchos (si no la mayoría) de los críticos de Nolte y Hillgruber no eran izquierdistas o radicales. Sin embargo, Zitelmann probablemente tiene razón sobre la existencia de un cambio en el clima político e intelectual, con ecos y efectos potenciales sobre las generaciones más jóvenes e incluso entre los futuros historiadores. Esto es evidente, entre otras cosas, en la introducción de Fest a la nueva edición de su biografía de Hitler en 1995, en la que habla contra la aceptación y la observancia de «tabúes» acerca de Hitler[461]. Es probable que nos enfrentemos a más revisiones del retrato de Hitler, en el mejor de los casos, y a intentos más extendidos de rehabilitación, en el peor.

IX
EL PROBLEMA HISTÓRICO

La pregunta de Pieter Geyl en 1944.— La comparación con Napoleón— La cuestión semántica de la «grandeza».—Los catastróficos resultados de Hitler.— Consecuencias perdurables.— Su lugar en la historia del siglo XX y en el final de la Edad Moderna.

EL 14 de octubre de 1944 el historiador holandés Pieter Geyl concluyó el prefacio de un libro cuyo tema lo había absorbido durante más de cuatro años. Aquél había sido, sin duda, un período dramático en su vida. En mayo de 1940 su país fue conquistado e invadido de manera repentina y brutal por la Alemania de Hitler. Geyl había escrito un ensayo acerca de Napoleón, que en septiembre de 1940 utilizó para algunas conferencias en la Facultad de Economía de Rotterdam. Un mes después fue arrestado y enviado a Alemania, donde tuvo la ocasión de repetir esas conferencias «en un entorno muy diferente y para un público muy distinto, concretamente, en el campo de concentración de Buchenwald, para mis compañeros rehenes». El tema era Napoleón, pero era «el paralelo [entre Napoleón y Hitler] lo que provocaba el más profundo interés y entretenimiento». Unos meses más tarde, Geyl fue devuelto desde Buchenwald a Holanda, donde pasó otros tres años de intemamiento. En febrero de 1944 quedó en libertad por razones de salud y entonces comenzó a escribir su libro acerca de Napoleón[462]. Lo completó ocho meses después en una pequeña habitación, en medio del frío y la oscuridad de una Holanda aún

subyugada, bajo la sombra de la Gestapo. Tendrían que pasar siete meses hasta que Holanda fuera liberada. El libro —*Napoleon: For and Against* (Napoleón: a favor y en contra)— fue publicado en 1947, y la primera edición inglesa y estadounidense en 1949.

Como muestra el título, el tema de esa excelente y amena obra, a cargo de quien probablemente es el segundo historiador de origen holandés más grande del siglo (el otro es Johan Huizinga) era Napoleón, no Hitler. De hecho, el nombre de Hitler no aparece en absoluto en el texto, exceptuando una minúscula nota al pie en la página 278, pero aparece a lo largo de todo el prefacio. Al fin y al cabo, como admitía Geyl justo al comienzo del prefacio: «Este libro es una consecuencia de nuestras experiencias recientes». Sin embargo, no iba a ser un libro de vidas paralelas**[463]**. Es preciso leer con detenimiento lo que escribió Geyl en el prefacio: «Permítanme afirmar, para ser justo con mis propias palabras, que encontré muchas cosas que me atrajeron aparte del paralelo. Napoleón tenía su propia fascinación, y la historiografía francesa un encanto particular. Ni siquiera el artículo de 1940 se me ocurrió en primer lugar por el problema del parecido o el contraste entre Napoleón y Hitler, *sino por el problema historiográfico, el problema de la infinita variedad de interpretaciones de Napoleón, de su carrera, sus objetivos y sus logros*. [Las cursivas son mías: ¿no trata sobre esto el presente libro sobre Hitler?]. Sin embargo —¿cómo podría ser de otro modo?— el paralelo no me había sorprendido menos que a mis oyentes o a mis lectores, y también es innegable que ha seguido siendo un elemento de este libro, a pesar de que sólo he aludido a él muy ocasionalmente y en ningún momento lo he desarrollado».

El resto del prefacio de Geyl *sí* compara luego a Napoleón con Hitler; volveré enseguida a algunas de sus tajantes afirmaciones, pero hay un párrafo de este prefacio, por lo demás breve, que me sorprendió cuando leí por primera vez el libro de Geyl, hace cerca de medio siglo, y que puede que haya suscitado mi decisión de componer este otro libro. Geyl expresó que no quería dar la

impresión de «que fue escrito a causa del paralelo y de que debía al paralelo, en mi opinión, su principal interés». Sin embargo, «hay un punto en el que es difícil no tener miedo de que el paralelo se extienda; sólo una generación sabrá esto con seguridad».

> Cuando uno ve que los franceses lamen la mano que los ha castigado; cuando se da cuenta de cómo los errores y los crímenes del héroe, los juicios del pueblo, los desastres y las pérdidas del Estado fueron olvidados en medio del hechizo de los logros militares y del poder, por inseguro y transitorio que fuese; cuando se da cuenta de las construcciones y las explicaciones, ingeniosas, imaginativas, grandiosas, que fueron propuestas por los historiadores tan sólo un siglo después —¡y excelentes historiadores!—, entonces le parece ya distinguir entre las posteriores generaciones de alemanes[464] a los apologistas y admiradores del hombre que fue nuestro opresor y que los condujo a la ruina.

Pieter Geyl escribió esto en octubre de 1944, exactamente cincuenta años antes (ni un mes más) de que yo empezase a planear y escribir el presente libro. No lo llamaría *Hitler: a favor y en contra*. Sin embargo, los lectores que hayan seguido mi libro hasta aquí sabrán que existe, y seguirá existiendo, una bibliografía a favor de Hitler a cargo de «apologistas y admiradores», y no sólo entre «una posterior generación de alemanes». Hay, como hemos visto, admiradores y rehabilitadores de Hitler, declarados y ocultos; su influencia todavía es limitada y quizá también su importancia, pero el futuro aún está ante nosotros.

En cualquier caso, el tema de este libro es y no es el mismo que el de Pieter Geyl. No es la historia de un hombre, sino la historia de su historia; pero los capítulos no se reparten entre historiadores oponentes y admiradores. Asimismo, este último capítulo es —de modo inevitable— más histórico que historiográfico (aunque por supuesto historia e historiografía se solapen): es una conjetura que responde a la pregunta sobre dónde debe estar y cómo debe ser el

lugar de Hitler en la historia, por lo menos del siglo XX, y este problema implica una comparación con Napoleón.

Los paralelos —o, más precisamente, las semejanzas— entre las carreras de Hitler y de Napoleón (sus carreras, más que sus vidas) deben ser evidentes incluso para todo el público que no posea un conocimiento histórico detallado. Estas semejanzas podemos resumirlas brevemente. Ambos se erigieron —de modo inesperado— en líderes nacionales. Ambos encarnaban —más de lo que representaban— un elemento nuevo en la política y la historia de sus países. Su popularidad fue —durante largo tiempo— extrema e indudable. Sus conquistas en el extranjero fueron asombrosas y ambos quisieron dominar —y dominaron durante algún tiempo— la mayor parte de Europa. El principal obstáculo para la aceptación de sus conquistas fue Inglaterra, a la que no fueron capaces de invadir. Habiéndose convencido de que la última esperanza continental de Inglaterra era Rusia —después de haber firmado un sorprendente tratado con este último país—, decidieron invadirlo, allí se encontraron con el desastre; a partir de entonces ya no pudieron seguir con sus conquistas y fueron derrotados por completo. Todo esto es bien conocido y algunas de las coincidencias son espectaculares: por ejemplo, el propio comienzo de la invasión de Rusia, la de Napoleón empezó el 24 de junio, casi el mismo día que la de Hitler (22 de junio).

Sin embargo, las diferencias son aún más sustanciales que las semejanzas[465]. Apenas si puedo mejorar lo que Geyl escribió en octubre de 1944 en su prefacio, que ahora me veo obligado a citar en detalle:

> «Siempre odio comparar a Hitler con Napoleón»: escuchando el otro día la BBC, oí que Winston Churchill decía esto en la Cámara de los Comunes, únicamente para continuar con un «pero» y entrar en la comparación al mismo tiempo. Así nos ocurre a todos, y así me ocurre a mí; es sencillamente imposible no hacerlo, las semejanzas son

> demasiado chocantes. Sin duda —y quiero exponer esto con un énfasis inequívoco— las diferencias, los contrastes, son tales que incluso cuando se ha odiado, como en mi caso, al dictador que había en Napoleón mucho antes de que la presencia de Hitler comenzara a oscurecer nuestras vidas, uno casi siente como si debiera pedir perdón a su sombra por haber mencionado su nombre a continuación del de éste […]. No quiero decir que la civilización francesa estuviera formada por elementos más excelentes que la alemana: la diferencia es que bajo Napoleón la civilización francesa, aun reprimida y reducida por él, siguió acompañando la conquista, mientras que el carácter de la conquista que nuestra civilización se ha visto destinada a sufrir no es compatible en absoluto con ninguna civilización. Por último, la personalidad de Napoleón: de hecho, cuando pienso en extender la comparación en ese sentido, de repente siento el ímpetu de rebelarme contra [sus] «detractores» con quienes por lo general (como se verá) estoy bastante de acuerdo.

Después sigue un párrafo que resume la tiranía de Napoleón y sus atrocidades, y más tarde:

> ¿Métodos de coacción y atrocidades? Los peores que nuestra generación ha tenido que presenciar […] no tuvieron paralelo en el sistema napoleónico. De hecho aquel sistema fue fiel, desde el primer momento al último, a las ideas de la igualdad civil y los derechos humanos, con los que habría sido totalmente incompatible el exterminio de un grupo no a causa de sus actos y opiniones, sino por su nacimiento y su sangre. Asimismo, los métodos de coacción y las atrocidades son inseparables de la figura del dictador y conquistador, y veremos que Napoleón incurrió en agudos oprobios por algunos de sus actos, en el interior y en el extranjero. No obstante, éste es uno de los puntos en los que la comparación puede hacer honor a su fama. ¿Qué es la proscripción del «estado mayor de los jacobinos» al lado del exterminio de toda oposición en cárceles o campos de concentración tal

> como ha tenido lugar en el Tercer Reich? ¿Qué es el asesinato del duque de Enghien al lado de los de Dollfuss, del general Schleicher y su esposa, y de otros muchos el 30 de junio de 1934? ¿Qué son las ejecuciones de Palm, de Hofer?, ¿qué es incluso la severidad con que fueron castigados todos esos pueblos y ciudades en Alemania y España, al lado de lo que, en nuestro tiempo, cada uno de los territorios ocupados ha tenido que padecer de los ejércitos de Hitler? La policía francesa era odiada y temida en todos los territorios invadidos y anexados, pero cuando uno lee acerca de su comportamiento teniendo la mente llena de las experiencias actuales, no puede evitar sentirse asombrado por la compostura y la firmeza que aún mantenían dentro de unas nociones constantes de la ley, y por los templados modales de una época humana.

Escrito en octubre de 1944, esto todavía suena cierto. Sin embargo, permítanme ahora llevar esta comparación un poco más lejos. Puede ser de algún interés observar que a lo largo de su vida Hitler hizo muy pocas referencias a Napoleón[466]. En junio de 1940, durante su rápida y casi furtiva visita a París al amanecer, pasó algunos momentos contemplando la tumba de Napoleón en Los Inválidos, y en diciembre de 1940 ordenó que el féretro del hijo de Napoleón fuera trasladado desde Viena a un invernal París, para ser depositado junto al de su padre, un gesto que provocó escasa reacción entre el pueblo francés. A esto debemos añadir que el desdén por Francia y los franceses marcó el pensamiento de Hitler desde sus primeros años[467].

Había grandes diferencias entre la personalidad y el temperamento de Napoleón y los de Hitler. Una crueldad sin escrúpulos —de un tipo mediterráneo, maquiavélico y calculador— distinguía probablemente el peor aspecto de los hábitos mentales del primero; el odio —y el cultivo de odios sin freno— era quizá el peor aspecto del segundo. Es al menos discutible que Napoleón, aquel egoísta supremo, fuera más confiado —y a menudo más

optimista— de lo que era Hitler[468]. Otra diferencia entre ambos reside en sus actitudes respecto al pasado. En ese sentido Napoleón fue mucho menos revolucionario de lo que fue Hitler. Una faceta atractiva —y sorprendentemente humana— de la personalidad de Napoleón era su sentimiento hereditario y familiar; en 1810 su deseo fue el de formar una familia, puesto que su afecto por María Luisa y el amor por su hijo significaban más que el calculado propósito de consolidar su poder mediante un gran matrimonio dinástico. Había un lado burgués (en el mejor sentido de este término, a menudo vilipendiado) en Napoleón que faltaba en Hitler. En su máximo esplendor, Napoleón se veía, ante su coronación de 1804, como un nuevo Carlomagno, y eligió a los emperadores romanos como modelo; Hitler no tenía ningún modelo (exceptuando tal vez a Federico el Grande, al final[469]). Existe también un contraste entre lo que decía Napoleón de sus mariscales: eran como perros sabuesos tirando de sus correas de tal modo que tenía que sujetarlos, y lo que decía Hitler: era él quien tenía que incitar y empujar hacia adelante a sus generales.

De modo más significativo, Napoleón veía su lugar en la historia como el de una tercera fuerza entre la revolución y la reacción; antes de su caída dijo: «Después de mí la revolución —o, más bien, las ideas que la formaron— reanudará su curso. Será como un libro del que se quita el marcador y se vuelve a empezar por la página donde uno lo había dejado[470]». La visión de Hitler era por completo diferente: tras su desaparición no habría ningún retorno, sólo oscuridad y posteriormente, tal vez tras cincuenta o cien años, un renacer de sus propias ideas revolucionarias.

Debo volver a insistir (por última vez) en que no estoy escribiendo una biografía de Hitler, pero el problema de su lugar en la historia absorbe mi atención. Por tanto, respecto a esto puede que sí sea apropiada una comparación con las idas y venidas de la interpretación histórica de Napoleón. La mayoría de las biografías y las historias de Napoleón fueron escritas y publicadas cuarenta o cincuenta años después de su muerte, mientras que, según hemos

visto, una década después de su muerte comenzaron a aparecer sustanciosas y eruditas biografías de Hitler. Durante su vida, muchos de los grandes artistas y pensadores de Europa admiraron o respetaron a Napoleón (Beethoven y Goethe, por ejemplo, aunque sólo durante algún tiempo); esto no se aplica a Hitler (a pesar de que no deben pasarse por alto casos como los de Knut Hamsun o Ezra Pound). Hubo ingleses prominentes que respetaron a Napoleón; con Hitler la única excepción sustancial fue Lloyd George (quien concebía a Hitler como el personaje más grande de Europa desde Napoleón). Hubo grandes escritores y poetas franceses (Stendhal, Béranger) cuya ilimitada admiración por Napoleón se mantuvo constante[471]; respecto a Hitler no encontramos escritores alemanes de calibre comparable. Por último, pero no por ello menos importante —en especial para los propósitos de este libro—, los biógrafos e historiadores de Napoleón pueden dividirse en las categorías de a favor y en contra (algo que Geyl hizo de modo admirable); sin embargo —al menos durante los primeros cincuenta años después de su muerte—, entre los biógrafos y los historiadores de Hitler no existe ese equilibrio tan igualado o tan cercano a la igualdad. Existen, como hemos visto —aparte de unos pocos admiradores declarados pero cuestionables—, historiadores más cautelosos y circunspectos, que tienden a revisar el retrato de Hitler comúnmente aceptado, pero, al contrario que algunos de los biógrafos franceses de Napoleón, no son declarados defensores de éste[472].

En todo caso, Hitler, al contrario que Napoleón, no fue ni amado ni reverenciado a lo largo de Europa[473]. Sí entre su propio pueblo, pero incluso en esto debemos considerar que el fenómeno del «público» y el «pueblo» eran diferentes ciento treinta años antes de Hitler. Sin embargo, aunque la historia no se repita, existen algunas semejanzas sorprendentes: entre la radiante prosperidad del Tercer Reich en la década de 1930, y lo que numerosos historiadores franceses han llamado «la primavera dorada del Consulado»; entre los Concordatos de Napoleón y Hitler (y asuntos tales como las

inclinaciones a favor del Consulado y del Imperio del correspondiente nuncio papal en Francia, el cardenal Caprera y aquellas del nuncio en Berlín bajo el gobierno de Hitler, el acomodaticio monseñor Orsenigo[474]). Napoleón explicó a Caulaincourt que su política en el Este y con Rusia no se debía a sus ambiciones excesivas, sino a su objetivo de privar de esperanza a Inglaterra y obligarla a firmar la paz —hemos visto que ésta también era la explicación de Hitler—, En la historia de ambos existen pruebas obvias de las profundas limitaciones en cuanto a la importancia de la «economía». Después de todo, fue el marxista Georges Lefebvre quien demostró que en 1801 y 1802 el pan era en Francia más caro aun de lo que había sido en el crucial año de 1789 y, sin embargo, sería en 1801 y 1802 cuando la popularidad de Napoleón fue más alta, en «la primavera dorada del Consulado». (Aunque Tocqueville también había señalado esto en su segundo e inacabado libro sobre la Revolución, acerca de los impuestos de Bonaparte)[475].

Existe por último, pero no menos importante, una profunda diferencia entre ambos hombres: concierne a las prácticas secretas de la conducción del Estado. Al igual que Hitler («es la voluntad del *Führer*»), Napoleón no dejó instrucciones escritas, intencionadamente, de sus órdenes más brutales. Pero, al contrario que Hitler, Napoleón dejó claro que deseaba desvincularse de ellas[476]? Las instrucciones más brutales de Hitler pueden haber sido secretas u orales, e incluso demasiado generales para poder definirlas, pero nunca renegó de ellas o de sus resultados, ni tampoco se las atribuyó a otros a fin de eximirse a sí mismo, con miras a la memoria histórica; otro ejemplo de la diferencia entre su sentido de la historia y el de Napoleón[477].

En 1901, el historiador positivista francés Alphonse Aulard escribió en su *Histoire politique de la révolution française* que su meta era estudiar y evaluar de un modo objetivo y científico, «de manera histórica y no política». Ochenta años más tarde historiadores alemanes expresaban en términos similares sus

aspiraciones a una «historización». [*Historisierung*] de Hitler. Sin embargo, «objetivo» y «científico[478]» son categorías cartesianas anticuadas (igual que sus antónimos simétricos, «subjetivo» y «artístico»). Como todo conocimiento humano, el conocimiento histórico es tanto personal como participante[479] (y su expresión está menos ligada a un motivo que orientada a un propósito). O, en otras palabras: la perspectiva es un componente inevitable de la realidad —a lo que debo añadir ahora que la falta de perspectiva siempre carece del elemento retrospectivo—. Y es desde una perspectiva retrospectiva del siglo desde donde debemos considerar el lugar de Hitler en éste. Si las dos guerras mundiales fuesen las dos cordilleras que dominaran el paisaje histórico del siglo XX, bajo las cuales hemos vivido eclipsados hasta 1989, igual en Europa y América, en Alemania y Rusia, por lo que la Segunda Guerra Mundial fue la culminación de esas guerras mundiales, y sus resultados más duraderos que los de la Primera Guerra Mundial, entonces se sigue que el personaje culminante del siglo fue Hitler[480], lo que nos lleva a la cuestión, carente de rigor científico, de la grandeza histórica.

La cuestión de la «grandeza» histórica apenas es más que semántica. (En las casi diez mil palabras de la entrada «grande» del *Oxford English Dictionary*, entre sus veintidós acepciones, la «grandeza histórica», como tal, no aparece)[481]. La historia de la humanidad es la historia de la evolución de su conciencia, que incluye —más aún, es inseparable de— la historia de las palabras. Y recientemente se ha dado una evolución de tal tipo. Los últimos tres monarcas a los que se aplicó el epíteto «Grande» fueron todos del siglo XVIII: Pedro, Federico y Catalina (donde tuvo algo que ver no sólo la cualidad sino la magnitud). Desde entonces, este atributo ha decaído, si no se ha desvanecido por completo. Tal vez sea significativo que Napoleón no haya adquirido el epíteto «Grande», a excepción de la indirecta y sarcástica sugerencia de llamar a su sobrino Napoleón III, «Napoleón el Pequeño».

Así pues, comparemos, por última vez, a Napoleón con Hitler. Muchas de las cosas que Napoleón había hecho o aportado demostraron ser duraderas: muchas de sus instituciones, leyes, reformas, edificios, incluido un estilo arquitectónico y decorativo (que, para ser precisos, comenzó realmente en los últimos años de Luis XVI y luego continuó desarrollándose durante el Directorio, pero aun así…), y también algunos de sus dichos, escuetas expresiones de una mente extraordinaria. Hitler, que en ocasiones tenía un sentido de lo cómico pero no mucho ingenio y casi ningún sentido del humor, dejó pocos dichos que merezca la pena recordar (a excepción de un par de observaciones tajantes). Lo que quedó y debía ser recordado son sus autopistas y una selección de edificios neoclásicos, en su mayoría destrozados, cuyos diseños pueden atribuirse principalmente a sus arquitectos, diseños que él pudo haber aprobado, pero cuyo estilo no concordaba totalmente con el suyo[482].

Konrad Heiden, el primer biógrafo serio de Hitler, escogió para el lema de su libro un pasaje de Goethe acerca de la «demoníaca» cualidad de ciertas personas, no necesariamente hombres de Estado: "Frente a ellos son impotentes todas las fuerzas morales; en vano estarán las mentes ilustradas [der hellere Teil der Menschen] en contra […] la masa se sentirá atraída hacia ellos[483]". Ya he escrito sobre el extraordinario talento de Hitler para ajustar las circunstancias a sus ideas —a lo que también añadí que según avanzaba la guerra estuvo obligado a ajustar algunas de sus ideas a circunstancias sobre las que no tenía control— y que el delito (o, más bien, la falta de responsabilidad cívica) de la mayoría de los alemanes fue que encontraron fácil ajustar sus ideas a las circunstancias, como de hecho tienden a hacer muchas personas.

El anciano pangermanista y wagneriano Houston Stewart Chamberlain elogió así a Hitler en 1923: «El gran simplificador de todos los problemas». Aunque sesenta años antes de esto, Jakob Burckhardt había escrito: llegará la época de «los terribles simplificadores». En 1981, Vappu Tallgren, una historiadora

finlandesa, hizo una significativa contribución en su estudio del «credo del heroísmo» de Hitler: «a través del culto al heroísmo en la Alemania nacionalsocialista, Hitler quería preparar una nueva religión». El credo del heroísmo, para Hitler, era «un principio, no retórica; esto explica por qué creía que con ese credo expresaba el elemento esencial de su ideología[484]». Puede que eso sea bastante cierto. Sin embargo, como ya traté de expresar, puede que la mente y la fuerza de voluntad de Hitler hayan sido extraordinarias, pero por sí solas la mente y la fuerza de voluntad no hacen un héroe. Tampoco lo hace la adoración al héroe: el culto del heroísmo y ser un héroe no son la misma cosa[485].

No había nobleza en el carácter de Hitler, ni en sus actos; no obstante, un rechazo fácil de Hitler, mediante una ridiculización, es una redomada estupidez[486]. La lista de personas —pensadores, escritores, artistas— que dijeron y escribieron que Hitler era un genio es larga. Incluye a personas que aparte de ello eran incuestionablemente contrarias al totalitarismo, tales como Jules Romains en 1934 y André Gide en 1940. Un caso desagradable pero sintomático es el del escritor y pensador inglés Wyndham Lewis, un modernista radical y opuesto a la izquierda que —y esto también es cierto en muchos otros— rechazaba el oropel comercial y el intelectualismo decadente de la década de 1920 (también aborrecía a Chaplin). En 1931 escribió un libro admirable titulado *Hitler*, acerca del cual cambiaría su opinión en 1939, y escribiría *The Hitler Cult*. Sin embargo, otros quince años más tarde, en su novela *Self-Condemned*, el héroe es un historiador inglés que pierde su empleo y es obligado a vivir en el exilio, en un Canadá helado, en parte debido a sus heterodoxas opiniones sobre lo que representa Hitler en la historia contemporánea de Europa[487].

Aun así, con esta cuestión de la «grandeza» han estado luchado numerosos biógrafos de Hitler[488]. Haffner, por ejemplo: "Por supuesto uno duda, y de modo justificado, en llamarle 'un gran hombre'.[489] Jacob Burckhardt dice que 'aquellos que sólo son vigorosos destructores no son grandes en absoluto', y ciertamente

Hitler ha demostrado ser capaz de vigorosos naufragios. No obstante, también ha demostrado, más allá de toda duda, ser capaz de logros de gran calibre, no sólo en los naufragios. Hay que admitir que sin su vigor, claramente excepcional, el desastre que alcanzó no habría sido tan enorme, pero no se debe perder de vista el hecho de que su camino hacia el abismo pasaba por grandes cimas[490]". Fest lidia con la pregunta semántica: «Toda la historia conocida no muestra un fenómeno como él; ¿debe entonces llamársele 'grande'?». Y contesta que sí y no: «Uno aún es reticente a llamarle 'grande'». Sin embargo, posteriormente cita a Burckhardt en sentido contrario a Haffner, señalando que Burckhardt «habló acerca de una notable dispensa de las leyes comunes de la moralidad» cuando se trataba de la conciencia de los «grandes». individuos[491]. Tal vez sea Schramm quien mejor maneje la cuestión de la «grandeza». «En términos de pura magnitud de lo que él forjó durante sus doce años y tres meses en el poder, fue uno de los 'grandes' hombres de la historia. Sin embargo, su perversa grandeza estaba formada menos por una energía creativa que por un genio malevolente, de tal modo que incluso sus intenciones y actos más positivos adquirían un carácter dudoso, y en última instancia siniestro[492]».

«En virtud de su personalidad, sus ideas, y del hecho de que engañó a millones, Hitler plantea un problema histórico de primera magnitud.»[493]Esto está bien expresado. El problema del lugar de Hitler en la historia es grande y profundo —no se trata de si merece o no el adjetivo sentimental, impreciso y quizá anticuado de «grande»—.

En noviembre de 1936 (tras su prolongada discusión con el cardenal Faulhaber), Hitler se sentó junto a Speer frente al gran ventanal del Berghof, contemplando el atardecer en las montañas. Tras un largo silencio dijo: «Conmigo existen dos posibilidades: que mis planes se logren al completo o que fracase. Si tengo éxito seré uno de los hombres más grandes de la historia, si fracaso seré condenado, rechazado y maldecido[494]».

Cuando el i de mayo de 1945 Churchill, su gran rival, oyó en la radio mientras cenaba la noticia de su muerte dijo: «Bien, debo decir que creo que tenía el perfecto derecho a morir así[495]».

Dejó un nombre que hacía palidecer al mundo
Para apuntar una moraleja o adornar un cuento[496].

La primera línea puede aplicarse a Hitler; la segunda no.

«No hay argumento» escribió una vez George Orwell «por el cual pueda defenderse un poema. Se defiende a sí mismo al sobrevivir, o es indefendible[497]». Así pues, juzgamos los logros por sus consecuencias, y ¿cuáles fueron las consecuencias de Hitler?

Su guerra (y la Segunda Guerra Mundial fue su guerra) acabó para el pueblo alemán en la mayor de las catástrofes y lo mismo para los pueblos de la Europa central y oriental; para estos últimos porque las consecuencias de esa guerra fueron la ocupación rusa y la posterior expansión del dominio comunista. Fue consecuencia de la guerra la división de Alemania, que duró más de cuarenta años, con expulsiones masivas desde el Este y prolongados sufrimientos para el pueblo alemán en la llamada «República Democrática Alemana». Una consecuencia más duradera fue la drástica reducción de Alemania por el Este: la pérdida completa de Prusia Oriental, junto con otras porciones sustanciales de la antigua Prusia, Silesia, Sajorna a favor de Polonia (y, en el caso del enclave de Königsberg, a favor de Rusia). Incluso más duradera: la eliminación casi completa de la presencia de gentes de etnia alemana en países del este de Europa, en los que habían vivido desde hacía ochocientos años algunos de sus antepasados.

El año 1945 marcó también el fin del predominio —político, cultural e intelectual— de Europa en el mundo, el fin de la época europea y el fin del sistema de Estados europeo[498]. También tuvo lugar algo más: el fin del predominio de la influencia intelectual alemana en el mundo. Puesto que lo que había estado ocurriendo, durante los cerca de setenta años después de 1870, no era únicamente que las prácticas y los niveles de la educación y el

aprendizaje alemanes influyesen y fueran adoptados en muchos lugares de Europa y del mundo, incluidas naciones que fueron adversarias de Alemania en las dos guerras mundiales. Algo que había comenzado después de la Revolución Francesa: un idealismo romántico (y a menudo sentimental y categórico) que reaccionó contra el materialismo (y a menudo contra el racionalismo) de la Ilustración. Este logro intelectual, de gran importancia y potencialmente fructífero —un gran capítulo en la historia del pensamiento europeo—, fue principalmente representado y ejemplificado por alemanes; posteriormente fue llevado por algunos de ellos hasta el extremo, hasta un idealismo determinista[499] que demostró ser más inhumano que el materialismo determinista que lo había precedido y (lamentablemente) sobrevivido, al menos por algún tiempo. Adolf Hitler fue la encarnación de la creencia ilimitada en este idealismo determinista[500].

El historiador inglés de la religión Owen Chadwick escribió: «La Reforma habría ocurrido sin Lutero, pero sin Lutero no habría ocurrido del modo en que ocurrió[501]». Cuatrocientos años después, la misma condición —mutatis mutandis— se aplica al nacionalsocialismo y a Hitler. Él fue el revolucionario más grande del siglo XX. Éste no es un adjetivo aprobatorio: «grande» también puede aplicarse a criminales o terroristas. (Además, uno no debe ser reaccionario para sentir, en especial al acabar el siglo XX, que designar a alguien como un gran conservador puede que sea incluso más aprobatorio —al menos en el mundo occidental— que el epíteto de gran revolucionario). En cualquier caso, lo que siguió a Hitler fue nuestra época, aún presente, sin grandes guerras ni grandes revoluciones; algo que él no había previsto, aunque Tocqueville sí lo hubiera hecho.

Lo que él había visto —y más o menos con precisión— fue el formidable atractivo del nacionalismo populista en la edad de las masas. Este nacionalismo demostró ser la principal realidad política en el siglo XX, y Hitler fue su representante más extremo. Sintió que en algún momento, después de 1870, el nacionalismo y el socialismo

acabaron por sobrepasar las antiguas categorías de conservadurismo y liberalismo del siglo XIX, tal vez incluso las de derecha e izquierda, y que, entre ambas, el nacionalismo era más influyente que el socialismo. Las propias categorías de socialismo y capitalismo comenzaron a quedar anticuadas, porque la fuerza era más poderosa que la riqueza, porque el nacionalismo era más poderoso que la clase, porque el nacionalismo era más poderoso que el internacionalismo. Cuando existiera una unidad nacional, las anteriores categorías rígidas de socialista y capitalista, propiedad pública y privada comenzarían a hacer agua; la propiedad no importaba tanto como la administración, y en última instancia la propiedad, la administración y el trabajo obedecerían los dictados del nacionalismo.

Hitler no fue el fundador del nacionalsocialismo, ni siquiera en Alemania. Entre los personajes principales del siglo XX, Mussolini fue el primer nacionalsocialista que reconoció, en torno a 1911, que él era primero italiano y después socialista —ocho años antes de crear el «fascismo»—. Hemos visto las diferencias, no sólo en la práctica, sino en las ideas, entre el nacionalsocialismo de Hitler y el fascismo de Mussolini. Sin embargo, eso se vuelve intrascendente cuando observamos las influencias recíprocas de los principales dictadores de las décadas de 1930 y 1940: Mussolini, Stalin y Hitler. Esta comparación de las influencias recíprocas —más precisamente, de su evolución— debería decirnos una cosa: Mussolini no era (ni se convirtió en) comunista; Stalin no era (ni se convirtió en) fascista, pero las ideas y los logros de Hitler influyeron en ambos hasta un punto en que se hace adecuado y preciso decir que, con el paso del tiempo, se convirtieron cada vez más en nacionalsocialistas. Esta evolución (incluida su creciente inclinación por el antisemitismo) acabó con sus muertes. Así ocurrió en la guerra y a corto plazo. Sin embargo, también debemos reconocer que, a largo plazo, en un aspecto la visión de Hitler lo ha sobrevivido. Durante el siglo XX una mezcla de nacionalismo y socialismo se ha convertido en la práctica casi universal de todos los Estados. El socialismo internacional es un

espejismo. Al mismo tiempo, cualquier Estado en el mundo se ha convertido en un Estado de bienestar, si puede llamarse así: el que se llamen o no socialistas a sí mismos no importa demasiado. Hitler sabía esto; la estructura económica de Alemania que concibió tenía pocas características tanto del socialismo marxista como del estatal, pero tampoco podía llamarse capitalista. Cincuenta años después no puede negarse que el nacionalismo sigue siendo la fuerza más potente del mundo; hoy día todos somos nacionalistas socialistas. Por supuesto, las proporciones de la mezcla entre nacionalismo y socialismo varían de país a país, pero la mezcla está ahí, e incluso cuando prevalece la democracia social lo que importa es el sentimiento nacional del pueblo. En 1945 fue derrotado, junto con Hitler, el nacionalsocialismo alemán: una versión cruel y extrema del socialismo nacionalista. En todos los demás lugares nacionalismo y socialismo se aproximaron, se reconciliaron y posteriormente se mezclaron sin una violencia, odio o guerra que fueran ni remotamente comparables. Pero el nacionalismo de Hitler era profundamente distinto del patriotismo tradicional, igual que su socialismo tenía pocos vestigios de la filantropía tradicional de los primeros socialistas[502].

Puede plantearse una objeción a lo anterior: al fin y al cabo, ¿no ha sobrevivido el atractivo del comunismo durante más tiempo que el del nacionalsocialismo de Hitler? A pesar de las evidencias superficiales —por ejemplo, el atractivo aún vigente de los partidos «comunistas» en Rusia y Europa del Este, el «comunismo» chino, Castro en Cuba— la respuesta es no, al menos por tres razones. La primera es que la oleada de comunismo que cubrió gran parte del este de Europa después de 1945 no fue el resultado de revoluciones populares, sino que se debió simplemente a la presencia de fuerzas armadas rusas en esa parte de Europa. La segunda es que el esporádico alzamiento de regímenes comunistas en los lugares más insólitos del llamado Tercer Mundo —Cuba, Etiopía, Angola, entre otros— fue el resultado obvio del anticolonialismo (y en el caso de Castro, del antiamericanismo) más que del atractivo del comunismo

en sí o del ejemplo de la Unión Soviética. La tercera razón, relacionada con esta segunda, es que la reciente reaparición —probablemente transitoria— de partidos comunistas o favorables al estabilismo, especialmente en Rusia, no sólo es inseparable de un nacionalismo populista, sino que está vinculada de manera fundamental a un nacionalismo renaciente y populista. Si el socialismo internacional es un espejismo, el comunismo internacional ni siquiera puede clasificarse como una ilusión óptica.

Tal como expresó Karl-Dietrich Bracher: «La esencia del fenómeno de Hitler fue una minusvaloración fundamental del [atractivo del] nacionalsocialismo»; es decir, no sólo de Hitler, sino de la idea que parecía representar[503]. Asimismo, a este respecto, es nuestro deber considerar la afirmación paralela, tal vez de mal agüero, de otro historiador alemán, Hagen Schulze, enterrada entre los debates de la Controversia de los Historiadores, acerca de esta importante experiencia «en nuestra historia: que los constitucionalistas de la primera república alemana no tenían nada efectivo con lo que contrarrestar la enorme atracción emocional de los nacionalistas. Ciertamente, la experiencia del Tercer Reich ha frenado de modo considerable la tendencia alemana a los extremos nacionalistas», pero es cuestionable «si este tipo de freno durará más de una o dos generaciones, a pesar de toda la pedagogía política, sobre cuya eficacia no debería uno hacerse ilusiones[504]». Tampoco deberíamos hacernos ilusiones sobre la permanente validez constitucional de las leyes según las cuales en Alemania está prohibida para siempre la exhibición pública de la esvástica y de las imágenes de Hitler. En lo que debemos confiar y tener esperanza es que cuando llegue el momento de la retirada de tales proscripciones, esa decisión legal refleje un clima en el que los símbolos de la época de Hitler[505] no atraigan nada más que curiosidad histórica.

Aún no ha llegado ese momento y ahora que el Estado alemán se ha reunificado, cuando se ha desenmarañado todo el período de posguerra, marcado por cincuenta años de la llamada «Guerra Fría»,

y que ha concluido el siglo, concluyamos con un intento de identificar —identificar, mejor que definir— el lugar de Hitler en la historia del mismo.

El siglo XX —desde el punto de vista histórico— fue un siglo corto: mientras que la duración histórica del siglo XVIII fue de 126 años (desde 1688 a 1814), marcados por las guerras mundiales principalmente entre Inglaterra y Francia; el siglo XIX duró noventa y nueve años (de 1815 a 1914), marcados por la ausencia de guerras mundiales, y el siglo XX duró setenta y cinco años (de 1914 a 1989), marcados por las dos guerras mundiales y por su consecuencia, la llamada Guerra Fría entre los Estados Unidos y Rusia. Acabó en 1989 con la retirada de Rusia de Europa del Este y la reunificación de Alemania. El período crucial de este siglo de transición (que marca el paso desde la llamada modernidad a algo distinto) fue su primer tercio (de 1920 a 1945), al cual pertenece, por supuesto, la carrera de Hitler[506]. Durante este período —de nuevo en contra de la impresión popular y equivocada sobre la importancia de la Revolución Rusa de 1917—, la historia del mundo (y no sólo de Alemania o Europa) estuvo marcada por la existencia de un triángulo de fuerzas en competición. Por un lado existía la democracia parlamentaria, encarnada principalmente por las naciones de habla inglesa, los Estados de Europa occidental y Escandinavia. Por otro, existía el comunismo, sólo representado por la Rusia soviética, incapaz de asumir el poder en cualquier otro lugar. Existía, además, el nacionalsocialismo (y también otros movimientos nacionalistas, hasta cierto punto similares, pero en ningún caso idénticos) en Alemania, encamado después de 1933 por Hitler y el Tercer Reich, que demostró ser tan poderoso que fue necesaria una alianza ilógica y temporal entre la democracia liberal y el comunismo ruso, de los imperios anglohablantes y ruso, para derrotarlo y conquistarlo. Ninguna de las partes lo podía hacer por sí sola.

Esto identifica por sí mismo el lugar de Hitler en la historia del siglo XX, pero aún hubo más que esto. Este triángulo, representado por gentes demócratas, liberales y conservadoras, por los

comunistas y los nacionalistas radicales, se repetía en todos los países de Europa y casi en cualquier país del mundo, incluidos los Estados Unidos, China, Japón y en América del Sur. (En 1945 los nacionalistas radicales fueron silenciados o sometidos, de modo temporal; más tarde reaparecerían sus sucesores). No todos los nacionalistas radicales eran seguidores o admiradores de Hitler, aunque sí muchos de ellos[507]. Schramm escribió que no podemos olvidar el hecho de que Hitler representa un fenómeno clave en la historia de Alemania en el siglo XX, pero no sólo en la historia de Alemania[508].

El término alemán «Ortsbestimmung» se define en un diccionario como «determinación de coordenadas», pero es una palabra usada a menudo por los historiadores alemanes, que significa la definición del lugar en la historia y sugiere que si bien los juicios históricos sobre un acontecimiento o una persona pueden variar, el *lugar* de los acontecimientos o las personas en la secuencia histórica puede —en última instancia— determinarse. A este respecto la relativamente reciente conclusión de Schreiber aún es válida: «El lugar en la historia [*die historische Ortsbestimmung*] del período nacionalsocialista es algo que debería ser mejor investigado[509]». No obstante, ¿el problema es aún de «investigación»? Quizá, aun cuando hay razones para creer que no saldrán a la luz más documentos importantes, ni siquiera significativos, de o sobre Hitler. Sin embargo, la historia no sólo consiste en los documentos.

Permítanme ahora, aun a riesgo de ser atrevido, resumir tres consideraciones de largo alcance: a) sobre la necesaria opinión cristiana acerca de Hitler; b) sobre su lugar en la antítesis cultura-civilización, y b) sobre su lugar en el final de la llamada modernidad.

El 2 de junio de 1945, apenas un mes después del suicidio de Hitler, el papa Pío XII habló ante el colegio de cardenales sobre "la satánica aparición [Gespenst: fantasma, aparición] del nacionalsocialismo". Con todo el respeto que merece este Papa, muy criticado, y en ocasiones de modo injusto, me inclino a pensar igual

que Friedrich Heer: «Esto de nuevo es ser metafísico, retirar algo de la historia y de la responsabilidad por la historia, absolver a los católicos de sus responsabilidades. Nadie es responsable de una 'aparición satánica', en el mejor de los casos, un exorcista […]. El Papa pasa completamente por alto que esa 'aparición satánica' era una encarnación humana muy concreta que, antes que nada en ese Múnich tan amado por el Papa, pero también en muchos otros sitios, fue ayudado y ascendido hasta el poder por hombres muy responsables y destacados […]»[510]. En el primer capítulo de este libro he señalado que Hitler representaba numerosas medias verdades y que una verdad a medias no es sólo más peligrosa sino peor que una mentira, puesto que las manifestaciones y los actos humanos no están congelados dentro de categorías matemáticas: por tanto una verdad a medias no es un cincuenta por ciento de verdad, sino algo distinto. Quisiera añadir a esto la gran máxima de La Rochefoucauld: «En este mundo hay hombres malvados que serían menos peligrosos si no hubiera algo bueno en ellos[511]». Permítanme repetir: ¿significa esto que Hitler «sólo» fue un «cincuenta por ciento malo»? No; como señalé en el capítulo I, no se trata sólo de que Dios le concediera grandes talentos que él utilizó para propósitos malignos, de ahí su responsabilidad; también se trata de que, como sugerí en el capítulo VI, sus rasgos malvados eran espirituales. Hoy en día no está de moda citar a los grandes padres de la Iglesia, pero fue Santo Tomás quien escribió que una verdad a medias es peor que una mentira y permítanme que saque ahora a san Agustín, quien escribió que «sean lo que sean, todas las cosas son buenas» mientras que el mal es espiritual, puesto que es parte de la condición humana. Esto no sólo significa que los pecados de pensamiento son peores que los de obra, sino que ambos son inseparables; que no hay pecados de obra sin sus —precedentes tanto como simultáneos— pecados de pensamiento[512].

Puede que sea necesario volver a considerar —a causa, pero sólo parcialmente, de Hitler— esa idea aceptada sobre la naturaleza superior de la cultura frente a la civilización, en origen alemana,

pero hoy día extendida en todo el mundo. La civilización es en esencia material y burguesa; la cultura, espiritual y creativa. La civilización, en el mejor de los casos, se destaca por la seguridad y un sólido orden social; en el peor, es hipócrita y filistea. Los orígenes de esta idea se remontan al siglo XIX, pero fue algo que atrajo a los alemanes y después a un tipo determinado de personas, a intelectuales de todo el mundo, luego fue aseverada de manera ruidosa y a la fuerza por Oswald Spengler. Para los intelectuales la cultura sigue más allá de la civilización, o mejor, la remonta: desde Babbitt's Zenith, EE.UU., hasta lugares como Greenwich Village, o desde Belgravia hasta Bloomsbury. Para Spengler la dirección es la contraria, desde una cultura joven hasta una civilización fosilizada[513]. Era algo en lo que Hitler creía. Los alemanes y los arios eran, para él y sus seguidores, más que los guardianes supremos de la cultura. «El arte verdadero es y se mantiene eterno», dijo en una ocasión. «No sigue las leyes de la moda; su efecto es el de una revelación que surge desde las profundidades del carácter esencial de un pueblo[514]». Junto a su creencia, expresada aquí de nuevo, en el populismo (más que en el refinamiento), no podemos negar que Hitler fue alguien que defendió y fomentó el arte y la «Kultur»; pero ¿fue un paladín de la civilización? En absoluto. De hecho, fue su enemigo. Éste no es el lugar para discutir los orígenes y la evolución de ambos términos, excepto para señalar que los griegos no tenían un vocablo para cultura, mientras que ellos y los romanos fueron los fundadores de las nociones urbanas de civilización que aún perduran entre nosotros; y que —más importante— la «civilización», tal y como *nosotros* la conocemos, es un concepto y un producto de los últimos cuatrocientos años. En inglés «civilización» apareció por vez primera en 1601 y fue definida como antítesis de «barbarie».

Espero que mis lectores tengan en cuenta esta breve y resumida disquisición, aunque no sea por otro motivo más que la existencia de una circunstancia reconocible: en el momento de escribir esto, más de cincuenta años después de que Hitler se quitara la vida, en el

mundo occidental no estamos amenazados porque la cultura peligre, sino por graves riesgos para la civilización[515]. Permítanme repetir: el tipo de civilización que aún conocemos fue el producto de la llamada Edad Moderna. El término «moderna» es tanto ahistórico como impreciso, al sugerir que esta edad «moderna» va a durar eternamente[516]. Sería más preciso llamar a los últimos quinientos años la Edad Burguesa, caracterizada como estuvo por la coexistencia de aristocracias y burguesías y con un ascenso gradual y difícil de estas últimas. Para entender que Hitler era enemigo de casi todo lo que fuera «burgués» no se necesitan muchas más explicaciones[517]. Él pertenecía al final de una época, y fue derrotado, después —por algún tiempo— la civilización burguesa ha sido restaurada, al menos en Europa occidental y en la Alemania Occidental. Pero si la civilización occidental se desvanece y amenaza con derrumbarse, aguardan dos peligros en el futuro. Durante una creciente inundación de barbarie su reputación puede crecer a ojos de la gente de orden, que le verían como una especie de Diocleciano, el estricto arquitecto de un último orden imperial. Al mismo tiempo, podía ser reverenciado por algunos de los nuevos bárbaros. Pero este libro es obra de un historiador, no de un profeta.

ABREVIATURAS Y BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

No es posible hacer una bibliografía completa sobre Hitler. Las mejores guías son Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1323-1383* y la serie de bibliografías de los VFZ.

ADAP	Akten zur deutschen auswärtigen Politik.
FAZ	*Frankfurtern Allgemeine Zeitung.*
GD	German Documents of Foreign Policy.
GWU	*Geschichte in Wissenschaft und Unterricht.*
HZ	*Historische Zeitschrift.*
IFZ	Institut für Zeitgeschichte.
IMT	International Military Tribunal (documentos).
JMH	*Journal of Modern History.*
KTB/OKW	Kriegstagebuch, Oberkommando der Wehrmacht. (Diario de guerra del alto mando de la Wehrmacht).
KTB/SKL	Kriegstagebuch, Seekriegsleitung. (Diario de guerra del Estado Mayor naval).
NPL	*Neue Politische Literatur.*
VFZ	*Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte.*

The Testament of Adolf Hitler, The Hitler-Bormann documents, Londres, 1961.

Hitler's Secret Book, Nueva York, 1961.

Mein Kampf, Oxford English Dictionary.

Allan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1952. Edición revisada, 1962.

[Hay traducción española, *Hitler: estudio de una tiranía*, Barcelona, 1984].

William Carr, Hitler: A Study of Personality and Politics, Londres, 1978.

Ernst Deuerlein, Hitler: Eine politische Biographie, Múnich, 1969.

Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Berlin, 1973. Nueva edición, con una nueva introducción, 1995. [Hay traducción española: *Hitler*, Barcelona, 1974].

Gerhard Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Berkeley (California), 1982.

Hans Frank, Im Angesicht des Galgens, Múnich, 1953.

Hermann GiesLer, *Ein anderer Hitler*, Leoni am Starnberger See, 1977.

Hans Bernd Gisevius, *Adolf Hitler: Versuch einer Deutung*, Múnich, 1963. [Hay traducción española: *Adolf Hitler*, Barcelona, 1970].

Walter Görlitz y Herbert A. Quint (ambos seudónimos), *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Stuttgart, 1952. [Hay traducción española: *Adolf Hitler*, Barcelona, 1973]. Sebastian Haffner, The Ailing Empire: Germany from Bismarck to Hitler, Nueva York 1991—

—, *The Meaning of Hitler,* Nueva York, 1979. [Hay traducción espartóla: *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, 2002].

Fiedrich Heer, Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, Múnich, 1968.

Helmut Heiber, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Berlin, i960. [Hay traducción española: *Hitler*, Barcelona, 1995].

Konrad Heiden, *Adolf Hitler*, Zürich, 1935.

Heinrich Heim, *Hitler: Monologe im Führerhaupquartier*, Hamburgo, Werner Jochmann, ed., 1980.

Andreas Hillgruber, Hitler's Strategie: Politik und Kriegsführung 1940-1941, Frankfurt, 1961.

David Irving, *Hitler's War*, Nueva York, 1977. [Hay traducción española: *La guerra de Hitler*, Barcelona, 1989].

—, The War Path: Hitler's Germany 1933-1939. Londres, 1978. [Hay traducción españo

la: *El camino de la guerra*, Barcelona, 1990].

Eberhar Jäckel, *Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft*, Tubinga, 1969. Nueva edición aumentada, Stuttgart, 1981.

—, *Hitler in History,* Hanover, New Hampshire, 1984.

—, Hitlers Herrschaft, Stuttgart, 1988.

A. Joachimstahler, Adolf Hitler 1908-1920. Korrektur einer Biographie, Múnich, 1989.

Leon Krier, Albert Speer: Architecture 1933-1942, Bruselas, 1985.

Ian Kershaw, Popular Opinion and Political Dissent in the ThirdReich, Bavaria 1933-1945, Oxford, 1983.

—, The Hitler Myth: Image and Reality in the Third Reich, Oxford, 1987.

—, Hitler: Profile in Power, Nueva York, 1991.

John Lukács, The Last European War, 1939-1941, Nueva York, 1976.

—, The Duel, 10 May-31 July 1940: The Eighty-Day Struggle Between Churchill and Hitler, Nueva York, 1991.

—, *Historical Conciousness,* Nueva York, 1968. Edición aumentada, 1994.

Werner Maser, Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924, Frankfurt, 1965.

—, Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit, Múnich, 1971. [Hay traducción española:

Hitler, Barcelona, 1995].

Werner Maser, ed., Hitler: Briefe und Notizen, Düsseldorf, 1973.

Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, Múnich, 1987.

Michael Prinz y Rainer Zitelmann, eds., *Nationalsozialismus und Modernisierung,* 1992. Edición aumentada, Darmstadt, 1994.

Ernst Günter Schenck, Patient Hitler: Eine medizinische Biographie, Düsseldorf, 1989.

Günter Scholdt, Authoren über Hitler, Bonn, 1993.

Percy Ernst Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, Chicago, Donald Detwiler, ed., 1971.

Gerhard Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* 2ª ed. aumentada, Darmstadt, 1988.

ABREVIATURAS Y BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 196g. [Hay traducción española: *Memorias*, Barcelona, 2002].

Marlis Steinert, Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg, Düsseldorf, 1970.

—, *Hitler,* Paris, 1991. [Hay traducción española, Buenos Aires, 1996].

John Toland, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1977. [Hay traducción española: *Hitler*, Barcelona, 1977].

Hans-Ulrich Wehler, Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit», Múnich, 1988.

Rainer Zitelmann, Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs, Stuttgart, 1987, 1991—

—, Adolf Hitler: Eine politische Biographie, Gotinga, 1989.

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO

Adam, Peter 281
Adam, Uwe-Dietrich 151, 260
Agarossi, Elena 253
Agustin, San 212
Aigner, Dietrich 269
Alexander, Edgar 258
Allemann, F. 193
Allen, H. C. 69
Antonescu, Ion 139, 255
Aquino, Santo Tomás de 212
Arendt, Hannah 13, 238
Augstein, Rudolf 191
Aulard, Alphonse 202, 274
Aus Politik un Zeitgeschichte 278
Backes, Uwe 260
Bainville, Jacques 274
Bardolff, Carl 228
Bechstein, Helene 65, 229
Beck, Ludwig 246
Beria, Lavrenti 143
Bernadotte, conde 143
Bern anos, Georges 30, 227
Berning, arzobispo 84, 267
Bertram, cardenal 267
Binion, Rudolph 33, 34, 156, 211, 220, 262
Bismarck, Otto 70, 85, 124, 135, 224, 266, 279
Bleibtreu, Renato 160
Bloch, Eduard 34, 54, 160-161, 220, 258, 262
Boberach, Heinz 170
Bodenschatz, general 255

Boetticher, general 133
Bonnard, Abel 236
Boris III 139
Bormann, Martin 84, 110, 131, 167, 186, 261, 270
Bosch, Michael 222
Bracher, Karl-Dietrich 75,166-167, 209, 215, 218, 239, 263, 264, 265
Brasillach, Robert 273
Braun, Eva 227, 238
Braun, Magnus 267
Breker, Arno 186-187, [21]9> [2]7°
Brenner, Hildegarde 93, 236
Bressart, Felix 25g
Broszat, Martin 19, 23, 37, 165, 215, 247, 256, 257, 260, 261, 266
Buckley, William F. 190
Bullock, Alan 22-23, 42, 45, log, 107, 116, 177, 216, 218, 227, 234, 237, 239, 240, 245, 247, 249, 254, 255, 266, 267, 276, 277, 280
Burchardt, Lothar 277
Burckhardt, Carl J. 128, 142
Burckhardt, Jacob 20, 161, 204, 205
Burnham, James 190
Burrin, Philippe 151, 256, 262
Caprera, cardenal 201
Carlyle, Thomas 44
Carr, William 37-38, 222, 244, 252, 25g
Castro, Fidel 209, 279
Catalina II (la Grande) 203
Cellini, Benvenutto 53
Chadwick, Owen 207, 278
Chamberlain, Houston Stewart 204
Chamberlain, Neville 127-128, 246, 256, 272
Chaplin, Charles 204, 217, 276
Charmley, John 221, 270
Chesterton, Gilbert Keith 100, 113
Childers, Thomas 264

Churchill, Winston 16, 36, 45, 4g, 74, 88, 92, 122, 126-127, 130, 140, 178, 184, 198, 206, 228, 230, 233, 234, 238, 241, 244, 246, 250, 269, 270, 271, 278
Ciano, Galezzo 250
Clausewitz, Carl 120
Controversia de los Historiadores 38 y ss., 151-152, 192 y ss., 222, 223, 255, 272, 273
Coulondre, Robert 225
Craig, Gordon A. 259
Cromwell, Oliver 50, 169
Daim, H. 61
Daladier, Edouard 127
Darwin, Charles 241
Davidson, Eugene 219, 242, 275
De Gaulle, Charles 16, 121, 178, 251, 273
Detwiler, Donald 14, 26, 217
Deuerlein, Ernst 29, 36, 45, 76, 164, 218, 224, 225, 231, 234, 235, 242, 258, 261, 263, 277, 279, 280
Devrient, Paul 227
Dietrich, Otto 266
Disraeli, Benjamin 108
Domarus, Max 43, 226
Doenitz, Karl 140, 145-146, 180, 219, 239, 268, 277
Dorpalen, Andreas 249
Dostoievski, Fiódor 69, 89, 231
Drucker, Peter 234
Duff Cooper, Alfred 111
Düllfer, Jost 221, 223, 256
Dulles, Allen W. 25, 253
Dulles, John Foster 141, 253
Dürstenberg, Theodor 259
Eckart, Dietrich 65, 262
Eichmann, Adolf 143, 235, 241, 256, 262
Einstein, Albert 276
Eisner, Kurt 58
Elser, Georg 268

Engels, Friedrich 164
Erdmann, Karl-Dietrich 277
Eschenburg, Theodor 23
Esser, Hermann 264
Euchner, Walter 177
Evans, Richard J. 189, 271
Fabry, Philipp W. 226
Falter, Jürgen 264
Faulhaber, cardenal 84, 109, 205, 234, 267
Federico II (el Grande) 135-136, 160, 200, 203, 224, 229
Fest, Joachim 11 y ss., 20, 29, 30, 31, 36, 39-40, 42, 45, 67, 76, 88, 98, 105, 165, 180, 191, 194, 204, 215, 216, 219, 223, 224, 225, 227, 228, 229, 230, 23I, 232, 235, 236, 237, 239, 240, 242, 245, 246, 247, 25I, 253, 258, 263, 273, 274, 277, 278, 279, 280
Fischer, Fritz 222
Fleming, Gerald 151, 242, 261, 262
Fontane, Theodor 265
Fouché, Joseph 143
Francisco Fernando, archiduque 228 Franco, Francisco 74, 105, 124 François-Poncet, André 225
Frank, Hans 88, 173, 174-175, 219, 234, 263, 266, 269
Frankfurter Allgemeine 11, 30, 39, 223, 269, 273
Freister, Ronald 216
Freud, Sigmund 171, 220
Fricke, almirante 248
Fritsch, Hans 124
Fröbel, Julius 266
Funk, Walther 252
Funke, Manfred 239, 247
Galen, cardenal 84-85, 140, 268
Gallup, George 169
Ganoud, François 226
George, Stefan 263
Geschichte in Wissenschaft und Unterricht 221
Geyl, Pieter 195 y ss., 264, 274, 275 Giesler, Hermann 65, 93, 160, 186-187, 219, 234, 254, 262, 269, 270

Guillermo II, káiser 88, 97-98, 137, 176, 183
Gillessen, Günter 269
Gisevius, Hans-Bernd 25, 217, 247, 251, 263
Glaise-Horstenau, Edmund 55
Gobineau, Arthur de 108
Goebbels, Josef 42, 50, 68, 83, 94, 105, 137, 139, 142-143, 145, 158, 215, 218, 236, 242, 245, 250, 252, 253, 254, 256, 265, 267
Goerdeler, Karl 255
Gordon, Harold J. 224, 231, 238
Göring, Hermann 22, 35, 83, 256, 267 Görlitz, Walter 23, 31, 63,112, 216, 227, 229, 230, 241, 244, 245, 247, 255, 259, 277
Grand, Hermann 228
Grosz, Georg 250
Gruchmann, Lothar 234
Guderian, Heinz 250
Habermas, Jürgen 40, 175, 272
Haffner, Sebastian 31, 36 y ss., 45, 105, 109, 152,165,172-173, 204, 219, 221, 224, 228, 234, 235, 237, 238, 239, 240, 247, 248, 249, 251, 252, 253, 254, 257, 258, 259, 261, 263, 265, 266, 268, 276, 277, 278
Halder, Franz 134, 242, 248, 250
Hamann, Brigitte 228, 258
Hamsun, Knut 201
Hänel, Wolfgang 216
Harand, Irene 258
Hauser, Oswald 269
Heer, Friedrich 30, 61-62, 65, 164, 177, 212, 218, 225, 227, 228, 230, 233, 234, 236, 237, 240, 255, 258, 261, 263, 267, 280
Hegel, G. W. F. 89, 234, 244
Heidegger, Martin 273
Heiden, Konrad 20 y ss., 66, 112, 203, 215, 226, 230, 231, 233, 241, 259, 265
Heim, Heinrich 226, 259
Henderson, Nevile 67
Henke, Klaus-Dietmar 237, 249, 252, 264, 266, 268
Hess, Rudolf 22

Hewel, Walter 35, 248
Heydrich, Reinhard 151, 158, 166, 248, 256, 260
Hildebrand, Klaus 40, 175,191, 194, 255, 273, 280
Hillgrub er, Andreas 24, 26, 28 y ss., 39— 40, 42, 45, 117-118, 128, 180, 191, 192— 194, 217, 218, 221, 222, 223, 224, 243, 246, 247, 262, 272, 273, 274
Hilpert, Carl 264
Himmler, Heinrich 104, 109-110, 142-143, 151, 157, 167, 170, 248, 249, 250, 253, 256, 261
Hindenburg, Paul 25-27, 81, 87, 249, 265,266
Historische Zeitschrift 265
Hitler, Adolf; Alemanes y, 163 y ss.; Apologistas de, 34 y ss., 183 y ss., 220, 221, 269, 270; Biógrafos de, 16 y ss., 215; Características físicas de, 65 y ss., 230; Carácter reservado de, 49 y ss., 225, 226; Criminalidad de, 224, 225; Comparación con Napoleón, 195 y ss., 273-280; Conducción del Estado, 164 y ss.; Consecuencias de, 206 y ss., 278-281; «Demonización» de, 12, 19 y ss., 215, 216; Dualidades de, 48-49, 92 y ss., 225, 236; Enfermedades de, 47-48, 70-71, 124, 225, 231, 252; Estado y, 103 y ss., 239; Estrategia de, 132 y ss., 249, 250; «Historización» de, 12-13, 19 y ss., 215, 216; Intereses en arquitectura 67 y ss., 92 y ss., 236; Judíos y, 61 y ss., 149 y ss., 255-256; Llamamiento a los conservadores, 88 y ss., 233, 234; Lugar en la historia, 211-214, 280-281; Múnich y, 56 y ss., 228; Nacionalismo de, 110 y ss., 241; Popularidad de, 50-51; Primeros años, 54 y ss., 227, 228; Problema de su «grandeza», 203 y ss.; Problema de la maldad, 46 y ss., 224, 225; Problema de su locura, 46 y ss.; Puntos de inflexión en la vida de, 69 y ss., 231; Racismo de, 105 y ss., 240, 241; Reaccionario o revolucionario, 73 y ss.; Relación con las mujeres, 230; Relación con su padre, 55-56, 227, 274; Viena y, 56-57
Hoffman, Carola 229
Hoffmann, Heinrich 227, 251
Hoggan, David 272
Hohenlohe, Stephanie 33, 216
Horthy, Miklós 139, 255, 261

Hugenberg, Alfred 224, 244
Huizinga, Johan 196
Illustrierter Beobachter 50
Institut für Zeitgeschichte 13, 23, 35, 226, 240
Irving, David 26, 34 y ss., 45, 86, 117-118,151-152, 184 y ss., 215, 219, 220, 221, 226, 230, 236, 243, 245, 248, 254, 256, 257, 270, 271, 272, 277
Isabel, emperatriz de Rusia 250
Iván IV (el Terrible) 181
Jäckel, Eberhard 28, 29, 30, 37, 40, 59— 60, 62-63, 154, 164, 174, 178, 216, 218, 219, 223, 229, 232, 239, 241, 243, 244, 247, 248, 249, 255, 256, 257, 260, 263, 266, 268, 272, 280
Jesse, Eckhard 260
Joachimstahler, Anton 58, 186, 228
Jochmann, Werner 226
Jodi, Alfred 134, 144-145, 244, 250, 261, 277, 278,
Johansson, Alf W. 194, 224, 258
Johnson, Samuel 111,156, 278
Johst, Hanns 80
José II 229
Juan, San (del Apocalipsis) 280
Junge, Traudl 215, 219
Jünger, Ernst 95,108, 237, 273
Kalow, Gert 236
Kaltenbrunner, Ernst 241, 253, 254
Kantorowicz, Ernst 160
Keegan, John 220, 270
Keitel, Wilhelm 248
Kemal Atartuk, Mustafa 99
Kershaw, Ian 38, 105, 170, 216, 222,
229, 235, 239, 242, 245, 251, 264, 266, 268
Kesselring, Albert 141
Kettenacker, Lothar 174, 237, 266
Klee, Karl 269
Kleist, Peter 66, 230
Klemperer, Viktor 91, 235-236

Koch, H. W. 256
Koeppen, Werner 159, 226, 233, 234, 235, 238, 249, 260
Kohl, Helmut 38, 190
Korherr, Richard 261
Krausnick, Helmut 266
Krekeler, Heinz 240
Krier, Leon 231, 236, 241
Krockow, Christian 232
Krupp 86,104
Kuhn, Axel 59-60, 218, 229
Kürenberg, Joachim 176
Kuropka, Joachim 267, 268
Kvaternik 261
Lagarde, Paul 108
Langer, Walter 33
Langer, William C. 33, 220
Lanz-Liebenfels, Jörg 61, 229
Lasalle, Ferdinand 266
Leach, Barry A. 248
Lefebvre, Georges 202, 275
Lenin (Vladimir Ilich) 51, 216, 234, 239, 281
Leopold, K. 241
Lepsius, Rainer 238
Leuchter, Fred, 272
Lewis, Wyndham 204, 276
Liebknecht, Karl 281
Lloyd George, David 201
Lothian, lord 132
Ludendorff, Erich 83, 231, 24g
Lueger, Karl 57, 82-83, 230
Lukács, John 218, 220, 230, 235, 237, 239, 240, 241, 244, 245, 247, 248, 255, 238, 260, 262, 263, 264, 267, 26g, 278, 281
Lutero, Martin 164, 207
Mackensen, August 267
Mahan, Alfred 121
Mahler, Gustav 5g, 228

Mann, Golo 43, 277
Mannerheim, Carl-Gustav 255
Manzialy, *frau* 262
Mao Tse-Tung 16, 51
Maquiavelo, Nicolás 113
Marrou, Henri Irénée 217
Marx, Karl 96, 98, 164, 16g, 172-173, 233, 237, 239, 241, 279
Maser, Werner 21, 26-27, 30, 31, 45, 67, 68, 94, 183, 21Z, 216, 217, 222, 223, 227, 228, 229, 231, 236, 238, 251, 253, 254, 258, 262, 268, 269, 277, 280
Mason, Tim 222, 266
May, Karl 133, 249, 250, 276
Meehan, Patricia 253
Menhert, Klaus 281
Meier, Christian 180-181, 266
Merkur 263
Messerschmitt, Manfred 278
Metaxas 105
Model, Fritz 278
Mohler, Armin 165, 237
Möller, Horst 176, 232
Molótov, Viacheslav Mijailovich 133
Mommsen, Hans 37, 75, 77, 257
Montgomery, Bernard 141, 243
Morell, Theodor 252
Müller, Christian 40
Murphy, James 215
Musil, Robert 280
Mussolini, Benito 16, 39, 67-68, 87, 91, 93-94, 97, 99, 105-106, 107,123-124, 129,132-133, 169, 208, 236, 246, 251, 274, 276, 278
Napoleón 116, 27, 49, 50, 64, 99, 119, 120-121, 143, 169, 195 y ss., 224, 236, 230, 273, 274, 273, 276, 277, 278, 279
Napoleón HI 99, 203
Neurath, Konstantin 138, 243
Nicolson Harold 45

Nipperdey, Thomas 166
Nolte, Ernst XIII, 13, 39-40, 106, 151— 152, 180,190 y ss., 224, 239, 249, 236, 257, 270, 272, 273
Olden, Rudolf 21, 215
Orsenigo, Cesare 201
Orwell, George 30, 111, 206, 272
Otten, Karl 91
Papen, Franz 25, 82-83, 84,138, 142, 240, 245, 267
Parilli 253
Pascal, Blaise 50, 115, 168
Paulus, Friedrich 254
Pedro I (el Grande) 203, 252
Petain, Philippe 139
Peterson, Edward N. 239
Pevser, Nikolaus 93
Picker, Henry 23, 226, 257, 262
Pilsudski, Josef 105, 276
Pío XII 212, 271
Plutarco 33, 53
Pohl, Dieter 262
Polibio 33
Pound, Ezra 201
Popov 250
Primo de Rivera, José Antonio 91, 276
Prinz, Michael 76, 234, 235
Proudhon, Pierre-Joseph 98,173
Quint, Herbert A. 23, 63, 112, 216, 227, 229, 230, 241, 244, 245, 247, 255, 259, 261, 277
Raeder, Erich 225, 248, 259
Ranke, Leopold 85, 234
Ratzel, Friedrich 243
Raudal, Geh 218
Rauschning, Hermann 76, 85, 216, 218, 240
Reif, Adalbert 219
Reynaud, Paul 74
Reinischer Merkur 272

Ribbentrop, Joachim 35, 66, 124, 132, 137, 142-143, 144, 242, 260
Rochau, A. L. 245
Röhm, Ernst 82,107, 239, 240, 251
Romains, Jules 204
Rommel, Erwin 137, 220
Roosevelt, Franklin D. 16, 45, 121-122, 130, 132-133, 140-143, 220, 233, 237, 244, 249, 250, 253
Rosenberg, Alfred 109-110, 226, 233
Roth, Joseph 281
Rothfels, Hans 23
Salazar, Antonio de Oliveira 105
Schacht, Hjalmar 86
Schäfer, Hans-Dietyrich 90, 235
Schenck, Ernst Günther 225, 231, 252, 262
Schieder, Theodor 216
Schleimes, Karl A. 255, 259
Schmidt, Mathias 219
Schmitt, Carl 104, 239, 273
Schnauber, Cornelius 226
Schneider, Reinhold 164, 266
Schoebaum, David 41, 76
Scholder, Klaus 233
Scholdt, Günther 230, 233, 235, 237, 250
Schöllgen, Gregor 219
Schönerer, Georg 83
Schramm, Percy Ernst 25 y ss., 45, 66— 67, 69, 90,109, 145, 164, 204, 210, 217, 226, 227, 230, 235, 239, 240, 242, 244, 250, 252, 254, 258, 263, 264, 268, 276, 277, 279
Schreiber, Gerhard 19, 75-76, 175, 210, 215, 218, 223-225, 227, 232, 243, 255, 257, 269
Schroeder, Christa 186, 227, 269, 271
Schroeder, Paul 226, 250
Schulze, Hagen 209
Schustereit, Hartmut 247
Schwerin-Krosigk, Lutz 267, 271
Seely, John 44

Sereny, Gitta 219, 226, 227, 236, 256
Seyss-Inquart, Arthur 229
Shirer, William 17, 165, 216
Siedler, Wolf Jobst 151, 256
Smith, Adam 169
Smith, Bradley F. 224, 253
Sontheimer, Kurt 166, 263
Speer, Albert 31, 55, 66-68, 83, 93, 104, 108-109, 136, 141, 144, 168, 187, 204, 219, 222, 225, 226, 227, 229, 230, 231, 233, 236, 238, 239, 240, 241, 245, 251, 252, 254, 259, 268, 275, 276, 281
Spengler, Oswald 95, 186, 213
Spiegel, Der 191
Stadler, P. 265
Stalin, Iosif V 13, 16, 18, 45, 49, 50, 64, 68, 93-94, 98-99, 105-106, 123, 126— 128, 133, 139 y ss., 169, 174, 180-181, 184, 188, 208, 222, 233, 238, 239, 243,
247, 250, 251, 253, 271, 275, 281
Stauffenberg, Claus 178, 191, 255, 263
Stegemann, Bernd 247
Steinert, Marlis 42, 109, 155, 170, 223, 224, 237, 242, 244, 249, 258, 264, 265, 266, 268
Stern, J. P. 76, 264
Stöver, Bernd 264
Strasser, Gregor 82
Strasser, Otto 65, 82, 85
Streicher, Julius 153
Stressemann, Gustav 265
Stürmer, Michael 40, 175, 194, 273, 280
Tallgren, Vappu 44, 204, 250, 276
Taylor, A. J. P. 24-25,125, 138, 246, 249
Tessenow, Heinrich 93
Tilea, Viorel 246
Tocqueville, Alexis de 73, 99-100, 106, 168, 207, 265, 274, 281
Toland, John 32, 35, 42, 45, 151, 185, 186, 189, 219, 220, 235, 246, 256, 271, 280
Trevor-Roper, Hugh 21

Troost, Paul Ludwig 93, 236
Tyrell, Albrecht 222, 224
Vacher de Lapogue 108
Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte 23, 60, 215, 232, 234, 264
Völkischer Beobachter 112
Waibel, Max 253
Waite, R. L. 33, 220
Wedgwood, Veronica 275
Wehler, Hans-Ulrich 40, 223, 256, 272, 273
Weil, Simone 86, 100
Weininger, Otto 160, 262
Weizmann, Chaim 39, 256, 257, 272
Weizsäcker, Richard 43
Wiesel, Elie 273
Welt, Die 273
Weygand, Maxime 268
Wilhelm, Hans-Heinrich 240, 260
Willenburg, Gertrud 250
Wippermann, Wolfgang 42, 223, 236
Witzleben, Erwin 255
Woche, Die 227, 273
Wolff, general Karl 141, 253
Zeit, Die 40
Zevi, Bruno 93, 236
Ziegler, Hans Severus 183, 269
Zimmermann, Horst 239
Ziteimann, Rainer 31, 41-43, 50, 63, 76, 80, 86, 89-90,152, 165, 171, 176, 183, 192-194, 215, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 232, 233, 234, 235, 239, 241, 242, 246, 248, 249, 251, 257, 258, 260, 270, 272, 273, 276



JOHN ADALBERT LUKACS (Budapest, 31 de enero de 1924-Phoenixville, Pensilvania, 6 de mayo de 2019) fue un historiador estadounidense nacido en Hungría. Su nombre era Lukács János Albert en idioma húngaro.

Escribió más de veinticinco libros, incluyendo *Five Days in London, May 1940 y A New Republic*. Fue profesor de historia en el Chestnut Hill College (donde sucedió a Erik von Kuehnelt-Leddihn) desde 1947 hasta 1994, y secretario del departamento de historia de 1947 a 1974. Profesor visitante de Johns Hopkins University, Columbia University, Princeton University, La Salle University, y Eötvös Loránd University.

NOTAS

I. PROBLEMAS HISTORIOGRÁFICOS

[1] Gerhard Schreiber (1940—), el autor de la bibliografía más importante sobre Hitler, concluía con esta frase su obra *Hitler: Interpretationen 1923-1983* (2.a Edición aumentada, Darmstadt, 1988), p. 335. Rainer Zitelmann (1957—): «en muchos campos […] la investigación está aún en sus comienzos», en *Adolf Hitler: Eine politische Biographie*, Gotinga, 1989, p. 10. **<<**

[2] Hitler hizo una observación a una de sus secretarias al final de la guerra en la que, medio bromeando, señaló que era posible que dictase sus memorias durante su retiro en Linz. Entrevista con Traudl Junge, texto mecanografiado en el Institut für Zeitgeschichte (ifz), junio 1968. **<<**

[3] Entre numerosos alemanes «medios» prevaleció la tendencia opuesta mucho después de la guerra: se debía culpar menos a Hitler que a otros muchos: «Si el *Führer* supiera esto…». Véase el capítulo VII. **<<**

[4] Hay traducción española: *Historia del Tercer Reich*, Barcelona, 1981. (N. del T.). **<<**

[5] M. Broszat, «Plädoyer für eine Historisierung des Nationalsozialismus», en *Merkur*, 39,1985. Ya antes en Karl-Dietrich Bracher, «Probleme und Perspektiven der Hitler-Interpretation», en *Zeitgeschichtliche Kontroversen*, Múnich, 1976, pp. 79-100 [hay traducción española: *Controversias de historia contemporánea*, Barcelona, 1983]. **<<**

[6] Gerhard Schreiber señala el carácter por naturaleza incompleto de las bibliografías, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 15. De todas formas, véase su lista de bibliografías (p. 341 y ss.) a la que debe añadirse la serie de bibliografías de los *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (VEZ). **<<**

[7] *Konrad Heiden,* Adolf Hitler: Das Zeitalter der Verantwortlosigkeit, *vol. I, Zürich, 193,5;* Adolf Hitler: The Age of Irresponsibility, *edición estadounidense, Boston, 1994*. **<<**

[8] «[…] en varios sentidos estoy en deuda [con Heiden]; este primer intento histórico […] es ejemplar hasta hoy día, debido a la audacia de sus preguntas y a su libertad de juicio». Ésta es la primera nota de Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Berlin, 1973 [hay traducción española, *Hitler*, Barcelona, 1974]. También Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 23, decía once años después: «La biografía de Hitler [obra de Heiden] aún tiene un claro impacto sobre la investigación histórica contemporánea». **<<**

[9] Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirlichkeit*, Múnich, 1971, pp. 14-17 enfatizó el hecho de que la madre de Heiden fuera judía; otro comentario malicioso aparecía en la p. 75 [hay traducción española, *Hitler*, Barcelona, 1995]. David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* Londres, 1978, desechaba a Heiden como «irrelevante». [Hay traducción española: *El camino de la guerra*, Barcelona, 1990]. Yo he percibido al menos dos afirmaciones discutibles en Heiden: que Hitler no era reservado, p. 30 y que Goebbels no era el maestro creativo de la propaganda del nacionalsocialismo, p. 94. Heiden también aceptó algunas afirmaciones erróneas acerca de la ascendencia de Hitler. **<<**

[10] Konrad Heiden, *Ein Mann gegen Europa*, Zürich, 1937; Rudolf Olden, *Hitler the Pawn,* Londres, 1936. De mayor estima: James Murphy, *Adolf Hitler: The Drama of His Carreer*, Londres, 1939. **<<**

[11] Una excepción importante —aunque no se trata de una biografía— fueron las «conversaciones» con Hitler descritas por Herman Rauschning, *The Revolution of Nihilism*, Nueva York, 1939 [hay traducción española, *Hitler me dijo*, Madrid, 1946]. En las décadas de i960 y 1970 se publicaron varias ediciones alemanas, entre las que se incluyen críticas acerca de la autenticidad de las afirmaciones atribuidas a Hitler. (Theodor Schieder, *Hermann Rauschnings 'Gespräche mit Hitler' als Geschichtsquelle,* Opladen, 1972; y Wolfgang Hänel, *Hermann Rauschnings 'Gespräche mit Hitler': Eine Geschichtsfälschung,* Ingolstadt, 1984. Este último es crítico del primero: Hänel considera que Schieder no fue lo bastante crítico con Rauschning). Mientras que los apologistas encubiertos y manifiestos de Hitler desechan a Rauschning, Jäckel y Fest lo colocaron en el lugar que le corresponde: «[Los libros de Rauschning] aun siendo meritorios en su momento, no son [...] fuentes primarias, sino [importantes] memorias del estilo de un 'diálogo creativo'». Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 695. **<<**

[12] Hay traducción española, *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, 1983. (N. del T.). **<<**

[13] Allan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1952. Edición revisada en 1962; con otras posteriores. [Hay traducción española, *Hitler: estudio de una tiranía*, Barcelona, 1984]. **<<**

[14] «Los únicos principios del nazismo eran el poder […] por el poder». También comparaba a Hitler con Robespierre y Lenin, para los cuales «el ansia de poder […] coincidía con el triunfo de los principios». **<<**

[15] No es cierto que «*Mein Kampf* contiene muy poca autobiografía», Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 121. Es demasiado simple decir que «Hitler tenía el sentimiento de pertenecer, por derecho, a los *Herrenmenschen*», ib., p. 40. Bullock también estaba equivocado sobre la relación de Hitler con las mujeres, pp. 392-93; sobre el número de discursos públicos de Hitler después de Stalingrado, ib., p. 722; y sobre el incendio del Reichstag en 1933 —versión compartida por Shirer—, ib., p. 313: «Un excelente resumen de los hechos más importantes [sobre el sistema nazi] lo encontrará el lector en el capítulo VIII de *The Rise and Fall of the Third Reich*, de William Shirer», algo que no sucederá. [Hay traducción española, *Historia del Tercer Reich*, Barcelona, 1981]. Véase lo que dice Jäckel acerca del libro de Bullock en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* (gwu), 1977, p. 708: «[…] un trabajo estándar, pero superado por la investigación [posterior]; además, el tratamiento del lugar de Hitler en la historia es claramente insatisfactorio». Ian Kershaw, *Hitler: Profile in Power*, Nueva York, 1991, p. 149 [hay traducción española: *Hitler*, Madrid, 2000]: «La de Bullock fue una obra maestra cuando se escribió en 1952, pero ahora muestra señales de envejecimiento». **<<**

[16] Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Stuttgart, 1952. Ambos autores usaban seudónimos: el nombre original del primero era Otto Julius Frauendorf; el del segundo, Richard Freiherr v. Frankenberg. [Hay traducción española: *Adolfo Hitler*, Barcelona, 1973]. **<<**

[17] Una imprecisión: el exagerado papel de la princesa Stephanie Hohenlohe, Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 376, 506. Datos valiosos: la observación pionera, contraria a ideas todavía aceptadas, de que Hitler jamás fue un ávido espectador de los juicios y las ejecuciones de los conspiradores de julio de 1944, y que se mostró crítico con Roland Freisler, el atroz juez principal: «No quería […] teatros», ib., p. 612. También acerca del desprecio de Hitler por algunas de las cosas que había escrito en *Mein Kampf*, ib., p. 239 (escrito más de una década antes del estudio de Maser de *Mein Kampf*). También: «[Hitler] nunca se permitió un desliz, nunca hablaba de los problemas de asesinar por piedad o de la Solución Final de la cuestión judía, éstos pertenecían a los secretos más cuidadosamente guardados», ib., p. 575: una observación ciertamente pionera, y por entonces aún no documentable, aunque precisa. **<<**

[18] Véase en especial las pp. 18-20, 31 y 44 de mi obra *The Last European War, 1939-1941,* Nueva York, 1976. **<<**

[19] Helmut Heiber, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Berlín, i960 [hay traducción española: *Hitler*, Barcelona, 1995]; Hans Bernd Gisevius, *Adolf Hitler: Versuch einer Deutung*, Múnich, 1963 [hay traducción española: *Adolf Hitler*, Barcelona, 1970]; Percy Ernst Schramm, *Hitler: the Man and Military Leader* (Donald Detwiler, ed.), Chicago, 1971, una adecuada combinación de dos ensayos de Schramm, de 1961 y 1962. **<<**

[20] Véase en especial la introducción de Hans Bernd Gisevius, *Adolf Hitler: Versuch einer Deutung*, p. 6. **<<**

[21] De la introducción de Detwiler: «A través de largos años como pionero en su labor de detective medieval, Schramm refinó su habilidad para interpretar exiguas fuentes originales, tanto escritas como visuales. Esto le permitió a menudo abrirse paso entre las incrustaciones espurias del mito popular y la tradición historiográfica». Percy Ernst Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 8. También en las pp. 6-7: «La imagen de Hitler que fluye desde la hábil pluma de Schramm está a años luz de la conocida caricatura de […] un agitador con bigote de Charlie Chaplin. […] Ningún lector puede reflexionar sobre las páginas de Schramm sin darse cuenta de lo absurdo de la habitual trivialidad […]». El propio Schramm acerca de la fuerza psicológica del impacto de Hitler sobre la gente, ib., p. 35: «[…] como un campo magnético. Podía llegar a ser tan intenso que casi era tangible físicamente. Pese a que este efecto estaba ampliamente atestiguado, había sin embargo muchas personas sobre las que no tenía ningún efecto en absoluto». También en la p. 69: «A pesar de que hay mucho que decir sobre el aprecio que Hitler tenía por el arte y la música, su interés por la literatura sorprendía por lo escaso del mismo […] no tenía ningún aprecio por los poemas, en particular por la poesía lírica». Esto se opone por completo a lo que dice Maser en *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, pp. 85-86, para el que «después de 1913 Hitler trató de perfeccionar su conocimiento literario, leyó los clásicos alemanes y se entretuvo leyendo la poesía lírica alemana». Otra inconsistencia —cronológica— de Maser se encuentra en su *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Wegbis 1924*, Frankfurt, 1965, p. 88: «Antes del verano de 1921 (y de nuevo, especialmente, entre diciembre de 1923 y diciembre de 1924). [Hitler] leyó sin duda más que la mayoría de los intelectuales profesionales de su tiempo». En *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, pp. 229 y 231, Maser

criticaba a Schramm, en mi opinión de modo incorrecto, por la crítica que éste hacía de las ideas de Hitler sobre la historia. **<<**

[22] Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924, *Frankfurt, 1965*; Hitlers Mein Kampf *Munich, 1966*; Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit, *cuyos cuatro primeros capítulos no eran sino una elaboración de* Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924, *y por último Werner Maser (ed.)*, Hitler: Briefe und Notizen, *Düsseldorf, 1973*. **<<**

[23] Así por ejemplo, en la introducción de *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 7: Tras la publicación de sus dos primeros libros sobre Hitler «se presentaron importantes testigos: compañeros de clase de Hitler, amigos de juventud, compañeros de guerra […] enemigos y amigos, parientes y descendientes, poniendo a mi disposición papeles y documentos […] que historiadores y biógrafos habían buscado en vano más de cincuenta años. Ahora podían examinarse numerosas cartas y notas manuscritas de Hitler, así como los papeles y las declaraciones, hasta entonces inaccesibles, de los médicos que habían tratado a Hitler». También en Maser (ed.), *Hitler: Briefe und Notigen* p. 7: «[…] los documentos y mi trabajo en este libro me han llevado a sorpresas con las que no contaba». **<<**

[24] *Andreas Hillgruber,* Hitler's Strategie: Politik undKriegsfuhrung 1940-1941, *Frankfurt, 1961*. **<<**

[25] Véase mi *Historical Conciousness*, Nueva York, 1968. Edición aumentada, 1994. O Henri-Irénée Marrón (el historiador francés de la época clásica), *De la connaissance historique*, París, 1956: «La enorme intromisión de la personalidad del historiador —sus pensamientos, intenciones y preferencias— delinea su conocimiento histórico y le da forma y rostro». Esto es, el conocimiento del historiador es personal —personal mejor que «subjetivo»— y participante. **<<**

[26] Véase la página 183. O bien Bullock (un historiador muy distinto de Hillgruber) en su introducción a *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 16: «[…] he escrito este libro sin que nada me vaya en ello ni tener ningún caso que exponer. […] Tampoco ha sido mi propósito ni rehabilitar ni procesar a Hitler […] por disputadas que sean algunas de mis interpretaciones, existe un sólido sustrato de hechos; y los hechos son lo suficientemente elocuentes». No: los hechos nunca son elocuentes por sí mismos; por muchas razones, una de las cuales es que ningún «hecho» puede ser separado del modo en que es enunciado. La labor del historiador no es definir, sino describir; sus instrumentos son las palabras (palabras del lenguaje cotidiano) y la selección de cada palabra no es un problema meramente científico o estilístico, sino también un problema moral. **<<**

[27] Una excepción: John Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* pp. 240, 343. **<<**

[28] Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft*, Tubinga, 1969. Nueva edición aumentada, Stuttgart, 1981. Más tarde: *Hitlers Herrschaft*, Stuttgart, 1988. También: *Hitler in History*, Hanover, New Hampshire, 1984. **<<**

[29] Entre ellos destacan (para nuestros propósitos): una colección de los primeros documentos y papeles de Hitler, *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1903-1924* (con Axel Kuhn), Stuttgart, 1980, y Eberhard Jäckel, *Hitler in History*. **<<**

[30] «Todo debe ser analizado y comprendido con sobriedad y esto incluye, quizá de modo especial, lo que es por completo desagradable y repugnante ["das ganz Widerwärtige"]. Esa sigue siendo la primera labor de la investigación histórica». **<<**

[31] *Ernst Deuerlein,* Hitler: Eine politische Biographie, *Munich, 1969*.
<<

[32] *Fiedrich Heer,* Gottes erste Liebe: 2000 Jahre Judentum und Christentum: Genesis des österreichischen Katholiken Adolf Hitler, *Munich, 1967; y* Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *Munich, 1968*. **<<**

[33] Una aseveración discutible en Friedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 343: «Hoy sabemos que la ceguera [temporal] de Hider [que sufrió en el frente tras un ataque con gas en octubre de 1918] era consecuencia de la histeria». **<<**

[34] Tres ejemplos: Jäckel en GWU, p. 706: «Nadie ha escrito en tan buen alemán sobre Hitler desde Thomas Mann». Karl-Dietrich Bracher en *Die Zeit*, 12 de octubre de 1973: «[…] por un lado, una reconstrucción histórica y una biografía, mientras por otro lado, consideraciones intelectuales intensas y frecuentes, desde nuevos puntos de vista […] gracias a la habilidad del autor para [alcanzar] unas interpretaciones tan profundas como de amplio alcance». Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983* (1.a ed., 1983): la mejor biografía de Hitler. **<<**

Véase, en cualquier caso, mi comentario en el prefacio acerca de la curiosa introducción de Fest a la reedición de su libro en 1995. Véase también la reseña crítica de Hermann Graml, «Probleme einer Hitler-Biographie: Kritische Bemerkungen zu Joachim C. Fest», VFZ, enero 1974, p. 91: «Con seguridad puede discutirse si en una biografía de Hitler es posible lograr una adecuada representación e interpretación del nacionalsocialismo y del período nacionalsocialista. Existen buenos argumentos a favor y en contra».

[35] Ejemplos del buen criterio de Fest: la anteriormente citada consideración hacia Rauschning; la buena disposición a admitir que el asunto de la relación de Hitler con su sobrina Geli Raubal (que se suicidó en 1931) está aún por resolver (pp. 446-467). La subsiguiente publicación de los diarios de Goebbels en varios volúmenes apenas reveló nada que resultara ser una rectificación necesaria del retrato de Hitler dado por Fest. **<<**

[36] Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, Berlin, 1973, p. 25.
<<

[37] Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969 [hay traducción española: *Memorias*, Barcelona, 2002]. Véase también Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Nueva York, 1995. Críticos con Speer son: Adelbert Reif, ed., *Albert Speer: Kontroversen um ein deutsches Phänomen*, Múnich, 1978; y Mathias Schmidt, *Albert Speer: Das Ende Eines Mythos*, Berna, 1982; también Giesler y Breker, v. cap. VIH. **<<**

[38] Está muy bien escrita la obra de Albert Speer, en ella debe señalarse la perspicacia psicológica; también refleja una cierta independencia de miras; es, en suma, un documento muy humano. Speer, *Erinnerungen*, p. 292: «Para el historiador puede que Hitler sea un objeto de estudios imparciales; para mí él es tangible y físico incluso hoy día, presente y vivo». Acerca del Hitler «tangible y físico» véase también Hans Frank, *In Angesicht des Galgens*, Múnich, 1953, por ejemplo, p. 17: «Veo a Hitler de un modo en que no lo han hecho millones entre nuestra gente». No obstante, las cualidades de esta obra (así como las de su autor, ejecutado) no pueden compararse con las de la obra de Speer. **<<**

[39] Por ejemplo, la excelente panorámica de Jäckel: «Literaturbericht: Rückblick auf die sogennante Hitler-Welle». («Un vistazo a la llamada 'ola' de Hitler») en GWU, 1977, pp. 695-711; también Hillgruber en *Historische Zeitschrift* (hz), 1978, pp. 600-621: «Tendenzen, Ergebnisse und Perspektiven der gegenwärtigen Hitler-Forschung». («Tendencias, resultados y perspectivas de la investigación actual sobre Hitler»). Una panorámica muy señalada: Gregor Schöllgen, «Das Problem einer Hitler-Biographie». («La problemática de una biografía de Hitler») en *Neue Politische Literatur* (npl), 1978, pp. 421-434, en la que están especialmente bien tratados Toland, Fest, Irving, Binion y Haffner. Una de sus contribuciones más valiosas es el haber señalado la modificación y el recorte del texto estadounidense del *Hitler* de Toland en la traducción alemana (algo que también puede aplicarse a algunas ediciones alemanas de Irving). **<<**

[40] John Toland, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1977 [hay traducción española: *Hitler*, Barcelona, 1977]. Otros autores estadounidenses de biografías de Hitler han sido Robert Payne, *The Life and Death of Adolf Hitler*, Nueva York, 1973 [hay traducción española: *Vida y muerte de Adolf Hitler*, Barcelona, 1974], y el historiador aficionado, ampliamente leído, Eugene Davidson, *The Making of Adolf Hitler*, Nueva York, 1977 y su *The Unmaking of Adolf Hitler*, Columbia (Misuri), 1996 (en el cual sólo una octava parte trata de la guerra, la segunda mitad del gobierno de Hitler, y ¿no fue la guerra precisamente *el* deshacerse *unmaking*\ de Adolf Hitler?). **<<**

[41] En su prólogo *(Adolf Hitler*, p. Xll): «He llevado a cabo más de doscientas cincuenta entrevistas con sus ayudantes (Puttkamer, Below, Engel, Günsche, Wünsche y Schulze); sus secretarias (TraudI Junge y Gerda Christian); su chófer (Kempka); su piloto (Baur); sus doctores (Giesing y Hasselbach); sus combatientes favoritos (Skorzeny y Rudel); sus arquitectos favoritos (Speer y Giesler); su primer jefe de prensa extranjera (Hanfstaengl); sus líderes militares (Mansteil, Milch, Doenitz, Manteuffel y Warlimont); las mujeres que más admiró (Leni Riefenstahl, la profesora *Frau* Troost y Helen Hanfstaengl). Todas estas entrevistas, exceptuando una docena de ellas, se grabaron en unas cintas que en la actualidad están puestas a salvo y almacenadas en la Biblioteca del Congreso». Se trata de una impresionante —aunque selectiva— lista: en ese mismo párrafo Toland afirmaba, algo antes, que «había entrevistado a toda la gente que pudo de entre aquellos que conocían a Hitler de modo íntimo; tanto si lo adoraban como si lo ridiculizaban. Muchos accedieron a hablar largo y tendido sobre el infeliz pasado». No obstante, si uno analiza la lista con detenimiento encontrará pocas personas que lo ridiculizaran; es más, para aquellos hombres y mujeres su recuerdo de los años con Hitler no era en absoluto el de un «pasado infeliz». **<<**

[42] Ejemplos: «Temía que su padre pudiera haber sido en parte judío», algo que es posible, pero a continuación dice: «Lo que puede explicar en buena parte por qué no quería tener hijos» —una especulación carente de fundamento—, John Toland, *Adolf Hitler*, p. 232. En las trincheras durante la Primera Guerra Mundial: «Hizo una profecía portentosa a sus camaradas: 'oiréis hablar mucho de mí. Esperad a que llegue mi momento'», ib., p. 64 —algo de lo que no se tiene ningún dato—. «Su análisis de la psicología de masas indicaba que había leído la obra de Freud de igual título, publicada en Alemania pocos años antes», ib., p. 220-221 —no hay ninguna prueba—. Añádase a ello las aseveraciones de Toland acerca de las andanzas amorosas de Hitler; las repetidas afirmaciones acerca de la influencia del astrólogo Hanussen y su referencia a la «incontrolable flatulencia» de Hitler, ib., p. 275, ya a la altura de 1932, antes incluso de que Hitler comenzará a tener problemas de estómago. **<<**

No obstante, incluía unos pequeños datos de interés. Puede que fuese Toland el primero en fijarse en un hábito de Hitler con algún pequeño significado: el hábito —algo vulgar— de darse una palmada sobre el muslo en momentos de satisfacción (ib., pp. 85, 251; también señalado por Irving). El significado de esto tiene relación con una investigación de Toland, que fue de los primeros en documentar que la famosa secuencia de película (reproducida cientos de veces, incluso en los libros de texto de historia) en la que se ve a Hitler dando saltos como si bailara una giga al recibir la noticia de la rendición francesa en junio de 1940, había sido falsificada por un realizador canadiense que aceleró la película. En realidad se trataba de una de esas palmadas en el muslo.

[43] Un ejemplo: Toland, *Infamy*, Nueva York, 1981, en este libro atribuye la causa del bombardeo de Pearl Harbour a la conspiración y maquinaciones de Franklin Roosevelt. **<<**

[44] Walter C. Langer, *The Mind of Hitler: The Secret Wartime Report*, Nueva York, 1972 [hay traducción española: *La mente de Hitler*, Barcelona, 1974]; Robert C. L. Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*, Nueva York, 1977; Rudolph Binion, *Hitler and the Germans*, Nueva York, 1976. **<<**

[45] Estas son: que Hitler reprimió o desplazó su trauma personal (y que más tarde sustituyó a Alemania como símbolo de su madre), incluso a pesar de que el doctor Bloch fue uno de los pocos judíos a los que Hitler elogió en su vida (y a quien trató con consideración). Véanse las páginas 160-161. Permítanme comparar este uso de afirmaciones psicológicas con el uso que hace Heer —en mi opinión, de modo adecuado y penetrante— acerca de algunas expresiones de Hitler en *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 344: «Algunas de las palabras de Hitler debemos considerarlas expresiones que no son sólo el resultado de un discurso deliberado, sino que en momentos de fatiga y mucho estrés irrumpían cargadas de sus deseos, esperanzas y ansiedades tal y como éstos emergían a la superficie de su conciencia». (Sobre la «primacía de la mente consciente» véase John Lukács, *Historical Conciousness*, edición de 1994, pp. 344 y ss.). **<<**

[46] David Irving, *Hitler's War*, Nueva York, 1977 [hay traducción española: *La guerra de Hitler*, Barcelona, 1989]. Seguido con rapidez de su *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* Londres, 1978. **<<**

[47] Al menos dos de sus libros, entre ellos su biografía de Rommel, estuvieron en las listas de *best-sellers* en Alemania y se anunciaban con carteles pegados por las calles; en Dresde, en 1990, se le saludó como el «mayor historiador del Tercer Reich», etc. Curiosamente —o quizá no tanto— el editor neoyorquino (Viking) de *Hitler's War* creyó adecuado imprimir en la portada: «De ningún modo es exculpado, pero sí se revierte la demonización: el *Hitler* de David Irving entrará en los anales de la Alemania nazi y de la Segunda Guerra Mundial desde este momento». En 1996 (!) el célebre historiador militar John Keegan dijo: «Con certeza entre la media docena de libros más importantes sobre 1939—1945». Una afirmación cuestionable. **<<**

[48] En su prólogo a *Hitler's War,* Irving enfatizó su habilidad para acceder a importantes materiales, desconocidos hasta entonces, provenientes de los diarios y papeles de los empleados de Hitler (secretarias, ayudantes, sirvientes), los cuales, insistía Irving, se habían mostrado sin excepción muy receptivos y deseosos de colaborar con él. Sin embargo, Jost Dülffer en GWU, 1979, p. 11: «No es posible dibujar un cuadro apropiado de Hitler desde la perspectiva de su personal doméstico. ¿Qué importancia puede tener el preguntar al ayuda de cámara de Hitler o a otras [personas similares]?». **<<**

[49] David Irving, *Hitler's War*, pp. XV, 25. Al igual que casi todas las referencias de Irving, deben ser examinadas con cautela. **<<**

[50] David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* p. IX: «En la medida de lo posible he evitado, lo mismo que al escribir *Hitler's War,* el uso de toda la bibliografía secundaria, en favor de las fuentes primarias disponibles hasta el día de hoy». David Irving, *Hitler's War*, p. XXll: «En cuanto a las obras autobiográficas, he preferido basarme en los manuscritos originales antes que en los textos publicados, ya que los aprensivos editores de los primeros años de posguerra (en especial los 'autorizados' en Alemania) hicieron cambios en ellos». Una acusación grave, aunque no del todo inverosímil. **<<**

[51] Es como mínimo digno de mención que ciertos historiadores profesionales —por ejemplo, Hillgruber, Zitelmann y el británico John Charmley (quien dijo que Irving había sido «injustamente desatendido»)— no sólo consideraran útil citar algunos de los materiales de Irving, sino que además se refirieran a él con un cierto respeto en sus notas al pie, tratándole así con más consideración de la que tenían con otros de sus colegas historiadores con los cuales discutían o estaban en desacuerdo. **<<**

[52] Véanse pp. 230-232. Un ejemplo: las consistentes, repetidas —y adulteradas— «pruebas» de Irving de que Rusia estaba a punto de atacar a Alemania en junio de 1941. **<<**

[53] Véase John Lukács, *The Duel, 10 May-31 July 1940: The Eight-Day Struggle between Churchill and Hitler*, Nueva York, 1991, p. 244: «[…] cualquier historiador serio que trate estos asuntos [de Irving] no debe abstenerse de echar un vistazo a […] las pequeñas y valiosas porciones de documentos que Irving puede haber escondido; no obstante, aquí deben hacerse dos advertencias concretas. La primera es que debe tratarse con especial precaución la extensa recopilación de documentos por parte de Irving; en algunas de sus notas he encontrado números de archivo erróneos o incluso inexistentes; en suma, las referencias a sus fuentes deben verificarse con cuidado. La advertencia más importante se refiere a los propósitos de los escritos de Irving. Es un admirador de Hitler pero, con todo su ímpetu por ser un historiador audaz y no convencional, no es fiel a sus convicciones. Su método para rehabilitar a Hider pasa por denigrar a sus adversarios; en este caso, desprestigiar a Churchill de cualquier modo posible». **<<**

[54] Sebastian Haffner, *Anmerkungen zu Hitler*, Berlín, 1978. (Desafortunadamente la edición estadounidense de este libro: *The Meaning of Hitler,* Nueva York, 1979, apenas atrajo la atención, ni siquiera tuvo una reseña en la *New York Times Book Review*). [Hay traducción española: *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, 2002]. También Sebastian Haffner, *Von Bismark zu Hitler*, Berlin, 1987; edición estadounidense: *The Ailing Empire: Germany from Bismark to Hitler*, Nueva York, 1991. **<<**

[55] Sebastian Haffner, *The Ailing Empire: Germany from Bismark to Hitler*, p. 171: «Hitler fue subestimado; el mayor error de sus enemigos fue el tratarle con desdén, el ridiculizarle. Hitler no era un hombre ridículo e insignificante, sino verdaderamente malvado. Los grandes hombres a menudo son malvados y Hitler, pese a todas sus terroríficas características [yo no diría 'pese a', sino 'con'], era un gran hombre, como demostró una y otra vez con su visión intrépida y su astuto instinto. Hitler tenía un toque mágico y ninguno de sus adversarios podía competir con él». Sobre el problema de la «grandeza» véase el capítulo IX. **<<**

[56] Para una discusión sobre estas cuestiones, véanse los capítulos V y VII. En Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, pp. 20-21, Haffner escribió sobre la inclinación de Hitler al suicidio; esto es debatible. En la p. 4 aceptó la especulación de que en 1917 Hitler había sido padre de un hijo ilegítimo en Francia; sin embargo, su afirmación «en la vida de Hitler faltó la experiencia de ser padre» era correcta. **<<**

[57] No obstante, Speer ya había afirmado en *Erinnerungen*, p. 360: «Por desgracia, el *Führer* no era habitualmente un hombre de decisiones definitivas [‘festen Entschlüssen’]». Mommsen: de no haber sido por unas condiciones políticas ventajosas, la carrera política de Hitler habría acabado en 1923; véanse también sus anteriores argumentos en Michael Bosch (ed.), *Persönlichkeit und Struktur in der Geschichte: Historische Bestandsaufnahme in didaktische Interpretationen*, Düsseldorf, 1977. De distinta manera, un argumento similar fue construido por Maser, *Adolf Hitler: Das Ende der Führer-Legende,* Múnich, 1982 y también por Rainer Ziteimann, *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs,* Stuttgart, 1991, p. 253: Hitler «no era omnipotente; no era un *Führer* de decisiones definitivas [fuertes] [*der entscheidungsstarke Führer}*». El término «funcionalista» parece que fue empleado por primera vez en 1981 por el historiador británico Tim Mason. **<<**

[58] Muy bien expresado por Albrecht Tyrell (el mejor especialista del primer nazismo) en 1933, p. 99: sin duda el nacionalsocialismo era un fenómeno de masas con su propia dinámica, pero Hitler fue el personaje central en cada una de las etapas del desarrollo del partido nazi desde 1921 hasta 1945 «[…] lo mismo en el seno del partido que, después de 1933, en los asuntos de Estado [Hitler] ejerció su poder de decisión en todos los problemas». **<<**

[59] Quizá por casualidad, el debate tuvo lugar más o menos al mismo tiempo que el «debate» sobre teoría literaria entre estructuralistas y deconstruccionistas. No obstante, éste sólo era una torpe aplicación del vocabulario en detrimento del pensamiento (en realidad concernía a cuestiones más antiguas y respetables de epistemología y hermenéutica), algo que no tenía que ver con el debate entre funcionalistas e intencionalistas. **<<**

[60] William Carr, *Hitler: a Study of Personality and Politics*, Londres, 1978, ed. estadounidense: *Face of a Dictador*, Nueva York, 1979. **<<**

[61] Ian Kershaw en *Hitler: Profile in Power*, comenzaba con modestia y apropiadamente: «Esto no es una biografía de Hitler». Crítico con la «demonización» de Hitler, Kershaw se inclinó hacia el lado intencionalista, p. 6: «[…] parece que incluso las mejores biografías a veces corren el riesgo de elevar el poder personal de Hitler hasta un nivel en que la historia de Alemania entre 1933 y 1945 se reduce a poco más que la expresión de la voluntad del dictador». **<<**

[62] Ernst Reinhard Piper es el editor de la mejor antología alemana del *Historicerstreit*: Piper (ed.), *Historikerstreit*, Múnich, 1987. **<<**

[63] Para una discusión más profunda, véanse las páginas 189-192. Hasta donde ha llegado la historiografía, algunas (y sólo algunas) de las raíces de esta controversia pueden rastrearse en el debate ocasionado por Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht*, 1961 [*La aspiración al poder mundial*}, un libro de argumentos elocuentes en el que este joven historiador alemán presentó pruebas de los planes agresivos del gobierno alemán antes y durante la Primera Guerra Mundial. **<<**

[64] Véase mi reseña en *The Catholic Historical Review*, octubre de 1968. **<<**

[65] «Zerschlagung» sugiere no sólo la destrucción, sino también su aplastamiento deliberado, en línea con la frecuente condena de Hillgruber de la política británica hacia Alemania a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. **<<**

[66] Debe decirse a favor de Hillgruber, quien había prestado poca o ninguna atención a los judíos en sus obras anteriores, que en etapas posteriores de su carrera dedicó una mayor atención a ese tema, y también que Hillgruber —quien en la década de 1950 había mostrado alguna tendencia a sugerir que la invasión de Rusia por parte de Hitler en 1941 podía haber sido, al menos hasta cierto punto, una respuesta preventiva a algunos de los movimientos de Stalin— rechazó este argumento al final de su carrera; un argumento usado entonces en muchas obras (por lo general chapuceras), según el cual la Unión Soviética estaba a punto de atacar Alemania en 1941. **<<**

[67] En Hans-Ullrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit"*, Munich, 1988 *(¿Exoneración del pasado alemán? Un ensayo polémico acerca del»Historikerstreit"*). Resumido en dos valiosos argumentos: «Esta investigación se dirige —entre otras cuestiones— contra el efecto apologético de la tendencia interpretativa que culpa sólo a Hitler del Holocausto y que por tanto exonera a las antiguas elites de poder y al ejército, a la burocracia ejecutiva y a la de justicia […] y a la mayoría silenciosa de aquellos que lo sabían». «El 'Historikerstreit' es, en suma, algo más que un debate estrictamente académico dentro de los límites de la academia». **<<**

[68] Véase el capítulo VIII, pp. 188-192 y, especialmente, las pp. 193-194. También Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1383,* p. 332: «[…] los frentes opuestos se han vuelto rígidos. En los campos opuestos de los historiadores no hay signos concretos de la posibilidad de un movimiento que no se dirija al enfrentamiento, sino a la cooperación». Fest en *Historikerstreit,* Piper ed., p. 112: «Hitler y el nacionalsocialismo siguen siendo, tras años de estudio, más mito que historia, y las discusiones públicas aún tienen como objetivo abjurar de ellos más que comprenderlos». Hillgruber escribió acerca de la ya superada «imagen estereotípica» del Tercer Reich, citado en Hans-Ulrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, p. 162. **<<**

[69] Rainer Ziteimann, *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, que desafortunadamente no fue traducido ni publicado ni en Gran Bretaña ni en Estados Unidos. **<<**

[70] En NPL, 1982, pp. 47-69, que cita, entre otros, a Jäckel: «la confusa multiplicidad de explicaciones serias»; Zitelmann: «Sería fácil llenar un libro con una lista de ellas». **<<**

[71] Jost Düllfer hizo un resumen excelente y digno de elogio de las tesis de Zitelmann en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ), 7 de julio de 1987. **<<**

[72] *Rainer Zitelmann,* Adolf Hitler: Eine politische Biographie, *Gotinga, 1989*. **<<**

[73] Rainer Zitelmann, *Adolf Hitler: Eine politische Biographie*, p. 7; también p. 8: «Biografías como las de Joachim Fest, cuyo estudio fue sin duda un hito para la comprensión de un dictador, han utilizado ciegamente fuentes cuestionables o falsificadas». **<<**

[74] *Rainer Zitelmann, Adolf Hitler: Eine politische Biographie, pp*. 9-11. Su repetida y nerviosa exhortación a la «sobriedad»: «Tal vez hace quince años, cuando fue publicado el trabajo pionero de Fest, aún no era posible escribir una biografía de Hitler de modo diferente». (¿Por qué no?). En la conclusión de su prefacio Zitelmann vuelve a expresar su insistencia en la «sobriedad del lenguaje» para «comprender, mejor que evaluar». (Bastante apropiado, pero ¿puede separarse la «comprensión» de la «evaluación»? Permítanme repetir: la elección de cada palabra no es sólo técnica o estilística, sino una elección moral). **<<**

[75] También Wolfgang Wippermann, *Der konsequente Wahn: Ideologie und Politik Adolf Hitlers*, p. 9: «Este libro no es una contribución al *Historikerstreit*. No argumenta ni a favor de un enfoque biográfico ni a favor de uno institucional». **<<**

[76] Mariis Steinert, *Hitler*, París, 1991 [hay traducción española: *Hitler*, Buenos Aires, 1996]. Veinte años antes, la profesora Steinert había publicado un significativo y erudito estudio acerca del importante y complejo problema de la mentalidad del pueblo alemán durante la Segunda Guerra Mundial: *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der Deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg*, Düsseldorf, 1970. **<<**

[77] No puedo abstenerme de mencionar la aguda indicación de Marlis Steinert acerca de la fisonomía «vulpina» de Hitler (hasta donde conozco, algo que no habían visto o mencionado otros biógrafos con anterioridad); una observación perspicaz, por no hablar del hecho de que al propio Hitler le gustaba que sus amigos se refiriesen a él como «el lobo». (Cuando las autoridades de la zona de ocupación británica permitieron en 1948 la reapertura de las fábricas Volkswagen, en la ciudad de Wolfsburgo, no sabían que la ciudad había recibido este nombre en 1938-1939 en honor de Hitler, el promotor del «coche del pueblo»). **<<**

[78] Marlis Steinert, *Hitler*, p. 366: «Parece que 1936 es el año en que Hitler comienza a caer en la megalomanía». Cuestionable. También p. 391: «¿Quería Hitler ser 'más grande' que Federico, o Bismarck o Napoleón?». Discutible. **<<**

[79] Esto ya había sido sugerido por Zítelmann dos años después de la publicación original de su *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, cuando la nueva edición incluyó un prefacio nuevo «La investigación tras el Historikerstreit», escrito en 1988, era en su mayor parte un ataque agudo y polémico contra los críticos de Nolte y Hillgrub er. **<<**

[80] Véase el capítulo VIII para una discusión en profundidad. **<<**

[81] Dos ejemplares obras estadounidenses: Harold J. Gordon, Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972, y Bradley F. Smith, *Adolf Hitler: His Family, Childhood and Youth*, Stanford, 1967; que deben sumarse al anteriormente mencionado Albrecht Tyrell, *Vom Trommler zum Führer*, Munich, 1975, y a Ernst Deuerlein, *Hitler: Eine politische Biographie*, mencionado en la p. 29. **<<**

[82] —*logia* indica una ciencia que produce y se basa en *definiciones*, mientras que el propósito de —*grafía* es la *descripción* reconstructiva. **<<**

[83] Puede encontrarse una discusión sobre esto en Schreiber, *Hitler: Interpretationen* 7523-75S3, p. 306: Entre otras cosas, «el biógrafo debe intentar —de modo retrospectivo—integrar la época [de su sujeto de estudio]. Esto significa que tiene que evaluar, juzgar y organizar un extraordinario conjunto de investigaciones que no tiene por qué ser armonioso ["keineswegs einheitliche"] —entre ellas se incluyen las disciplinas auxiliares y los estudios marginales—. Más allá de toda implicación metodológica, al fondo queda una pregunta: ¿es un solo autor capaz de todo eso?». **<<**

[84] Un ejemplo (escogido al azar): la descripción que Fest hace de Hugenberg, aliado de primera hora de Hitler en *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 369: «Pequeño y corpulento, con un rígido bigote y un corte militar a cepillo, tenía la apariencia de estilo militar propia de un conserje retirado, pero no esa apariencia de hombre orgulloso de fuertes e inamovibles principios que pretendía tener». **<<**

[85] La categoría de «criminal» es más complicada, puesto que el crimen —al contrario que el mal— es una categoría establecida por la sociedad y por tanto se limita a los actos, mientras que el mal puede reconocerse sólo por la expresión de sus inclinaciones. A este respecto, considérese lo que dice Haffner en *The Meaning of Hitler*, p. 125: «No hay dudas de que Hitler es un personaje de la historia política mundial, aunque tampoco las hay de que pertenece a los anales del crimen. […] [pero al contrario que otros conquistadores]. Hitler no es simplemente un criminal por haber seguido sus pasos, lo es por una razón totalmente diferente. Hitler hizo morir a un número incontable de personas inofensivas, sin ningún motivo político o militar, meramente para su satisfacción personal». (También en la p. 126: «[…] su gozo con el asesinato era aún más fuerte que su minuciosa y nada débil habilidad para el cálculo político»). Aquí debo separarme de este excelente escritor. «Satisfacción personal» puede que sea demasiado; Hitler no era un sádico, ni siquiera en lo que respecta a su odio hacia los judíos (véase el capítulo VI). Esto, nuevamente, lo hace *más* responsable y no *menos*, puesto que el sadismo es una forma de lujuria, esto es, un pecado de la carne, mientras que la inclinación de Hitler hacia el mal era espiritual y no física. **<<**

[86] Zitelmann hablando sobre la «historización» en una entrevista con el historiador sueco Alf W. Johansson (Berlín, noviembre de 1992): «Las cosas deben verse de un modo [menos simple] y científico. Los dibujos en blanco y negro ya no resultan convincentes». (Véase también su rechazo de los «factores subjetivos» antes mencionado). ¿Significa esto que —en especial desde una cierta distancia— la imagen apropiada de Hitler debe ser gris? Eso no es lo que parece querer decir Zitelmann. Creo que estaría de acuerdo en que la coexistencia del bien y el mal permite comparar la composición de la naturaleza humana con la piel de una cebra, cuyo camuflaje se compone de rayas blancas y negras. Porque lo que importa *no* es la proporción de rayas negras, no es su cantidad, sino la cualidad —e intensidad— de su negrura. A este respecto ningún análisis cuantitativo (o, con *permiso* de Zitelmann, «científico») ni ningún puntillismo meticuloso son de utilidad. Qué tipo de negrura sea ésta es una cuestión que trasciende el análisis científico e incluso al artístico. **<<**

[87] En *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, Munich, 1971, p. 327, Werner Maser escribe que «en 1935 como muy tarde». Discutible. **<<**

[88] Véase en especial Ernst Günter Schenck, *Patient Hitler: Eine medizinische Biographie,* Düsseldorf, 1989. Anteriormente Schenk había publicado sus memorias de las sorprendentes últimas semanas en el búnker de Hitler en 1945: *Ich sah Berlin sterben. Als Arzt in der Reichskanzlei*, Herford, 1970, que indicaban su respeto, por entonces más que considerable, hacia Hitler. **<<**

[89] No obstante, la aseveración de Maser en *Hitler: Briefe und Notizen*, p. 205, de que ya en 1943 Hitler era un hombre destrozado, no se refleja en las fotografías contemporáneas. También es discutible la sugerencia de Maser, en *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, pp. 378, 379 y 389, de un cambio casi total: «Los acontecimientos de la guerra no cambiaron a Hitler, sino que fue el avance de sus enfermedades lo que cambió el desarrollo de la guerra, tal y como él sabía». Haffner *(The Meaning of Hitler*, p. 51) es más convincente: «Todas las narraciones que presentan a Hitler durante los años finales de la guerra como una mera sombra de sí mismo, una piltrafa humana de la que compadecerse, son irremediablemente exageradas. Los desastrosos fracasos de Hitler entre 1941 y 1945, que siguen a doce años previos de éxitos, no se pueden explicar por un declive físico o mental». **<<**

[90] Véase una discusión detallada sobre ellos en Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* pp. 160-222. Una afirmación equilibrada, que lo resume con precisión en Ernst Deuerlein, *Hitler: Eine politische Biographie,* p. 162: *«No lo logró él solo*. […] La situación histórica no lo empujó hacia delante, pero hizo [su ascenso al poder] posible. La dudosa probabilidad de esta afirmación no nos releva, sin embargo, de la necesidad de buscar a Adolf Hitler el hombre» (las cursivas son de Deuerlein). **<<**

[91] Las dualidades en su comportamiento fueron señaladas por algunos observadores extranjeros, tales como los embajadores franceses André François-Poncet y Robert Coulondre. Para un análisis más profundo véase Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 664: «[…] el rasgo de la dualidad pertenecía al carácter más íntimo de Hitler […] con repercusión en la totalidad de [las formas de] su comportamiento, de sus concepciones tácticas, políticas e ideológicas». **<<**

La persona con la mejor percepción —y más consciente— de las dualidades de Hitler fue Speer. Para un ejemplo crucial de ello, adviértase la diferencia entre las reacciones de Hitler ante Speer el 23 y el 29 de marzo de 1945, cuando Hitler emitió la orden de destruir todas las instalaciones tras el ejército en retirada. Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 483: «A menudo me he preguntado si de un modo instintivo no supo siempre que yo llevaba tres meses trabajando en contra de sus deseos, extrayendo mis propias conclusiones de los memorandos que le había entregado; también […] si ésta no era más que una nueva prueba de las múltiples capas de su enigmática personalidad [*die Vielschichtigkeit seiner rätselhaften Natm*\. Jamás lo sabré». Véase también la discusión sobre su carácter reservado y las dualidades de su actuación como hombre de Estado en el capítulo V.

[92] En *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 376, Heer cita la aseveración de Hitler al almirante Raeder el 23 de mayo de 1939: Hitler dijo que tenía tres clases de secretos, «la primera, cuando hablamos entre nosotros; la segunda, me la guardo para mí; la tercera, son problemas acerca del futuro sobre los que debo seguir pensando [die ich nicht zu Ende denke]». Véase también ib., p. 265, acerca del desarrollo gradual de la soledad que Hitler se impuso a sí mismo. **<<**

[93] Sus discursos: Max Domarus (ed.), *Hitler, Reden und Proklamationen 1332-1345,* Munich, 1965, dos volúmenes (cada uno dividido en dos partes). Muy valioso (en ocasiones criticado de manera injusta por Irving y también por Zitelmann). Hay varias ediciones de sus «conversaciones de sobremesa». La primera es la del taquígrafo Henry Picker (primera edición en Bonn, 1951; traducción inglesa en Londres, 1953). [Hay traducción española: *Anatomía de un dictador. Conversaciones de sobremesa,* Barcelona, 1965]. Esta edición estaba ordenada por temas; una edición posterior, cuidadosamente anotada e introducida por Schramm (1963), es más extensa y está ordenada cronológicamente. Picker taquigrafió muchas de las conversaciones de Hitler en el cuartel general después de la cena, desde el 21 de marzo hasta el 2 de agosto de 1942. Más extensos son los registros de Heinrich Heim (Werner Jochmann, ed.), *Adolf Hitler: Monologe im Führerhaupquartier,* Hamburgo, 1980, sobre todo desde el 21 de julio de 1941 hasta marzo de 1942. Existe al menos otro par de registros manuscritos de las «conversaciones de sobremesa»; uno de Werner Koeppen (el asesor personal de Alfred Rosenberg) que abarca de junio a noviembre de 1941, en los archivos del IFZ que utilizó Zitelmann; el otro, las notas de Hewel mencionadas previamente, usadas por Irving. Por último están las llamadas Notas Bormann (taquígrafo desconocido), de apariencia auténtica (pese a que ha sido cuestionada) y gran interés, ya que se centran en los últimos meses de la vida de Hitler: «Los últimos pensamientos del dictador». Primero fueron transportadas a Italia por la esposa de Bormann y transmitidas después por un italiano a un respetuoso admirador de Hitler, el suizo François Genoud; se publicaron como *Libres propos sur la guerre et la paix,* París, 1952, y como *The Testament of Adolf Hitler,* Londres, 1959. (Sobre las peculiaridades [y la ausencia] del manuscrito *original,* véase la discusión, que

incluye al elusivo Genoud, en un coloquio del IFZ, también publicado en Múnich y Viena, 1978, pp. 44-53). La introducción de Heinrich Heim a *Hitler: Monologe im Führerhaupquartier,* muestra algo de la dualidad y el carácter secreto de Hitler, p. 22: «Las transcripciones [de Heim] prueban la gran seguridad de Hitler en sí mismo pero también la suspicacia de su reservado carácter». «[…] Incluso cuando hablaba con su círculo más cercano nunca dejaba de considerar el efecto psicológico de sus palabras […] algunas de sus afirmaciones tenían como primer objetivo fortalecer la confianza de su círculo», *ib.*, p. 24. (En general, tales transcripciones *no* proporcionan ninguna pista sobre el Hitler *privado*). **<<**

[94] Ya Konrad Heiden, en su obra *Adolf Hitler*, Zürich, 1935, pp. 332-333, hizo un análisis muy interesante sobre los métodos y hábitos de discurso de Hitler. Para una discusión sobre el estilo de hablar (y la prosodia) de Hitler, véase Cornelius Schnauber, *Wie Hitler Sprach und Schrieb*, Frankfurt, 1972. No trata de *Mein Kampf*, sino de asuntos tales como el ritmo de Hitler, p. 104: «El registro melódico de la pronunciación de Hitler es ciertamente inusual». **<<**

[95] Véase la biografía, a menudo en busca de polémica pero interesante, de su secretaria Christa Schroeder, *Er war mein Chef*, Munich, 1987. No obstante, nadie ha escrito sobre los hábitos de trabajo de Hitler de manera más incisiva que Speer, en especial en *Erinnerungen*, capítulo 9, donde relaciona los cambios y las rarezas de los hábitos de trabajo de Hitler con las dualidades de su carácter. Véase también Philipp W. Fabry, *Mutmassungen über Hitler, Urteile von Zeitgenossen*, Düsseldorf, 1969. **<<**

[96] Según Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 511 y 219, Hitler declaró que *Mein Kampf* estaba «superado». También Gitta Sereny, *Albert Speer: his Battle with Truth*, Nueva York, 1995, p. 361, citando a Bormann (recuerdos del hijo de este último): «No lo he leído, los acontecimientos lo han superado (Speer me dijo [a Sereny] que Hitler había dicho exactamente eso mismo)». **<<**

[97] Incluidas las representaciones pictóricas. Hitler estaba muy unido a su fotógrafo, Heinrich Hoffmann; tenía la costumbre de escrutar las fotografías, también las de sí mismo, dejando que Hoffmann retocara muchas de ellas con motivos propagandísticos. En materia de los numerosos álbumes de Hoffman sobre Hitler, véase Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 5 (retoques que Hitler «propagandistisch aufschminkte» [«maquilló de modo propagandístico»]). Todo esto por parte de un hombre que *no* quiso nunca que se publicara una biografía en su alabanza mientras vivió. **<<**

[98] Antes de la crucial campaña política de 1932, recibió clases de voz del tenor Paul Devrient en Múnich. **<<**

[99] Entrevista a Bullock en la revista *Woche* de FAZ, 6 de diciembre de 1991: «Hitler siempre era bastante abierto, en general decía lo que quería hacer». No es así. Speer, *Erinnerungen*, p. 121: «En una ocasión en 1938 nos sentamos en el Deutsches Hof en Nuremberg. Hitler habló del deber de expresar únicamente aquellas cosas que el público podía oír». Fest cita a Hitler en *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 710: para un *Führer* «es de importancia excepcional que nada de lo que pueda discutir sea anotado por escrito, ¡jamás!», y «se están tomando demasiadas notas […] algo así siempre puede llegar a ser problemático». La observación concluyente de Fest: «Se observaba constantemente […] nunca decía una palabra sin meditar […] la extendida imagen de un Hitler emocionalmente incontrolado y de gesticulación violenta [apenas es correcta]; la suya era una existencia muy concentrada, disciplinada hasta el extremo de la rigidez». **<<**

[100] Christa Schroeder, *Er war mein Chef*, Múnich, 1987, p. 225: «Solía corregirse muy a menudo». Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 179, cita a Hitler en el verano de 1939: «[…] los resúmenes del ministerio de Exteriores son de nuevo inútiles. Es mejor que los haga yo». Muchas otras veces en esta misma obra de Speer, por ejemplo en la p. 569: «Escuché a Below decir que Hitler había leído este y otros memorandos míos con mucho cuidado, haciendo incluso observaciones marginales y otras correcciones». Maser en *Hitler: Briefe und Notizen*, p. 153, señaló esto y propuso que el estilo de Hitler había mejorado después de 1933. En *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 178, Maser escribió que Schramm había minusvalorado el hábito de comprar libros del joven Hitler. **<<**

[101] De nuevo aquí está el Heer más profundo, en *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 11: «En el corazón de toda persona hay algo que ningún ser humano —ni siquiera esa misma persona— puede descubrir o desvelar por completo. El carácter intocable de ese núcleo más profundo lo comparte Adolf Hitler con cualquier otro ser humano». **<<**

II. LA CRISTALIZACIÓN. ¿VIENA Y/O MÚNICH?

[102] También *había* otro significado simbólico, que sus biógrafos posteriores ya no notaron. Durante algunos años su novia Eva Braun, de una sencilla familia bávara, vivió y asistió a la escuela en Simbach, el pueblo bávaro en la otra orilla del río Inn, frente a Braunau. **<<**

[103] A Glaise-Horstenau (en abril de 1939): «Temía a mi padre, pero no le quería en absoluto». Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 139: «A menudo mi padre me golpeaba duramente […]». **<<**

[104] Véase p. 30 (Georges Bernanos). Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 29: «Los recuerdos de su infancia debieron dejar una impresión profunda [y duradera] en su alma, pero también es característico de él lo cuidadosamente que oculta esa impresión a los demás». **<<**

[105] Una concluyente afirmación en Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 81: «El duro [amargo] destino en Viena del que tanto gustaba hablar a Hitler no tuvo nada que ver con la cuestión financiera». Una exageración, pero no sin cierta sustancia. **<<**

[106] La valiosa e impresionantemente detallada obra de Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Munich, 1996, fue publicada después de que completase mi manuscrito. Sus conclusiones coinciden con las mías. **<<**

[107] Es probable que no sólo o no principalmente «a fin de evitar el servicio en el ejército austríaco», como han escrito algunos de sus biógrafos (Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 10), aunque ése fuera un factor. **<<**

[108] El libro más importante sobre esto es de A. Joachimstahler, *Adolf Hitler igo8-ig2O. Korrektur einer Biographie,* Munich, 1989, y también el de Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators*, Munich, 1996. Joachimsthaler es muy crítico con Maser, pero muy respetuoso con Deuerlein. **<<**

[109] A. Joachimsthaler, *Adolf Hitler igo8-ig20. Korrektur einer Biographie*, p. 191. También p. 189: «¿Qué hizo Hitler [en la primavera de 1919 en Munich]? ¡Nada!». **<<**

[110] Es incorrecta la afirmación de Fest *{Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 56) de que no supo nada de Mahler. **<<**

[111] Un hombre que entendió las dolorosas experiencias de Hitler en ese hospital y que vio en ello un punto de inflexión en su vida interior fue Churchill. En el primer volumen de sus memorias de la Segunda Guerra Mundial, Churchill comienza un capítulo con la descripción de Hitler en ese hospital. Escrita en 1948, sigue siendo hoy una descripción sintética y muy penetrante. Escribí en *The Duel*..., p. 41: «En la primera página de ese breve capítulo, que dictó mientras andaba de un lado a otro en su habitación de Chartwell, Churchill describía asombrosamente bien la carrera y la personalidad de Hitler. La notable calidad de aquellos pasajes no era sólo resultado de la maestría retórica y literaria de Churchill; era el resultado de su perspicacia. Reconoció, por ejemplo, que el elemento decisivo en la formación del pensamiento de Hitler —y no sólo en su carrera— sucedió en 1918—1919, y no antes de la guerra; en Munich y no en Viena. Sin embargo, Hitler había insistido en *Mein Kampf—y* la mayoría de los historiadores acepta esa tesis incluso hoy día— que si bien su vida había sufrido un giro inesperado a fines de 1918 y posteriormente en Munich, su ideología había cristalizado ya en Viena. Numerosos historiadores profesionales, que zumban en sus círculos sin aire, tienden a desatender o a rechazar a Churchill como historiador. Sin embargo, su comprensión de Hitler en esas páginas es espectacular». **<<**

[112] Un ejemplo: Karl Freiherr v. Bardolff, conservador y consejero íntimo del archiduque Francisco Fernando hasta 1914, felicitó (lo mismo que otros altos oficiales del ejército austríaco) a Hitler con entusiasmo en marzo de 1938. En un libro posterior, Bardolff describió la Primera Guerra Mundial como «la gran guerra del mundo contra la germanidad». El archiduque y sus consejeros más cercanos nunca permitieron que «los representantes de la prensa judía entrasen en el Belvedere» (el palacio del archiduque). «Francisco Fernando estaba absolutamente convencido de que la masonería, el materialismo, el liberalismo, el marxismo y el capitalismo judío mundial» eran enemigos. Concluía el libro *{Soldat im alten Österreich*) «con un completo homenaje a Adolf Hitler, que brota de mi corazón». **<<**

[113] En otro libro de Heer *{Land im Strom der Zeit*, Viena, 1958, p. 266): «Adolf Hitler, excepcionalmente dotado con muchas capacidades, poseía un talento sobresaliente, que le venía de su origen austríaco: su conocimiento de la naturaleza humana. No obstante, hay dos tipos de ese conocimiento y el de Hitler provenía de abajo, no de arriba: su genio residía en su comprensión de la debilidad humana». **<<**

También es interesante la argumentación de Heer en *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, acerca de que Hitler estaba influido por el emperador austríaco José II tanto, o más, que por el prusiano Federico el Grande. También revelador: la decisión de Hitler en su último día de vida de nombrar al católico austríaco y nazi Seyss-Inquart ministro de exteriores del siguiente, y último, Gobierno del Reich: «Ése también fue un retorno —el último— del hijo pródigo Adolf Hitler a Austria».

[114] Carta a Ernst Hepp, citada en Werner Maser (ed.), *Hitler: Briefe und Notizen*, p. 100; también recogida en el volumen de Jäckel y Kuhn: «Aquellos de nosotros a los que la fortuna bendiga con ver otra vez nuestra patria, una patria limpia de extraños […] por los sacrificios y sufrimientos de cientos de miles, que vierten su sangre cada día contra un mundo internacional de enemigos, no sólo [extranjeros] sino también nacionales, contra los peligros de nuestro internacionalismo interior. Eso valdrá más que todo el nuevo territorio conquistado». Esos sentimientos concuerdan por entero con las creencias de Hitler en 1919 y posteriormente. **<<**

[115] Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 43 y 61: «Weltbild» y «Weltanschauung»: Jäckel afirmó en *Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft* que ambos términos no son necesariamente idénticos, aunque se solapan. Una argumentación similar en Walter Görlitz y Herbert A. Quint, ib.; Jäckel no ahondó más en esta distinción. Para nuestro propósito es innecesaria. **<<**

[116] Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 292, pero también en la p. 58. Es muy cuestionable (ib., p. 60) que Hitler hubiese conocido en Viena al previamente mencionado Lanz-Liebenfels (v. ib., pp. 60-61; también p. 1051) o que se uniera a algún «Antisemitenbund». **<<**

[117] Eberhard Jäckel, *Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft,* pp. 18,147 y 154. En mi opinión retrasa demasiado la fecha de la «cristalización». **<<**

[118] Ian Kershaw, *Hitler: Profile in Power*, p. 21, nota 147: Aquí Kershaw cita a Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 194, cuando la referencia proviene de una afirmación que un compañero de guerra de Hitler le hizo a Maser más de cincuenta años antes. **<<**

[119] Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 65, 103 y también 174: «[…] su decisión de convertirse en político […] en realidad no fue tomada en Pasewalk, sino sólo en otoño de 1919, con su ascenso como orador». (En mi opinión, esto la sitúa algo tarde). **<<**

[120] Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 120. **<<**

[121] Posiblemente el primer acontecimiento que tuvo consecuencias: Hitler arengó (y convenció) en los barracones a sus compañeros soldados para que no siguieran al líder comunista Egelhofer en las calles. (Esto ocurrió el 29 o 30 de abril de 1919, el día en que se suicidó veintiséis años después). **<<**

[122] Sugerencias más cercanas: un rudo festín; o en este caso, el regocijo de oír exclamar algo de modo brutal. El término del antiguo inglés «gaudy». {*Oxford English Dictionary*} también significaba regocijo, pero sin el elemento de brutalidad; como mucho una travesura (las «gaudies» del Oriel College de Oxford eran cenas anuales del College). Fest señala esto muy bien en *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 212: «[…] El partido de Hitler pudo también aprovecharse de la grosería ["Grobianismus"] específica de Baviera, concordante con sus reglas políticas del juego. Las batallas de cervecería con jarras de cerveza que volaban y sillas que se estrellaban, las canciones que llamaban al 'asesinato', los grandes destrozos; todo era un tremendo *gaudi*». Añade que fue entonces cuando apareció la palabra «nazi» por primera vez: «una abreviatura del nombre 'Ignaz' para los oídos bávaros [pero] por tanto un sonido familiar, una ayuda fundamental para que se extendiera ampliamente el conocimiento del Partido». **<<**

[123] Helene Bechstein: «Deseaba que hubiera sido mi hijo». La nota de Hitler en un regalo para *Frau* Carola Hoffman, en la Navidad de 1925 (nótese la fecha relativamente tardía): «A mi querida y verdadera madrecita [*Mütterchen*], Navidad de 1925, con mis respetos» (Konrad Heiden, *Adolf Hitler*, p. 112). **<<**

[124] La adoración que muchas mujeres alemanas tenían por Hitler presentaba algunos rasgos sexuales. (También los tenía la frenética adulación de las mujeres vienesas por el soltero alcalde Karl Lueger, que fue un ejemplo y una inspiración para Hitler). Que Hitler fuera soltero era un factor. Sin embargo, seguía habiendo un elemento maternal en la confianza y esperanza con las que hubieran dicho, al saber de algún acontecimiento chocante o desagradable: «¡Si el *Führer* lo supiera!». **<<**

[125] «El camino de los hombres que estaban llamados a lograr algo grande en la vida ha sido, ciertamente, un camino extraño. Sólo en el caso de una persona como Mozart se reconoció que tenía talentos especiales cuando todavía era un niño. En algún momento de su camino vital, el destino golpeó a esos hombres de modo repentino y se reveló su fuerza especial». (Conversaciones de sobremesa, 10 de mayo de 1942). **<<**

[126] No es cierto que el hombre de la famosa fotografía aumentada donde una multitud aclamaba la declaración de guerra en una plaza de Múnich sea Adolf Hitler. **<<**

[127] Peter Kleist, *Die europäische Tragödie*, Cotinga, 1951, p. 199. Sobre el aspecto físico de Hitler véase Günter Scholdt, *Autoren über Hitler*, Bonn, 1993, pp. 199-209. **<<**

[128] Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 301. Una excepción a sus ascéticos hábitos: lo muchísimo que le gustaban las cremosas tartas vienesas. **<<**

[129] Percy Ernst Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, pp. 17-18. Un elemento importante de la fisonomía de Hitler que rara vez se señala —y que está oscurecido tras las marcas distintivas que son su famoso bigote y el mechón de pelo sobre la frente— es su nariz. Era una nariz muy larga, casi brutal, perfectamente triangular y piramidal, pero la impresión de su tamaño quedaba de algún modo reducida por el bigote. Es cuestionable que Hitler se dejara el bigote por ser consciente de su nariz, lo que no es cuestionable es que tenía conciencia de ésta. En Irving (David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933~1939*; P-71) se encuentra uno de los bocetos de autorretrato de Hitler en la década de 1920. El énfasis está en esa nariz larga y triangular y no en la marcada barbilla («original en posesión del autor [de Irving]»). **<<**

[130] *Percy Ernst Schramm,* Hitler: The Man and Military Leader, *p. 24*. **<<**

[131] *Werner Maser,* Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit, *p. 96*.
<<

[132] Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 157. **<<**

[133] Ibid., p. 145. **<<**

[134] John Lukács, *The Duel*…, p. 156. **<<**

[135] Werner Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924*, p. 83: el discurso de 1921 citado por Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 221; también Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 73. **<<**

[136] Un ejemplo: sus frecuentes afirmaciones, o exclamaciones: «¡Nunca he tenido un sentimiento de inferioridad!». (Acerca de esas significativas exclamaciones, que Churchill percibió de modo cuidadoso, véase John Lukács, *The Duel…*, p. 38). En la década de 1920 a Hitler le gustaba llevar un látigo de cuero de búfalo asiático. De niño, era un líder valentón jugando a los soldados. Sin embargo, la única ocasión en que Hitler agredió físicamente a alguien (un editor del periódico del partido) ocurrió en 1927. **<<**

[137] Percy Ernst Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 125. También: «Hitler rompió los lazos con el nivel social del que provenía sin asentarse en otro. No pertenecía a ninguna 'clase' ni 'estado'. La historia social, por tanto, no puede aportarnos esa clase de conocimiento profundo que es necesario para entender a Hitler». Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 124: «Un error aún más serio sería intentar deducir de la Iglesia católica el modo de pensar de Hitler». Sin embargo, el católico Heer (*Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 406) escribió: "Sobre todo la decadencia de los restos de su cristianismo pone de manifiesto, década a década, las estructuras específicamente católicas de su psique, igual que su anticlericalismo es católico en sus orígenes y formulaciones". **<<**

[138] La palabra alemana «Hass» es también más expresiva que «odio». **<<**

[139] Quisiera añadir a esto que, «en general, no se ha tenido en cuenta, ni Dostoievski ni otros muchos intelectuales modernos, cuál de estos procesos ocurre primero». Considérese también la asombrosa generalización de Heiden en lo concerniente a la diferencia entre talento y genio *(Adolf Hitler*, p. 44): El primero se acomoda de modo propicio en el mundo; el segundo transforma el mundo de acuerdo con sus necesidades; o quizá deba decir, sus ideas. **<<**

[140] A este respecto merece la pena considerar la conclusión sobre el golpe de Hitler en 1923 por parte del historiador estadounidense Harold J. Gordon al final de su excelente libro *(Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972, pp. 618-619): «Por pura determinación y sentido del deber Hitler se transformó de frenético revolucionario, que había sido reprimido y silenciado a causa del golpe, en líder político, dispuesto a aceptar años de construcción cuidadosa y continua lucha como preludio del poder. Tanto Rossbach como Ehrhardt y Ludendorff fueron incapaces de dar este paso esencial y murieron políticamente; Hitler lo dio con una zancada y los dejo muy atrás. El golpe había transformado al viejo Hitler en el nuevo, de igual modo que la Primera Guerra Mundial y la revolución habían transformado al bohemio de Munich y Viena que quería ser artista en un líder revolucionario —y de las dos transformaciones, ésta era quizá la mayor—. [Esto es discutible]. Su primera gran crisis hizo a Hitler un revolucionario. La segunda lo hizo el líder indiscutible de un serio movimiento político. La tercera lo condujo a tomar el timón de Alemania, mientras que la cuarta lo condujo a la derrota, la conquista y la muerte». **<<**

[141] Conocemos muchos detalles importantes acerca de su historial médico. (Véase Ernst Günter Schenck, *Patient Hitler: Eine Medizinische Biographie*, p. 83; también Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, capítulo 8.) «La creencia de que estaba enfermo y le quedaba poco tiempo dirige desde entonces todos los pensamientos, planes y actos de Hitler» (Maser, ib., p. 331). Quizá no «dirige» sino que «influye». Deuerlein y Fest reconocieron esto incluso antes; véase Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 536, donde se hace referencia a una «Wesensänderung», a una modificación en su personalidad. También Speer recordó el cambio en Hitler, a quien estaba muy unido en ese momento. Un ejemplo importante: en enero de 1938 Hitler ordenó súbitamente a Speer que construyera la nueva cancillería del Reich, que debía estar lista en un año (para la recepción anual del cuerpo diplomático, programada el 9 de enero de 1939; finalmente se completó dos días antes). Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 116: «La velocidad que Hitler exigió durante la construcción provenía de la preocupación por su salud. Temía seriamente que no iba a vivir mucho más». (Destruida en 1945, la nueva cancillería del Reich fue el edificio —a menudo vilipendiado de modo injusto— más excelso de Speer). Véase también Leon Krier, *Albert Speer: Architecture 1933-1942,* Bruselas, 1985. **<<**

[142] Al menos hasta 1944, cuando su estado sí que se agravó realmente a causa de la enfermedad de Parkinson. **<<**

[143] En Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 475. Véanse también las observaciones de Speer sobre los últimos años de la vida de Hitler: «Se había vuelto de nuevo más afable e íntimo. En muchos aspectos me recordaba al Hitler con quien había comenzado a trabajar doce años antes, excepto que ahora parecía más misterioso. Centraba su afabilidad en las pocas mujeres que habían estado con él durante años». **<<**

III. ¿REACCIONARIO Y/O REVOLUCIONARIO?

[144] Sólo después de haber escrito lo anterior encontré el uso de esa metáfora por el propio Hitler en Eberhard Jäckel, *Hitlers Herrschaft*, p. 171, nota 28, que cita una afirmación de Hitler en 1931: «Si el judaísmo mundial quiere una vez más hacer retroceder la rueda de la historia, será aplastado por esa misma rueda». **<<**

[145] Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* pp. 250, 252, 253 y 263: «El dilema de la definición parece irresoluble». **<<**

[146] *Joachim Fest,* Adolf Hitler: Eine Biographie, *p. 238*. **<<**

[147] Hubo, como veremos, algunos conservadores alemanes que —unos con cautela y otros sin ella— saludaron el movimiento de Hitler como «contrarrevolucionario», en especial, antes de y en 1933. Tras 1945 no hubo en Alemania prácticamente ninguna interpretación similar, tanto si su consideración de Hitler era cautamente apologética como si no (por supuesto, exceptuando algunos marxistas de Alemania del Este). Una excepción, ciertamente nada apologética: Christian Graf von Krockow, *Scheiterhaufen, Grösse und Elend des deutschen Geistes*, Berlin, 1983, en la cual Krockow insistía sobre el elemento antiigualitario y contrarrevolucionario de Hitler, justo lo opuesto a los ideales de la Revolución Francesa. **<<**

[148] Existen percepciones similares (aunque pocas veces expresadas o definidas de modo tan categórico) en una gran variedad de estudios monográficos o especializados, sobre todo desde 1970. Un buen ejemplo es Horst Möller, «Die nazionalsocialistische Machtergreifung. Konterrevolution oder Revolution?», en VEZ, enero de 1983; en él, Möller se declara, de modo callado pero convincente, a favor de esta última afirmación. **<<**

[149] Véase Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 250, nota 290: «Un trabajo sobresaliente». También: R. Ziteimann, *Soziale Zielsetzungen und revolutionäre Motive in Hitlers Weltanschauung als Forschungsdesiderat*, Darmstadt, 1983. El mismo título sugiere (*Forschungsdesiderat*) la insistencia de su autor en que este tema debe ser mejor estudiado e investigado. **<<**

[150] Véase especialmente el capítulo 9. **<<**

[151] Excepto que su propia concepción como líder, como *Führer* de un movimiento, no apareció hasta 1921-1922. **<<**

[152] En Alemania (y Austria) el sentido positivo de «contrarrevolucionario» había desaparecido en gran medida a la altura de 1933; en algunas otras naciones europeas (Hungría, España y las bálticas) se prolongó hasta cerca de 1938. No obstante, en esos lugares (igual que en la propia Austria tras 1930) la lucha principal se desarrollaba entre las dos «derechas»; entre una conservadora y otra populista, entre una derecha tradicionalista y otra radical. **<<**

[153] En este punto debo prestar atención a otra terminología que desafortunadamente se confunde en la actualidad. Se trata de la aún amplia identificación (aunque cada vez más desvanecida) entre «burgués» y «clase media». Ambos términos no son iguales. Por un lado, ha sido tanta la inflación de la palabra «clase media» que se ha convertido cada vez más en un término carente de su significado anterior; por otro lado, «burgués» ha empezado a perder últimamente el significado peyorativo que en el siglo XIX le atribuían no sólo los marxistas, sino también bohemios, artistas y aristócratas (o sus admiradores). (Véase una discusión de esto en mi ensayo «The Bourgeois Interior» en *The American Scholar*, septiembre de 1970; y también en *The Passing of the Modern Age*, Nueva York, 1970). A ello debe añadirse el significado específico del término alemán «Bürger», que no sólo insinúa «clase media» o «burgués», sino también «ciudadano», «vecino» y «prohombre de una ciudad», este último con un tinte patricio. El ideario de Hitler era «Völkisch», es decir, populista: una Alemania apenas sin clases (aunque quizá no totalmente), que descansara sobre la fuerza de las convicciones nacionalsocialistas del pueblo alemán. Que la *Bürgertum* alemana compartiese algo de la ideología «Völkisch» no significa que fuera «populista», al menos no del mismo modo que Hitler. **<<**

[154] Günter Scholdt, *Autoren über Hitler*, Bonn, 1993, p. 734). **<<**

[155] Notas Koeppen, p. 2 del manuscrito que está en el IFZ. **<<**

[156] Rainer Ziteimann, *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p. 146. Véase Konrad Heiden, *Adolf Hitler*, p. II, donde Heiden, que en este caso se equivoca, escribió: «Toda la vida de Hitler es su amor peculiar e infeliz por la buena sociedad burguesa [guten bürgerlichen]». **<<**

[157] *Rainer Ziteimann,* Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs, *p. 84*. **<<**

[158] De ahí, por ejemplo, el frecuente antimarxismo entre la clase obrera en muchos lugares del mundo: una refutación completa de Marx. También puede ser de interés señalar que el anticomunismo a menudo estaba más extendido no cuando era mayor el poder de la Unión Soviética o de los marxistas y comunistas locales, sino cuando éste era más débil: así fue en muchos países europeos en la década de 1930 y en los Estados Unidos en la década de 1950; por ejemplo, durante los años de McCarthy. **<<**

[159] Citado en Klaus Scholder, *Die Kirchen und das Dritte Reich*, Berlin, 1985,1, p. 246. Por supuesto retomaría esos argumentos tras invadir la Unión Soviética en junio de 1941, pero en ese momento ya no sería al servicio de la política nacional, sino como un instrumento para la actuación del hombre de Estado. Al mismo tiempo (de nuevo en privado), expresó a menudo su admiración por Stalin, junto con su odio despectivo hacia los reaccionarios capitalistas Churchill y Roosevelt. Más detalles de esto en el capítulo V. **<<**

[160] Citado en Konrad Heiden, *Adolf Hitler*, p. 228. Añádase a ello la destacada percepción de Heiden: «Es seguro: como orador Hitler da la impresión de ser un hombre honesto. En los momentos más altos de sus discursos puede que esté engañándose a sí mismo, pero ya diga cosas ciertas o las más graves mentiras, sigue siendo lo que dice, [son] por completo expresiones de su propio ser. […] La unidad entre este hombre y sus palabras es el [segundo] secreto de su éxito» (ib., pp. 101-102). También: «Por muy despreciables que puedan ser sus ideas, sus logros son una prueba del viejo adagio: el genio nace de la constancia [*das Genie fleiss ist*]. Gracias a su carácter infatigable Hider derrotó a sus oponentes» (ib., p. 103). **<<**

[161] *Citado en Friedrich Heer,* Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *p. 273*. **<<**

[162] Friedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 235. También pp. 220-221: «Releyendo *Mein Kampfers* 1938 encontré algo muy significativo: Adolf Hitler tiene una extraordinaria consideración por su partidarios cristianos, católicos, clericales, bávaros y conservadores. Ésa es la cruda realidad: muchísimo de lo que hay en *Mein Kampfpodía* ser aceptado de modo incuestionable por sus fieles seguidores cristianos, luteranos, católicos y conservadores: los ataques contra los judíos, los masones y la democracia, la llamada a la destrucción de la Unión Soviética y la 'necesaria' lucha contra Francia». Y: «En *Mein Kampf Adolf Hitler* se distancia expresamente de las ideas […] neopaganas y de una 'religión germánica'. En muchos lugares, una lectura actual de *Mein Kampf da* la impresión de su deseo […] de apaciguar y calmar a sus seguidores cristianos». **<<**

[163] Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 95. «Sin duda […] a largo plazo la Iglesia sabrá cómo ajustarse a los propósitos políticos del nacionalsocialismo; Dios lo sabe, ha sido así a lo largo de la historia. Una nueva religión de partido sólo significaría un retroceso al misticismo de la Edad Media. Así lo demuestra el 'mito de las SS' y el ilegible libro de Rosenberg *The Myth of the Twentieth Century*». **<<**

[164] Hitler en una de sus charlas de sobremesa, el 18 de septiembre de 1941 (notas Koeppen, p. 13): «Brüning, un hombre de cierto talento […] mi oponente más peligroso era sin duda el Partido del Centro». **<<**

[165] Citado en Michael Prinz y Rainer Ziteimann (eds.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, p. 13. **<<**

[166] *Citado en Friedrich Heer*, Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *pp. 250, 262*. **<<**

[167] Ernst Deuerlein, *Hitler: Eine politische Biographie*,, p. 119. El cardenal Faulhaber, en el sermón de Año Nuevo de 1938, elogió a Hitler como un «ejemplo de una vida sencilla y sobria, alejada del alcohol y la nicotina citado en Lothar Gruchmann, "Korruption im Dritten Reich», en VFZ, octubre de 1994, p. 577. **<<**

[168] *Hans Frank,* Im Angesicht des Galgens, *p. 33*. **<<**

[169] *Schreiber*, Hitler: Interpretationen 1923-1983, *p. 152*. **<<**

[170] El elemento clave aquí es la creencia de Ranke (y también de Hegel) en la suprema importancia *del Estado',* que para Hitler estaba superada por la primacía de *la Nación*. (Véase capítulo IV.). **<<**

[171] Bullock [*Hitler: A Study in Tiranny*, p. 314) observó el realismo de Hitler en 1923: su insistencia en que la primera misión era derrocar la república «antes que gastar las fuerzas en una lucha con los franceses que los alemanes estaban abocados a perder», era sensata; pero Bullock se equivocaba (ib., p. 93, nota 1) al trazar un paralelo entre Hitler y Lenin («ambos deseaban lograr una revolución interna antes de expulsar al invasor extranjero»). En *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 430, Fest señaló la primacía de la política interior, aunque no enfatizó suficientemente la exitosa propaganda anticomunista de Hitler. **<<**

[172] Notas Koeppen, 18 de septiembre de 1941, p. 13. **<<**

[173] *La primera cita en Heer*, Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *p. 247; la segunda en Ziteimann*, Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs, *p. 118*. **<<**

[174] *David Irving,* The War Path: Hitler's Germany 1933-1939, *p. 21*.
<<

[175] Haffner, *The Meaning of Hitler*, pp. 28-29: «¿Fue un logro de Hitler el milagro económico alemán de los años treinta? Pese a todas las objeciones concebibles, probablemente haya que contestar de modo afirmativo. Es totalmente cierto que (…) los asuntos económicos, antes de 1933, no habían jugado prácticamente ningún papel en sus planes o su pensamiento político». Y el milagro económico no se debió sólo al rearme. Ib., p. 31: «Los verdaderos hechos son que el Tercer Reich estaba produciendo armas y mantequilla y otros muchos productos». **<<**

[176] Citado en Simone Petrément, *Simone Weil: A Life*, Nueva York, 1976, pp. 510-511. [Hay traducción española: *Vida de Simone Weil*, Madrid, 1997]. Véase también Peter Drucker, *The End of Economic Man*, Londres, 1939; un libro que Churchill supuestamente leyó con gran interés. **<<**

[177] «No soy un dictador y nunca lo seré (…) cualquier presumido puede gobernar como un dictador». Citado en Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 572. **<<**

[178] Rainer Ziteimann da numerosos ejemplos, en *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, de tales afirmaciones de Hitler, p. 569, nota 189. Véase también en Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tiranny*, p. 191, la «carta abierta» de Hitler a Brüning, el 13 de diciembre de 1931: «Usted se resiste, como 'hombre de Estado', a admitir que si llegamos al poder de modo legal, podíamos entonces dominar por medio de la legalidad. Señor Canciller, la *tesis* fundamental de *la democracia dice: 'Todo el Poder es* del Pueblo'». **<<**

[179] Fiedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 417. En David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* p. 65, Irving cita a Hitler el 23 de noviembre de 1937: «Las monarquías como máximo son capaces de defender lo que se ha conquistado; los imperios mundiales sólo los ganan los movimientos revolucionarios». **<<**

[180] Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*, Leoni am Starnberger See, 1977, p. 393. **<<**

[181] *Joachim Fest,* Adolf Hitler: Eine Biographie, *p. 25*. **<<**

[182] En especial por la generación alemana a la que estaba dirigido principalmente el *Hitler* de Fest, pero también por numerosos biógrafos que precedieron a Fest (Heiber, Deuerlein y otros); después por Haffner y más recientemente por Zitelmann. **<<**

[183] *Hans Frank,* Im Angesicht des Galgens, *p. 320*. **<<**

[184] Fest *(Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 370): «La extraordinaria capacidad de Hitler para reconocer situaciones, para ver más allá de intereses encontrados, para advertir las debilidades […] su sentido táctico [era al menos tan importante como] lo era su poder retórico para convencer a la gente Encuentro esto más convincente que al otras veces juicioso Kershaw, *Hitler: Profile in Power*, p. 37: "[En 1930-1933] el papel personal que jugó Hitler está en gran manera ensombrecido por asuntos y acontecimientos fuera de su alcance». También ib., pp. 38,45, 52: «Los acontecimientos exteriores —el Plan Young para reajustar los pagos de las reparaciones, el *crash* de Wall Street, y la decisión totalmente innecesaria de Brüning de convocar elecciones en el verano de 1930— colocaron a los nazis en el escenario político». Y: «[…] sin la llegada de la crisis económica mundial de 1929» la extrema derecha, «que se reducía a un minúsculo resto del electorado, […] habría permanecido igual». También: «Sin la Depresión [Hitler] hubiera seguido siendo una insignificante minoría de la periferia lunática». No creo que esto fuera así, pero Kershaw tiene razón en ib., pp. 46-47: «Hitler combinó la rigidez de los puntos básicos de su dogma con el máximo pragmatismo en las maniobras políticas […]». Y, p. 112: «[…] lejos de revelar una inocencia e incapacidad que lo hubieran convertido en una marioneta en manos de los grupos de poder tradicionales, mostró una apreciación rápida y profunda de las realidades del poder gubernamental». **<<**

[185] Rainer Zitelmann, *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, pp. 87, 122. Lo que todavía sigue siendo discutible: «Desafortunadamente el área de la política social [de Hitler], al contrario que la política exterior nacionalsocialista, aún no ha sido investigada [estudiada] a fondo». Ésta, lo mismo que algunas otras afirmaciones de Zitelmann, como mínimo sugiere un alegato que niégalos hechos desfavorables; aunque menos que las de Toland. Por ejemplo, John Toland, *Adolf Hitler*, p. 405: «La tuberculosis y otras enfermedades descendieron notablemente; los juzgados de lo penal nunca habían tenido tan poco trabajo ni las prisiones tan escasos ocupantes. Es un placer observar las aptitudes físicas de la juventud alemana. Incluso las personas más pobres estaban mejor vestidas que antes y sus caras alegres testifican la mejoría psicológica realizada en su interior». No es totalmente falso, pero adviértase que la cita proviene de un libro de propaganda alemana, utilizada por «Sir Arnold Wilson, diputado»; Toland no mencionó que Wilson era un notorio partidario británico del nazismo. **<<**

[186] John Lukács, *The Last European War, iggg-tg4i,* pp. 175, 176, 177. También p. 177, nota 5: «Quizá también sea significativo que en 1939 Danzig y Gleiwitz, en la frontera polaca, registraran una tasa de nacimientos espectacularmente elevada entre las ciudades alemanas; más de un 24 por mil (la media de las ciudades alemanas de tamaño similar era del 17,5 por mil); aún más espectacular fue la tasa de matrimonios en Linz, por entonces una ciudad nazi prototípica, cuna de Hitler y de Eichmann, con 25,8 matrimonios por cada mil habitantes, más del doble de la media nacional». **<<**

[187] Un buen resumen general en Helmut Heiber, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 96-97. **<<**

[188] Percy Ernst Schramm, *Hitler: the Man and Military Leader*, p. 86; John Toland, *Adolf Hitler*, p. 405; también notas Koeppen, p. 41. **<<**

[189] Michael Prinz y Rainer Zitelmann (eds.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, p. 214 (Schäfer); p. 16 (Zitelmann); pp. 210-211 (Schäfer). Este último citaba un libro sobre la publicidad [Werbung] en Berlín en 1939: «Para que la publicidad tenga un efecto completo […] es necesario considerar a la gente *al completo*» (cursivas del original). No obstante, ya Viktor Klemperer en lti: *Notizbuch eines Philologen,* Leipzig, i960, advirtió muchos de los americanismos transformados al estilo nazi en el lenguaje del Tercer Reich. [Hay traducción española, *LTI: La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2002]. **<<**

[190] *Joachim Fest,* Adolf Hitler: Eine Biographie, *pp. 399, 410*. **<<**

[191] Viktor Klemperer, *LTI: Notizbuch eines Philologen*, Leipzig, i960, pp. 126, 191. **<<**

[192] Acerca de Hitler y el salvaje Oeste americano véase p. 133. **<<**

[193] Citado en Scholdt, *Authoren über Hitler*, p. 660. **<<**

[194] Véase también Gert Kalow, *Hitler… das deutsche Trauma*, Múnich, 1976. **<<**

[195] Por supuesto, esta cuestión es inseparable de las memorias y del extenso remanente de material de Speer (y de Troost), incluida la complicada relación entre Hitler y Speer. Acerca de esto véase Albert Speer, *Erinnerungen* y también Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with the Truth*, Londres, 1995. **<<**

[196] Hildegarde Brenner, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus*, Hamburgo, 1963, p. 118. **<<**

[197] Hay traducciones españolas: Pevsner, *Breve historia de la arquitectura europea*, Madrid, 1994; y Zevi, *Saber ver la arquitectura*, Barcelona, 1998. (N. del T.). **<<**

[198] «La construcción de carreteras ha sido siempre el signo de los gobiernos poderosos, dijo, desde los romanos y los incas hasta Napoleón.» (David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* pp. 22-23). **<<**

[199] Krier, *Albert Speer: Architecture 1933-1942,* p. 213, citando a Speer. Acerca de la analogía entre las autopistas y el Partenón, véase Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie,* p. 527 y ss. También, Hitler a Abel Bonnard (intelectual francés admirador suyo) en 1937: «El hombre debe considerarse de un modo nuevo, espiritualmente y no sólo profesionalmente. (…) No basta con construirle una casa, también hay que hacer que una luz brille desde su interior». (Friedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 319). **<<**

[200] *Leon Krier,* Albert Speer: Architecture 1933-1942, *p. 226*. **<<**

[201] *Werner Maser,* Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit, *p. 103*. **<<**

[202] Wolfgang Wippermann, «Nationalismus und Preussentum», *Das Parlament* (26 de diciembre de 1918), p. 127. «En esto se diferenciaba de manera esencial de la mayoría de los conservadores prusianos y protestantes de la República de Weimar». **<<**

[203] En contra de la famosa «¿Arde París?» de 1944, él no ordenó que se destruyera París. En el momento de la retirada alemana de Roma ese año, también ordenó que no se dañara ni tocara, pero esa orden fue hecha pública con un propósito propagandístico, para impresionar a la gente de todo el mundo, incluidos los católicos. Por otra parte, las destrucciones de Londres o Budapest no le molestaron en absoluto. Por supuesto, no ordenó la destrucción de las grandes ciudades alemanas —la guerra aérea de sus «brutales» enemigos angloestadounidenses lo estaba haciendo—, pero se opuso rotundamente a visitar e incluso a ver las ciudades destruidas. Simpatizaba con el argumento de Goebbels, según el cual aquello tenía un lado positivo; esto es, la destrucción de los últimos restos del viejo orden burgués. En una ocasión también dijo que las ciudades destruidas se volverían a construir en menos de treinta años. **<<**

[204] Acerca de esto véase el capítulo IX (también mi artículo «American History: The Terminological Problem» en *The American Scholar*, invierno de 1992). Considérese también el punto de inflexión en la vida de Mussolini. Al contrario que Hitler, Mussolini fue en 1929 el fundador del movimiento del «fascismo», aunque con anterioridad, en 1911-1912, ya había descubierto que era un socialista *nacionalista.* Mutatis mutandis*,* considero que esto también es aplicable a Stalin (una de las razones por las que éste, en torno a 1932, prohibió el uso del término «nacionalsocialismo» insistiendo en que, en su lugar, los comunistas usaran las palabras «fascista» o «hitleriano»). **<<**

[205] *«Der Arbeiter* [el trabajador] es también un soldado en combate [*Frontsoldat*]. Mirando el último siglo de historia alemana, podemos afirmar *con orgullo* que hemos sido *malos Bürger* [ciudadanos] […]» (reimpreso en Ernst Jünger, *Essays*, II, Stuttgart, 1965, p. 17). Véase también el útil compendio de Armin Mohler, *Die konservative Revolution in Deutschland 1918-1932,* Stuttgart, 1950. **<<**

[206] La otras veces juiciosa Marlis Steinert se expresa así en *Hitler*, p. 174: «En comparación con la concisión de Marx, las ideas [de Hitler] parecían muy vagas […]». Véase también Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, 1995, pp. 624-625 y 819-821: «Gracias a la propaganda de Hitler la oposición natural entre capital y proletariado fue barrida; las masas ya no reaccionaron más a ella […]». Muchas cuestiones llevaron a una «aceptación fundamental del régimen de Hitler por parte de la clase trabajadora». **<<**

[207] Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 58: «Los únicos oponentes o rivales a quienes Hitler tuvo que considerar con seriedad y con quienes en ocasiones tuvo que luchar en la arena política nacional, entre 1930 y 1934, fueron los conservadores. Los liberales, la gente del centro o los socialdemócratas nunca le dieron el mínimo problema y tampoco lo hicieron los comunistas». (Éste fue un fenómeno mundial: se puede aplicar igual a Franklin Roosevelt en la década de 1930, cuyos rivales más peligrosos fueron Huey Long y otros oponentes como el padre Coughlin. Véase también «The Two Rights» en John Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* pp. 286-296). **<<**

[208] Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 123, nota 1: *Volk* es «una palabra difícil de traducir: combina la idea del nacionalismo con las de la raza y el antisemitismo», a lo que podemos añadir la idea y el componente populista. **<<**

[209] En las lenguas romances no existe «folk» como tal. Considérese también el peyorativo término alemán, principalmente del siglo XIX, «Pöbel» (que significa «muchedumbre») derivado del francés «peuple» y condenatorio del mismo, al menos implícitamente. **<<**

[210] *L'ami du Peuple* era en 1971 el título del periódico radical y agitador de Marat; en la década de 1930 era el título de un semanario fascista francés. **<<**

[211] Durante algún tiempo los comunistas mantuvieron su terminología populista: por ejemplo, las «democracias populares» (para diferenciarlas de las «democracias capitalistas»), aunque a menudo éstos no eran más que los residuos de una terminología política anterior. **<<**

[212] Sobre esto véase Lukács, *Historical Conciousness*, pp. 69 y ss. **<<**

[213] Esto es evidente en la historia política de los Estados Unidos en el siglo xx, pese a que lamentablemente pocas veces se reconoce así: el populismo es nacionalismo, y en varios sentidos, mientras que el populismo y el (verdadero) conservadurismo son por completo incompatibles (sin importar lo que digan nuestros conservadores actuales). Un nacionalista conservador y antidemocrático como Emst Jünger así lo reconoció, aunque sólo tras su desilusión con el Tercer Reich. El populismo que comenzó con la propaganda democrática de la Revolución Francesa —escribió durante la guerra— ha producido hoy «todo tipo de nuevos espíritus y nuevos males» (*Strahlungen* —su diario—, 27 de marzo de 1944, citado en Scholdt, *Authoren über Hitler*, p. 542). También en su *Auf den Marmorklippen* (¡publicado en Berlín en 1939!): «¿Qué ocurre cuando los débiles leen incorrectamente las leyes [de la historia] y, medio ciegos, abren con sus propias manos las puertas que permanecían cerradas para protegerles?». **<<**

[214] Lothar Kettenacker, «Sozialpsychologische Aspekte der Führer-Herrschaft», en *Der Filhrerstaat: Mytos und Realität. Studien zur Struktur und Politik des Dritten Reiches*, Stuttgart, 1981, pp. 124, 130. **<<**

[215] Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 1035, 1037. **<<**

[216] *M. Rainer Lepsius,* Extremer Nationalismus. Strukturbedingungen zu der national sozialistischen Machtergreifung, *Stuttgart, 1966, p. 11*. **<<**

[217] Ms. Koeppen, pp. 23-24. **<<**

[218] Friedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 343, cita la obra de Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*'. En el hospital Hitler le dijo a Frank que había confiado en la Providencia; si se recuperaba lo vería como un signo para hacerse político; y cuando recuperó la vista, «yo estaba realmente asombrado y lo tomé como una llamada del cielo». Speer (*Erinnerungen*, p. 570, nota 19) cita el discurso de Hitler a los industriales alemanes en 26 de junio de 1944: «Me parece como si debiéramos resistir todas las pruebas del Diablo, Satán y el Infierno, hasta que alcancemos la victoria final. Tal vez no soy un pío practicante; no lo soy. Sin embargo, muy en mi interior soy todavía un devoto creyente [*ein frommer Mensch*], lo que significa que las leyes de la naturaleza que un Dios ha creado corresponden a este mundo: todo aquel que lucha valerosamente y no se rinde, sino que se levanta una y otra vez y vuelve a avanzar, no será abandonado por el Todopoderoso, sino que al final recibirá la bendición de la Providencia. Ésa ha sido la suerte de todas las grandes almas [*Geister*] de este mundo». **<<**

Maser *(Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 279, nota 401) cita su entrevista con la hermana de Eva Braun en 1971: Hitler y Eva Braun rezaron juntos antes de suicidarse. Aquí el perspicaz Haffner se equivocó en parte. *The Meaning of Hitler*, p. 92: «[Hitler], a pesar de sus acostumbradas apelaciones retóricas a la 'Providencia' y al 'Todopoderoso', no sólo era antirreligioso [esto es verdad], sino que no percibía lo que la religión podía significar para los demás [no era así]». (Respecto a Stalin, véase su referencia a Dios en su charla con Churchill en agosto de 1942; también el trato final que dio a la Iglesia ortodoxa rusa). Hitler no era un ateo; aquí encontramos de nuevo el peligro de las verdades a medias, y quizá también al san Juan del Apocalipsis, quien predijo que el Anticristo no aparecería como Satán o Lucifer, ni como un ateo, sino como alguien que en muchos aspectos actuaría y se presentaría como un creyente y un cristiano (véase el capítulo IX para una discusión más profunda).

[219] Harold J. Gordon, Jr., *Hitler and the Beer Hall Putsch*, Princeton, 1972, pp. 407-408, también p. 409. **<<**

[220] Una tendencia general en la mayoría de los historiadores —quizá en especial entre los alemanes— ha sido ver este capítulo de la historia alemana como un capítulo horrendo pero de transición: algo entre (o un compuesto de) lo viejo y lo nuevo, en parte también a causa de algunas ambigüedades evidentes en el carácter y las ideas de Hitler. Hay algo de verdad en esta afirmación, aunque en mi opinión no lleva demasiado lejos. **<<**

IV. ESTADO, PUEBLO, RAZA, NACIÓN

[221] Un influyente ejemplo del empleo del término es la obra de Hannah Arendt *The Origins of Totalitarianism*, publicada en 1951, la cual tuvo un impacto considerable sobre los intelectuales, en especial en Nueva York, muchos de los cuales reconocieron por primera vez (y de modo tardío) los rasgos totalitarios de la dictadura de Stalin. Este libro, con imperfecciones y deshonesto (véase mi reseña-ensayo en la *New Oxford Review*, «Vital Works Reconsidered», abril de 1990), había sido compuesto por su autora a mediados de la década de 1940 y en principio sólo se refería a los orígenes y las prácticas del nazismo; ahistórico y de verbosidad estridente, las tesis de esta obra se ilustraban con citas tomadas de un surtido indiscriminado de libros. Después de 1948, Arendt pensó que sería político añadir dos capítulos, extremadamente superficiales, en que se expusieran los rasgos totalitarios del estalinismo. Éstos se ilustraban con citas de no más de dos libros (entonces recientes) que describían los crímenes de Stalin. **<<**

[222] Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 95: «Sería una excesiva simplificación caracterizar a Hitler como un hipermaquiavélico no sujeto por la ley. Su concepto de legalidad provenía de lo que consideraba 'las leyes eternas de los acontecimientos naturales'». Kershaw, *Hitler: Profile in Power*, p. 194: «Hitler no fue un tirano impuesto sobre Alemania. En muchos aspectos fue, hasta bien entrada la guerra, un líder nacional muy popular». Al mismo tiempo Speer (*Erinnerungen*, p. 370), acerca del pragmatismo de Hitler, cita a éste diciendo: «Sólo puede haber un dogma, en suma: lo que es útil es correcto». **<<**

[223] Véase Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 324. Adviértase también la diferencia con Spengler, en *La decadencia de Occidente*: «El Estado es la forma de un pueblo». El «elitista». Spengler aún consideraba que «el Estado» era de orden superior a «el pueblo»; Schmitt en ocasiones; Hitler nunca, excepto cuando las circunstancias le obligaron a hacerlo así (acerca de esto véase el capítulo v). **<<**

[224] Esta es la esencia del relevante argumento de Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*, Chicago, 1968. **<<**

[225] *Alan Bullock,* Hitler: A Study in Tyranny, *p. 404*. **<<**

[226] Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 571; también p. 572. **<<**

[227] *Ian Kershaw,* Hitler: Profile in Power, *p. 62*. **<<**

[228] Zitelmann *{Adolf Hitler: Eine politische Biographie*, p. 85) cita a Haffner: en 1933 existía, entre la mayoría de Alemania, un extendido sentimiento de libertad, de haberse «librado de la democracia [parlamentaria]». Añade: «Las esperanzas de un renacer de la grandeza nacional se unieron a las esperanzas utópicas de una sociedad mejor y más atenta a lo social. Puede sonar paradójico, pero el fin de la democracia [parlamentaria] pareció significar para muchos el comienzo de un verdadero gobierno popular». **<<**

[229] El término *el Estado*, originalmente un anatema no sólo para Marx sino también para Lenin, se había convertido en sacrosanto en la Unión Soviética en 1939 (puede incluso argüirse que las purgas de Stalin entre 1936-1939 significaron la transformación de una burocracia de partido en una burocracia de Estado). En cualquier caso, Stalin (quien, justo al contrario que Lenin, no era un revolucionario, sino un hombre de Estado) descubrió la importancia suprema del Estado justo al mismo tiempo en que Hitler descubrió que esa importancia suprema había quedado anticuada; otro ejemplo del atraso del comunismo de Stalin en comparación con el nacionalsocialismo de Hitler. **<<**

[230] Jäckel (*Hitler's Weltanschauung: Entwurfeiner Herrschaft*, p. 99) también cita *Mein Kampf*. «La cuestión de la estructura exterior del Estado […] no es de importancia capital, únicamente sirve para ciertos propósitos prácticos». Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 86, va más allá —en mi opinión de modo correcto— y reconoce la importancia de que «en el sistema político de Hitler el Estado tiene un papel completamente subordinado». **<<**

[231] Citado en un estudio de Horst Zimmermann en Manfred Funke (ed.), *Deutschland und die Mächte. Materialien zur Aussenpolitik des III. Reiches*, Düsseldorf, 1977, p. 817. **<<**

[232] Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 60: «No hay nada más engañoso que llamar fascista a Hitler». Fest, que se mostraba más favorable a Nolte, utilizó en ocasiones el término «fascista» en *Adolf Hitler: Eine Biographie*—, sin embargo, tal como escribió Bracher en su reseña complementaria de esta obra de Fest, esto ocurría rara vez y no tenía influencia en la interpretación de Fest, según la cual Hitler, al contrario que otros «fascistas», no se basó en reminiscencias del pasado, sino que trabajó a favor de un cambio revolucionario. **<<**

[233] Citado por Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 644. Añade: «Por repelentes que sean las circunstancias de la muerte de Röhm, nos debemos preguntar si Hitler tenía alguna otra alternativa […]». Doenitz, el sucesor de Hitler, no acabó de comprender esto. En 1945 (en cautiverio) dijo que en junio de 1934 Hitler había tenido que navegar entre dos contrarios: según los nazis radicales (Röhm), la revolución nacionalsocialista no había llegado lo bastante lejos; según los conservadores (Papen), había ido demasiado lejos. Sin embargo, había, algo más que este tipo de navegación calculada en la mente de Hitler: mientras Röhm siguiera vivo, Hitler no podría contar con la obediencia indiscutible de los líderes del *ejército*, que era el único elemento fuerte de la estructura del Estado que todavía no estaba *totalmente* subordinado a él. **<<**

[234] *Alan Bullock,* Hitler: A Study in Tyranny, *p. 257*. **<<**

[235] *Der Arbeiter*, Berlín, 1932, p. 270. **<<**

[236] Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 581. Las citas son de la edición de 1935 de *Mein Kampf*, It, p. 603. **<<**

[237] Son dignos de mención —y esperanzadores— los recuerdos del alemán occidental Heinz Krekeler, expresados en el coloquio del IFZ, *Deutscher Sonderweg: Mythos oder Realität*?, Múnich y Viena, 1982, p. 65. Krekeler fue miembro del parlamento de Alemania Occidental y de la comisión constitucional del Estado de Renania del Norte-Westfalia en 1946-1950. Se opuso al axioma fundamental «Todo el poder del Estado proviene del pueblo» en la constitución de Alemania Occidental, «fervientemente (…) y tuve éxito con un sencillo argumento que mis colegas encontraron muy persuasivo. Hacer la soberanía popular absoluta —es interesante que sólo lo quisiera así la facción comunista— significaba que el pueblo soberano podía volver de nuevo a deshacerse de la democracia e introducir otra dictadura. Debe existir algo que limite la soberanía popular: son los valores básicos y los derechos básicos de [nuestra constitución]». Un edificador ejemplo de verdadero conservadurismo, inspirado por los entonces recientes recuerdos de Hitler y el Tercer Reich. **<<**

[238] Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, pp. 80, 82. Esto es más sólido que la cita de Fest del a menudo poco fidedigno Rauschning en *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 939. Supuestamente Hitler le dijo a Rauschning: «Raza es un concepto más importante que nación: con la idea de nación los franceses llevaron su revolución más allá de sus fronteras; con la idea de raza el nacionalsocialismo conducirá a su revolución hacia un nuevo orden mundial». **<<**

[239] *Percy Ernst Schramm,* Hitler: The Man and Military Leader, *p. 77*. **<<**

[240] Albert Speer, *Erinnerungen*, pp. 94, 95. **<<**

[241] *Friedrich Heer,* Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *p. 406*. **<<**

[242] *Véase John Lukács,* The Last European War, 1939-1941, *p. Z97*. **<<**

[243] Discurso del 26 de mayo de 1944, publicado y anotado por Hans-Heinrich Wilhelm en *Militärgeschichtlich Mitteilungen*, 1976 (2), pp. 149-150. En este discurso Hitler no insistió en la superioridad del «núcleo» racial nórdico: «El más fuerte de estos núcleos raciales, con talento comercial, pero no creativo, entre nosotros habrían sido los judíos, a largo plazo, con la diferencia de que estos judíos no serían absorbidos racialmente por el pueblo alemán, pero habrían destruido el *Volk* alemán gradualmente, paso a paso». **<<**

[244] *The Testament of Adolf Hitler*, The Hitler-Bormann Documents. En estos últimos monólogos grabados, Hitler también se refería a los judíos como una «raza espiritual». **<<**

[245] Pocos suristas, si no son racistas, negarán que los negros nacidos en los Estados Unidos son estadounidenses; muchos alemanes negaron que los judíos nacidos en Alemania eran alemanes. (Otros ejemplos: Ulster, Yugoslavia). **<<**

[246] Los subtítulos de los artículos de fondo (que editó el propio Hitler) son un resumen de su discurso: «La maldición de los pequeños Estados alemanes; El patriotismo dinástico; La culpa de la Bürgertum; El cosmopolitismo internacional de los diez mil superiores; El Estado nacionalista». **<<**

[247] Un ejemplo: en el Sarre, de mayoría católica, los nazis sólo obtuvieron menos del 7% de los votos en 1932, mientras que en 1935 —apoyados por el clero— un 91% votó a fa-vor de la unión con el Tercer Reich. En Austria, los líderes más brutales y crueles de las SS —Eichmann, Globocnik, Kaltenbrunner— se identificaban con Alemania, mientras que el nacionalsocialista *austríaco* Leopold fue rechazado por Hitler en 1938-1939. Puede que también sea revelador que Hitler se refiriese en 1940 a los «aislacionistas» del ala derecha en Estados Unidos como «nacionalistas radicales», un término mucho más preciso que «aislacionistas». **<<**

[248] Para una discusión acerca del cultivo del odio en Hitler, véase el capítulo II. **<<**

[249] Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 126-127. **<<**

[250] Konrad Heiden, *Adolf Hitler*, p. 88. **<<**

[251] Hay pruebas de sentimientos de inferioridad ocasionales (o, de modo más preciso, compensaciones de esos sentimientos) en algunas de las expresiones de Hitler. (Churchill se dio cuenta con sagacidad de algunos de ellos: véase John Lukács, *The Duel…*, pp. 41-42). Véase también el discurso de Hitler en Kassel, el 4 de junio de 1939: «No admitiré ni por un momento que nuestros rivales occidentales tengan derecho a pensar o considerarse superiores. (…) No sufro el más mínimo tipo de complejo de inferioridad». (John Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 390). Sus observaciones (9 de enero de 1939) a los obreros y arquitectos reunidos para la construcción de la nueva cancillería, citadas por Speer *(Erinnerungen*, capítulo 5): «¿Por qué la más grande? Hago esto para restaurar el amor propio de cada alemán (…) quiero deciros a cada uno de vosotros: no somos inferiores, al contrario, somos exactamente iguales a cualquier otra nación». Krier, *Albert Speer: Architecture 1933-1942,* p. 214: «Los gigantescos edificios de Hitler estaban hechos para impresionar a la gente con su poder». **<<**

[252] Zitelmann —al igual que otros— enfatizó en exceso el darvinismo social de Hitler. Hitler hizo a menudo referencias a Marx, pero a Darwin en raras ocasiones, si es que hizo alguna. **<<**

[253] En febrero de 1924, ante el tribunal: «La psique del pueblo se caracteriza, antes que nada, por respetar la existencia de poder» (Rainer Zitelmann, *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p. 47). **<<**

[254] Resulta, pues, que la dignidad de la vida humana debe provenir de una refutación del darwinismo y del reconocimiento de que, sin importar cuán pequeña sea, sí que hay una diferencia esencial entre los seres humanos y otros seres vivos. Tanto la cristiandad como la civilización occidental son humanistas en este sentido, en el sentido de su necesaria refutación de la supervivencia del mejor adaptado como principio que gobierna la humanidad. **<<**

[255] Considérese también que el odio es una inclinación *humana*, como lo es el amor. Igual que el amor humano es algo más y distinto de los afectos instintivos de un animal, el odio en los humanos es algo diferente de las «rojas dentelladas y garras» de la naturaleza. Asimismo, mientras el amor humano es siempre amor al otro, el odio humano es egocéntrico de un modo inevitable, puesto que a menudo odiamos en los demás aquello que odiamos de nosotros mismos (esto también es más cierto del nacionalismo que del racismo). ¿Qué era lo que Hitler odiaba de sí mismo? Murió sin divulgar ese secreto. **<<**

[256] Maser, por ejemplo, no tiene más que un breve capítulo (N.Q 9: «Der Feldherr und Stratege») en *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, Jäckel, en *Hitlers Herrschaft*, y en *Hitler in History*, no va más allá de 1941; Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, aunque perspicaces en otras ocasiones, son flojos en cuanto a la política exterior de Hitler; Zitelmann, tanto en su obra *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs* como en *Adolf Hitler: Eine politische Biographie*, es mucho más detallado y convincente en cuanto a la política interior de Hider que sobre su política exterior (cuando describe la decisión de Hitler de atacar Rusia, confía casi por completo en los diarios de Goebbels a pesar de que, en ese momento, Goebbels *no* estaba estrechamente relacionado con la planificación de Hitler). En *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p. 103, Ziteimann niega que Hitler quisiera dominar el mundo: es cierto, pero a continuación no dice nada sobre los límites de sus objetivos geopolíticos. En *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 186, Fest avisa de modo correcto contra la «hasta nuestros días ampliamente extendida representación de [Hitler como] un hombre de instintos […] que ignora la racionalidad y la audacia de planteamientos que fueron básicos en su comportamiento y que gobernaron su ascenso, no en menor medida que el resto de sus evidentes capacidades»; muy cierto, pero a continuación Fest *no* aplica el mismo criterio a los años de la guerra y a la política exterior de Hitler (ahí es donde podemos encontrar los pocos fallos de este libro, por lo demás excelente). Steinert, que es muy agudo en lo que se refiere al pueblo alemán durante la guerra (en *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im H. Weltkrieg*, en *Hitler* es flojo cuando se refiere a la habilidad de éste en la conducción del Estado y como estratega, con una parte de equivocaciones menores; también por apoyarse excesivamente en Goebbels. La desproporción más

extremada entre el espacio y el tratamiento dedicado a los años de guerra y de preguerra es la de Davidson, *The Unmaking of Adolf Hitler*. (Véase p. 21g, nota 40). **<<**

[257] Kershaw en *Hitler: Profile in Power*, por ejemplo en la p. 121: «[…] un desmedido orgullo de poder, la primera fase de lo que acabaría por convertirse en una catastrófica *folie de grandeur* y en un alejamiento de la realidad». (No del todo incierto, pero las últimas cuatro palabras son discutibles). Esta obra también tiende a exagerar la influencia de Ribbentrop sobre Hitler (ib., pp. 144,146), y no trata del deseo y el objetivo de Hitler de dividir a sus enemigos después de 1941. No obstante, Kershaw acierta cuando afirma (ib., p. 177): «Las decisiones de Hitler en el terreno militar de ningún modo son tan absurdas como en ocasiones se han pintado de modo retrospectivo». **<<**

[258] Schramm en *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 31: «Hitler casi nunca perdía el control de sí mismo, incluso a pesar de que con el tiempo sus nervios fueron puestos a prueba hasta un punto en que la mayoría de los hombres, actuando con similar responsabilidad, no habrían estado en iguales condiciones físicas. En consecuencia, es muy difícil acabar de entender lo que Hitler percibía y pensaba en realidad, y difícil clarificar hasta qué punto estaba motivado por la lógica o compelido por el instinto». **<<**

[259] *Hitler's Secret Book*, Nueva York, 1961. Deuerlein es muy sagaz acerca de esto (*Hitler: Eine politische Biographie*, p. 76): «[…] *Mein Kampf no* es […] el 'Itinerario de un Conquistador Mundial' sino más bien un resumen de lo que el propio Hitler decía, artículos de fondo para [un]. 'Völkischer Beobachter'». **<<**

[260] Gerhard Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Berkeley, California, 1982, p. 18, citando las palabras de Hitler al general Halder cuando le designó jefe del Estado Mayor del ejército, en septiembre de 1938: «Lo primero que debe saber usted es que nunca será capaz de descubrir mis pensamientos e intenciones antes de que los dé a conocer como órdenes. […] En política las cosas son distintas; nunca sabrá qué está ocurriendo en mi cabeza […]» (Halder confirmó esto a Fleming personalmente). Véase también en Schramm (*Hitler: The Man and Military Leader*, p. 130) cómo Hitler admitió ante el almirante Rae der sus «tres maneras de mantener los secretos». **<<**

[261] «Dios escribe recto con renglones torcidos». Paradójicamente, eso lo consiguieron su derrota y su muerte (a excepción de Austria y el sur del Tirol). En el último año de guerra, millones de alemanes abandonaron su tierra y huyeron hacia el oeste, hacia lo que quedaba de Alemania; tras la guerra, millones de ellos fueron expulsados de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Yugoslavia. Así pues, por primera vez en ochocientos años, quedaron pocos alemanes en el este de Europa, al otro lado del río Oder, quizá la consecuencia más duradera, e histórica, de la guerra de Hitler. **<<**

[262] Schreiber *(Hitler: Interpretationen 1923-1383,* p. 65) menciona que en *Mein Kampf* Hitler sólo usó dos veces el término *Lebensraum* (espacio vital). (El término provenía del geógrafo alemán Ratzel y de otros, en fecha tan temprana como 1897). **<<**

[263] Hay innumerables ejemplos de esto, tanto en David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939*, como en su *Hitler's War.* Un ejemplo muy revelador: una cita literal de un discurso de Stalin el 5 de mayo de 1941, que incluye un brindis: «¡Por la nueva era de desarrollo y expansión territorial que ha comenzado! ¡Viva la activa táctica de agresión de la nación soviética!» (David Irving, *Hitler's War*, p. 240). No hay absolutamente ninguna prueba de esto. O en David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* p. 147, acerca del embajador británico en Washington, en julio de 1940: "[Él] estaba reconociendo abiertamente que Gran Bretaña había sido derrotada y se suponía que debía pagar". Éste es un error mayúsculo e intencionado en la interpretación de las declaraciones de lord Lothian en ese momento. **<<**

[264] Un ejemplo importante: en David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* Irving apenas presta atención a un punto de inflexión crucial, el cambio en la mente y los hábitos personales de Hitler durante el invierno de 1937-1938. **<<**

[265] También es posible detectar una evolución a lo largo de los cuarenta años de trabajo profesional de Andreas Hillgruber, desde una apreciación oculta y en ocasiones positiva —de modo consciente o no— de la forma en que Hitler dirigió el Estado (evidente aquí y allí en su obra *Hitler's Strategie: Politik und Kriegsführung 1940-1941*) hasta la condena categórica de sus delitos. **<<**

[266] Jäckel en *Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft* se inclina a favor de tal «Stufenplan» («[…] la gran guerra de conquista contra Rusia tendría lugar durante la tercera y última fase»), aunque mucho menos en su *Hitlers Herrschaft* (escrito veinte años más tarde). **<<**

[267] También debo manifestar otro desacuerdo con Hillgruber, que fue uno de los defensores de la teoría —aún atractiva para muchos alemanes— de la guerra dual: que la guerra en el Oeste (que era una «guerra europea normal» [ein europäisches Normalkrieg]) fue lamentable, un trágico desarrollo al que Hitler había contribuido de modo decisivo, mientras que la guerra con Rusia, al menos en sus últimas fases, significó una heroica defensa de la tierra y el pueblo alemán y de la civilización occidental. Comprendo los sentimientos de este nativo de Prusia Oriental, pero debo adherirme a la respuesta que dio el mariscal de campo Montgomery en mayo de 1945 a las exclamaciones de los generales alemanes, que querían obtener de él una rendición parcial: «¡Los rusos son salvajes!» dijeron éstos; a lo que Montgomery respondió: «Deberían haber pensado en ello en junio de 1941». **<<**

[268] Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 203: «Con una mezcla de sangre fría, estrategia y determinación, así como con [su] disposición a correr grandes riesgos por objetivos limitados —y esto lo demostró en todo tipo de situaciones críticas—, logró hacerse con el Partido». También p. 206: Su capacidad, posteriormente demostrada, para dominar las crisis también incluía la repetida tendencia a «poner en riesgo sus triunfos gracias a su posterior exageración». **<<**

[269] Algunos de sus biógrafos rehúyen el término «hombre de Estado», sobre todo por las connotaciones positivas del mismo. De ese modo Heiber en *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p 117: «No. Hitler fue un muy inteligente líder de partido, un demagogo muy entregado, un orador que inspiraba, e incluso habría algo que decir sobre Hitler como comandante militar, pero un *hombre de Estado* no era». **<<**

[270] Por ejemplo a Churchill. Además, al no ser optimista, Hitler acostumbraba a esperar lo peor de sus enemigos. Esto fue más allá de atribuirles debilidades. **<<**

[271] Schramm (*Hitler: The Man and Military Leader*, p. 32, nota 2) cita al doctor Hasselbach («el más crítico y fiable de los doctores de Hitler»): «Hitler aseveró en repetidas ocasiones que una de sus capacidades esenciales, en la que podía confiar de modo absoluto, era la de juzgar a los hombres. Incluso una breve impresión le era suficiente para poder decir qué clase de persona era un hombre y cómo podía ser utilizado del mejor modo». **<<**

[272] Görlitz y Quint citan una afirmación de Hitler en *Adolf Hitler: Eine Biographic*, p. 482: «La estrategia no es una ciencia oculta, es la aplicación de un saludable conocimiento de la naturaleza humana. Sus fundamentos [ihre Grundformen] pueden estudiarse en un combate de boxeo: los ejércitos no son más que cuerpos gigantescos». Esto se corresponde con la idea de Hegel según la cual el Estado no es más que un gran cuerpo humano, un «Macroanthropos». **<<**

[273] Fest cita a Hitler acerca de las nerviosas concesiones británicas *(Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 801): «meine Hugenberger», «los semejantes de Hugenberg» (o «mis Hilgenbergs»); Hugenberg había sido un conservador nacionalista alemán que cooperó con Hitler con la esperanza de salirse con la suya y de quien Hitler después se desentendió con facilidad. **<<**

[274] Fue, como la mayoría de los líderes militares triunfadores, un innovador; pero, consecuente consigo mismo, creía que era más importante la moral militar que las nuevas armas. A este respecto había, de nuevo, una diferencia entre sus manifestaciones públicas y sus creencias privadas: fue a los demás a quienes en ocasiones sugeriría la importancia decisiva de las «armas maravillosas», mientras que hay pocas pruebas de que compartiera personalmente las ansiosas expectativas depositadas en ellas. Steinert (*Hitler*, p. 538) exagera la confianza de Hitler en las nuevas armas (sus «pueriles ilusiones»). Jäckel (*Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft,* p. 14g) probablemente acierta: llega un momento en el que Hitler «ya no sigue creyendo en lo que dice», aunque Jäckel no aplica esto a los años 1943-1945. **<<**

[275] Algunos ejemplos. Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 371, nota 95: «Hitler, que rara vez leía los despachos de sus embajadores, estaba en cambio muy interesado en la información secreta recogida por los espías. A principios de julio de 1940 quiso leer absolutamente todos los informes, de cualquier clase, de los agentes, y las transcripciones de las escuchas de conferencias telefónicas provenientes de Londres. En la primavera de 1941 quiso, y consiguió, una serie de informes reunidos por los agentes que trabajaban en la embajada soviética en Berlín. Muchos de ellos contenían trivialidades, pero Hitler tenía un profundo interés». Leyó muchos informes y artículos acerca de los adversarios estadounidenses de Roosevelt durante la guerra. En 1944 comentó con detalle un artículo de un número (marzo de 1944) de la *Contemporary Review* británica. Irving describe los informes del «Forschungsamt» como la clave de los éxitos políticos de Hitler, pero esto es una exageración. **<<**

[276] Schramm (*Hitler: The Man and Military Leader*, p. 104) cita a Jodi acerca del asombroso dominio de los detalles técnicos de Hitler: «Se debió a él personalmente que el cañón antitanque de 75 mm remplazara a los de 37 mm y 50 mm, y que los cañones cortos montados en los tanques fueran remplazados por los largos de 75 mm y 85 mm. El 'Panther', el 'Tiger' y el 'Königstiger' […] se desarrollaron como tanques modernos por propia iniciativa de Hitler». Ib., p. 106: «Su grado de aptitud técnica es aún más destacable si consideramos que Hitler nunca había tenido una educación de este tipo ni la oportunidad de adquirir experiencia práctica en una industria». Ib., p. 70: «Su notable memoria, junto con una férrea actividad y un gran poder de concentración». (No obstante, Hitler sólo comenzó a imponerse esa clase de autodisciplina después de diciembre de 1941). Carr, *Hitler: A Study of Personality and Politics*, p. 78: «Está bastante claro que Hitler no era un ignoran-te que pontificaba acerca de materias [militares] totalmente fuera del alcance de sus conocimientos. Al contrario, Hitler de hecho tenía un conocimiento sorprendentemente amplio de estrategia militar y buen ojo para las tácticas operativas en acciones de defensa; algo que no se esperaría de un lego Sobre esto el otras veces juicioso Kershaw es menos convincente, *Hitler: Profile in Power*, p. 171: "En muchas cuestiones, su concepción de las armas derivaba de los desarrollos tecnológicos de la Primera Guerra Mundial y la década de 1920. Además, apenas tenía preparación para hacer frente a los sofisticados principios científicos y tecnológicos de los sistemas de armamento modernos». Véase también Albert Speer, *Erinnerungen*, para numerosos ejemplos, incluido el diseño de Hitler para los búnkeres de la costa atlántica: planeados hasta los últimos detalles por «él solo, por las noches. Eran bocetos, pero bien desarrollados». **<<**

[277] Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 147: «Sería un error menospreciar a Hitler como estratega, o negar que durante la primera mitad de la guerra desarrolló planes considerados magistrales incluso por numerosos expertos escépticos». Ib., p. 190: «Sin duda Hitler fue capaz, por sus propios métodos, de obtener mucho más de la Wehrmacht alemana de lo que hubiera creído posible incluso el más confiado optimista». También Bullock (*Hitler: A Study in Tyranny*, p. 588): «Hitler, el recién llegado, que nunca había ido a la universidad ni a una academia militar, había ganado al Foreign Office y al Estado Mayor en su propio terreno. Se acostumbra a minusvalorar este triunfo. […] [Pero] si a Hitler […] con justicia se le debe hacer responsable de los posteriores desastres del ejército alemán, tiene derecho a compartir también el mérito por las victorias […] no puede achacarse en ambos casos a los generales alemanes». **<<**

[278] No obstante, estudiaba con detenimiento los manuales náuticos: era capaz de recordar numerosos detalles acerca de la velocidad, el blindaje, el tonelaje y el armamento de los buques de guerra enemigos. Fest *(Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 306) reconoció que Hitler fue consciente de que había terminado el predominio del poder marítimo. **<<**

[279] En una ocasión Goebbels criticó al ministro de exteriores Neurath: No es un nazi, «pertenece a un mundo completamente diferente». Hitler: No. «[Neurath] es considerado en el mundo anglosajón [un caballero]» (Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 162). También p. 217: «Para Hitler no era habitual usar la palabra 'caballero'». **<<**

[280] El término *Realpolitik* fue acuñado en 1853 por el escritor de Heidelberg A. L. von Rochau, en su obra *Grundsätze der Realpolitik*. **<<**

[281] Así, por ejemplo, designaría al propio Papen, por cuyas ideas y tácticas políticas en el interior de Alemania tenía poco respeto, para importantes puestos en el extranjero (Viena y Ankara) en los que las astutas capacidades de Papen servían bien a Hitler (al menos hasta 1944). De hecho, hubo ocasiones cruciales (como en julio de 1940) en las que Hitler llamaría a Papen, si no para que le aconsejara, sí para escucharle. John Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 334, nota 15: «En una ocasión, en 1939, Ribbentrop prohibió a los miembros del ministerio que hablaran directamente con Papen [gd, D, VIII, p. 330], aunque Papen siguió desempeñando sus funciones bajo la protección de Hitler». **<<**

[282] Görlitz y Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 513: «Aplicó de modo literal la imagen de las luchas de partidos [de la República de Weimar] a la política exterior. Nunca se dio cuenta de que la política interior y la exterior son dos asuntos totalmente diferentes». Pero ¿lo son? A este respecto, la sintética afirmación de Irving es, por una vez, más reveladora (David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* p. xxill): «En opinión de Hitler, los [anteriores] hombres de Estado alemanes habían puesto muy abajo entre sus prioridades la solidez interior. […] En primer lugar restauró la unidad psicológica de Alemania; sobre esa base estable reconstruyó su poder económico y sobre esto construyó a su vez el poderío militar con el que reforzar una activa política exterior». **<<**

[283] Así Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 836, señala que: «Después de 1939 Hitler se alejó de la 'Politik' y jamás volvió a ella». Esto es muy discutible. **<<**

[284] Fest no tiene razón acerca de Mussolini, «quien, más que otros, insistió en resistirse al avance alemán» en Stresa en 1935, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 673. También exagera la *Realpolitik* durante la Guerra Civil española, ib., p. 685: «[.] aquí de nuevo fue táctico y mostró una fría racionalidad que estaba completamente [?] vacía de ideología: durante años no hizo nada para fomentar la victoria de Franco y prefirió que [la guerra civil] continuara». **<<**

[285] Toland, *Adolf Hitler*, p. 401: Hider convence a Japón para firmar el Pacto Anti-Comintern en 1936: «De admitido carácter invertebrado, el acuerdo era importante como estratagema política para justificar el rearme alemán». No tenía nada que ver con el rearme, y todo que ver con su cálculo del uso ventajoso del anticomunismo. **<<**

[286] También Zitelmann (especialmente en *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*) está equivocado acerca de la política exterior de Hider. Pone excesivo énfasis en el aprecio de Hitler por Inglaterra, con lo que en consecuencia sugiere que los británicos fueron responsables de no responder a aquél de modo adecuado. Otros historiadores alemanes también se ha decantado por esto, incluido Hillgruber, que respetaba a Chamberlain, pero no a Churchill. Asimismo, Zitelmann explica la decisión de Hitler de ocupar Renania en marzo de 1936 como una reacción a la ratificación del pacto francosoviético de 1935 por parte del Parlamento francés, un pacto «que Alemania consideró como una ruptura del tratado de Locarno». No Alemania, sino Hitler, quien lo utilizó como pretexto. **<<**

[287] A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Nueva York, 1961. Según él: «La conferencia fue una maniobra en asuntos nacionales». (Sólo en el mismo sentido en que algunas obras de Taylor fueron maniobras en los asuntos universitarios británicos). Bullock, en posteriores ediciones de su obra *{Hitler: A Study in Tyranny*, pp. 367-370) ajustó sus primeras afirmaciones sobre la Conferencia Hossbach en vista de lo dicho por Taylor: «El significado de este encuentro en noviembre de 1937 ha sido sujeto de una considerable controversia». Es cierto que el protocolo Hossbach (así como el de otro importante discurso de Hitler a sus generales, el de la Segunda Guerra Mundial de agosto de 1939) no fue una transcripción exacta y literal. **<<**

[288] Un argumento importante *contra* Munich es la existencia de un plan entre algunos generales alemanes, el general Beck entre ellos, para organizar un golpe contra Hitler si entraba en guerra con Checoslovaquia. Las noticias de las visitas de Chamberlain a Hitler y posteriormente Munich pusieron fin a esos planes. Sin embargo, hay pocos indicios de que una conspiración militar contra Hitler hubiera tenido éxito en ese momento: los recursos del partido y de las SS y, lo que es más importante, los sentimientos del pueblo alemán respaldaban a Hitler, al menos con tanta fuerza como lo hicieron en julio de 1944. Fest está equivocado *{Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 777): «Hoy día es innegable que en el otoño de 1938 Hider no podría haber resistido un enfrentamiento militar más de unos pocos días». **<<**

[289] Stalin sí hizo un cauteloso discurso el 10 de marzo de 1939, que sugería —de manera indirecta— algún acuerdo con Alemania. Sin embargo, Toland *{Adolf Hitler*, p. 526) se equivoca por completo cuando dice que la prensa alemana «sacó partido [de aquél] como si fuera un acercamiento más profundo al Reich, y los periódicos soviéticos respondieron con una felicitación por su discernimiento». También está equivocado (ib., pp. 522-523) sobre el rumbo de las negociaciones entre Polonia y Alemania en el invierno de 1938-1939, y acerca de que (ib., p. 521) en marzo el Foreign Office británico (Ministerio de Exteriores) fue «avisado por el embajador rumano de que fuentes secretas indicaban que Hitler tomaría el poder en Rumania y Hungría en los próximos meses». M. Tilea no era embajador y los británicos le negaron el crédito de inmediato. **<<**

[290] El bromista inglés que al recibir la noticia del pacto entre Hitler y Stalin supuestamente dijo *all the Isms are Wasms* (todos los *ismos* son del pasado) estaba por supuesto bastante en lo cierto, pero mientras que el comunismo internacional era realmente del pasado, el nacionalsocialismo alemán no lo era. **<<**

[291] Su capacidad para el *divide et impera* —esto es, para no comprometerse con uno u otro bando por algún tiempo— ya se demostró en 1921—1922 y en 1924-1925 frente a los antagonismos en el interior del partido (y quizá también en 1933-1934, entre el ejército y las SA). **<<**

[292] *Andreas Hillgruber,* Hitler's Strategie: Politik und Kriegsfiihrung 1940-1941, *pp. 28-29. También Joachim Fest,* Adolf Hitler: Eine Biographie, *p. 801, y Sebastian Haffner,* The Ailing Empire: Germany from Bismarck to Hitler, *p. 224*. **<<**

[293] El bárbaro tratamiento que recibió el pueblo polaco tuvo mucho que ver con su odio hacia éste por haber osado resistirse y haber provocado así una guerra mundial. Haffner *(The Meaning of Hitler*, p. 162) señala con astucia: «[…] al haber ganado la guerra contra Polonia militarmente, Hitler ni mucho menos utilizó la victoria para cumplir su objetivo original, que era forzar a los polacos a entrar en la alianza que previamente habían rechazado». Al mismo tiempo, hay multitud de pruebas del carácter, potencialmente suicida, de su orgullo desmedido. Fest cita así la afirmación que hizo el 23 de noviembre de 1939: «En esta lucha venceré o caeré; no sobreviviré a la derrota de mi pueblo. Para el [mundo] exterior no habrá capitulación, en el interior no habrá revolución». Así sería. **<<**

[294] Hillgruber (y otros) dan demasiada importancia a esto. No obstante, en fecha tan temprana como el 5 de diciembre de 1940 Hitler descartó hacer de Moscú el principal objetivo de las operaciones. **<<**

[295] «Su ideología [Weltanschauung] dominaba ahora su Realpolitik», Walter Görlitz y Herbert A. Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 240. **<<**

[296] Fue —y tenía que ser— debatida. Hillgruber, en *Hitler's Strategie: Politik und Kriegsführung 1940-1941,* escribió repetidas veces que la guerra contra Inglaterra era de importancia secundaria *(zweitrangig* para Hitler. Este argumento no se sostiene (acerca de esto véase Lukács, *The Last European War, 1939-1941, passim*). El historiador alemán Bernd Stegemann lo refutó (1982) de modo convincente en GWU, 1982, pp. 206-213 (también en 1987); y también Hartmut Schustereit, *Vabanque. Hitlers Angriff auf die Sowjetunion 1941 als Versuch, durch den Sieg im Osten den Westen zu bezwingen*, Herford y Bonn, 1988. Hillgruber, en Manfred Funke (ed.), *Hitler Deutschland und die Mächte. Materialen zur Aussenpolitik des III. Reiches*, Düsseldorf, 1977 (p. 100, nota 18) criticaba el artículo de Broszat en vfz, 1970, en el que éste había escrito que la decisión de Hitler de ir contra Rusia no fue «un meditado plan para llevar a cabo sus ideas de *(Lebensraum]*» sino que «sintió la obligación *(ein Zugzwang* de acabar con la espera en el verano de 1940 y dar paso a un final definitivo de la guerra». Broszat tenía razón. La respuesta de Hillgruber fue débil: «En realidad la decisión de Hitler de una guerra en el Este [aún no era una decisión] llegó en julio de 1940, en un momento en que estaba convencido de la posibilidad de alcanzar un acuerdo con Gran Bretaña». No, no estaba tan convencido. Gisevius *(Adolf Hitler: Versuch einer Deutung*, p. 516), a menudo superficial, pero en este caso perspicaz, escribió: «Tomó el desvío de Moscú [a fin de] derrotar a Inglaterra». Bullock no es claro sobre esto *(Hitler: A Study in Tyranny*, p. 598): el 31 de julio de 1940 «Hitler aún ponía la invasión de Gran Bretaña como prioridad en su argumentación pero ya estaba pensando en atacar Rusia en 1941, capitularan primero los británicos o no». Jäckel ve una dualidad, pero no se decide (Jäckel, *Hitlers Herrschaft*, p. 86): «Desde la década de 1920 Hitler quería conquistar Lebensraum en Rusia; ése fue siempre su principal

motivo, pero no lo enfatizó cuando trató de convencer a su círculo del plan». De manera más clara, ib., p. 86: «Todo indica que siempre mantuvo [los planes de *Lebensraum*] presentes. Por supuesto, es difícil determinar si creía realmente en la nueva justificación estratégica que presentó en julio de 1940 o si la introdujo para convencer a sus partidarios al respecto de una nueva campaña de conquista: probablemente se dieron ambas». **<<**

[297] Hay muchas manifestaciones similares de Hitler, entre las que se encuentra la del 27 de diciembre de 1940 al almirante Raeder, quien insistía en concentrar todos los recursos alemanes contra Inglaterra. Hitler: «Eso no puede hacerse hasta que la última esperanza continental de Inglaterra haya sido eliminada». A Hewel, el 29 de mayo de 1941: Cuando Rusia sea derrotada, «eso forzará a Inglaterra a firmar la paz. Espero que este año». Diario de guerra de Halder, 14 de junio de 1941: «Después del ataque a Rusia y de la evolución de sus cálculos acerca de que el derrumbe de Rusia induciría a Inglaterra a abandonar la lucha». Ese mismo día: «El principal enemigo sigue siendo Gran Bretaña» (de una «fuente inédita proporcionada por un general de la Luftwaffe —sin más referencias o fuentes, no obstante—, en Irving, *Hitler's War,* p. 266). Diario de Hewel, 20 de jimio de 1941: "Una larga conversación con el *Führer*. Espera mucho de la campaña rusa […] piensa que Gran Bretaña tendrá que ceder» (obsérvese que Hewel no era un general). A Keitel el 18 de agosto de 1941 (adap, d,13, I, p. 346): «El objetivo final del Reich es la derrota de Gran Bretaña». El 22 de agosto de 1941, con los ejércitos en Leningrado, en marcha hacia Kiev y cada vez más cerca de Moscú, en el diario de guerra de Halder: el objetivo de Hitler es «eliminar definitivamente a Rusia como potencia aliada de Inglaterra en el continente, privando por lo tanto a Inglaterra de cualquier esperanza de un cambio en su fortuna, con la ayuda de la última gran potencia existente». Hitler al almirante Fricke (ktb/SKL, 28 de octubre de 1941): «La caída de Moscú puede que incluso fuerce a Inglaterra a firmar de una vez la paz». **<<**

[298] *The Testament of Adolf Hitler*, The Hitler-Bormann Documents, Londres, 1961, p. 15, febrero de 1945. **<<**

[299] Barry A. Leach, *German Strategy Against Rusia 1939-1941,* Oxford, 1973, p. too: «[…] su intento de atribuir a las operaciones en el Este alguna relación con la guerra que ya se estaba librando en el Oeste fue una racionalización para los oídos de los generales. El verdadero propósito de la campaña era el cumplimiento de la *Lebensraumpolitik* de Hitler» [hay traducción española: *El alto estado mayor alemán*, Madrid, 1995]. No fue así. Haffner es más comedido, pero su conclusión es discutible (Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 115): «Esos intentos de racionalización de Hitler no deben tomarse demasiado en serio. El ataque de Hitler a Rusia no se hizo *a causa de* sino *a pesar de* que continuase la guerra contra Gran Bretaña» (las cursivas son de Haffner). **<<**

[300] En fecha tan temprana como el 9 de enero de 1941, ktb/OKW: «Incluso ahora los rusos no deben ser subestimados». El 21 de junio de 1941, Himmler a Heydrich: «El *Führer* no es tan optimista como sus asesores militares», en Barry A. Leach, *German Strategy Against Rusia 1939-1941,* Oxford, 1973, p. 156. La noche anterior al 22 de junio alguien del círculo de Hitler habló de Rusia como una «gran burbuja». Los generales estaban seguros, sin excepción. Hitler de repente se volvió pensativo; dijo que Rusia era más bien como el barco de «El Holandés Errante» y añadió: «El comienzo de toda guerra es como abrir la puerta de una habitación oscura. Uno nunca sabe lo que se esconde en la oscuridad» (Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 139). **<<**

[301] Los historiadores sobre la dualidad: Jäckel en *Hitler's Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft,* p. 68; también p. 56: «[…] en las circunstancias reinantes la campaña del Este también servía a un propósito dual. Estaba pensada para dar pie a la conquista de espacio vital, así como para desalentar a Gran Bretaña de una vez por todas». Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 102: «En política siempre es un error perseguir dos objetivos al mismo tiempo». Quizá. Zitelmann *{Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p. 147) escribe que los propósitos de Hitler no estaban claros; no menciona una dualidad, pero menciona el hábito de Hitler de acumular «cualquier argumento posible para justificar sus decisiones». **<<**

[302] Considérese que si bien Hitler no habló demasiado del *Lebensraum* antes de que comenzara la campaña, en agosto y septiembre de 1941 seguía hablando de ello a algunos miembros de su círculo, lo que al menos sugiere que había comenzado a servirle con el propósito de justificarse. Considérese también que, más allá de las especulaciones generales de Hitler en sus charlas de sobremesa, los planes detallados para el asentamiento alemán en el Este no los hizo Hitler, sino Himmler y otros (y en 1943 una orden del *Führer* condujo a la paralización de esos planes). Ziteimann, *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p. 161: «La opinión, muy aceptada, de que con la conquista de tierras rusas Hitler quería introducir una 'nueva ruralización' de la sociedad alemana a fin de realizar una utopía 'antimoderna' y 'antiindustrial' es incorrecta». **<<**

[303] De modo enfático —e incorrecto— por A. J. P. Taylor. Bullock en *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 662: «Hitler nunca supuso —no más que Hindenburg o Ludendorff en 1917-que tendría que tener en cuenta una intervención seria de los Estados Unidos en la guerra europea». En absoluto. Hitler a Jodl (ktb/OKW, I, p. 966) el 17 de diciembre de 1940, es decir, el día anterior a dictar la orden definitiva de la operación Barbarroja: «Debemos resolver todos los problemas continentales europeos en 1941, puesto que a partir de 1942 los Estados Unidos de América estarán en condiciones de intervenir». Haffner en *The Alting Empire: Germany from Bismarck to Hitler*, p. 229, acerca de la decisión de Hitler de declarar la guerra a los Estados Unidos: «Ésta debe ser la decisión más desconcertante entre todas las de la Segunda Guerra Mundial. No puedo explicarla […]». Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, pp. 117-118: «Hasta el día de hoy no hay una explicación racional comprensible para algo que uno está tentado de describir como un momento de locura […] lo que indujo a Hitler a provocar la entrada de los Estados Unidos en la guerra alemana, una entrada que hasta entonces astutamente había hecho todo lo posible para evitarla, no fue el ataque japonés a Pearl Harbour sino la exitosa contraofensiva rusa en Moscú […]». Una explicación inadecuada. **<<**

[304] Jäckel tiene bastante razón en *Hitler in History*, p. 74: Antes de Pearl Harbour «el temor a una intervención estadounidense y el deseo de mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra aún eran las piedras angulares de la política alemana respecto a Japón». **<<**

[305] No era Hitler quien ignoraba los Estados Unidos, sino historiadores tales como Ernst Nolte, que lo demuestra en esta absurda afirmación en su *Deutschland und der Kalte Krieg*, Múnich, 1974, p. 160: «Cómo puede nadie con un ápice de seriedad dudar de que Roosevelt tendría cierta simpatía por un movimiento anticomunista y antisemita en los Estados Unidos [...] si el Partido Comunista de Estados Unidos había jugado en la política estadounidense un papel similar al del Partido Comunista en Alemania». **<<**

[306] Koeppen, notas, IfZ, 5 de octubre de 1942: «El *Führer* nos dijo después que había adquirido la mayoría de sus conocimientos de la geografía [estadounidense] leyendo a Karl May». Andreas Dorpalen, en su excelente artículo «Hitler, the Nazi Party, and the Wehrmacht in World War II» en Harry L. Coles (ed.), *Total War and Cold War*, Columbus (Ohio), 1962, p. 72: «Sus generales carecían de recursos y de imaginación», comenzó a quejarse Hitler; «son demasiado correctos, su pensamiento es demasiado convencional. Deberían haber leído más historias del salvaje Oeste». Steinert en *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg*, p. 545: «El falso romanticismo y la [filosofía] contraria a la civilización de un Karl May, cuya lectura Hitler aconsejaba repetidamente». Dijo que siendo canciller había releído todos los libros de May. En 1943 ordenó que se imprimieran 300 000 ejemplares de un libro de May *(Winnetou*), para ser distribuidos entre los soldados alemanes. Klaus-Dietmar Henke en *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Munich, 1995, p.133: En noviembre de 1944, «El jefe de servicio de Himmler transmitió a los jefes de distrito una exhortación de Guderian de prepararse para astutas tácticas de combate y comportamiento 'de estilo indio' […] a este respecto los libros de Karl May habían demostrado ser educativos». En Scholdt, *Authoren über Hitler*, pp. 296-300, cinco sólidas páginas tratan este tema; véase también Vappu Tallgren, *Hitler und die Helden. Heroismus und Weltanschauung*, Helsinki, 1981. También Gerturd Willenburg, *Von Deutschen-Helden. Eine Inhaltsanalyse der Karl-May-Romane*, Colonia, 1967. El protagonista más famoso de May, Old Shatterhand, era un germano-estadounidense. Por otra parte, May no fomentaba la brutalidad y sus historias gustaban a muchos alemanes, entre ellos, por ejemplo, al artista radical George Grosz. **<<**

[307] Véase su afirmación en *Hitler's Secret Book* (Bormann, documentos) acerca de que un conflicto con Estados Unidos sólo llegaría cuando él no viviera. Sin embargo, hizo pocas afirmaciones de ese tipo hasta que en el otoño de 1941 empezaron a abundar en sus conversaciones de sobremesa, probablemente porque entonces previo que la guerra con los Estados Unidos estaba cerca. Así, por ejemplo, su conversación de sobremesa del 10 de septiembre y sus manifestaciones a Ciano, el 25 de octubre, y a Popov, ministro de exteriores búlgaro, el 27 de noviembre. **<<**

[308] Diario de Halder, 18 de noviembre de 1941. Las afirmaciones de Jodl las cita Schramm en *Hitler: The Man and Military Leader*, pp. 26-27. Hay algunas señales de que Hitler comenzó a pensar así en fecha tan temprana como mediados de agosto. (Diario de Goebbels, 18 de agosto de 1941: «¿Paz por separado con Stalin? ¿Caerá Churchill?»). Hitler consideraba prácticamente inevitable la entrada estadounidense en la guerra. **<<**

[309] Hitler a sus generales el 23 de mayo de 1939: "El principio por el cual uno evita solucionar un problema adaptándose a las circunstancias, es inadmisible. Las circunstancias deben más bien adaptarse a las exigencias [*Forderungen]*" (imt, XXXVIII, 079-L, p. 549). **<<**

[310] Un buen resumen de los comentarios de los historiadores sobre esto en Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1383,* p. 133, nota 252. **<<**

[311] La noche del 12 de abril de 1945, Goebbels corrió al búnker de la cancillería con la noticia de la repentina muerte de Roosevelt; llevaba champán: «¡La emperatriz ha muerto!». (La súbita muerte de la emperatriz rusa Isabel en 1762 condujo de inmediato a la disolución de la coalición contra Prusia y al triunfo de Federico). Este episodio a menudo es malinterpretado por los historiadores: «Hitler compartía por entero el estado de ánimo de Goebbels» (Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 781). Fue Goebbels, no Hitler, quien se dejó llevar por el entusiasmo esa noche. (Además a Hitler le desagradaba el champán). **<<**

[312] El historiador diplomático estadounidense Paul Schroeder, en su excelente libro *The Transformation of European Politics 1763-1848,* Oxford, 1994, p. 477, acerca de la gran coalición de 1813-1814 contra Napoleón: «Para la coalición en su conjunto la victoria militar nunca fue la meta principal, incluso en las últimas fases de la guerra. Los aliados, pese a que a veces diferían extremadamente sobre las condiciones, siempre buscaron, de una u otra forma, una paz negociada y estuvieron de acuerdo en que la guerra debería acabar tan pronto como se alcanzaran las condiciones apropiadas. La razón de que la guerra se prolongase hasta un desenlace militar, aunque no con una victoria total, fue el persistente rechazo de Napoleón a negociar seriamente. La guerra finalizó tan pronto como el gobierno francés accedió a negociar, pese a que en ese momento el ejército francés aún era capaz de luchar y controlaba la mayor parte de Francia y también zonas esenciales fuera de ella». Esto no era válido para Hitler y la Segunda Guerra Mundial, con seguridad no tras 1941. **<<**

[313] Se dio una impresionante recuperación en el propio hombre. En noviembre de 1941 a veces daba la impresión de estar deprimido; ahora cambió sus tradicionales hábitos de trabajo. Éstos habían incluido un elemento bohemio; a menudo era desorganizado en su rutina diaria. Ahora, sin embargo, desapareció esa inclinación contraria al trabajo regular y continuo. Speer fue uno de los primeros en notarlo (*Erinnerungen*, p. 293): «En lugar de su costumbre anterior de organizar las cosas de improviso, entre períodos de lasitud, ahora apareció una extensa rutina de trabajo. Mientras en el pasado había entendido de modo excelente cómo dejar que los demás trabajaran por él; ahora él, con responsabilidades crecientes, cada vez se hacía cargo de más detalles. Se convirtió en un trabajador muy disciplinado y como esto iba en contra de su carácter no siempre resultó bueno para sus decisiones». También Fest *(Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 917): «Su gran, desesperada, autodisciplina». Y Maser *(Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 254): En 1941-1942 en lo más hondo, y de modo secreto, ya no tenía la ilusión de una victoria [definitiva] y eso «le impidió visitar el frente. [Pero] aquello no se debía a que temiese por su propia vida». Hubo dos elementos de su rutina que no cambiaron: su hábito de levantarse tarde por la mañana y acostarse muy tarde por las noches y su creciente dependencia de una gran variedad de medicamentos. **<<**

[314] El otras veces perspicaz Haffner *(The Meaning of Hitler*, p. 49) escribió: «Tras 1941, es más, desde el otoño de 1941 en adelante, ya no hubo nuevos éxitos». No fue así. Kershaw *(Hitler: Profile in Power*, p. 189) afirma: «Desde finales de 1941, la derrota y la destrucción eran el único resultado posible». Discutible. **<<**

[315] Por supuesto, en 1944 reconocería y apoyaría a algunos de ellos, cuando sus anteriores satélites o socios adjuntos lo abandonaron, pero eso ya no tenía importancia. **<<**

[316] En agosto de 1939 ordenó a su fotógrafo Heinrich Hoffmann (a quien también le confió un mensaje personal para Stalin) que retocara la foto que mostraba a Stalin con un cigarrillo en su mano izquierda. Gisevius *(Adolf Hitler: Versuch einer Deutung*, p. 449) cita a Hoffmann, que recordaba las palabras de Hitler: «La firma de un pacto entre dos grandes naciones es un acto solemne, ¡uno no lo hace con un cigarrillo entre los dedos! Semejante imagen no muestra la suficiente seriedad». **<<**

[317] Hitler a Mussolini en enero de 1940: «[…] desde el triunfo definitivo de Stalin Rusia está experimentando un cambio desde [la ideología de] el bolchevismo hacia un estilo de vida ruso más nacionalista». De modo paralelo, hay pruebas de la admiración de Stalin por Hitler (en fecha tan tardía como diciembre de 1944, hizo una observación favorable sobre Hitler a De Gaulle). También hay algunas razones para creer que las purgas hechas por Stalin entre algunos de sus seguidores, que comenzaron en 1935, estuvieron influidas por la imagen de la liquidación de Röhm por Hitler en 1934. **<<**

[318] Speer, *Erinnerungen*, p. 306: Según prosiguió la guerra, Hitler «hablaba de Stalin con total reconocimiento; en especial enfatizaba el paralelo con la resolución de Stalin ante un Moscú en peligro en el invierno de 1941, en la que veía algo parecido a [su propia] situación. [Esto en 1945]. En ocasiones anteriores había dicho, medio bromeando, que en el caso de una victoria sobre Rusia lo mejor que podría hacerse sería confiar a Stalin la administración de ese país, naturalmente bajo la hegemonía alemana, ya que Stalin era el mejor hombre para eso. Al fin y al cabo en Stalin veía algo parecido a un colega». En fecha tan tardía como julio de 1944 (Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 399), Hitler pensó que Stalin podía haber estado en lo correcto con sus purgas; tal vez el juicio contra el general Tujachevski en los procesos de Moscú no fuese falso. Ziteimann en *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, p 161: «La tesis difundida por la propaganda [no sólo fue difundida por la propaganda, sino expresada por Hitler en ocasiones] de que el objeto era la derrota del bolchevismo judío, Hitler no se la creía»; había llegado a la conclusión de que Stalin seguía «una política nacional rusa, al haberse librado de la influencia judía mediante sus purgas». Sin embargo, el mismo Hitler, el 8 de noviembre de 1941, en uno de sus discursos *públicos* (Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 384): Stalin "no es **<<**

[…] sino un instrumento en manos de los judíos todopoderosos"; tras él están Kaganovich «y todos esos judíos que están [dirigiendo] ese poderoso Estado».

[319] *The Testament of Adolf Hitler*. The Hitler-Bormann Documents, 26 de febrero de 1945: «La brutal manera en que [Stalin] decapitó la intelectualidad judía, que tan señalado servicio le había prestado en la destrucción de la Rusia zarista, me animó […]». También: «Ese imperio estalinista que en todo lo esencial sólo era el sucesor espiritual del imperio de Pedro el Grande». 2 de abril de 1945: «Es posible que, bajo la presión de los acontecimientos, los rusos se deshagan por completo del marxismo judío, únicamente para reencarnar el paneslavismo en su forma más feroz y despiadada». **<<**

[320] Por supuesto, estaba impresionado con lo alcanzado por Speer en cuanto a producción armamentística alemana. Entre 1942 y 1944 ésta se había *triplicado*. Speer, *Erinnerungen*, p. 286: Esto parecía «apoyar la tesis de Hitler de que lo imposible sí podía hacerse y de que los pronósticos y ansiedades podían ser demasiado pesimistas». **<<**

[321] Carr, *Hitler: A Study of Personality and Politics*, p. 105; también Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 165, cita a Hitler hablando con dos de sus generales el 31 de agosto de 1944: «El momento aún no está maduro para una decisión política […] no debo dejar pasar la oportunidad […] pero en un momento de importantes derrotas militares es casi infantil e ingenuo esperar una situación políticamente favorable para hacer un movimiento. […] Llegará el día en que las tensiones entre los aliados se vuelvan tan fuertes que a pesar de todo la ruptura se producirá. La historia nos enseña que las coaliciones se rompen, pero uno debe aguardar el momento, por muy difícil que sea la espera. [Debo] continuar luchando hasta que haya posibilidad de una paz decente […] entonces debo firmarla. […] Ocurra lo que ocurra debemos proseguir esta lucha hasta que, como dijo Federico el Grande, 'uno de nuestros malditos enemigos se dé por vencido'». **<<**

En ese momento Hitler estaba muy enfermo: a su médico favorito (Morell) le dijo que las semanas posteriores al 20 de julio fueron las peores de su vida. Nadie puede imaginarse por lo que tuvo que pasar. «A pesar de severas dolencias, pérdidas del equilibrio que duraban horas, y de encontrarse en un estado terrible del que no dijo nada a nadie, se mantuvo firme y luchó con una energía de hierro. Había riesgo de un colapso, pero él lo venció con su voluntad» (Schenk, *Patient Hitler: Eine Medizinische Biographie*, p. 131). También: a lo largo de septiembre y octubre hubo días en los que tuvo que cancelar su conferencia diaria acerca de la situación y estuvo postrado en cama casi dos semanas. A mediados de noviembre (ib., p. 396, confiando en parte en el diario de Goebbels). Hitler se quedó en cama, pálido y delgado, en camisa de dormir y bajo mantas militares. Se le aconsejó que convocara a sus generales a su dormitorio y diera allí la conferencia acerca de la situación. No: «Se levantó jadeante y a trompicones, se vistió sin ayuda y cojeó hasta la mesa de la conferencia, cubierta por un mapa, se sentó, secó el sudor de sus ojos y pidió que entrasen los generales». Tras la guerra, estando en prisión en Spandau, Walther Funk le comentó a Speer que Hitler no les decía a sus médicos cómo se sentía en realidad («se creía sus propias mentiras»). Speer (*Erinnerungen*, p. 367) es más verosímil: La gente en torno a Hitler «admiraba su compostura en las situaciones críticas. […] Este mandato que se impuso a sí mismo fue un logro extraordinario de su voluntad hasta el final: a pesar de su envejecimiento, a pesar de su enfermedad y pese a [los experimentos médicos de Morell] y a las responsabilidades que se acumulaban sin parar. Para mí su voluntad parecía tan desenfrenada y libre de ataduras como la de un niño de seis años que no se desanimaría ni se agotaría; esto era, en parte, ridículo, pero también era impresionante».

[322] Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 156: «¿Por qué insistió [en la ofensiva de las Ardenas]? La respuesta es hasta hoy un enigma». No. Klaus-Dietmar Henke (*Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, 1995, p. 314) cita la alocución de Hitler a los coman-dantes de división en el cuartel general en Ziegenberg, cuatro días antes de la ofensiva: «Si aquí damos algunos golpes duros, puede que en cualquier momento [su alianza] mantenida de modo artificial se hunda de repente con un gigantesco ruido seco», en Helmut Heiber (ed.), *Hitler Lagebesprechungen. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen 1342-1345,* Stuttgart, 1952, p. 713 [hay traducción española: *Habla el führer*, Barcelona, 1976]. También: «El cálculo estratégico siguiendo sus órdenes para la gran ofensiva en el Oeste en absoluto era tan descabellado o irracional como a menudo se señala». **<<**

[323] Haffner *(The Meaning of Hitler*, p. 52) no ve esto: «En su lucha contra la coalición aliada de 1942 a 1945 nunca mostró el más leve destello respecto a la idea de explotar las tensiones internas de la coalición con el objetivo de deshacerla en partes». Hubo ocasiones en las que Hitler pensó que su principal oportunidad podría ser un contacto con Stalin (diario de Goebbels, 5 de marzo de 1945), pero ésa no era la tendencia principal. **<<**

[324] «A su manera», porque pocas horas después le dijo que esperara un poco antes de firmar un armisticio. Klaus-Dietmar Henke, *Die Amerikanische Besetzung Deutschlands*, Munich, 1995, p. 676: Hitler había sabido de esto meses antes; aprobó las negociaciones de Wolff con los estadounidenses «porque vio en ello un buen instrumento para causar disensión en el interior de la coalición antihitleriana». Acerca de este episodio véase Allen Dulles, *The Secret Surrender*, Nueva York, 1966; Bradley D. Smith y Elena Agarossi, *Operation Sunrise*, Nueva York, 1979; y en especial las memorias de uno de los principales mediadores, el suizo Max Waibel, *1345: Kapitulation in Norditalien* (Basilea, 1981). Las negociaciones comenzaron en fecha tan temprana como febrero. **<<**

[325] Con alguna razón. Waibel, ib., p. 28: Parilli, el mediador italiano, pensó que ciertos alemanes «habían esperado luchar finalmente juntos [con los estadounidenses] contra los rusos»; p. 31: «[…] la idea de dividir a los aliados occidentales de los rusos era la última gran esperanza de los líderes alemanes y atravesaba todas las negociaciones». De este modo, dos meses antes del suicidio de Hitler, generales estadounidenses y un general de las 88 se sentaron a la misma mesa en Suiza. El 15 de abril, Wolff le escribió una carta a Dulles en la que expresaba sus condolencias por la muerte del presidente Roosevelt. Al día siguiente Himmler —y Hitler— ordenaron a Wolff (repitieron la orden tres veces) ir a Berlín, donde pasó más de diez horas con Himmler y Kaltenbrunner antes de ver a Hitler. Waibel, ib., p. 106: «[…] sólo de este modo se podía lograr que los aliados se separasen de los rusos», e ib., pp. 107-108, donde cita a Hitler hablando a Wolff: en el Este y en Italia los ejércitos alemanes pueden luchar otros dos meses más. «Durante esos dos meses decisivos de guerra tendrá lugar una ruptura […] entre los rusos y los anglosajones, y cualquiera que sea el bando que se le acerque, con placer se aliará a éste contra el otro». **<<**

En Patricia Meehan (*The Unnecessary War: Whitehall and the German Resistance to Hitler*, L, 1995, p. 327), hay una referencia contundente de un mensaje de Dulles a Washington a finales de 1944, recogida en los Archivos Nacionales (na. rg. 226. oss entrada 138, caja 2, carpeta 83): «Yo creo que deberíamos preparar tranquilamente y sin formalismos en Suiza, Francia o en cualquier otra parte algo individual con los alemanes. […] Si no hacemos nada de esto, el comité ruso-germano ya formado puede monopolizar el terreno». Los dos hermanos, Allan y John Foster Dulles, han contribuido, al menos indirectamente, a la aceptación después de la guerra de la teoría de la guerra dual alemana.

[326] Fest exagera esta posibilidad *(Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 948): «En diciembre de 1942 y de nuevo en el verano de 1943 [en realidad los contactos más significativos se propusieron en septiembre], la Unión Soviética, a través de su representación en Estocolmo, hizo conocer su disposición de negociar con Hitler una paz por separado». **<<**

[327] Incluido el frío y brutal Kaltenbrunner en el interior de las SS. (Acerca de esto véase también Fleming, *Hitler and the Final Solution*, pp. 169-170). Maser *(Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 349) exagera las conspiraciones de Himmler y sugiere la posibilidad —en mi opinión equivocada— de que Himmler recomendara a Hitler al doctor Stumpfegger con el propósito de envenenar finalmente a éste. **<<**

[328] Diarios de Goebbels, refiriéndose a Hitler, 22 de marzo de 1945: «La coalición enemiga se romperá en cualquier caso, la única cuestión es si se rompe antes de que seamos derrotados o sólo después de ello». Y el 28 de marzo de 1945: «A veces uno tiene la impresión de que [Hitler] vive en las nubes, pero igual de a menudo ha bajado a la tierra como un *deus ex machina*. Está tan convencido como antes de que la crisis política en el campo enemigo justifica nuestra mayores esperanzas». Speer, *Erinnerungen*, p. 425: «En febrero y marzo de 1945 Hitler sugirió en ocasiones que había permitido contactos con el enemigo en varios sentidos, pero sin explicar ninguno de ellos». **<<**

[329] Relatado por Speer en *Erinnerungen*, pp. 453. El relato de Irving (*Hitler's War,* p. 785) es, de modo predecible, condenatorio de Speer. Al contrario que Haffner, que piensa que la orden de Tierra Quemada de Hitler (destruir todas las instalaciones en las ciudades y pueblos alemanes antes y durante la retirada del ejército) no sólo era categórica, sino también irrevocable y la prueba definitiva de la intención criminal de Hitler. Speer, *Erinnerungen*, p. 456: «Creo que Hitler tenía claro entonces que parte de sus órdenes de destrucción ya no se llevarían a cabo». Sin embargo, el mismo Hitler aún deseaba infundir fe a su pueblo. Irving (*Hitler's War,* p. 768) cita a Hitler, dirigiéndose a Kaltenbrunner a fines de febrero de 1945 (después de que el arquitecto Giesler hubiera ido a mostrarle su maqueta de Linz): «Mi estimado Kaltenbrunner, ¿imagina que podría hablar de esta manera sobre mis planes para el futuro si en el fondo no creyera realmente que vamos a ganar esta guerra?» (como de costumbre en Irving, no se ofrece la fuente, pero quizá no sea imposible). También Hitler a Speer, una quincena antes de la confrontación del 28 de marzo y ante las noticias de la muerte de Roosevelt (Albert Speer, *Erinnerungen*, p. 463)1 «¡Mira! […] ¡No lo creías! La guerra no está perdida». **<<**

[330] Percy Ernst Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, pp. 180-181. También la discusión de Haffner sobre los últimos días de Hitler *(The Alling Empire: Germany from Bismark to Hitler*, p. 234)1 «No tenemos pruebas de que Hitler realmente continuara creyendo en la victoria hasta el mismo fin». Una dualidad similar en Maser *(Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, pp. 426,428): Ya no creía en la victoria pero «posponer su propio final […] era un tremendo crimen». Los juicios de Bullock son extremadamente simplistas (Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 397)1 «[…] y en los últimos años de su vida estuvo apartado de todo contacto humano y perdido en un mundo de fantasía no humano»; ib., p. 783, 7971 «Todas las grandilocuentes expresiones acerca de morir en Berlín no pueden ocultar el hecho de que esta petulante [?] decisión fue una grave negligencia en el cumplimiento del deber para con las tropas que aún luchaban bajo su mando y una acción por completo en desacuerdo con la más elemental tradición militar». Y: «Su muerte fue cualquier cosa menos el fin de un héroe; al suicidarse abandonó de modo deliberado sus responsabilidades y tomó un camino que en años anteriores había condenado con fuerza como propio de cobardes». (No: Hitler condenó de modo agrio al general Paulus por *no* haberse suicidado en el final de Stalingrado). **<<**

[331] Hitler había desempeñado esos dos cargos y ostentado ambos títulos desde 1934, pero un mandato de 1943 estableció que en la acostumbrada fórmula «*Führer* y Canciller del Reich» se omitiera la segunda designación. **<<**

[332] Obsérvese el lenguaje de Hitler en la última Orden del Día a los soldados del frente del Este, el 16 de abril de 1945. Comenzaba así: «Por última vez las masas del mortal enemigo judío y bolchevique han comenzado un ataque». ¿Creía realmente en su carácter «judío y bolchevique»? No. **<<**

[333] Salió a la superficie, aquí y allí, durante el *Historikerstreit*; en las sugerencias de las dos guerras no sólo de Hillgruber, sino también de Klaus Hildebrandt (Piper, ed., *Historikerstreit*, p. go), donde este historiador culpaba tanto a los aliados como a Hitler por haber subordinado la ideología a la «utilidad» durante la guerra. **<<**

[334] Jäckel tiene razón (*Hitler in History*, p. 32): «En contra de la interpretación funciona-lista, debe hacerse hincapié en que la oposición interna en ocasiones pudo evitar que Hitler hiciera ciertas cosas, pero no pudo forzarle a realizar ninguna acción». Según Jäckel, el régimen de Hitler era tanto el gobierno de uno como el de muchos. Un buen resumen (hasta 1988) de la bibliografía acerca del gobierno de muchos se encuentra en Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 284-285. **<<**

[335] Durante su último año de vida hay algunas pruebas (muy limitadas, seguro) de una especie de comprensión —aunque ningún tipo de aprecio— de los propósitos de realismo político de algunas de las personas que se volvieron en su contra. Considérese, por ejemplo, la relativa —muy relativa— moderación de las represalias con las que reaccionó contra aquellos jefes de Estado, anteriores aliados suyos, quienes, en pro de la supervivencia de sus propios países, en 1944 decidieron romper su alianza con Alemania. Entre éstos estuvieron el mariscal Mannerheim de Finlandia, el almirante Horthy de Hungría (cuyo intento de armisticio fue reprimido de modo brutal por los subalternos de Hitler, fue arrestado y posteriormente trasladado con su familia a Alemania, allí lo encerraron en un castillo) y el general Antonescu de Rumania, de quien Hitler conocía sus contactos con los aliados, aunque no los sacó a relucir en su última reunión. También acerca de los conspiradores del 20 de julio de 1944 expresó su desprecio más por su «ineptitud» que por su traición: Si hubieran tenido éxito, ¿qué esperaban hacer después? (Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 452, citaba a Hitler hablando con el general Bodenschatz: «Sé que Stauffenberg, Goerdeler y Witzleben pensaban en salvar al pueblo alemán con mi muerte (…) pero esa gente no tenía absolutamente ningún plan claro de qué hacer después»). Fest *{Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 973) escribió que Hitler quiso ver la película de la ejecución pero, pese a que otros miembros de su círculo sí lo hicieron, no está claro si él lo hizo. Sin embargo, no ordenó o sugirió nada para contener siquiera las medidas más brutales de sus subalternos. **<<**

[336] Véase Lukács *{The Last European War, 1939-1941,* pp. 436 y ss.) para un estudio de la «patogénesis» y la «etiología» de las fuentes y síntomas del antisemitismo moderno. **<<**

[337] He encontrado la que puede que sea su primera utilización en un artículo de Julian Franklyn en *Contemporary Review*, marzo de 1944. (Una coincidencia curiosa: a Hitler se le dio a conocer el extracto de un artículo del mismo número de esta conservadora publicación política inglesa, no muy leída; pero no había relación entre aquello y el artículo de Franklyn). **<<**

[338] Entre los primeros biógrafos de Hitler, Görlitz y Quint dedicaron relativamente poca atención a ello. Bullock *{Hitler: A Study in Tyranny*, p. 40): "El antisemitismo de Hitler no tenía mucha relación con los hechos, era pura fantasía Una excepción significativa y valiosa: Karl A. Schleunes *{The Twisted Road to Auschwitz: Nazi Policy Toward the German Jews 1933-1939,* Urbana (Illinois), 1970), trazaba muy bien la evolución gradual y, hasta cierto punto, pragmática de la política nazi contra los judíos (quizá una de las primeras obras con una interpretación funcionalista, aunque ésa no fuera la tesis del autor). **<<**

[339] John Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* «Bibliographical remarks», p. 531; ib., «The Problem of the Jews», pp. 429-453. **<<**

[340] Siedler a Irving, 7 de mayo de L974: «En una casa editorial bajo mi dirección no aparecerá libro alguno del cual no pueda asumir la responsabilidad política e histórica. En el caso de que usted tuviera una opinión diferente, nuestros caminos deberían tomar rumbos distintos», Irving aceptó esto, pero más tarde insistió en que era una víctima de la censura y que la abreviación y las modificaciones de la edición de Ullstein se habían hecho sin su consentimiento. (Una edición «completa» del mismo libro, con el título *Hitler's Krieg,* fue publicada en Munich en 1983). **<<**

[341] Ejemplos de la argumentación de Irving: Durante su juicio en Jerusalén (1961). Eichmann señaló que Heydrich le había dicho que el *Führer* ordenó la aniquilación física de los judíos. «Este tipo de pruebas, por supuesto, no serían suficientes en un tribunal inglés para condenar a un vagabundo del robo de una bicicleta; menos aún para asignar la responsabilidad del asesinato en masa de seis millones de judíos, dadas las convincentes [?] pruebas escritas de que Hitler una y otra vez [?] ordenó que el "problema judío" se dejara de lado hasta que se ganara la guerra», en David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939,* p XI: «[…] y quiénes son esos emotivos historiadores del holocausto judío […] Hitler nunca indicó en su libro [*Mein Kampf*] intención alguna de liquidar a esos enemigos [adviértase este revelador término] suyos […] ni tampoco se hace referencia a esa intención en las diversas transcripciones de la Conferencia de Wannsee […] Hitler ni convocó ni asistió a la conferencia, y no creo que ni siquiera supiera de ella». **<<**

[342] El más revelador: Martin Broszat, "Hitler und die Genesis der 'Endlösung'. Aus Anlass der Thesen von David Irving", vfz, octubre de 1977. También dos tajantes artículos de Eberhard Jäckel en FAZ, el 25 de agosto de 1977 y el 22 de junio de 1978, que mostraban el contenido y el contexto correctos de un «documento» que Irving había aportado con júbilo en defensa de su tesis. Véase también Jost Düllfer en GWU, 1979 (pp. 686-690), y Gitta Sereny y Lewis Chester en el londinense *Sunday Times*, el 10 de julio de 1977. **<<**

[343] En *Hitler et les juifs. Genèse d'un génocide*, p. 172, Burrin hace una pregunta que para mí es la más reveladora: «Si Hitler hubiera muerto en el verano de 1942 [adviértase lo tardío de la fecha], ¿habría tenido lugar la Solución Final?». Burrin dice: lo más probable es que no. Sí, «los judíos habrían seguido sufriendo en una Europa dirigida por Goering, Goebbels o Himmler». Hubiera habido guetos, campos, quizá incluso asesinatos en masa, pero la manufactura en masa de millones de cadáveres judíos, no. Burrin también es convincente cuando postula que la fecha de la decisión de Hitler para la Solución Final probablemente fuera septiembre de 1941. **<<**

[344] John Toland, *Adolf Hitler*, p. 820. **<<**

[345] Ejemplos: Hans-Ullrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, pp. 42, 44: Los «asesinatos en masa Pardos [nacionalsocialistas] no pueden ser entendidos sin los Rojos […] es probable una relación causal». Ernst Reinhard Piper (ed.), *Historikerstreit*, p. 32: «Auschwitz no fue en primer lugar el resultado del antisemitismo tradicional y no fue esencialmente un 'genocidio' sino, al fin y al cabo, una reacción nacida de la ansiedad por las prácticas de exterminio de la Revolución Rusa». Ib., p. 16: «Visto desde una perspectiva histórica adecuada […] el exterminio de los judíos de Europa […] no puede entenderse más que como el segundo, y no el primer asesinato en masa» (el primero fueron las prácticas bolcheviques). No, Nolte no defendía Auschwitz («irracional», «horrible») pero en su artículo «Between Myth and Revisionism: The Third Reich in the Perspective of the 1980s», en H. W. Koch (ed.), *Aspects of the Third Reich*, Londres, 1985, p. 27 (y también en Piper (ed.), *Historikerstreit*, p. 142), Nolte daba demasiada importancia a una carta de Chaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial, a Neville Chamberlain el 2 de septiembre de 1939: «En esta hora de suprema crisis […] los judíos apoyan a Gran Bretaña y lucharán del lado de las democracias». Nolte: esto fue «algo parecido a una declaración de guerra […] podía justificar en consecuencia la tesis de que Hitler estaba autorizado a tratar a los judíos alemanes como prisioneros de guerra y, por tanto, a confinarlos». Nolte fechaba la carta de modo incorrecto el 2 de septiembre (esto es, el día después de la declaración de guerra de Hitler, y un día antes de la declaración de Gran Bretaña); en realidad la carta estaba fechada el 2g de agosto. También puede ser significativo el que Nolte encontrara la referencia a esta manifestación de Weizmann en Irving (David Irving, *The War Path: Hitler's Germany 1933-1939),* quien la había tomado de una de las conversaciones de sobremesa de Hitler (Picker [ed.], 24 de julio

de 1942). Además de esto, Weizmann no era más que el presidente de la Organización Sionista Mundial, no un portavoz de los diversos judíos de Europa o del mundo. Asimismo, ¿qué podía esperar Hitler de los judíos a esas alturas del conflicto? Hay un irónico poemilla francés que dice: **<<**

Cet animal est très méchant (Este animal es muy malvado
Quand on l'attaque il se défend. *se defiende cuando es atacado)*.

[346] En su reseña del libro de Irving, *Führer und Reichskanzler Adolf Hitler 1939-1945,* Herbig, 1989— **<<**

[347] Rainer Ziteimann, *Adolf Hitler: Eine politische Biographie*, pp. 158-159. No había una orden por escrito de Hitler «y no hay ninguna prueba de que Hitler diera sólo una orden oral a causa de la confidencialidad. (…) Las tesis de Irving (…) han conducido a una nerviosa controversia entre los historiadores. A pesar de que las conclusiones de Irving se han rechazado, hasta historiadores tales como Martin Broszat y Hans Mommsen sugieren (…) que Irving había tocado un nervio» (adviértase esta repetida frase); «ni los 'funcionalistas' ni los 'intencionalistas' son convincentes». Ib., p. 124: «El asesinato en masa de judíos no era previsible», Hitler no lo había planeado desde un principio. Probablemente cierto, pero (ib., p. 126): «Las leyes de Nuremberg fueron concebidas para poner fin a la agitación de los antisemitas radicales del partido. Hitler prohibió de manera expresa más atrocidades». Esto es al menos discutible. Ib., p. 20: «El antisemitismo estaba más extendido en Viena que en ninguna otra ciudad europea». No es así: ¿Bucarest? ¿Varsovia? ¿Moscú? «Al igual que otros contemporáneos suyos, Hitler se convirtió en un antisemita; fue un resultado de la naturaleza de su personalidad el que este antisemitismo tuviese obviamente una forma especialmente extrema y aguda». Esto es demasiado simplista, en especial a la vista de las propias palabra de Zitelmann (ib., pp. 8-9): «La imagen de Hitler tal y como se ha descrito hasta ahora es demasiado simple, demasiado simple para ser cierta». **<<**

[348] Excepto que: ¿hay en historia una «explicación *definida* de los orígenes» de algo? Por ejemplo, de los orígenes de la guerra de Secesión norteamericana, o de la Primera Guerra Mundial, o de la llegada de Hitler al poder. **<<**

[349] Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* pp. 286-287: «Existe, por supuesto, un gran número de estudios excelentes [acerca de la Solución Final] (…) pero aún no hay una panorámica comprensiva que abarque las distintas perspectivas e incluya todos los estudios más recientes». **<<**

Una buena y sintética afirmación de Jäckel (*Hitler in History*, p. 46): «Puede descartarse que se diera una única orden para el asesinato. El exterminio se dividió en varias fases y abarcaba una amplia variedad de métodos y víctimas. Debemos asumir por tanto la correspondiente variedad de órdenes que se diversificarían y extenderían en un período de varios meses».

[350] *Sebastian Haffner,* The Ailing Empire: Germany from Bismarck to Hitler, *p. 216*. **<<**

[351] En *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, pp. 42-43, Zitelmann casi llega a sugerir que el antisemitismo de Hitler cumplía un propósito principalmente propagandístico, lo que es muy discutible. Cita un discurso de Hitler (27 de febrero de 1925): Es «equivocado, desde un punto de vista psicológico, establecer una multiplicidad de objetivos para la lucha»; es acertado «no seleccionar más que un enemigo que todo el mundo reconozca como el único culpable»; después: «Y ese enemigo son los judíos». **<<**

[352] Este es justo el orden opuesto al de Zitelmann, quien en una entrevista con el historiador sueco Alf W. Johansson, en noviembre de 1992, afirmó que la creación de un *Lebensraum* en el Este era el «objetivo principal» de Hitler, que es al menos discutible si el asesinato de los judíos era su objetivo, y que con seguridad no lo fue durante un largo tiempo. **<<**

[353] Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie* p. 780: «La inconfundible diferencia entre su rigurosa obsesión con los judíos y el tibio antisemitismo alemán […]» se hizo ahora (noviembre de 1938) incluso más evidente. El otras veces muy perspicaz Haffner se equivoca en esto *{The Meaning of Hitler*, p. 9): «El antisemitismo de Hitler es un cultivo del Este de Europa» (en realidad no: austríaco más que alemán y sucede en torno al cambio de siglo). No obstante, ib., p. 103: «En ningún lugar el patriotismo judío tenía rasgos tan fervientes y tan profundamente emocionales como en Alemania». Muy cierto que es uno de los elementos más oscuros de la tragedia alemana. **<<**

[354] Por una horrible coincidencia, el gas usado en Auschwitz y en otros campos de exterminio —Zyklon B— había sido usado ampliamente por los exterminadores de plagas y otros insectos en las casas y pisos de Europa central. **<<**

[355] Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 263: «A pesar de todo nuestro conocimiento de los detalles, el origen del antisemitismo de Hitler no puede clarificarse por completo». **<<**

[356] Citado en Maser, *Adolf* Hitler: *Legende, Mythos, Wirklichkeit*, pp. 247-248, también en Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924*, p. 100. Según Heer (*Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, p. 117), esto no era cierto: Hitler ya había dejado Linz imbuido de antisemitismo (quizás, pero sólo de modo parcial; véase su relación con el doctor Bloch, pp. *160-161).* **<<**

[357] *A* la falta de pruebas sobre sus expresiones antisemíticas, antes de 1919, se suman hechos tales como su amistad (o al menos trato cordial) con un judío de Viena en el albergue público, quien le ayudó y en ocasiones le prestó su abrigo (muchos detalles similares en Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Dictators*, Munich, 1996, ya resumido anteriormente, capítulo II, p. 59); el hecho de que la condecoración de la Cruz de Hierro se le concediera por recomendación de un oficial judío en la reserva, Gutmann (a quien, a pesar de ello, Hitler no respetaba); el hecho de que un cierto número de judíos vieneses hubieran comprado sus dibujos y acuarelas durante los años 1910-1913. Una de sus primeras acuarelas se la dio al doctor Bloch. **<<**

[358] Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 51: «[…] en el fondo, todos los intentos de explicar la intensidad inconmensurable y sin precedentes del antisemitismo de Hitler acaban por hundirse en lo inexplicable». **<<**

[359] Ernst Deuerlein, *Hitler: Einepolilisehe Biographie*, p. 12; Marlis Steinert, *Hitler*, p. 195. **<<**

[360] Sobre su exaltación del poder del odio, véase capítulo II. También Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1929-1989,* que cita un libro de Irene Harand, *Sein Kampf. Antwort an Hitler*, Viena, 1935: «No hay Hitler sin [su] odio a los judíos» y también de Edgar Alexander (seudónimo de Alexander Emerich, un sacerdote católico), *Der Mythus Hitler*, Zürich, 1937, reimpr. Munich, 1980: «En el nacionalsocialismo el odio se convirtió en un sistema». **<<**

[361] Véase Lukács, *Historical Conciousness*, capítulo 4, «Motives and Purposes». («Motivos y propósitos»). **<<**

[362] «Hoy seré una vez más un profeta. Si los financieros judíos internacionales *dentro y fuera de Europa* vuelven a conseguir lanzar a las naciones a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y el triunfo del judaísmo, sino la *aniquilación* de la raza judía *de toda Europa*» (cursivas mías). **<<**

[363] Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 84: Los judíos «no tenían que ser eliminados como un mueble, que se coge para llevar a cualquier otro sitio, sino como una mancha, que se limpia frotando». Sí, pero sólo después de 1941. **<<**

[364] En principio la conferencia debía convocarse el 8 de diciembre de 1941. Puede que su retraso tuviera alguna relación con la entrada de los Estados Unidos en la guerra. El conocimiento de Hitler de las decisiones de aquélla se indica al menos en su conversación de sobremesa del 27 de enero de 1942, registrada por Heim (*Hitler: Monologe im Führerhauptquartier*, p. 239): «¡El judío debe desaparecer de Europa! *En el mejor de los casos se irán a Rusia*. No tengo compasión por los judíos, siempre serán un elemento que incita a unos pueblos contra otros; hacen esto en la vida de las naciones igual que lo hacen en la vida privada. *Deben ser extraídos de Suiza y Suecia*. [La cursiva es mía]. Allí donde hay pocos son más peligrosos. En suma, cinco mil judíos en todo tipo de puestos de Suecia. ¡Así es mucho más fácil extraerlos! Tenemos razones suficientes para ello [...]» Mis cursivas deberían sugerir la dualidad en el interior de Hitler. Por un lado, Hitler se refería a la deportación de los judíos a Siberia (sobre la cual también habló en otras ocasiones), no a su eliminación física. Al mismo tiempo, su intención de peinar toda Europa para extraer a los judíos de cualquier lugar coincide por completo con las intenciones expresadas en el protocolo de la Conferencia de Wannsee. **<<**

[365] William Carr, *Hitler: A Study of Personality and Politics*, p, 93: «Igual que uno debe prestar la debida consideración a las 'alternativas' en política exterior, que hasta cierto punto modificaron las propias concepciones de Hitler, también así, al estudiar el Holocausto, debemos admitir la posibilidad de que hubiera otras 'soluciones finales' antes de las cámaras de gas». **<<**

[366] Entre las dos elecciones cruciales de septiembre de 1930 y marzo de 1933, en sus discursos no enfatizó con fuerza el antisemitismo. En una ocasión dijo que «los judíos bienintencionados» podrían quedarse en Alemania, «una vez que hayan demostrado un comportamiento [*Wohlverhalterí^* apropiado». Heiden [*Adolf Hitler*, p. 347) cita una observación de Hitler acerca del actor cómico Felix Bressart: «¡Lástima que este Bressart sea judío!». Görlitz y Quint [*Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 362-363) mencionan que el 27 de enero de 1933 Papen apoyó y Hitler accedió a que el nacionalista Theodor Düsterberg, quien tenía un abuelo judío, ocupara un puesto en el gabinete. En varias ocasiones (en fecha tan tardía como 1940) ordenó la vuelta al servicio armado de oficiales mitad judíos (ejemplos de esto en las memorias del almirante Raeder; Erich Raeder, *My Life*, Annapolis [Maryland], i960, pp. 263-264). También, cuando se trató de las leyes de Nuremberg, no aprobó los planes del partido de igualar a los mitad judíos y los judíos. Schleunes, en *The Twisted Road to Auschwitz*, p. 131: «En ocasiones la mano de Hitler aparecía en momentos cruciales, pero por lo general era una mano vacilante e indecisa. No delegó la responsabilidad de la actuación respecto a los judíos, ni tampoco mantuvo un estrecho control sobre ella». **<<**

[367] Gordon A. Craig señala adecuadamente esto en su *Germany 1866-1345,* Nueva York, 1980: Uno de los principios psicológicos de Hitler era «que los argumentos se debilitan con las salvedades o las concesiones a la otra parte, así que el estilo categórico e intransigente tendía a ser el más persuasivo». Craig escribió esto acerca de los discursos de Hitler a comienzos de la década de 1930, pero también es válido para las declaraciones que hacía a su círculo, incluidas sus conversaciones de sobremesa durante la guerra. **<<**

[368] Albert Speer [*Erinnerungen* p. 111) recuerda «unas pocas palabras de Hitler, lamentándose de tales extremos. Parecía incómodo por ellos». Otras fuentes lo confirman. **<<**

[369] Debemos considerar que sólo de manera retrospectiva —y principalmente por el uso de este término en la Conferencia de Wannsee"asimilamos «Solución Final» con exterminio. Entre los frecuentes casos del empleo de este término (véase Lukács, *The Duel…*, p. 131, nota), el 24 de junio de 1940, *asunto¸* el plan de deportar a todos los judíos de Europa a Madagascar, en un memorando de Heydrich a Ribbentrop: El problema judío «ya no puede resolverse con la emigración. Una solución final territorial [*Endlösung*] se hace por tanto necesaria». Hasta donde llega mi conocimiento, ésta es la primera ocasión en la que la ominosa locución aparece en documentos alemanes, no en 1941, como por lo general se cree. Añádase a esto que Hitler habló del plan de Madagascar el 20 de junio, y en fecha tan tardía como el 2 de febrero de 1941: «La cuestión es sólo cómo llevarlos allí. Él tiene ahora otras ideas, no muy amables, por supuesto [Er dächte über manches jetzt anders, nicht gerade freundlicher]». Lo significativo de la fecha y del lenguaje de esta afirmación es considerable. **<<**

[370] Jäckel, *Hitler in History*, p. 46: «No debemos preguntar sencillamente si Hitler ordenó el Holocausto, sino si el Holocausto fue improvisado o premeditado. La aclaración puede que demuestre ser reveladora, pero tendrá que someterse a un mayor escrutinio, puesto que las improvisaciones pueden haber sido premeditadas». **<<**

[371] Según Jäckel (*Hitler in History*, p. 52-53), estuvo precedida de una orden de matar a los judíos rusos, pero también es probable que si bien «Hitler no había emitido una orden formal […] en mayo de 1941 expresó su deseo de proceder a la solución final en un futuro inmediato». Sin embargo, Hitler no admitió abiertamente que una Solución Final significara en realidad exterminio. Ib., p. 53: «Según Frank, el 19 de junio, tres días antes de que comenzara la campaña rusa, Hitler declaró de modo rotundo que los judíos serían expulsados [de Polonia] en un futuro inmediato y que [Polonia] debería convertirse sólo en un campamento transitorio. Esta afirmación puede interpretarse como una cínica metáfora del tránsito hacia la muerte. De hecho, los centros de exterminio en ocasiones eran llamados campamentos transitorios (provisionales). También puede tomarse literalmente. El 21 de julio Hitler lanzó la indirecta de que los judíos podían enviarse a Siberia […]». (Más tarde también mencionó esto en varias ocasiones). También Jäckel, ib., p. 113: En agosto y septiembre de 1941 aún dudaba de la deportación de los judíos que quedaban en Alemania. (Goebbels y Heydrich estaban tratando de empujarlo en esa dirección). Uwe-Dietrich Adam en *Judenpolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1972, p. 357: «[…] es muy posible que el exterminio en masa no fuera un objetivo *a priori* que Hitler tratase de alcanzar». Adam fecha la decisión en algún momento entre septiembre y diciembre de 1941. Véase también Hans-Heinrich Wilhelm, *«Offene Fragen der Holocaust-Forschung»* en Uwe Backes, Eckhard Jesse y Rainer Ziteimann, eds., *Die Schatten der Vergangenheit. Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus*, Berlin, 1990. **<<**

[372] Koeppen, notas, en IFZ, 20 de septiembre de 1941, p. 21. Se corresponde con el diario de Goebbels, 19 de agosto de 1941: «También hablamos del problema judío. El *Führer* está convencido de que su profecía del Reichstag se había hecho realidad, que si los judíos lograban provocar una guerra mundial de nuevo, él la concluiría con el exterminio [*Vernichtung*] de los judíos. […] En el Este los judíos deberían pagar la cuenta; en Alemania la habían pagado en parte, y en el futuro tendrían que pagar más. Su último refugio es Norteamérica, y también allí los judíos tendrán que pagar tarde o temprano. […] En cualquier caso, los judíos no tendrán en el futuro ninguna razón para reír […] y no habrá descanso hasta que nosotros también hayamos tomado las medidas finales contra los judíos». Ese día Hitler permitió a Goebbels y Heydrich ordenar la obligatoriedad de llevar una estrella amarilla a los pocos judíos que quedaban en Alemania. **<<**

Broszat (en VFZ, octubre de 1977, p. 761) considera que la reticencia de Hitler a ordenar una deportación sistemática de los judíos de Berlín en noviembre de 1941 *puede* que tuviera que ver con la presencia de periodistas estadounidenses en la ciudad. Haffner (*The Meaning of Hitler*, p. 142) fecha la decisión de Hitler de proceder al exterminio sólo a comienzos de diciembre de 1941, «[tras] abandonar toda esperanza de una paz negociada con Gran Bretaña (y la esperanza simultánea de evitar que los Estados Unidos entraran en la guerra)» —y después de tener que afrontar el fin de la ofensiva alemana ante Moscú—, Creo que esto es demasiado tarde. (Hay una coincidencia simbólica: el primer asesinato con gas de judíos polacos tuvo lugar en Chelno, el 8 de diciembre de 1941).

[373] En su discurso a los oficiales el 26 de mayo de 1944: Tuvo que eliminar [*entfernen*] a los judíos. «Alguien podría preguntarme: Bien, ¿no podría haberlo hecho de modo más sencillo —sencillo no—; ya que cualquier otra cosa hubiera sido más complicada —o más humano—?». Citado también por Broszat (vfz, octubre de 1977, p. 759). **<<**

[374] Görlitz y Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 552-553: Su plan original era la separación en guetos, pero después secundó los planes de asesinato por gas «como jefe del Estado […] este lado oscuro [de su dirección de la guerra] se mantuvo bajo secreto de Estado de modo aún más estricto que el programa de eutanasia». (Para éste sí existía una orden escrita de Hitler, aunque sólo fuera porque era necesario liberar a los médicos alemanes de su juramento de proteger la vida). Fleming, *Hitler and the Final Solution*, p. 20: «Ya al comienzo del programa de eutanasia», Hitler ordenó que «bajo ninguna circunstancia la cancillería del *Führer* debe parecer activa en este asunto». Fleming, ib., p. 22 citando a Jodl en Núremberg: «la 'Solución Final' del problema judío fue una 'obra maestra de la ocultación'». (Fleming, en ib., p. 61, lo denomina «la Astucia de Hitler», quizá no sea el término más adecuado). Deuerlein, *Hitler: Eine politische Biographie*, p. 152: «Hitler no hablaba de todo […] incluida la llamada Solución Final. […] No era un asesino en el sentido de la justicia penal; no cometió ningún asesinato u homicidio; pero aun así era el autor y la causa de todos los asesinatos cometidos por miembros del pueblo alemán». Por último, está la orden secreta a Bormann desde la cancillería, el 11 de julio de 1943: El término «Solución Final» no debe mencionarse, ni siquiera el término «Tratamiento Especial». [*Sonderbehandlun*g]; sólo están permitidas las referencias a judíos enviados a trabajar. **<<**

[375] Tan tarde como en su discurso del 30 de enero de 1944: Él espera que «también otras naciones lleguen a estar de acuerdo con las nociones de una comprensión científica y una solución objetiva del problema [judío]». (Asimismo en 1944, citado en Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, pp. 446-447: «También Inglaterra debería sacudirse y deshacerse de las bacterias judías en el último momento»). **<<**

[376] A lo largo de toda la guerra Hitler siguió hablando de que los judíos eran deportados al Este para trabajar. El 17 de julio de 1941 al croata Kvaternik: «A donde sean enviados los judíos, Siberia o Madagascar, para él es lo mismo». En fecha tan tardía como julio de 1942 aún hablaba a su círculo sobre Madagascar y también de Siberia. Cuando en abril de 1943 reprendió al regente húngaro Horthy por no ser duro con los judíos húngaros, Horthy le respondió, de modo lastimero, que no podía simplemente golpearles hasta la muerte —entonces Hitler dijo algo acerca de que los judíos eran «bacilos»—, mientras que Ribbentrop declaraba que «debían ser aniquilados o enviados a campos de concentración: no había otras alternativas». Goebbels escribió en su diario del 27 de marzo de 1942 acerca de «un procedimiento tan bárbaro que no puede ser descrito con precisión: cuántos judíos quedarán. Hablando en términos generales cerca del sesenta por ciento liquidados, el cuarenta por ciento en destacamentos de trabajo». En 1944, Hitler le pidió a Horthy 100 000 judíos para trabajar en fábricas alemanas. Speer (en una carta de 1981) le confirmó a Fleming (*Hitler and the Final Solution*, p. 161, nota 12) que Hitler quería que Speer reuniera judíos húngaros para la construcción de grandes fábricas subterráneas en Alemania. En marzo de 1943, Himmler ordenó al doctor Korherr, un especialista en estadísticas que trabajaba para las 88, que preparase un recuento exacto del número de judíos que quedaban en el Este; el informe fue posteriormente resumido y mecanografiado en una máquina especial para que Hitler lo leyera. Según Eichmann (Fleming, ib., p. 138), Hitler lo examinó y después ordenó que fuera destruido. **<<**

Véase también el artículo de Dieter Pohl («Die Holocaust-Forschung und Goldhagens Thesen») en VFZ, enero de 1997, p. 11: «[…] aún no está del todo claro si los motivos económicos, es decir la conservación de los judíos para trabajar, no tienen una influencia considerable sobre la serie de asesinatos en masa».

[377] Maser *(Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 255) hace una observación interesante sobre la reticencia de Hitler a afrontar a una de sus últimas cocineras, *Frau* Manzialy, quien era (en parte) de origen judío: «[…] esto también sugiere que incluso en relación con los asesinatos de judíos era inhumano 'sólo' mientras no tuviera que encarar a sus víctimas». **<<**

[378] A esto podemos añadir otra posible relación entre la Solución Final y su conocimiento privado de que la guerra ya no podía ganarse: no sólo comprendió que perdería su guerra, sino también que los judíos del mundo lo sabían. El perceptivo Burrin (en el párrafo de su conclusión), *Hitler et les juifs. Genèse d'un génocide*, París, 1989, p. 169: «En torno a mediados de septiembre de 1941, cuando decidió matar a los judíos, ciertamente no pensaba que la derrota fuese inevitable. Sin embargo, debió sentir con seguridad que en el futuro sería necesaria mucha suerte para que él ganara, y vio claramente el precio que debería pagar para evitar la derrota. Por lo tanto, el exterminio de los judíos era a la vez un acto propiciatorio y un acto de venganza: al ejecutar a quienes concebía como sus enemigos arquetípicos —poco importaba a su mente obsesionada que fueran civiles impotentes y desvalidos— estaba demostrando su voluntad de luchar hasta el final. A través de la muerte de los judíos, en cierto modo un sacrificio, estaba armándose de valor, de una manera fanática, para lograr la victoria, para luchar hasta la aniquilación. Al mismo tiempo, y por encima de todo, estaba expiando la sangre alemana derramada y vengándose por adelantado de una posible derrota. Llevaría este ejercicio de venganza, como resultó ser, con creciente determinación según iban empeorando las cosas, y mientras avanzaba hacia un final apocalíptico». **<<**

[379] Giesler, *Ein Anderer Hitler*, p. 520; respecto a él véase el capítulo Vil. **<<**

[380] En *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, ed. de H. Picker y A. Hillgruber, Munich, 1968, p. 36, Dietrich Eckart, el primer mentor de Hitler, le habló a Hitler sobre este *único* judío decente. Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* pp. 452-453: «En 1902, Meininger escribió un extraordinario libro titulado *Geschlecht und Charakter (Sexo y carácter*) acerca de hombres y mujeres, judíos y cristianos: el problema de las relaciones entre ellos consumía su mente ardiente. (…) Estaba probablemente en lo cierto al prever el brote de un tremendo movimiento antisemítico. Estaba equivocado al creer que aquél sería el resultado de una nueva y creciente cristiandad: 'contra este nuevo judaísmo sale a la luz una nueva Cristiandad: la Humanidad espera con ansia al fundador de una nueva religión, y la lucha se dirige hacia una decisión como en el Año Uno. La Humanidad tendrá que volver a elegir entre Judaísmo y Cristianismo, entre comercio y cultura, entre mujer y hombre, entre vida terrena y una vida más elevada, entre la nada y el Altísimo. Ésos son los dos reinos opuestos: *No hay un Tercer Reich'.* Sí *habría* un Tercer Reich que estaría regido no por la religión de la cristiandad, sino por la religión del pueblo». **<<**

[381] A éstas fueron añadidas otras dos páginas, fechadas el 7 de noviembre de 1938: «Recuerdos del *Führer* y de su [difunta] madre». Están reproducidas en Schenck, *Patient Hitler: Eine Medizinische Biographie*, p. 520 y ss. En esas páginas Schenck demolía la tesis de Binion sobre los errores médicos de Bloch y su irresponsabilidad médica —y financiera—, (Véase también el artículo del doctor Bloch sobre Hitler en *Collier's,* 15 y 22 de marzo de 1941). **<<**

VII. LOS ALEMANES: ¿CAPÍTULO O EPISODIO?

[382] Estas son las dos primeras frases de Jäckel (*Hitler in History*, p. 1). **<<**

[383] Ernst Deuerlein, *Hitler: Eine politische Biographie*, p. 158. También p. 159: «Los acontecimientos de la historia alemana, estables durante el pasado, llegaron a actualizarse debido a los sucesos acaecidos en la Primera Guerra Mundial y después, creando situaciones de psicología de masas que no sólo hicieron posible el ascenso de Hitler, sino que ayudaron a evocarlo». **<<**

[384] *Heer,* Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *p. 11*. **<<**

[385] Joachim Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 516-517, e ib., p. 1024. **<<**

[386] «Hitlers Erfolge, Erklärungsversuche in der Hitler-Forschung», en npl, 1982, p. 22. **<<**

[387] En *Merkur*, 8 de mayo de 1985. **<<**

[388] *Sebastian Haffner,* The Ailing Empire: Germany from Bismarck to Hitler, *p. 211*. **<<**

[389] Haffner cita con algún detalle al poeta Stefan George en 1921, quien profetizó la llegada de una época que «Da a luz al que remedia, el Hombre / El rompe las cadenas, restaura los campos de escombros / Su orden; fustiga a los descarriados al redil / Vuelve a la eterna justicia, donde lo grande / Es grande de nuevo, y el maestro una vez más el maestro / Reina la obediencia, y en la enseña nacional / Prende el símbolo verdadero a través de la tempestad y el terror/Desde el ocaso a sus seguidores conduce / Hacia el día de la hazaña —la implantación de un Nuevo Reich». George fue (como lo fueron algunos otros) profeta de *un* Tercer Reich; sin embargo Hitler le desagradaba y dejó Alemania en i933 para ir a Suiza, donde moriría. Uno de sus últimos seguidores cercanos fue el heroico conde Stauffenberg, quien intentó asesinar a Hitler en 1944. «El capítulo de la historia intelectual alemana titulado 'George—Hitler-Stauffenberg' aún está por escribir». (Cita tomada de Sebastian Haffner, *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 2002). **<<**

[390] *Deutscher Sonderweg: Mythos oder Realität*, un coloquio del ifz, Múnich y Viena, 1982. Véase también un resumen de la bibliografía sobre el «Sonderweg» en Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1983,* p. 326-327. **<<**

[391] «Bewusstsein» puede sugerir «mentalidad», «modo de pensar», «conciencia» y quizá —en este caso— hasta «ideología». Acerca de la diferencia entre mentalidad e ideología véase pp. 171-172. **<<**

[392] Kurt Sontheimer en *Deutscher Sonderweg: Mythos oder Realität*, IFZ, Múnich y Viena, 1982, p. 32; Karl-Dietrich Bracher en ib., p. 53. **<<**

[393] Karl-Dietrich Bracher en vfz, octubre de 1977, p. 745. También Hans Bernd Gisevius, *Adolf Hitler: Versuch einer Deutung* p. 7: «[…] en especial nosotros los alemanes debemos ver claro que este hombre nunca ha estado aparte de nosotros. No sólo hemos soportado el fenómeno de Hitler: hemos contribuido [‘mitgestaltet’] a su formación». **<<**

[394] *En Lukács,* The Last European Wär, 1939-1941, *p. 166*. **<<**

[395] Por un lado está Hans Frank: «*Volk* y *Führer*, *Führer* y *Volk* estaban prometidos el uno al otro. Cada uno buscaba y deseaba al otro, cada uno confiaba en el otro». Por otro lado, Haffner: «¿Amaba a los alemanes? (…) En realidad, siempre estuvo interesado en ellos sólo como instrumento de poder. Tenía grandes ambiciones para Alemania y en eso se identificaba con los alemanes de su generación» (Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 164). «Durante los años finales, los despreció de modo creciente». (No.) «[…] Ya no buscaba el contacto con ellos». (Sí). (Ib., p. 141). **<<**

[396] Las pruebas son contradictorias. Schramm (*Hitler: The Man and Military Leader*, p. 4) cita a Hitler en una de sus conversaciones de sobremesa, el 5 de julio de 1942: «[…] en la lucha de los pueblos aquellos con las mejores cualidades comunes siempre serán vencedores […] el orden natural de las cosas se trastocaría si el inferior dominara al superior». Schramm también cita (ib., p. 176) el informe del general Carl Hilpert, dictado para sus diarios de guerra, el 18 de abril de 1945: «Hitler se reclinó y comenzó una larga lectura acerca de la lucha del pueblo alemán, que culminó con las palabras: 'si el pueblo alemán pierde la guerra, habrá demostrado no ser digno de mí» [«meiner nicht würdig»]. No obstante, en la misma página: «Cuanto más tenga que resistir el pueblo, más grandioso será el renacimiento definitivo de la eterna Alemania». **<<**

[397] Una observación interesante de Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, 1995, p. 308. La propaganda aliada estaba dirigida contra el nazismo y el militarismo, no contra el pueblo alemán. «Es significativo que Hitler estuviera preocupado por esto en concreto y de manera personal y que quisiese falsificar las intenciones expresas de los aliados. En febrero de 1945 revisó el texto de un discurso de Hermann Esser, que sólo cambió en una cosa. Cada vez que Esser escribía que en Yalta se había decidido 'la destrucción del Nacional Socialismo', [Hitler] cambió la frase por 'la destrucción del pueblo alemán'». **<<**

[398] Algunos ejemplos: Thomas Childers, *The Nazi Voter*, Chapell Hill, N.C., 1983 Jürgen W. Falter, *Hitlers Wähler*, Múnich, 1991; el valioso Ian Kershaw, serio y metódico, en *The Hitler Myth: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, y en su estudio pionero: *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich, Bavaria 1933-1945,* Oxford, 1983; el especialmente perspicaz J. P. Stern, *Hitler: Der Führer un das Volk,* Berlin, 1975, y el importante estudio de Steinert (Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg)*. Hay muchos otros. **<<**

[399] Además de muchos trabajos excelentes, hoy día clásicos, sobre el fin de la República de Weimar (Bracher, por ejemplo), puede encontrarse una reconstrucción de la opinión y las actitudes populares en Brodersen, Humann y v. Paczensky, eds., *1933: Wie die Deutschen zur Macht verhalfen*, Hamburgo, 1983; y también en Josef Becker, ed., *1933: FünfzigJahre danach*, Múnich, 1983. **<<**

[400] Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich, Bavaria 1933-1945,* p. 9: «[…] una evaluación más matizada de las pautas de la opinión pública en el Tercer Reich». En un artículo de Bernd Stöver, «Loyalität statt Widerstand. Die sozialistische Exilberichte und ihr Bild von III. Reich», en VFZ, julio de 1995, p. 470: Estos informes «no son tanto fuentes [que aporten pruebas] de la resistencia de ningún grupo de población, como documentación de la lealtad existente hacia el régimen». **<<**

[401] *Steinert,* Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg, *p. 23*. **<<**

[402] En John Lukács, *Historical Conciousness*, pp. 69-92. **<<**

[403] Lukács, *Historical Conciousness pp*. 92-93, citando al eminente historiador holandés Pieter Geyl en un ensayo acerca de la guerra civil norteamericana: «¿Quería la mayoría de la población de los Países Bajos una ruptura completa con Felipe II y la Iglesia de Roma?… No. ¿Quería la mayoría del pueblo inglés derrocar a la Monarquía y ejecutar a Carlos I?… No. ¿Quería el pueblo francés la República y la ejecución de Luis XVI?… No. ¿Quería en 1933 la mayoría del pueblo alemán a Hitler?, ¿quería la guerra? No». Las mismas elecciones de i860, en las que Lincoln obtuvo menos del cuarenta por ciento de los votos, demuestran que la mayoría del pueblo estadounidense no había deseado deliberadamente la guerra de Secesión; pero Geyl pregunta con acierto: «¿Prueba esto, por tanto, que la guerra podía haberse evitado? ¿Acaso no es otro testimonio de una verdad universal: que el curso de la historia no está dominado por la voluntad consciente de la mayoría?». **<<**

[404] Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich, Bavaria 1933-1945,* p. VII, expone muy bien esto: Su libro «trata de la mayoría confusa, ni nazis de todo corazón ni rotundos oponentes, cuya actitud a un tiempo delata signos de la penetración ideológica nazi y muestra, no obstante, los claros límites de la manipulación propagandística. La imagen que resulta no es simple ni directa, ni bien definida». **<<**

[405] Algo de esto puede determinarse en las memorias de los generales alemanes y otros altos oficiales del Tercer Reich. Por el momento, sigue faltando un estudio cuidadoso de la paulatina (aunque rápida) adaptación de la prensa alemana a la época del Tercer Reich en 1933. Acerca de la «adaptación», grandes escritores tales como Tocqueville y Fontane nos dieron retratos incomparables de lo que ocurrió en 1848 en París o Berlín, pero apenas existen tales retratos para 1933, en parte debido a que, como traté de expresar anteriormente, la «estructura de los acontecimientos» y los hábitos mentales de una gran cantidad de gente no eran lo mismo que un siglo antes. **<<**

[406] Aquí «mentalidad» no es totalmente igual que el uso de las *mentalités*, hoy día de moda entre los historiadores. Éste es un reconocimiento, en gran medida atrasado (especialmente entre los historiadores franceses), de los fatídicos defectos de una filosofía y una reconstrucción de la historia materialistas. Sin duda una tarea difícil, que exige mentes sensibles y con perspectiva, debería significar aquí algo más que una referencia particular a un «clima mental» de un lugar y época determinados. **<<**

[407] Steinert, en *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im H. Weltkriegp*. 336, aporta un argumento convincente contra quienes han alegado que el éxito de Hitler se debió a sus discursos radiofónicos y que habría estado muy limitado por su imagen televisiva. Tal como demostró Goebbels, el material gráfico era manipulado y en ocasiones falsificado con más facilidad que la voz o los textos. **<<**

[408] Una descripción muy reveladora de un significativo episodio en Konrad Heiden, *Adolf Hitler*, p. 231-232. En abril de 1928 Stresemann habló en el Bürgerbraukeller de Múnich; un buen discurso. Un grupo de jóvenes nacionalsocialistas entró gritando y comenzó a cantar *Deutschland, Deutschland über alles! —y* el presidente de la reunión se levantó y cantó con ellos—, Stresemann estaba pálido por el entusiasmo y la cobardía de este hombre. Esa noche tuvo un cólico nefrítico; murió un año después. «La reunión fue destrozada, gracias a la cobardía de sus organizadores. (…) Cuando Stresemann se enfrentó a ellos después, uno le contestó: '¡Señor ministro, había que mostrar a esos chicos que uno es tan buen alemán como ellos!. En lugar de haberles mostrado donde estaba la puerta. Temerosos por no parecer lo bastante 'nacionales' a un rufián, perdieron su dignidad. ¿Qué más se puede decir? De este modo llegaría Hitler al poder». **<<**

[409] Sebastian Haffner, *The Ailing Empire: Germany from Bismark to Hitler*, pp. 169-170. En fecha tan tardía como el 17 de mayo de 1933 aún hubo algunos diputados socialdemócra-tas en el Reichstag que aplaudieron el discurso sobre política exterior de Hitler, sobre la grandeza que iba a llegarle a Alemania; probablemente de manera sincera y no por mero oportunismo. **<<**

En un reflexivo artículo P. Stadler, en HZ, 1988, p. 25: Alemania era distinta a otros países; Hitler ascendió al poder por medios en general democráticos «La investigación histórica, en análisis magistrales —como el trabajo clásico de Bracher— ha desarrollado y reconstruido los acontecimientos que conducen hasta enero de 1933, ilustrando la responsabilidad del pueblo [en torno a Hindenburg] y contribuyendo así de modo esencial al [reconocimiento histórico] de factores importantes. […] Por otro lado, no insiste en que la responsabilidad principal no deba buscarse en torno a los Papen, etc., sino en el votante alemán medio».

Permítanme añadir a esto: ¿Hasta qué punto es la gente responsable de sus regímenes? En Francia, en 1792-1793, los jacobinos no eran mayoría; en Rusia, en 1917, los bolcheviques tampoco; ni los fascistas en Italia en 1922. Sin embargo, en 1933, detrás de Hitler había una gran mayoría, cercana a la mayoría absoluta; de hecho, las elecciones de julio de 1932 le habrían convertido en canciller de no ser por la reticencia temporal de Hindenburg.

De nuevo Haffner, *The Ailing Empire: Germany from Bismark to Hitler*, pp. 185-186: «En los años treinta los alemanes se convirtieron en una nación unificada políticamente. Es un proceso que aún no ha sido del todo entendido, probablemente porque la gente quiere olvidar que en la primavera y a comienzos del verano de 1933 estaba teniendo lugar algo similar al surgimiento de una unión nacional, no necesariamente en torno al Partido Nacionalsocialista, pero sí en torno a Adolf Hitler, en torno al *Führer*, como empezaba a llamársele». También M. Broszat, *Nach Hitler. Der schwerige Umgang mit unsere Geschichte*, Munich 1986, p. 164: «El atractivo […] populista del nacionalsocialismo fue más importante que su adoctrinamiento ideológico de las masas».

[410] Considérese que Ferdinand Lassalle, el fundador del socialismo alemán, le dijo a Bismarck en 1863: «Un secreto […] la clase obrera tiene una tendencia instintiva a aceptar las dictaduras». En Reinhold Schneider, *Der Balkon*, Frankfurt, 1959, p. 120: «Una percepción de un inmenso significado; la de la culpabilidad y la vergüenza de doce años […]». O Julius Fröbel, un liberal alemán, en 1848: «La nación alemana ha tenido bastante de principios y doctrinas, de reputación literaria y de una vida dedicada a la teoría. Lo que quiere es poder, poder y poder, y quien le dé ese poder será reverenciado más de lo que puede soñar». **<<**

[411] Ian Kershaw, *Hitler: Profile in Power*, p. 105. Esto ya ocurrió así mucho antes de 1936: con el abandono de Hitler de la Sociedad de Naciones, o con el plebiscito del Sarre, por ejemplo. **<<**

[412] *Sebastian Haffner,* The Meaning of Hitler, *p. 34 e ib.,* The Ailing Empire: Germany from Bismark to Hitler, *p. 194; Frank,* Im Angesicht des Galgens, *p. 264*. **<<**

[413] Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg*, p. 91, está de acuerdo con Helmut Krausnick, quien escribió que en septiembre de 1939 la mayoría siguió a Hitler hacia la guerra con una «lealtad reacia [widerwillige Loyalität]». **<<**

[414] Eberhard Jäckel, *Hitler in History*, p. 89-90, «y se rompió de inmediato»: tal vez esté expresado de modo demasiado simple. **<<**

[415] Lothar Kettenacker, «Sozialpsycologische Aspekte del Führerherrschaft», en *Der Führerstaat: Mythos und Realität*, Stuttgart, 1981, p. 107. Henke, en ib. p. 806: A fines de 1944, el 40% de los prisioneros alemanes aún creían en una victoria alemana; en los primeros meses de 1945, el 44%, pero a comienzos de marzo sólo un 11%. (No obstante, creer en una victoria alemana no es necesariamente igual que ser leal al nacionalsocialismo, ni siquiera a Hitler). **<<**

[416] Frank, *Im Angesicht des Galgens*, p. 260-261. Otro alto oficial, Otto Dietrich, el jefe de prensa de Hitler en *Hitler*, Chicago, 1955: «La mayoría del pueblo había depositado su confianza en un solo hombre, lo habían venerado como a un santo y amado como a un padre. Este hombre les llevó a la mayor catástrofe de su historia». **<<**

[417] En *Der Führerstaat: Mythos undRealität*, Stuttgart, 1981, p. 75. (En este volumen fue donde el historiador inglés Tim Mason aplicó por primera vez el adjetivo «funcionalista»). **<<**

[418] Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1923-1383,* en su prefacio a la edición de 1988. **<<**

[419] Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 323. Christian Meier, en ib., p. 51, citaba a un líder del Partido Demócrata Cristiano en 1983: los alemanes deberían finalmente «salir de la sombra de Hitler». **<<**

[420] El párrafo de Bullock (*Hitler: A Study in Tyranny*, pp. 254-255) es un resumen justo y habitual: «[…] la mayor responsabilidad reside en la derecha alemana, que no sólo no logró unirse a los demás partidos en defensa de la República, sino que hizo de Hitler su socio en un gobierno de coalición. La antigua clase dirigente de la Alemania imperial nunca llegó a resignarse a la pérdida de la guerra y al derrocamiento de la monarquía en 1918. Fueron tratados sorprendentemente bien por el régimen republicano que llegó a continuación, a muchos de ellos se les dejó en puestos con poder e influyentes […] todo ello no consiguió ganar ni su gratitud ni su lealtad. Aparte de lo que pueda decirse de algunos individuos, como clase se mantuvieron irreconciliables, despectivos y hostiles al régimen que seguían explotando. El término 'nacionalista', que era el orgullo del mayor partido de la derecha, se convirtió en sinónimo de deslealtad a la República». Bullock hace también una tajante afirmación acerca del considerado trato que recibió Hitler en su juicio de 1924, ib., p. 120: «Ésas fueron las penas por alta traición en un Estado en el que la deslealtad al régimen era la mejor recomendación para obtener clemencia». **<<**

[421] A esto, sin embargo, deben añadirse las contundentes pruebas del diario de Goebbels —desde 1930 y, en cierto sentido, incluso anteriores— sobre la absoluta convicción de Hitler de que antes o después asumiría el poder. **<<**

[422] Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 357. Fest observó que ya en el verano de 1932 «conservadores» tales como Papen, Von Braun y Schwerin von Krosigk dudaban de si podría durar mucho un gobierno sin Hitler. **<<**

[423] Un ejemplo: el mariscal de campo Mackensen, antiguo monárquico, quedó muy impresionado con Hitler en marzo de 1933 en Potsdam. Fue algo crítico con el pelo y el bigote de Hitler, pero dijo: «Ha ganado mi corazón como estadista, como soldado y como hombre». Pese a que hombres tales como Mackensen no tenían influencia política ni seguidores, Hitler les comprendió bien. A Mackensen le concedió una gran propiedad. En diciembre de 1939 visitó al anciano y severo militar en su nonagésimo cumpleaños, y en 1941 le permitió viajar en un tren especial al funeral del kaiser en Holanda. **<<**

[424] *Heer,* Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *p. 471*. **<<**

[425] Algunos ejemplos al azar. El cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, dijo a Hitler en la firma del Concordato de 1933: «Aquello que no fueron capaces de conseguir los antiguos parlamentos y partidos en sesenta años lo ha logrado en seis meses su dirección del Estado llena de visión de futuro […] una gran obra de bendición inconmensurable». En 1936 Faulhaber visitó a Hitler en el Berghof; quedó muy impresionado, y estuvo por completo de acuerdo con él acerca de la necesaria lucha mundial contra el bolchevismo. «El *Führer* también demostró unos modales sociales y diplomáticos dignos de un rey […]». Friedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität*, pp. 282, 316: «Evidentemente el encanto austríaco del *Führer* había impresionado al cardenal». La dura carta pastoral de Faulhaber contra el comunismo (el 27 de diciembre de 1936) se hizo a petición de Hitler. Incluso el cardenal Preysing de Berlín, hombre de principios y contrario a los nazis, señaló en 1936: «El nacionalsocialismo sin duda ha eliminado las peligrosísimas agitaciones del socialismo y el comunismo de Berlín, así como numerosas muestras de inmundicia y suciedad [*Schmutz und Schund*], peligrosísimas para la religión y la moral». Enjoachim Kuropka, ed., *Clemens August Graf von Galen. Neuen Forschungen zum Leben und Wirken des Bischofs von Münster*, Münster, 1992, p. 211. El débil cardenal Bertram de Breslau, entonces presidente de la Conferencia Episcopal Católica, mandó empalagosos telegramas de felicitación a Hitler en sus cumpleaños. (En 1939 declaró: «Les dije a los niños: "Heil Hitler" es válido para este mundo; se debe rezar ajesús, Él es la unión entre la tierra y el cielo». No se puede imaginar una fórmula más ingeniosa. John Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 465). **<<**

Para muchos jerarcas alemanes la respetabilidad pública era inseparable de las expresiones de nacionalismo. El obispo Berning, en una carta a Göring en marzo de 1942: «Toda la nación debe permanecer unida para lograr la victoria final [!] sobre sus enemi-gos», en Kuropka, ed., *Clemens August Graf von Galen. Neuen Forschungen zum*

Leben und Wirken des Bischofs von Münster, Münster, 1992, p. 357. Acerca del obispo, y después cardenal, Von Galen véase el elogio de la invasión alemana de Rusia en el mismo sermón en que atacaba las prácticas eutanásicas nacionalsocialistas (a lo que Hitler reaccionó ordenando la suspensión del programa de eutanasia a gran escala). No obstante, considérese también el primer sermón de Galen en abril de 1945: «Me duele el corazón al ver pasar las tropas de nuestros enemigos [!]». Un episodio particularmente desagradable —aunque atípico—: en la conferencia anual de obispos de 1942 surgió la preocupación cuando algunos párrocos informaron de que había gente en sus iglesias que se negaba a comulgar junto a los judíos católicos, que llevaban estrellas amarillas sobre su vestimenta. Algunos curas fueron reacios a dar la eucaristía a los católicos de origen judío, otros sugirieron servicios especiales para ellos. Esto no llegó a realizarse, salvo en contadas excepciones, pero también se debió a que a la altura de 1942 sólo quedaba un puñado de esos católicos de origen judío.

[426] No obstante, el valeroso Georg Elser, que trató de matar a Hitler en noviembre de 1939, era un obrero. **<<**

[427] Jäckel, *Hitlers Herrschaft*, pp. 49-50. **<<**

[428] No sólo en los diarios de Goebbels, donde algunas de las entradas más significativas registran las reacciones de los obreros respecto a Hitler, incluso cerca del final de la guerra; también en un informe del ministro de propaganda del Reich de diciembre de 1944, citado por Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Munich, 1995, p. 572: «El obrero es el seguidor más fiable del *Führer*, deseoso de echarse a hombros cualquier tipo de carga». Steinert, en *Hitlers Krieg und die Deutschen: Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im II. Weltkrieg*, p. 526, da numerosos ejemplos de un «compromiso radical con la guerra» entre los obreros de armamento en fecha tan tardía como la primavera de 1945. Esto impresionó a Speer de modo decisivo, y le disuadió cuando empezó a pensar en la necesidad de liquidar a Hitler. Kershaw (*Hitler: Profile in Power*, p. 181) está en lo cierto: «La popularidad de Hitler entre el pueblo alemán, pese a que se había reducido mucho desde su auge en 1940, era sorprendente, dada las condiciones de los últimos años de guerra». **<<**

[429] Según Haffner (*The Ailing Empire: Germany from Bismark to Hitler*, pp. 208-209): «[…] el antisemitismo de Hitler era la línea que separaba a los seguidores leales del *Führer* —la mayoría del pueblo— de la minoría no insignificante de opositores, gente que en la intimidad de sus domicilios clamaba contra Hitler y su partido y que estaba convencida de que eso demostraba su adhesión a los valores tradicionales, incluso aunque no se atrevieran a expresarlo y menos aún a actuar. Siempre existió un número sustancial de opositores que después, tras la caída de Hitler, trataron de definirse como la 'emigración interior' o incluso como la 'resistencia'. Creo que ambas etiquetas deben utilizarse con mucha cautela». (Yo diría que con una mezcla de respeto y cautela). **<<**

[430] Doenitz en Núremberg, IMT, xiii, p. 33, citado por Maser: Hitler tenía «una tremenda personalidad (…) con una inteligencia y fuerza de voluntad extraordinarias, con una verdadera cultura universal [*Bildung*, un carácter de una fuerza impresionante y un poder de sugestión enorme». **<<**

[431] Este es quizá el único punto en que debo expresar mi desacuerdo con Schramm, por lo demás irreprochable, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 180: «Que el almirante Doenitz, quien sucedió a Hitler en el poder de modo inesperado, iniciara inmediatamente la rendición, sigue siendo un servicio por el que no merece menor reconocimiento que el general Weygand en Francia cinco años antes». Esta valoración de Weygand es cuestionable. **<<**

[432] Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 211. **<<**

[433] La religión tampoco es pura, debido a su inevitable aleación humana; no obstante, sin esa aleación, la fe, igual que el oro, es inservible. **<<**

[434] En Werner Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 283. Ziegler, *Wer war Hitler*?, Tubinga, 1970; un apologista y admirador extremo. **<<**

[435] Esta tendencia aparece incluso en obras serias. Dos ejemplos: Oswald Hauser, *England und das Dritte Reich. Eine dokumentierte Geschichte der englisch-deutschen Beziehungen von 1933 bis 1939 auf Grund unveröjfenlichen Akten aus den britischen Staatsarchiv,* III, Gotinga y Zürich, 1982. Un largo comentario en Schreiber, *Hitler:Interpretationen 1923-1983,* p. 56: Hauser tiende a «exonerar a Hitler, incluso a asegurar en parte su inocencia [teilweise sogar zu verharmlosen] al tiempo que acusa al lado británico». En un grado mucho menor, esto también puede aplicarse a Dietrich Aigner, *Das Ringen um England*, Munich, 1969. **<<**

[436] Véase, por ejemplo, Günter Gillessen en el respetable FAZ, 2 de agosto de 1945; otros artículos de este autor han culpado a los británicos de los horrores de la guerra aérea. **<<**

[437] Un ejemplo: el historiador militar Karl Klee, en la introducción a su estudio de los planes de Hitler para la invasión de Inglaterra, *Dokumente zum Unternehmen 'Seelöwe', 2* vols., Gotinga, 1959, I, p. 25: «La tragedia que estaba por venir es que los británicos, que se concentraron sólo en la lucha contra su oponente inmediato, estuvieron dispuestos a aceptar a cualquier socio —esto es, también a la Unión Soviética— en la guerra. [Los británicos] no previeron que su política sólo conduciría al reemplazo de una Alemania fuerte por el poder abrumador de Rusia». John Lukács, *The Duel…*, pp. 214-215: «Este argumento —que, en esencia, significa una especie de indignación selectiva— atrae a alguna gente incluso hoy día, y no sólo en Alemania. Aquí me veo obligado a corregirlo: no sólo se trata de que sin ese 'socio' los británicos no podían esperar ganar; ese 'socio' fue empujado por la propia Alemania a una alianza con Gran Bretaña. También ocurrió que Churchill tuvo fácil elegir: o toda Europa dominada por Alemania o —en el peor de los casos— la mitad oriental de Europa dominada por Rusia durante algún tiempo; la mitad de Europa era mejor que nada». Hubo periódicos españoles que hasta fecha tan tardía como la década de i960 escribían en el aniversario de la muerte de Hitler que había «caído a la cabeza de su ejército en la lucha contra el comunismo». **<<**

[438] Ejemplos: su piloto Hans Baur, su chófer Erich Kempka o su secretaria, Christa Schroeder. **<<**

[439] Ejemplos: Friedrich Grimm, Lothar Rendulic, Hans Rudel, Annelise Ribbentrop, Otto Skorzeny, W. von Asenbach o Erich Kern. <<

Estoy excluyendo las memorias y recuerdos, a menudo valiosos, de las secretarias o asesores militares de Hitler, cuyos propósitos no incluían, ni siquiera de modo implícito, una rehabilitación de su imagen histórica (ejemplos: Hanfstaengl, Engel, Von Below, Putt-kamer, Wiedemann y otros). Permítanme destacar, una vez más, que este libro no es una biografía de Hitler.

[440] Christa Schroeder, *Er war mein Chef* Munich, 1987. **<<**

[441] No incluyo al ya mencionado —y en ocasiones citado— Hans Frank, cuyos escritos, anteriores a su ahorcamiento, no trataban tanto de rehabilitar a Hitler como de contrarrestar las habituales impresiones incorrectas sobre él. **<<**

[442] Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*. Subtítulo: *Erlebnisse. Gespräche. Reflexionen (Vivencias, conversaciones, reflexiones*). Debo matizar, no obstante, la anterior afirmación acerca de un pequeño círculo de lectores: el libro de Giesler tuvo cinco o seis reimpresiones (anteriormente no había logrado asegurarse un contrato con un editor alemán de más prestigio). **<<**

[443] Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*, p. 437: Hitler: «Háblame ahora sobre Linz». Este «descanso». [*Entspannung* fue la noche posterior a la terrible destrucción de Dresde. **<<**

[444] Sin embargo, había abundantes rasgos de la admiración de Breker por Hitler en este libro [*Paris, Hitler et moi*, París, 1931); por ejemplo, p. 180: «Si no hubiera provocado la guerra, Hitler habría pasado a la historia como uno de los más grandes constructores: el alcance de las obras proyectadas para Berlín, Munich, etc., basta para demostrarlo». También es interesante la insistencia de Breker (ib., p. 129) en que Bormann sabía más de Hitler que ninguna otra persona y, por tanto, en lo lamentable que era que los papeles de Bormann fuesen «destruidos: éstos, por sí mismos, habrían facilitado la documentación completa [?] del fenómeno de Adolf Hitler». **<<**

[445] Algunos pasajes de esta carta (Hermann Giesler, *Ein anderer Hitler*, p. 523): «Su libro ha arrojado una luz sobre numerosas cosas que no conocía; por encima de todas, hasta qué punto fue traicionado Hitler. Hasta hoy no sabíamos lo que había detrás de eso. […] En la historia hace mucho que no hay nada comparable [a él] […] una gran personalidad solitaria, que define su época. Estoy convencido de que la prensa está estupefacta [raíZor] ante este fenómeno. Gracias a su extensa documentación, la historiografía se enfrenta a una nueva labor […] los primitivos y ciegos adversarios de Hitler no saben que allí hubo un hombre que quiso crear una nueva —y arquitectónica— época. […] El mundo aún está ciego. […] Su libro atraerá una avalancha de comentarios o será silenciado por completo». **<<**

[446] Ejemplos: Nolte, Zitelmann y el inglés Charmley. Las referencias favorables a Irving de éste último están enterradas en algunas de sus densas notas. Véase también John Keegan, p. 220, nota 47. **<<**

[447] Ejemplos de David Irving, *Hitler's War,* p. 6, sobre la invasión de Polonia: «[…] aquéllos eran campos empapados de sangre alemana, antiguas tierras alemanas que volvían a estar de nuevo bajo dominio alemán». «Aparentemente convencidos de que los tanques alemanes eran sólo marionetas de hojalata, la caballería polaca los atacó con las lanzas en ristre». (Una leyenda refutada hace mucho por los historiadores militares). Varsovia, octubre de 1939, ib., p. 28: "[…] cuando [Hitler] vio el banquete que el ejército le había preparado en el aeródromo, o bien su estómago se revolvió o su instinto contra la mala publicidad le previno de sentarse en la vasta mesa en forma de herradura, con una mantelería blanca inmaculada y alimentos suntuosos, en un momento en que cientos de miles de habitantes de Varsovia pasaban hambre". (Sin fuente). P. 61: «Había pruebas claras de una concentración de tropas rusas que podían ser espoleadas contra Alemania» (¡en octubre de 1939! Ni una brizna de tales pruebas). Ib., p. 156: A comienzos de agosto de 1940 en el Berghof, entre amigos íntimos, Hitler «a menudo pensaba en voz alta […] construiría grandes autopistas que se prolongaran al Este, nuevas ciudades; el día de la victoria las gentes de Berlín bailarían en la Wilhelmsplatz y después comenzaría la reconstrucción de Berlín. Sería misericordioso y magnánimo con los vencidos jefes de Estado enemigos, incluso con Churchill, a quien Te daría permiso para pintar y escribir sus memorias'». (No hay fuente para esto). Ib., p. 348: «Cómo debió de maldecir Hitler al Estado Mayor por haberle involucrado en la campaña de Moscú». Ib., p. 391: «No parecía una casualidad que los judíos estuvieran detrás del movimiento de resistencia que estaba extendiéndose por todos lados». Acerca del discurso de Hitler el 30 de septiembre de 1943, ib, pp. 428-429: «Habló al pueblo alemán por primera vez en muchos meses, se disculpó por haber tenido menos tiempo para elaborar su discurso que un primer ministro, que podía permitirse viajar durante semanas

por todo el mundo con una camisa de seda blanca y un sombrero caído de ala ancha, o con cualquier otro ridículo atuendo». (Hitler no dijo esto). Sobre el resultado de Stalingrado, ib., p. 453: «La culpa del desastre fue desviada hacia Hitler. En años posteriores algunos mariscales de campo amañaron sus memorias, se sacaron de la manga diarios falsos, se suprimieron frases inculpatorias del diario de guerra del OKW y se introdujeron juicios 'contemporáneos' sobre el liderazgo de Hitler». Acerca de los conspiradores de julio de 1944, ib., pp. 704-705: «Su reacción ante la noticia de la 'muerte' de Hitler habría sido una orgía con champán hasta bien entrada la noche». Hay numerosas afirmaciones que elogian a Hitler y desacreditan a sus generales. (Un ejemplo extraño: un solícito Hitler prefiere comer con sus taquígrafos, haciendo esperar a sus generales hambrientos). Otras: en 1941 y 1942 la rigidez de algunos generales frustró los planes racionales de Hitler para una victoria en Rusia; Hitler predijo por dónde atacarían los rusos en Stalingrado y Voronezh, mientras que sus generales fallaron; en ocasiones Hitler prefería no hablar con vehemencia a sus comandantes, especialmente a los de origen aristocrático. Otro ejemplo: Irving trata sobre la reunión de Szálasi, líder húngaro de las Cruces y Flechas, con Hitler en diciembre de 1944. Según Irving, aquél estuvo supuestamente de acuerdo con una agria defensa (y potencial destrucción) de Budapest, mientras que Hitler no tratara de pactar con Stalin; el caso fue al contrario: Szálasi esperaba un acuerdo de última hora entre Hitler y Stalin. En esta obra de David Irving hay también numerosas referencias a «archivos húngaros de Budapest» sin ubicación, fechas o números de archivador o página. Ésta no es más que una muestra al azar de los «métodos» de Irving. **<<**

[448] Incluso la antigua secretaria de Hitler, Christa Schroeder, a quien Irving cita a menudo y que le había dado a éste información y papeles, escribió: «[…] ni siquiera el 'serio' y 'reputado por honesto' David Irving es inmune contra las imprecisiones (…) así que debo decir que también David Irving me ha decepcionado». En *Er war mein Chef*, Múnich, 1987, p. 26 y ss. **<<**

[449] Véase el capítulo I. Ejemplos de Toland, *Adolf Hitler*, p. 262: En 1932, «en medio de la confusión de la nación [Hitler] parecía firme como una roca, insistiendo sólo en lo que era mejor para Alemania». Ib., p. 226: «Numerosos besos en la mano le aseguraron una devoción de por vida entre las mujeres; los hombres se tranquilizaban con su firme estrechar de manos, con su acercamiento entrañable de hombre a hombre». Acerca de 1938, citando a Schwerin-Krosigk, ib., p. 470: «[…] sólo podemos ganar mediante la espera. Por esa razón los comunistas, los judíos y los checos están haciendo semejantes esfuerzos por empujarnos ahora a una guerra». De su carta a Toland, p. 973. Acerca de la conferencia de Hitler el 23 de mayo de 1939: «Ésta no fue la diatriba irracional de un hombre poseído por un deseo de conquista, sino un reconocimiento de que Alemania no podría continuar como una gran nación sin la guerra». Sobre agosto de 1939, ib., p. 568: «Los polacos nunca consideraron ni por un momento aceptar las propuestas alemanas». Ib., p. 524: «La acusación de Hitler de que las posibilidades de un acuerdo pacífico con Polonia habían sido agotadas no carecía de fundamento». Ib., p. 619: en el verano de 1940, Hitler fue «magnánimo» con Francia. Ib., p. 621: el discurso de Hitler del 19 de julio «comenzó con un ataque burlón a Churchill» y prosiguió con una oferta de paz a Gran Bretaña. El orden de ese discurso fue justo el contrario. Numerosas atribuciones erróneas similares, incluida una cita del papa Pío XII en ib., pp. 674-675: dejó claro que respaldaba la lucha nazi contra el bolchevismo al describirla como «una noble galantería en defensa de los fundamentos de la cultura cristiana». No existió tal afirmación por parte del papa. **<<**

[450] «The New Nationalism and the Old History. Perspective on the West German Historikerstreit» en *Journal of Modern History*, JMH, diciembre de 1987, p. 785. **<<**

[451] Una extraña nota de Evans en «The New Nationalism and the Old History. Perspective on the West German Historikerstreit», JMH, diciembre de 1987: en Alemania «la reunificación simplemente no es una posibilidad realista, y hablar de ella o proponer argumentos históricos en su favor es permitirse el lujo de fantasear con la política». Ocurriría dos años después, y no era por completo imprevisible en 1987. **<<**

[452] Desarrolló y repitió esta tesis en varios de sus últimos libros: *Der europäische Bürgerkrieg*, 1987; *Geschichtsdenken im 20. Jahrhundert*, 1991 [hay traducción española: *Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo xx*, Barcelona, 1995]; *Streitpunkte. Heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialismus*, 1994, en el que encontramos: «la grandeza y la tragedia del nacionalsocialismo […] fue una extraordinaria respuesta […] debemos reconocer su grandeza». Anteriormente Nolte también encontró apropiado hacer referencias favorables a David Irving y a David Hoggan (un precursor de Irving), cuyas contribuciones eran «útiles» (Piper, ed., *Historikerstreit*, pp. 19, 25) y posteriormente incluso al ingeniero estadounidense Fred Leuchter, quien «demostró» que no podía haber existido ningún asesinato con gases en Auschwitz. **<<**

[453] Píamente fue el Estado desde el que se desarrolló la unificación de Italia, con un papel comparable al de las trece colonias en la historia de los Estados Unidos. También hemos visto (pp. 256-257, nota 10) que Nolte equivocó la fecha y el sentido de una carta de Chaim Weizmann a Neville Chamberlain en 1939 (la había encontrado en Irving, quien a su vez la había recogido de una de las conversaciones de sobremesa de Hitler). Otro ejemplo: las recurrentes referencias de Nolte a la jaula de ratas *{Rattenkäfigj*, la práctica bolchevique de introducir la cabeza de una víctima en una jaula habitada por una rata furiosa. Presuntamente Hitler había hablado de ello en una de sus conversaciones de sobremesa. Sin embargo, había sido mencionado con anterioridad por un excelente historiador de la Revolución Rusa contrario a los bolcheviques (Melgunov) y descrita posteriormente por George Orwell en *1984* —Nolte parecía no saber nada de éstos—, «El horror [de Hitler] ante la jaula de ratas no fúe más que la expresión destacada de una experiencia general y germina del primer período de posguerra. Creo que allí podemos encontrar las más profundas raíces de las acciones impulsivas más extremas de Hitler». Nolte en Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 226. ¿El origen de la rata? **<<**

[454] Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 292. **<<**

[455] Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 341. Hans-Ullrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, p. 48. Hillgruber acusó a los enemigos de Alemania no sólo de haber provocado la catástrofe alemana sino por «un centro de Europa destrozado». **<<**

[456] Hillgruber en *Reinischer Merkur*, 31 de octubre de 1986: Los asesinatos en masa de judíos «no pueden juzgarse cualitativamente diferentes» de las deportaciones y los asesinatos en masa de los campesinos ucranianos por parte de Stalin. En FAZ, 18 de junio de 1979, Hillgruber publicó una recensión crítica y sensata de uno de los libros de Irving; sin embargo, señalaba, la recolección de papeles «supone un mérito, en ningún caso pequeño, de Irving». Tal vez sea significativo que no se encuentre ese tipo de matices en los violentos ataques de Hillgruber contra Habermas, Wehler, Jäckel y otros durante el *Historiker streit*. **<<**

[457] Zitelmann había acabado su manuscrito a comienzos de 1985; el *Historikerstreit tuvo* lugar en 1986; la primera edición de esta obra *{Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionär^* se publicó en Múnich en abril de 1987, y este prefacio fue escrito para la segunda edición en octubre de 1988. **<<**

[458] Ejemplos en Rainer Zitelmann *Adolf Hitler: Eine politische Biographie, p*. 108: en marzo de 1939 «en Inglaterra se hicieron fuertes las voces partidarias de una política severa contra Alemania». Ib., p. 109: las propuestas de Hitler a Polonia en agosto de 1939 fueron «más generosas y moderadas que toda la política respecto a Polonia de la diplomacia de Weimar». Ib., p. 113: «Hitler no quería la guerra, fue obligado [?] a firmar una alianza con la Unión Soviética». En el verano de 1940, «en vista de la psicosis bélica dominante en Alemania, para Hitler no era en absoluto fácil hacer tal oferta de paz a Gran Bretaña». Ib., p. 146: «Inglaterra mostró su reticencia a una alianza» con Alemania. Ib., p. 141: «La tesis de Hitler de que Inglaterra estaba siguiendo una política de liquidación de su imperio y que permitía heredarlo a los Estados Unidos fue recibida con oídos entusiastas en los círculos conservadores [ingleses]». No fue así. **<<**

[459] Considérese el lenguaje. Ejemplos: Hillgruber: «Un escándalo científico», «Campaña de difamación». [Rumfordkampagne] (Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 233). Stürmer: «Una lista de proscritos», «Juicio sumarísimo» (Hans-Ullrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit",* 92 y ss.J. Fest: "Ritual que contraviene 'la libertad de plantear preguntas'» (ib., p. 127). La vehemencia de la otra parte no fue menor: un ejemplo extremo es el de la entusiasta publicista Elie Wiesel, que denominó a Nolte, Hillgruber, Hildebrand y Stürmer «los cuatro bandidos [*Viererbänd]*». **<<**

[460] «En Alemania existe un monopolio *Meinungsmonopol*] de la opinión [pública]», Zitel-mann, citado en *Die Woche*, 15 de junio de 1995. **<<**

[461] Reimpreso en faz, 7 de octubre de 1995 (véase también el prefacio de la presente obra, pp. 11-12). El término «tabúes» fue empleado por Ziteimann en *Die Welt*, 18 de diciembre de 1993. **<<**

IX. EL PROBLEMA HISTÓRICO

[462] Todas las citas que siguen a continuación son del prefacio de su *Napoleon: For and Against*, New Haven y Londres, 1949, pp. 7-11. **<<**

[463] Su ensayo original acerca de Napoleón iba a ser publicado en una revista mensual holandesa en junio de 1940. «En mayo, tras la capitulación, el manuscrito me fue devuelto sin ninguna explicación, todavía marcado con una nota para el impresor indicándole que fuera rápido. No necesité una explicación para entender que, pese a que no había escrito ni una sola palabra acerca de Hitler y el nacionalsocialismo, en las nuevas circunstancias al editor le había parecido demasiado directo el paralelo con nuestra propia época». Durante las conferencias en Rotterdam, mencionadas anteriormente, «las risas ocasionales mostraban que la audiencia era igual de consciente del paralelo». **<<**

[464] Pero no sólo alemanes. «Uno puede ver» —y el espectáculo no es agradable— a franceses que «lamen la mano que les ha castigado»: y una mano que no sólo les ha castigado, sino subyugado y en ocasiones torturado, una mano que no es suya sino la de su enemigo nacional, que tiene para con ellos poco más que desprecio. Uno de sus brillantes intelectuales, Robert Brasillach, se atrevió a expresarlo en una frase durante su juicio en 1945: «Dormimos con los alemanes, y hubo algo que nos gustó». (¿Se debió a esta frase que el general De Gaulle, a pesar de las peticiones de numerosos intelectuales, se negara a conmutar la pena de muerte a Brasillach? Tal vez). Una consecuencia positiva de la Segunda Guerra Mundial fue la desaparición de la enemistad entre Francia y Alemania, es más, la subsiguiente reconciliación y alianza entre ambas naciones y Estados. Sin embargo, ha habido una consecuencia menos edificante: un sentimiento de inferioridad francés —no meramente político, sino también un sentimiento de inferioridad cultural— frente a lo alemán. Esto incluye su admiración —en ocasiones abierta— por el Tercer Reich y por algunos de sus representantes. El fenómeno de Le Pen y sus millones de seguidores es algo que fue previsto por los «colaboracionistas» franceses tales como Brasillach y otros, que no eran sólo colaboracionistas de Alemania, sino del hitlerismo. Podemos añadir a esto el culto a Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger y otros, no nazis, pero creyentes en la superioridad alemana. En ningún otro país se han vuelto tan respetados y admirados por los intelectuales como lo son ahora en Francia. **<<**

[465] Recordemos, por ejemplo, que Napoleón entró en Moscú y Hitler no; también que aquél llegó allí apenas diez semanas después de haber cruzado la frontera rusa, mientras que llegar a los alrededores de Moscú les costó cinco meses a los ejércitos mecanizados de Hitler. Sin embargo, Hitler sobrevivió después de su primer invierno en Rusia, tras el cual sus ejércitos comenzaron de nuevo a internarse en las profundidades rusas, mientras que Napoleón sufrió una catástrofe y se retiró de Rusia en menos de tres meses. **<<**

[466] Una extraña coincidencia no observada por otros historiadores: fue en el lugar natal de Hitler, en Braunau, donde en 1810 la archiduquesa María Luisa, recién desposada con Napoleón, fue transferida festivamente de su séquito austríaco al séquito francés. Napoleón pasó la noche en ese pueblo fronterizo, en la misma Haus Schüdl (y presumiblemente en las habitaciones del mismo segundo piso) donde setenta años más tarde iría a vivir el padre de Hitler. (Es un edificio bien proporcionado, en el lado sur de la plaza del mercado). **<<**

[467] Aún está por escribirse un libro sobre las opiniones expresadas por Hitler acerca de otras naciones y nacionalidades, que en muchos casos fueron variadas o cambiantes más que constantes y uniformes. Por ejemplo, hay lugar para un estudio serio sobre su actitud hacia Gran Bretaña y el pueblo británico, que fue más complicada que el cliché, en ocasiones manido, de la relación amor-odio. No obstante, son chocantes las pruebas del odio de Hitler hacia el pueblo que se atrevió a oponerse a él o a desafiarle. Así, sus ocasionales expresiones de respeto o incluso de admiración por ese pueblo desaparecieron y dieron paso a expresiones de un odio despectivo mientras la guerra iba avanzando y acercándose a su fin. No fue distinto su trato de Polonia y los polacos, acerca de los cuales hizo algunos comentarios de menosprecio antes de 1939, pero cuyo desafío —que conduciría al estallido de la guerra en 1939— hizo que les infligiera crueldades sin paralelo en ningún otro lugar, exceptuando su trato a los judíos. No encontramos nada similar en las reacciones de Napoleón, ni siquiera de Stalin, quienes en ocasiones mostraron algún respeto por la valentía de sus adversarios. **<<**

[468] Fest *(Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 309) es convincente cuando señala que «todo el sistema intelectual y emocional» de Hitler parece haber estado dominado por un elemento fundamental: «la angustia [*Angsterlebnis]*». Esto, entre otras cosas, diferencia también a Hitler del joven Mussolini, quien se parecía al joven Bonaparte más que a Hitler. **<<**

[469] En una ocasión, en 1940, Hitler dijo presuntamente que impondría su victorioso tratado de paz en Münster, en Westfalia, poniendo fin de ese modo al sistema de Estado europeo que había sido establecido allí en 1648. **<<**

[470] Citado por Mathieu Molé en 1842, al recibir a Tocqueville en la Académie Franchise; también por François Furet, *Revolutionary France 1770-1880,* Oxford, 1988, pp. 260-270. **<<**

[471] Stendhal, *Vie de Napoleon*, p. 1837: «El hombre más grande que el mundo jamás ha visto desde César». Y: «Cuanto más se conozca la verdad, más grande será Napoleón» (una creencia repetida a menudo por los admiradores de Hitler). **<<**

[472] Una tendencia que comparten con los defensores más circunspectos —o relativos—de Napoleón es la atribución a los británicos de crueles designios contra sus países (Jacques Bainville, por ejemplo, en el caso de éste; Andreas Hillgruber para aquél). **<<**

[473] Châteaubriand en *Memoirs d'outre-tombe,* citado en Geyl: «Puesto que es un hecho innegable que este subyugador siguió siendo popular en una nación que entonces convirtió en cuestión de honor el levantar altares a la independencia y la igualdad. (…) Los milagros labrados por sus brazos han hechizado a nuestra juventud y les han enseñado a adorar la fuerza bruta […]». Añádase a esto el reconocimiento por parte de Aulard de la lealtad de la clase trabajadora parisina a Napoleón, no diferente de la lealtad de la mayoría de los obreros industriales alemanes a Hitler. **<<**

[474] Obsérvese la comparación entre el modo en que Napoleón y Hitler trataron respectivamente al Papa. Este último fue más circunspecto que el primero (aunque eso tiene mucho que ver con el hecho de que el Papa tuviera mayor prestigio —e influencia— a mediados del siglo XX que a comienzos del xix). Napoleón aprendió demasiado tarde que *Qui mange du Pape en meurt*; Hitler sabía eso mejor que bien. Un detalle interesante: cuando el enviado de Napoleón a Roma le preguntó al emperador cómo debía tratar al Papa, Napoleón contestó: «Trátale como si tuviera doscientos mil hombres». (Albert Vandal, citado en Geyl, p. 230). Éste es el origen de una ocurrencia atribuida a Stalin en 1935 de modo equivocado: «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?». (Un bulo). **<<**

[475] También Lefebvre, citado en Geyl, *Napoleon: For and Against*, New Haven y Londres, 1949, p. 424: «Siempre quedó [en Napoleón] algo de esa persona desarraigada. También algo de hombre desgajado de su clase: no es ni totalmente noble ni totalmente del pueblo». La primera frase se puede aplicar a Hitler, aun cuando hemos observado sus diferentes temperamentos y características personales. **<<**

[476] Lanfrey, un crítico, y no un panegirista de Napoleón, clasificado como «en contra» por Geyl, ib., p. 104: «Observó que el mando de Napoleón, a pesar de su severidad, era general y dejaba algún espacio a la iniciativa de sus subordinados. No tiene dudas de que esto era intencionado y, de hecho ¿acaso el Emperador no se lavaba las manos después?». Eso no lo hacía Hitler. Napoleón, al menos, escogió ocultarse tras un escrito. En una carta a Cambacéres, citada por Lanfrey, aún va más allá: '«El Papa fue apartado de Roma sin órdenes mías y contra mis deseos'. Es sorprendente, si ése fue el caso, que consintiera el hecho consumado, pero es, de hecho, una mentira flagrante. Es todo parte del sistema. En el asunto de Enghien se escudó tras la presunta precipitación de la acción de Savary; en el caso de España fue Murat, y ahora era Miollis, el gobernador de Roma, quien debía soportar el descrédito de un crimen que sin duda Napoleón había deseado que se cometiera». Geyl añade a esto una nota reveladora: «Aquí uno puede hacer una comparación con la reina Isabel I, que también estuvo muy dispuesta para cargar las culpas sobre sus sirvientes en situaciones difíciles. El ejemplo más conocido, aunque con seguridad no el único, es el de su ira contra Davison bajo el pretexto de que había dado la orden para la ejecución de la reina María Estuardo sin su autorización». **<<**

[477] Considérense también las documentadas reflexiones de Napoleón —sus *Pieces justificatives*— en Santa Elena, en las que, entre otras cosas, predecía el ascenso de los Estados Unidos y de Rusia y la necesidad de Francia de una amistad con Inglaterra. No hay nada parecido en Hitler. *Avec et aprés moi le déluge*: atribuido de modo inadecuado a un monarca francés, pero, en espíritu, apropiado a Hitler. **<<**

[478] No obstante, debemos tener presente que los términos alemanes para «ciencia» y «científico» — *Wissenschaft y wissenschaftlich*— son más amplios que nuestro uso contemporáneo: incluyen «ciencia» y «conocimiento». **<<**

[479] Una aguda sentencia de Veronica Wedgwood: «La historia es un arte, como todas las demás ciencias». **<<**

[480] ¿Fue Napoleón el personaje culminante del siglo XIX? No, fue la culminación inesperada del XVIII. **<<**

[481] «De personas» sólo «d. 'el Grande', tras un nombre propio [como] mero epíteto honorable, adjunto como un título a los nombres de ciertos personajes históricos, principalmente monarcas, que connota […] que la persona así designada […] está situada entre los grandes hombres de la historia». **<<**

[482] Un ejemplo fue la monumental maqueta de Speer de un futuro Berlín central (1940), en la que incluyó un arco de triunfo diseñado por el propio Hitler en 1925. Encajaba con las proporciones de ese diseño grandioso, pero por lo demás su estilo no se adecuaba, era muy distinto al neoclasicismo moderno de Speer y bastante inferior tanto al Are de Triomphe como al Arc du Carrousel. **<<**

Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 45: Al contrario que Napoleón, «Hitler no creó ningún edificio estatal y sus logros, que durante diez años abrumaron a los alemanes y dejaron al mundo sin aliento, demostraron ser efímeros y no dejaron ningún rastro, no sólo porque acabaran en un desastre, sino porque nunca fueron diseñados para perdurar». (No exactamente: Hitler a menudo insistía a Speer y a otros en que sus edificios debían construirse de granito, «para durar cuatrocientos años»). «Como actor principal, Hitler probablemente se sitúa incluso por encima de Napoleón. Pero una cosa no fue jamás: un hombre de Estado». (Discutible).

[483] Johann Wolfgang Goethe, *Autobiografía. Poesía y verdad [Obras completas,* vol. ni], Madrid, Aguilar, 1968, IV, xx. (N. del T.). **<<**

[484] Vappu Tallgren, *Hitler und die Helden. Heroismus und Weltanschauung*, Helsinki, 1981, p. 258 (muy elogiado por Ziteimann). Tallgren —en mi opinión de modo convincente— enfatiza la influencia sobre Hitler de las novelas germanoindias «del Oeste» de Karl May (véase p. 133). **<<**

[485] Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 183: «La dificultad está en que el lenguaje no ofrece un equivalente negativo a 'héroe' y 'genio'. Cualquiera que esté preocupado porque crea que al buscar términos adecuados para Hitler probablemente le estemos dando más de lo que merece, no ha entendido bien». **<<**

[486] No es sólo que *Elgran dictador* sea una de las peores películas de Chaplin. (Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 805: «La brillante caricatura (?) de Chaplin en *El gran dictador*»). Véase también Chaplin, *My Autobiography*, Londres, 1964, p. 316: Hitler, «un cómico con pantalones bombachos. (…) La cara era de una comicidad obscena, una mala imitación de mí (!) con un absurdo bigote (…) y una boca desagradable, pequeña y fina. No podía tomarme en serio a Hitler (…) sus manos como pinzas que arengaban a la multitud (…) una arriba y la otra abajo, como un jugador de *cricket* a punto de lanzar (…) [o] las manos apretadas al frente, como si levantase una pesa imaginaria. El saludo con la mano echada hacia atrás sobre el hombro, la palma hacia arriba, hacían que quisiera poner una bandeja de platos sucios sobre ella. 'Éste es un chiflado', pensaba […]». (Otro personaje famoso que minusvaloraba y desdeñaba a Hitler fue Einstein). **<<**

[487] Ejemplos del libro de 1931 de Lewis (reimpreso en Nueva York en 1974, no se puede disponer de él con facilidad en la mayoría de las bibliotecas): «Los comunistas ayudaban a la policía a golpear y a disparar a los nazis» (Lewis, *Hitler*, p. 16). Los nazis son «limpios y respetuosos con la ley» (ib., p. 19). «Si bien el comunista está siempre armado, el nazi sólo tiene un palo o sus puños para defenderse, y tal discriminación se debe a las autoridades policiales republicanas» (ib., p. 28). Hitler: «Un ascetismo no falto de nobleza» (ib., p. 31). «Al prepararse para exponer la doctrina del hitlerismo, enseguida se hace evidente que se está tratando más de *una persona* que de *una doctrina!'.* Inglaterra "está casada con los judíos», pero (ib., p. 42): «Aún permite que se abra camino un pequeño *Blutgefühl* (un sentimiento de la sangre hacia esa otra mente y cuerpo iguales al tuyo) a favor de ese pariente valeroso y empobrecido». «No creo que si Hitler se saliera con la suya atravesase las fronteras, por lo general pacíficas, a sangre y fuego» (ib., p. 49). «Hitler sí es una persona muy diferente de Mussolini, Pilsudski o Primo de Rivera» (ib., p. 51). En 1939 Lewis escribió *The Hitler Cult',* ahora muy crítico con Hitler, con algunas perspicacias: «El rechaza la democracia y todas sus obras; sin embargo, como demagogo que depende del sufragio emocional de las masas, es un típico hombre de Estado democrático; y ello a pesar del hecho de que el agradable *laissez-faire* de la democracia occidental se había transferido, con él, hacia un despotismo demagógico». **<<**

[488] El título de Lothar Burchardt *Hitler und die historische Grösse*, Constanza, 1979 *(Hitler y la grandeza histórica*) es prometedor, pero el libro no trata realmente la idea o los límites de la «grandeza». **<<**

[489] Irving, por supuesto, no tiene tales dudas; en su prólogo a *Hitler's War,* p. XXIII sugiere el epíteto «el Grande» para Hitler, con una cita de Jodl en Núremberg: «Le echo la culpa a sus orígenes humildes, pero después recuerdo cuántos hijos de campesinos han sido honrados por la historia con el nombre 'Grande'». También Jodl, en IMT XV, p. 602, citado en Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 195: Hitler no fue «ningún charlatán, sino una personalidad gigantesca, que al final adquirió una clase infernal de grandeza, pero que sin duda poseía grandeza […]». Doenitz, también en Núremberg: «Hitler ha sido un gran líder militar. A pesar de la derrota en Cartago el pueblo admiraba a Aníbal. […] Y a pesar de nuestra derrota alemana el pueblo aún admira a Hitler […]». **<<**

[490] Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 40. Véase también Golo Mann, otro inequívoco antihitleriano, citado en Scholdt, *Authoren über Hitler*, p. 18: Hitler «cambió todo […] sólo Hitler podía lograr lo que había planeado, construir un movimiento popular y mantenerlo bajo su control. Demostró ser muy superior [turmhoch] a todos sus rivales, en ocasiones oponentes dentro del partido, y también a los conservadores, que le sujetaban el estribo [Steigbüglhalter]. El odio a los judíos era *su* pasión; la guerra era *su* empresa desde el principio, desde 1933 a 1945. La voluntad de demostrar que Alemania podía haber ganado la guerra de 1914 si él la hubiera comandado, si hubiera hecho esa guerra con los medios apropiados para lograr los fines apropiados: éste es el origen de toda su increíble y desastrosa aventura. 'Entonces estaba el káiser; ahora estoy yo'. En toda la historia contemporánea de Europa no he encontrado a nadie que influyera de modo tan decisivo y destructivo sobre los acontecimientos, incluso más que Napoleón». **<<**

[491] Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, pp. 17,189. Karl-Dietrich Erdmann «resuelve» el problema (o, mejor, lo deja irresuelto) con una adjetivación dual: «La oscuridad impenetrable de su persona [...] su diabólica grandeza histórica-mundial» (en Gebhardt, ed., *Handbuch der Geschichte. Die Zeit der Weltkriege*, vol. 2, Stuttgart, 1976). La conclusión de Bullock es algo mejor *(Hitler: A Study in Tyranny*, p. 806): «El hecho de que su carrera acabara en un fracaso y de que su derrota se debiera principalmente a sus propios errores, no desmerece por sí mismo la reivindicación de grandeza de Hitler. El defecto es más profundo, pues aquellas notables fuerzas se mezclaban con un egoísmo horrible y estridente, con un cretinismo [*no es la palabra adecuada*] moral e intelectual. Las pasiones que dominaban la mente de Hitler eran innobles: odio, resentimiento, sed de dominio o, cuando no podía dominar, de destrucción». **<<**

[492] Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 12: «Por comparación, la autocracia de los déspotas anteriores parece casi temerosa y titubeante». Görlitz y Quint, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 234: «En cualquier caso no hay ningún protagonista comparable a él en la historia alemana». Ib., p. 628: «Evitamos conscientemente la palabra 'grande' porque 'grande' sugiere una relación con la valía ética». **<<**

[493] Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 123. A este respecto la opinión de Schramm concuerda con la de Heer, por lo demás muy diferente. Ib., pp. 182-183: «Todo el que se refiera a él como satánico o infernal está, en efecto, haciendo una afirmación teológica. Quienquiera que lo llame 'demonio' en última instancia se está reservando la opinión sobre la naturaleza de sus actos». **<<**

[494] El 6 de agosto de 1938 dijo en Salzburgo: «Pienso que la época en la que dirijo Alemania es un momento histórico para la grandeza germana. […] Creo que el futuro y la historia alemana confirmarán que en la época de mi liderazgo logré los más grandes beneficios para el pueblo alemán» (Ernst Deuerlein, *Hitler: Eine politische Biographie*, p. 133). **<<**

[495] Salvó a Churchill de un problema difícil y tal vez embarazoso. «En todo momento durante los últimos meses de la guerra podría haber volado a Inglaterra y rendirse, diciendo: 'Haced lo que queráis conmigo, pero perdonad a mi equivocado pueblo.'» (Churchill, *The Second World War*, vol. 6, *Triumph and Tragedy*, p. 673 [hay traducción española: *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 2001]). ¿Tal embarazo podría ser debido a la «grandeza» de Hitler? No: habría sido meramente político (Churchill respetaba a Napoleón, pero no a Hitler). Ese embarazo —junto con una falta de reflexión— de los aliados también marcó el destino de Mussolini en 1943, cuando éstos (o el Gobierno real italiano) no hicieron ningún esfuerzo por que Mussolini les fuera entregado, ni tan siquiera por llevarlo al sur junto con el Gobierno real. Permaneció en el Gran Sasso durante nueve días después de la firma de la rendición italiana, cuatro días después de su anuncio público y del vuelo del rey y el Gobierno desde Roma hacia el sur. En el instrumento de armisticio no se incluyó ninguna disposición sobre la rendición de Mussolini. **<<**

[496] He left the name at wich the world grew pale **<<**

To point a moral or adorn a tale

Samuel Johnson sobre Carlos XII de Suecia en *The Vanity of Human Wishes*. Fest, en su conclusión, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 1029: «Haciendo una variación sobre una frase de Schopenhauer, a quien [Hitler] a su manera respetaba, puede decirse que enseñó algo al mundo que el mundo no olvidará jamás».

[497] Lukács, *Historical Conciousness*, p. 93: «Su supervivencia depende de que cristalice un consenso en la tradición civilizada, así como de una respuesta auténtica a la calidad; no obstante, éste es un consenso amplio, formado por el pensamiento histórico de generaciones y confirmado por la experiencia existencial, pues es a largo plazo donde, de algún modo, la verdad puede sobrevivir gracias a la decadencia de la mentira». **<<**

[498] Haffner hace un revelador resumen de esto *(The Meaning of Hitler*, pp. 100-101): "El mundo de hoy, nos guste o no, es obra de Hitler. Sin Hitler no habría tenido lugar la división de Alemania y de Europa; sin Hitler no habría habido estadounidenses ni rusos en Berlín; sin Hitler no habría Israel; no habría habido descolonización, al menos no tan rápida; no habría habido emancipación asiática, árabe o del África negra, ni una disminución de la preeminencia europea. Más precisamente, nada de esto hubiera existido sin los errores de Hitler: ciertamente él no quería ninguna de estas cosas. **<<**

"Hay que remontarse muy atrás en la historia —quizá hasta Alejandro Magno— para encontrar un hombre que, con una vida que duró por debajo de la media, transformase el mundo de un modo tan fundamental y duradero como Hitler. Sin embargo, lo que uno no encontrará en toda la historia mundial es un hombre que, con un esfuerzo gigantesco y sin precedentes, lograse, tal como hizo Hitler, exactamente lo contrario a lo que esperaba lograr".

[499] Esto no es más que una breve expresión de lo que está resumido de un modo algo más amplio en Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* en especial pp. 6-7 y 519-527. **<<**

[500] Dos ejemplos al azar de una creencia fervorosa, por desgracia, en este idealismo determinista por parte de dos de sus generales. Jodl, el 7 de noviembre de 1943: «Vamos a ganar porque debemos ganar, puesto que de otro modo la historia mundial habría perdido su sentido». El mariscal de campo Model, el 29 de marzo de 1945: «En nuestra lucha por los ideales *(Ideenwelt* del nacionalsocialismo […] es una certeza matemática [!] que ganaremos, siempre que nuestra confianza y voluntad permanezcan sin fracturas», citado por Manfred Messerschmitt, "Die Wehrmacht in der Endphase. Realität und Perzeption", en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 4 de agosto de 1989, pp. 37-38. **<<**

[501] *Owen Chadwick,* The Secularization of the European Mind in the Nineteenth Century, *Cambridge, 1991, p. 73*. **<<**

[502] Por última vez (véase más atrás, capítulo iv): era un nacionalista populista, no un patriota tradicional; sabía mejor que la mayoría de la gente que el verdadero enemigo del nacionalismo, con su culto del pueblo, no es tanto un internacionalismo moderno como el patriotismo tradicional, con su amor por la tierra y por su historia. **<<**

[503] Percy Ernst Schramm, *Hitler: The Man and Military Leader*, p. 107. Considérese también la exitosa asunción del poder en la Argentina por parte de Perón (un prototipo de nacionalista socialista) en octubre de 1945, pocos meses después de la muerte de Hitler. Aparte de su significado, la importancia de esto no debe supervalorarse, a la vista de la tendencia latinoamericana a emular otras revoluciones tras un lapso de muchos años: Bolívar y San Martín veinte o treinta años después de Washington, Castro quince años después de 1945, etcétera. **<<**

[504] Ernst Reinhard Piper, ed., *Historikerstreit*, p. 149. Considérese también la tendencia de la prensa y de los comentaristas de todo el mundo occidental: presentan una sensibilidad extrema hacia cualquier manifestación que sugiera la aparición, en cualquier lugar, de un fenómeno político llamado de derecha; sensibilidad que no puede compararse con la ansiedad acerca del resurgir de la extrema izquierda. Esto no puede atribuirse simplemente a la «corrección política» (un término estúpido): refleja la ansiedad respecto al atractivo masivo del nacionalismo extremo en la edad de la democracia de masas. No obstante, puede que aquí sea apropiada una comparación histórica o, mejor, política. Está generalmente aceptado que el salto decisivo de Hitler se dio en septiembre de 1930, con el súbito 18% de votos obtenido por los nacionalsocialistas en las elecciones alemanas de ese año. En nuestros días podemos encontrarnos con que en numerosos países del mundo occidental movimientos llamados de derecha (Le Pen en Francia, los neofascistas en Italia, Haider en Austria, quizá también Buchanan en los Estados Unidos) pueden contar con un apoyo de entre el 12 y el 20% del electorado… pero no en Alemania. Allí, en 1930, los nacionalsocialistas adquirieron respetabilidad gracias a su nacionalismo, el elemento decisivo en la llegada de Hitler al poder. Ante ello no existió una oposición coordinada. Esto no es así hoy día: la historia no se repite. Aun así, no debemos rechazar la posibilidad de que en un futuro, al igual que en el pasado, las minorías «duras» puedan lograr importantes incursiones dentro de las «mayorías blandas». **<<**

[505] Los símbolos tienen importancia, o al menos nos dicen cosas. La bandera del partido y posteriormente del Tercer Reich, la esvástica en un campo rojo, fue un diseño brillante y personal de Hitler. Sin embargo, habría hecho mejor —probablemente tanto a corto como a largo plazo— en mantener la bandera negra, blanca y roja del Reich imperial. (Ésta sobrevivió junto a la bandera con la esvástica hasta cerca de 1935; asimismo, el 18 de enero, el aniversario del Segundo Reich, siguió siendo un día de celebraciones públicas durante el Tercero). No obstante, hoy día la bandera con la esvástica, como el Tercer Reich, es sólo un episodio y la bandera republicana y democrática negra, roja y dorada ha superado incluso a los setenta y cuatro años de la negra, blanca y roja. **<<**

[506] A la inversa, la fase crucial del siglo XIX (1815 a 1914) *no* fue su primer tercio (de 1815 a 1848), que fue (como previo Napoleón) una continuación del atractivo de la Revolución Francesa y otras revoluciones europeas. Tras 1849, al período de revoluciones continuadas le sucedió un período de guerras (que Bismarck había previsto de modo correcto), que fue mucho más decisivo; a pesar del reconocimiento de Marx, la lucha de naciones sucedió a la lucha de clases. *Ese* período acabó en 1945. **<<**

[507] Deuerlein lo expresó correctamente en *Hitler: Eine politische Biographie*, p. 143: «Mientras tanto él se había convertido en un fenómeno político global, un objeto no sólo de odio, sino de esperanza (para muchos)». Fest, *Adolf Hitler: Eine Biographie*, p. 148: «La superioridad [de Hitler] frente a muchos de sus adversarios y competidores tuvo mucho que ver con su comprensión de la esencia de una crisis mundial de la que él mismo era un síntoma». En ib., p. 569, Fest cita al escritor austríaco Robert Musil en 1933, quien también admitió que su resistencia carecía de alternativas: no podía pensar que un orden viejo, u otro más viejo incluso, pudiera volver y reemplazar este nuevo tipo de orden revolucionario. *«Lo* que explica este sentimiento es que el nacionalsocialismo tiene su destino y su hora, que no es un remolino [*Wirbel*] sino una fase de la historia». Una exposición general de Jäckel, *Hitler in History*, p. 43: «[Hitler] sin duda desarrolló un programa propio, de modo individual y aislado, pero su programa debe de haber coincidido con las tendencias y ambiciones más profundas de su país y su época. ¿Fue un autor o un intérprete, un productor o un producto? ¿Tuvo éxito como autor tanto tiempo porque estaba interpretando tendencias más profundas? ¿O simplemente su entendimiento de los requisitos y las posibilidades de esa época era mejor que el de sus contemporáneos? Éstas son preguntas fundamentales, no sólo acerca del papel del individuo en la historia, sino también sobre el conocimiento histórico en general». (Estas generalizaciones de Jäckel son demasiado categóricas y algo pedestres en sus expresiones; además, no son sólo aplicables a Hitler). **<<**

[508] De nuevo Deuerlein, en una tajante conclusión de su breve libro *(Hitler: Eine politische Biographie*, p. 170): Hay gran número de pruebas de que «la aparición histórica de Hitler no fue sólo un problema de una persona aislada sino, en un sentido mucho más amplio, de su entorno, del mundo alemán y también extra-alemán, un hecho que explica por qué la obsesión por pensar sobre Hider no ha finalizado tras su muerte, y que al mismo tiempo dirige nuestra atención hacia los obstáculos y dificultades de ésta». Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 808: «Hitler, de hecho, no fue un fenómeno menos europeo que alemán. Las circunstancias y el estado de ánimo que él explotó […] no se limitaban a su propio país, a pesar de que en Alemania estaban marcadas con mayor fuerza que en cualquier otro lugar. El idioma de Hitler era el alemán, pero los pensamientos y las emociones a los que dio expresión tenían una difusión más general». **<<**

[509] Schreiber, *Hitler: Interpretationen 1323-1383,* p. 332. Klaus Hildebrand hizo un intento extenso pero en esencia poco estimulante (en realidad no mucho más que una disquisición bibliográfica): «Hitlers Ort in der Geschichte des preussisch-deutschen Nationalstaates» en HZ, pp. 583-632. En 1988, el neoconservador Michael Stürmer escribió que Alemania «es hoy una tierra sin historia». En ciertos sentidos lo verdadero es lo contrario. Se ha demostrado que era incorrecta la conclusión de Maser, *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, p. 439: «Sólo cuando Alemania del Este y del Oeste se unifiquen será superado Adolf Hider, el trauma universal alemán». No ocurrió así. **<<**

[510] *Friedrich Heer*, Der Glaube des Adolf Hitler: Anatomie einer politischen Religiosität, *PP— 535-536—* **<<**

[511] Mucho más profundo que Graham Greene: «Los mayores santos han sido hombres con una capacidad para hacer el mal superior a lo normal, y los hombres más viciosos en ocasiones han eludido la santidad por poco». (Citado en el prólogo de Toland, *Adolf Hitler*, p. XIII, en el que serpentea en torno a la cuestión de la «grandeza» de Hitler). **<<**

[512] A este respecto debemos rechazar, una vez más, la «demonización» de Hitler o la tentación de atribuirle las cualidades de «diabólico» o «satánico». Al contrario, podemos ver en su carrera elementos que conllevan un extraño recordatorio de lo que Sanjuan predijo sobre el Anticristo en el Apocalipsis. El Anticristo no será horrendo y diabólico, encarnado en algún tipo de monstruo aterrador, reconocible por lo tanto de inmediato. No parecerá ser anticristiano. Será sonriente, generoso, popular, un ídolo adorado por la multitud debido a la brillante prosperidad que parecerá haber traído, y un padre (o marido) falso para su pueblo. Salvo una pequeña minoría, los cristianos creerán en él y le seguirán; igual que los judíos en el momento de la Primera Venida, los cristianos en el tiempo del Anticristo —esto es, antes de la Segunda Venida— se dividirán. Antes del fin del mundo los cristianos superficiales seguirán al Anticristo y sólo una pequeña minoría reconocerá los atroces presagios. Bien, Hitler no provocó el fin del mundo, pero hubo un momento —no ya el momento de los asesinatos en masa, sino el momento del Tercer Reich en la década de 1930— en que algunas de las profecías de san Juan concordaban con su apariencia y su atractivo. Asimismo, puede que no sea irrazonable imaginar que, en la época de las masas que se avecinaba, él sólo fue el primero de los personajes populares que se asemejaron al Anticristo. **<<**

En 1933, Joseph Roth escribió: «El Tercer Reich es ahora un país del infierno». No: pero tenía algunos rasgos de una nación conducida por el Anticristo. (Ya en 1923 algunos de los seguidores de Hitler habían comparado su vida a la de Cristo: treinta años de oscuridad y de súbito tres años de una revelación resplandeciente). Carl Jung: «El poder de Hitler no es político; es mágico». (Véase también Lukács, *The Last European War, 1939-1941,* p. 524, nota 194, e *Historical Conciousness*, p. 298). Klaus Menhert en 1951: «El viaje del pueblo alemán desde Liebknecht a Hitler y el viaje del pueblo ruso desde Lenin a Stalin. […] En ambos casos […] fue un viaje desde la dialéctica a la magia». Una exageración a partir de una generalidad, pero no carente de sustancia.

[513] Durante la Primera Guerra Mundial muchos alemanes sostenían la creencia de que la «Kultur» alemana era infinitamente superior a la «Zivilisation» inglesa. Por supuesto aquí existen problemas nacionales y lingüísticos. Considérese a «Sebastian» en *The Edwardians*, con sus elegantes fiestas en casa, en 1906: **<<**

«[…] lo mismo unas veces los criticaba con vehemencia, como en otras ocasiones pensaba que habían dominado el problema de la civilización de un modo más verdadero que los griegos o los romanos».

«[…] sometimes so vehemently did he deprecate them, sometimes he thought that they had mastered the problem of civilisation more truly than the Greeks or Romans».

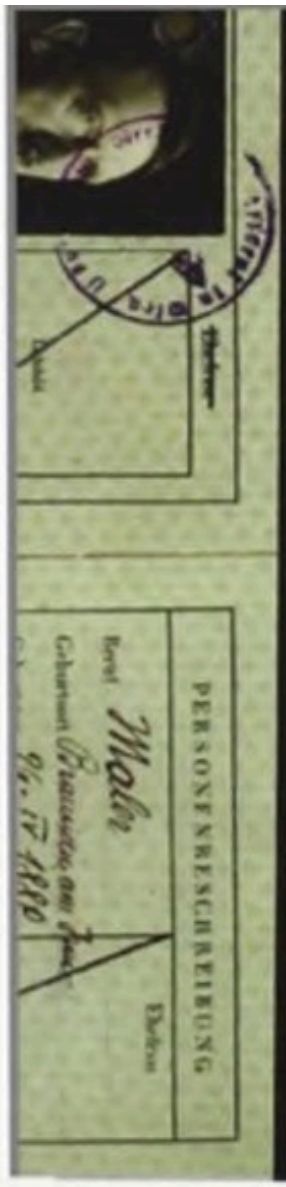
Esto sería ininteligible para numerosos alemanes, mientras que en esta frase la sustitución de la palabra «civilización» por «cultura» no tendría sentido en inglés.

[514] Citado en Peter Adam, *Art of the Third Reich*, Nueva York, 1992, p. 129. [Hay traducción española: *El arte del Tercer Reich*, Barcelona, 1992 (N. del T.).] **<<**

[515] Ya en 1947 dijo Speer en prisión: La guerra de Hitler «ha mostrado la vulnerabilidad del sistema que durante siglos desarrolló la civilización moderna. Hoy día sabemos que vivimos en un edificio que no es inmune frente a los terremotos. […] El peligro está en que el automatismo del progreso despersonalizará al hombre cada vez más y lo alejará gradualmente de su propia responsabilidad. [En los] años decisivos de mi vida he servido a la tecnología, cegado por sus posibilidades; al final soy escéptico sobre ella». Esto es lo contrario a las ideas de Spengler. **<<**

[516] Edad Media es también un término inadecuado, puesto que sugiere una posición en el «medio», entre lo antiguo y lo moderno. No obstante, hay una diferencia, debido a nuestra conciencia histórica: durante la Edad Media y al final de ésta la gente *no* sabía que vivía en la Edad Media, mientras que nosotros sí sabemos que hemos estado viviendo en la Edad Moderna, y que se aproxima el fin de ésta. **<<**

[517] También debemos reconocer que pertenecía a su época de una manera esencial, puesto que, a su manera, creía en el progreso; reticente e incapaz de reconocer que ahora la seria tarea que se presenta ante la civilización es un necesario replanteamiento del significado total de progreso (un término que repugnaba a Tocqueville, pero no a Hitler). **<<**



El Hitler de la Historia

La investigación histórica –según John Lukacs– no ha terminado todavía de explicar a Hitler. Por ello, y para situar a este personaje en su justa perspectiva y esclarecer los enigmas que aún lo rodean, el autor emprende un repaso exhaustivo de las más de cien biografías que sobre el dictador alemán se han publicado desde 1945 para llegar a enérgicas conclusiones sobre las diferencias entre él y otros "monstruos" de la historia. Lukacs somete a un juicio minucioso y sin concesiones a los historiadores, a sus fuentes y metodologías para descubrir hasta qué punto sus trabajos han contribuido o –por el contrario– oscurecido nuestro conocimiento de la figura de Hitler. A diferencia de muchos de los estudios sobre los que escribe, Lukacs se resiste a considerar a Hitler como un fanático irracional, a la vez que alerta sobre la demonización de que es objeto por parte de determinados historiadores, que lo convierten en una suerte de poder maligno sobrenatural y lo eximen de su responsabilidad histórica en cuanto persona. Una lección de rigor intelectual sobre el capítulo más cruel de la historia contemporánea.